una biografía nueva

Don Bosco

Ediciones para la Juventud





una biografía nueva

Don Bosco

Ediciones para la Juventud

Esta no es una biografía más de Don Bosco. Es una edición especial destinada a los jóvenes. ¿Por qué? En primer lugar, porque han sido ellos, los jóvenes, los destinatarios privilegiados de su obra y de su vida, a quienes Don Bosco dedicó todos y cada uno de sus años de intensa labor. Además, no resulta indiferente el hecho de que en estos momentos de crisis (económica, social, moral...) haya nuevamente muchísimos niños y jóvenes "sin rumbo", en riesgo de caer en las garras de la marginación, la indigencia, la delincuencia, la droga, el desamor. Si bien los momentos históricos son diferentes en el tiempo y el espacio (Don Bosco vivió la crisis resultante de la guerra y la industrialización en la Italia de mediados del siglo XIX), las víctimas son las mismas, los jóvenes.
Estas páginas se centran especialmente en los años de la niñez y adolescencia de Don Bosco y la historia del Oratorio hasta 1856. Cómo forma de iluminar una labor que, aunque titánica y hasta utópica, resultó posible gracias a su tenacidad y perseverancia. Sirvan estas páginas de luz y guía para todos aquellos jóvenes que sienten la vocación de ayudar a otros como ellos; de aliento y consuelo para aquellos que andan confundidos; de fuente de inspiración para los que sueñan con actos heroicos para mejorar el mundo; de cálido soplo para los indiferentes...
Para todos los jóvenes, Don Bosco tiene mucho que decirles hoy con su vida. Don Bosco los espera en estas páginas.

El autor

Teresio Bosco, nació en Montemagno Monferrato (Asti) en 1931. Es sacerdote salesiano, licenciado en Teología en el P.A.S.
Periodista publicista, ha dirigido durante algunos años el BOLETÍN SALESIANO, revista oficial de la Familia Salesiana y ha sido vice-director de la revista mensual DIMENSIÓN. Ha publicado en la editorial SEI el Proyecto Cristiano, nueva, fiel y modernísima presentación del Concilio Vaticano II.
En la misma SEI y en la editorial Mursia ha publicado numerosos volúmenes para la juventud. Tierra planeta que sangra, Tiempos que abrasan, El mundo mi patria, y Profesión, hombres, pasaron de los cien mil ejemplares.
En la editorial LDC ha publicado las colecciones "Campeones" y "Héroes", que desde hace años logran notable aplauso entre los jóvenes; siete volúmenes de la Colección "Una aventura para cada día", y cinco en la colección "Diamantes".
Sus obras han sido traducidas al inglés, castellano, portugués, polaco, árabe.

ediciones didascalia

fundación apis

APIS FUNDACIÓN EDITORIAL

TERESIO BOSCO

DON BOSCO

Una biografía nueva

EDICION
PARA LA JUVENTUD

EDICIONES DIDASCALIA
FUNES-PROV. SANTA FE
ARGENTINA
2006





Título de la obra original: " Don Bosco, una biografía nuova".

Traducción de BASILIO BUSTILLO.
Adaptación para América Latina: Prof. Graciela Barroso
Actualización de diseño: Martín Guido Arias
Esta biografía de Don Bosco es una reducción y adaptación realizada por Teresio Bosco de su obra mayor " Don Bosco, una biografía nueva" (460 páginas).

© 1979. Elle Di Ci. Turín-Leumann (Italia)
© 1980. Central Catequística Salesiana, para toda el habla castellana.
© 1986. Ediciones Don Bosco Argentina. Derechos exclusivos para la República Argentina
© 2006. Ediciones Didascalia

ISBN-10: 950-787-057-1
ISBN-13: 978-950-787-057-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Presentación

Tienes entre tus manos una de las biografías más extraordinarias que puedan haberse escrito pensando en jóvenes como vos. Se trata del gran amigo de la juventud, Juan Bosco. Sus paisanos y, desde hace más de ciento cincuenta años, miles de personas en todo el mundo lo llaman, sencillamente "Don Bosco".

Ese nombre es un imán para centenares de muchachos y chicas que están tratando de continuar sus famosos oratorios, talleres, escuelas, misiones, hogares, colonias, grupos y movimientos en favor de la niñez y juventud más desfavorecida...¡Tan abundante, en estos tiempos!.

En estas maravillosas páginas te vas a encontrar con un Amigo, un Padre y un Guía.

Un Amigo: preocupado de que sus compañeros vivan en permanente alegría.

Un Padre: que tiene como obsesión la felicidad de sus hijos.

Un Guía: que muestra el camino seguro hacia el Paraíso: la amistad con Jesús y la devoción filial y tierna a la Santísima Virgen, su Auxiliadora.

Que gocés con la lectura de esta hermosa biografía, salida de la ágil pluma del salesiano italiano Teresio Bosco.

Y ojalá que Don Bosco pueda entablar, a través de estas páginas, un diálogo profundo con vos y llegue a tu corazón con la propuesta que solía hacer a sus muchachos: ¿no te gustaría ser uno de mis hijos?.

Joaquín López
Padre Inspector de Rosario

Capítulo I

En busca de trabajo a los doce años



Aquella fue una mala cena. Hubo que masticar el pan con palabras amargas.

Porque le bastó a Antonio ver a su hermanito Juan, con un libro junto al plato, para estallar:

- ¡Voy a tirar ese libro al fuego!

Margarita, su madre, se interpuso:

- Juan trabaja lo que le corresponde. Si, además, quiere leer, ¿a ti qué te importa?

- Sí que me importa. Yo aguanto sobre mis hombros todo el peso de la casa. Y no quiero mantener señoritos. No va a estar él panza arriba y los demás trabajando como burros.

Juan reaccionó con violencia. A fin de cuentas no le faltaban palabras al chico. No era él de los nacidos para presentar la otra mejilla. Antonio levantó los puños.

José miraba espantado. Margarita se puso en medio. Pero, al igual que otras veces, cayeron unos puñetazos sobre Juan. Eran pocos sus doce años, frente a los diecinueve de su hermano.

Aquella noche le tocó a Juan sorber lágrimas de rabia. Y seguramente que Margarita tardó en poder cerrar los ojos.

En su fatigado sueño tomó una decisión. A la mañana

siguiente le dijo a Juan las palabras más tristes de su vida:
- Será mejor que te vayas de casa. Antonio no puede soportarte. Un día te va a matar.
- ¿Y adónde voy?

Juan se moría de pena. Margarita también. Así que le indicó algunas chacras y granjas de los alrededores.
- Me conocen, ¿sabes? Seguramente te darán trabajo, al menos por algunos días. Después, Dios dirá.

Con el bolso a cuestas

Aquel mismo día le preparó Margarita un bolso con unas camisas, un par de libros y una porción de pan casero.

A la mañana siguiente, la triste partida. Era el mes de febrero. Las colinas estaban cubiertas de nieve. Los caminos helados. La mamá le dio su adiós desde el umbral. Y allí se quedó, hecho un nudo la garganta, siguiendo con los ojos a su hijito "emigrante", hasta que se perdió entre la niebla.

Juan pasó el día golpeando las puertas de las granjas que su madre le indicó. En todas le respondían que no tenían trabajo para un muchacho como él.

Al atardecer se había terminado el pan casero y se había agotado la esperanza. No le quedaba más que una granja adonde llamar: en casa de los Moglia. "Allí, preguntas por el señor Luis", le había dicho su madre.

Se detuvo ante el portón que daba a la granja, justo cuando un hombre lo cerraba.
- ¿Qué buscas, muchacho?
- Trabajo,
- Bravo. A trabajar se ha dicho. Vete con Dios. -Y siguió

empujando el pesado portón para atrancarlo.

Juan soltó los últimos resortes de su angustia:

- Pero es que yo tengo que ver al señor Luis.

- Entonces, pasa.

Entró. Estaba toda la familia bajo un porche limpiando mimbres para sostener las parras. Luis Moglia, joven campesino de veintiocho años, lo miró sorprendido.

- Busco al señor Luis Moglia...

- Soy yo.

- Me envía mi madre. Me ha dicho que venga a su casa para servir de peón en la cuadra,

-¿Y cómo te envía fuera de casa tan jovencito? ¿Quién es tu madre?

- Margarita Bosco. Como mi hermano Antonio me maltrata, me ha dicho que viniera a buscar trabajo como peón.

- Mira, amigo, dijo Luis Moglia. Todavía estamos en invierno. Nosotros no tomamos ningún muchacho para el establo, hasta fines de marzo. Ten paciencia y vuelve a casa.

El desaliento se apoderó del pobre Juan, y se echó a llorar.

- Acépteme, por favor. Aunque no me pague nada; pero no me obligue a volver a casa...

Y añadió desesperadamente:

- Aquí me quedo y no habrá quien me eche. Haga lo que usted quiera, pero no me voy...

Y, hecho un mar de lágrimas, se puso a recoger mimbres esparcidos por el suelo y a limpiarlos.

La señora Dorotea, joven señora de veinticinco años, se enterneció al oír a aquel jovencito e intervino:

- Tómalo, Luis. Hagamos la prueba un par de días.

También Teresa, muchacha quinceañera, tuvo lástima de él. Era la hermana pequeña del dueño, y se encargaba de guar-

dar las vacas. Dijo:

- Yo ya soy bastante mayor para ir con ustedes al campo. Este muchacho les vendría muy bien para el establo. Y así empezó Juan Bosco la vida de peón de cuadra. Era el mes de febrero de 1827. Los Moglia eran una familia de labradores acomodados. Todos ellos trabajaban de sol a sol. Labraban sus campos y cultivaban sus viñedos. Atenḍían a sus bueyes y vacas. Y rezaban. Por las noches se juntaba toda la familia ante la chimenea para rezar el Santo Rosario. Los domingos, con el señor Luis a la cabeza, iban todos a "Misa Mayor" a la parroquia.

Hacer de peón de cuadra no era nada vergonzoso ni extraño. Docenas de muchachos, como Juan, hacían lo mismo en las granjas del contorno. Esa era la costumbre para los muchachos de las familias pobres. A partir del veinticinco de marzo, fiesta de la Anunciación, pasaban los dueños por los caseríos o iban al mercado para encontrar muchachos trabajadores para la temporada. Eran ocho meses de trabajo: de abril a noviembre. El contrato comprendía hospedaje, comida y dinero para ropa.

Juan Bosco era un muchacho distinto a los demás. Aún le faltaban seis meses para cumplir los doce años. Y además llevaba consigo el secreto de un sueño. Pero de un sueño de verdad. Un sueño tenido de noche y con los ojos cerrados. Que el mismo lo había contado.

Un sueño que señala el porvenir

En la pequeña cocina de su humilde vivienda del Piamonte de Italia, reunidos junto a la chimenea, escuchaban

Margarita, Antonio, José, y la abuela a Juan, que decía:

"Anoche tuve un sueño. Me pareció estar junto a la casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chicos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me metí en medio de ellos, para hacerlos callar a puñetazos e insultos.

En aquel momento apareció un Hombre muy respetable, noblemente vestido. Su rostro era tan luminoso que no se podía fijar en él la mirada. Me llamó por mi nombre y me dijo:

- No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a éstos, tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho e ignorante. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus peleas y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí:

- ¿Quién eres tú para mandarme estos imposibles?
- Precisamente porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible con la obediencia y la adquisición de la ciencia.
- ¿Cómo podré adquirir la ciencia?
- Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio.
- Pero ¿quién eres tú?
- Yo soy el Hijo de Aquélla a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día. Mi nombre pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi, junto a El, una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía como el sol. Viéndome cada vez más desconcertado, me indicó que

me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

- ¡Mira! - me dijo. Al mirar, me di cuenta de que aquellos muchachos habían escapado, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales.

- He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.

Volví entonces la mirada, y, en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderitos que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían saltando y bailando a su alrededor. En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí a la Señora que me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello.

Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

- A su debido tiempo lo comprenderás todo.

Dicho esto, un ruido me despertó y desapareció la visión. Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado y me dolía la cara por las bofetadas recibidas"

Todos se echaron a reír. Cada cual quiso interpretar el sueño a su manera. Decía José: "Tú serás pastor". Antonio aseguraba con dureza: "Capitán de bandoleros". Y la madre: "¡Quién sabe si un día serás sacerdote!" Pero la abuela dio la sentencia definitiva: "No hay que hacer caso de los sueños" Juanito era de la opinión de la abuela, "pero nunca pudo olvidar aquel sueño".

Los años siguientes quedaron profundamente marcados por él. Margarita, su madre, había entendido y también lo

entendió pronto Juan que el sueño señalaba un camino.

Son ciento ochenta páginas

Cuando San Juan Bosco tenía cincuenta y dos años, recibió el mandato del Papa Pío IX de escribir su sueño y la historia de sus obras. Con su memoria, semejante a un largavistas con poca lógica y gran angular, unos años más tarde, de 1873 a 1875, cumplía el mandato y, de su puño y letra, llenaba tres cuadernos con un total de ciento ochenta páginas. Es verdad que confundió algunas fechas, pero los episodios, los recuerdos, los detalles gozan de una frescura llena de vida.

Gracias a esos cuadernos, a esas ciento ochenta páginas de "Memorias", podemos seguir hoy, una tras otra, las aventuras del muchacho-campesino Juan Bosco, hasta en los más mínimos detalles.(1)

(1)De ahora en más está copiado, al pie de la letra, de las "Memorias" que el mismo San Juan Bosco escribió.

Capítulo II

Pequeña pero gran tragedia



"Mi madre se llamaba Margarita Occhiena(1), y era natural de Capriglío; y mi padre, Francisco. Eran campesinos que se ganaban honradamente el pan de cada día, con el trabajo y el ahorro".

Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815. Su madre le llamaba Juanín, diminutivo familiar por todo el Piamonte.

La historia europea de aquellos años se escribía con páginas de sangre. El 18 de junio del mismo año había sido derrotado, en Waterloo, el gran Napoleón I.

Hacía todavía poco tiempo, 1814, que el Papa Pío VII había vuelto a Roma, atravesando las tierras piamontesas, libre de su prisión en Fontainebleau.

El primer recuerdo de Juanín es la muerte de su padre. Francisco Bosco había comprado una casita y un pedazo de terreno. Pero, para atender a las cinco bocas de casa, trabajaba como sirviente en casa de un vecino, rico propietario. Una tarde del mes de mayo, a la vuelta del trabajo todo transpirado, cometió la torpeza de entrar en la húmeda y fría bodega del patrón. Pocas horas después, le sobrevino una violenta fiebre, probablemente una pulmonía doble. En cua-

1) Pronunciase: Oc-qutena; Caprillo.

tro días murió. Tenía treinta y tres años.
"No tenía yo aún dos años - cuenta Don Bosco - cuando murió mi padre. No recuerdo ni su cara. Sólo me acuerdo de las palabras de mi madre: "Ya no tienes padre, Juanín". Todos salían de la habitación del difunto, y yo quería permanecer en ella a toda costa.
- "Ven, Juanín", - insistía mi madre dulcemente.
- "Si no viene papá, tampoco yo quiero ir" - respondía yo.
- "Ven, ven, hijo; ya no tienes padre".
Y dicho esto, rompió a llorar; me agarró de la mano y me llevó a otra parte. Yo lloraba viéndola llorar a ella. Es que, en aquella edad, ¿qué podía entender un niño?. Pero la frase "ya no tienes padre", quedó para siempre en mi memoria. Es el primer hecho de mi vida que recuerdo".

Tiempos calamitosos

El segundo recuerdo de Juan es el del hambre sufrida aquel mismo año.

I Becchi, pequeño caserío al que pertenecía la casita de la familia Bosco, estaba integrado por diez casas esparcidas sobre una colina, en medio de la amplia y ondulada campiña cubierta de viñas y bosques. Pertenecía el caserío al arrabal de Morialdo, como a cinco kilómetros del ayuntamiento, Castelnuovo de Asti.

En el año 1817 sufrieron muchisímo en aquellas colinas, juntamente con todo Piamonte. Hubo hielos en primavera y, luego, una larguísima sequía. Se perdieron las cosechas.

El hambre se apoderó de los pueblos.Un hambre atroz, que dejaba morir a los mendigos por los prados, con la boca

llena de hierba.

Un documento de aquel tiempo describe a Turín, capital de Piamonte, invadida por una migración bíblica: hileras de gente demacrada y harapienta abandonaban el campo; llegaban a la ciudad, desde sus valles y montañas, grupos de familias que acampaban ante iglesias y palacios, con la mano tendida...

En aquel tiempo terrible se encontró Margarita con toda una familia a cuestas. Tenía en casa a su suegra, la anciana madre de Francisco, clavada por la parálisis en un sillón; a Antonio, de nueve años, hijo del primer matrimonio de Francisco, y a sus dos niños José y Juan, de cuatro y dos años respectivamente. Campesina analfabeta, manifestó durante aquellos meses toda la energía de su carácter.

"Mi madre alimentó la familia, mientras tuvo con qué hacerlo -cuenta Don Bosco-. Después, entregó cierta cantidad de dinero a un vecino, llamado Bernardo Cavallo, para que fuese en busca de comestibles. Rondó éste por varios mercados, pero no pudo encontrar nada, ni a precios abusivos. Volvió al cabo de dos días, hacia el anochecer. Todos lo esperábamos; cuando dijo que volvía con el dinero en el bolsillo y que no traía nada, el miedo se apoderó de todos. Ya aquel día no habíamos comido nada. Mi madre, sin apurarse, empezó a decir: "Mi marido Francisco me dijo antes de morir, que tuviera confianza en Dios. Hijitos míos, pongámonos de rodillas y recemos".

Tras una corta plegaria, se levantó y dijo: "Para casos extraordinarios, medios extraordinarios". Fue a la cuadra, en compañía del señor Cavallo, mató un ternerito y, haciendo asar una parte a toda prisa, logró aplacar el hambre de la extenuada familia. Días más tarde pudo conseguir legumbres, a precios carísimos, traídas de muy lejos".

Entre las familias piamontesas del campo, hasta no hace muchos años, matar un ternerito era un acto de desesperación. El ternerito que engordaba en el establo era como una tesoro que podía permitir, al venderlo en el mercado, la superación de una coyuntura difícil, como, por ejemplo, una enfermedad. Matarlo, era lo mismo que privarse de los ahorros de la familia.

Un suceso para cambiar la faz del mundo

Muerte, hambre, inseguridad. Son los primeros recuerdos de un chiquito que será padre de muchos huérfanos y dará el pan en sus casas a infinidad de muchachos pobres.

La pequeña tragedia de la familia Bosco, asentada sobre una colina desconocida, se unía a la gran tragedia que, como una tormenta, había perturbado a Europa e Italia durante los últimos decenios.

Veintiocho años antes, en 1789, había estallado en París la Revolución Francesa, un suceso que cambiaría la faz del mundo.

Toda Europa quedó sacudida de repente por la novedad y la expectativa. En Italia rebotaba el eco de formidables cambios. Tras unos siglos de sociedad petrificada por el dominio absoluto del rey y la nobleza, caían por tierra los privilegios feudales. A la luz del sol se gritaba "libertad, igualdad y fraternidad". Se proclamaban los "derechos del hombre" y la "soberanía del pueblo" y se luchaba por ellos y no por los derechos reales.

Eran los ecos de la Revolución que resonaban por toda Europa.

La solución de muchos problemas quedaba pendiente de la guillotina. La guillotina era una instrumento inventado por el médico frances Guillotin para decapitar a los reos de muerte sin las torturas y suplicios de la decapitación en uso.

Los individuos más fanáticos y sanguinarios de la Revolución durante la época del Terror (1793-1794) se llamaron jacobinos, por celebrar sus reuniones en una casa de la calle de San Jacobo, en París.

Estos tales jacobinos transformaron la Revolución en un río de sangre. Solamente durante el mes de julio de 1793 guillotinaron a 1.285 ciudadanos.

Por eso aquella época se llama todavía la época del Terror.

Se procedía, al mismo tiempo, a una masiva descristianización: prohibición del culto cristiano, persecución de sacerdotes, sustitución de Dios por el "culto de la Razón" con vergonzosas mascaradas en la misma catedral de París.

Europa miraba espantada. Los sucesos de París parecían manifestaciones de locura colectiva. Hasta las personas más progresistas, que al principio habían simpatizado con la Revolución, estaban desconcertadas.

En julio de 1794 el Terror y la dictadura jacobina terminaron condenando a muerte a sus propios jefes.

La revolución sufrió un fuerte viraje "burgués". La nueva Constitución, lanzada en 1795, reconoció el derecho de voto solamente a 30.000 personas, siendo que París tenía 600.000 habitantes.

Un general de veintisiete años: Napoleón

1796. El ejército de la Revolución llega a Italia capitaneado

por un general de 27 años, Napoleón Bonaparte. En el Valle de Padua derrota a los austríacos tras batallas encarnizadas. Los soldados franceses hablan de fraternidad, igualdad, libertad. Pese a las sombras del Terror, esas palabras encienden enormes entusiasmos en las jóvenes generaciones. El reino de Cerdeña (Piamonte-Saboya-Cerdeña) anda revuelto. El rey sale para el destierro.

Pero Napoleón es un genio inquieto. Más que el triunfo militar persigue luminosas y sangrientas metas de gloria militar.

En 1799 Napoleón anda por Egipto, y los austro-rusos invaden de nuevo el norte de Italia: los cosacos, con sus espesas y largas barbas y sus picas amenazadoras, jinetes sobre los pequeños caballos de la estepa, penetran en las ciudades. Vuelve Napoleón, y con él la guerra, sembrando la miseria hasta por los ricos campos del Valle de Padua.

Después, Napoleón oprime a todas las regiones de Italia arrancándoles dineros y soldados que le sirven para la guerra de España y para la expedición a Rusia.

Del 16 al 19 de octubre de 1813, en Leipzig, la gigantesca "batalla de las naciones" señala el fin del gran Imperio francés y en la mente de muchos, el enterramiento de los ideales de la Revolución.

Una vez más, cruzan los Alpes y bajan a las llanuras del Po los austríacos, alemanes y croatas. Dicen que vienen a "liberar a Italia". Pero, como todos los "liberadores", no han sido llamados por nadie, y se cobran robando por pueblos y ciudades. Tras la última convulsión de los "cien días" y la batalla de Waterloo, Napoleón acaba sus días en un islote del Atlántico.

Europa e Italia están rendidas, cubiertas de ruinas y de huérfanos. Los campos asolados por la guerra, despoblados

por los que recutaban a la fuerza a los jóvenes para llevarlos a morir en los lejanos campos de batalla.

La gente que pedía a gritos la "libertad", busca ahora la paz.

En medio de esta gran tragedia de los pueblos vivió la familia Bosco, en 1817, su pequeña pero gran tragedia.

El rey retrasa el reloj en quince años

A Juan Bosco le tocará aprender en los libros escolares de historia que ha nacido en los comienzos de una nueva época, llamada "Restauración". Empezó ésta el 1° de noviembre de 1814, con la apertura del Congreso de las naciones vencedoras en Viena, y duró en la mayor parte de Italia hasta 1847, principio del "Risorgimento", como se llama el período de la Independencia italiana.

La Restauración es una época de grandes equivocaciones. Los reyes destronados por la Revolución y por Napoleón, vuelven por voluntad del Congreso a sus tronos, y pretenden, de un plumazo, cancelar 25 años de historia.

Italia fue dividida en ocho pedazos: el Reino de Cerdeña que comprendía Piamonte, Cerdeña, Saboya, Niza y Génova, el Reino Lombardo-Véneto estrechamente sometido a Austria, el Ducado de Módena, el de Parma y Piacenza, el Gran ducado de Toscana, el Principado de Lucca, los Estados Pontificios y el Reino de las Dos Sicilias.

Víctor Manuel I vuelve a Turín. En una carroza de gala, cercado de nobles vestidos a la antigua usanza, con peluca empolvada y coleta.

La gente aclama al rey por las calles. Los campesinos, sobre todo quieren la paz, más que nada. Pero las pelucas

empolvadas de la nobleza las quieren garantizar reconstruyendo "todo como antes".

Desconocen las nuevas realidades positivas, que, pese a haber nacido en medio de las sangrientas campañas de Napoleón, se han robustecido en Italia,

La historia ha ido caminando y no hay quien pueda hacerla volver atrás. La burguesía se ha consolidado como una clase nueva. El comercio y los hombres viajan a través de la sólida red de carreteras construidas por los ingenieros napoleónicos.

Durante centenares de años, una gran masa de la población italiana nació, vivió y murió en la misma granja, en el mismo pueblo, petrificada en sus pequeñas autarquías, en sus costumbres seculares. Los soldados napoleónicos rompieron aquella inercia. La emigración interior, si bien provocada por causas trágicas, se convirtió en un fenómeno de masas.

Periódicos y libros viajan también en las diligencias. Son pocos los que saben leer, pero la curiosidad es ya una condición extendida. Los pocos lectores comunican las noticias y los horizontes se amplían.

La agricultura experimenta en Piamonte un nuevo y vigoroso desarrollo. Se abren amplias zonas de cultivo. Se plantan millares de moreras, que permiten un rápido desarrollo para el cultivo del gusano de seda.

Van surgiendo por todas partes manufacturas, talleres, grandes máquinas. La industria se abre paso, los precios se estabilizan.

Víctor Manuel I, al día siguiente de su vuelta, revoca las leyes de los últimos quince años y pone en vigor las de antes de Napoleón. Los nobles y el alto clero recuperan sus privi-

legios. La burguesía pierde de repente muchos de sus codiciados derechos.

Consecuencias: mientras el rey retrasa su reloj en quince años, los burgueses intelectuales emigran a Milán; la juventud de las mejores familias se inscribe en las sociedades secretas y pone sus esperanzas en el jovencísimo príncipe, Carlos Alberto, que parece sensible a los tiempos nuevos.

Los ecos de todo esto llegan muy apagados a las colinas de Monferrato, donde vive Juan Bosco los años pobres y serenos de su infancia.

Capítulo III

Años de hogar



Margarita tenía 29 años al morir su marido.

Era todavía muy joven para el peso que debía sostener. Pero no empleó muchos días compadeciéndose de sí misma. Se arremangó y empezó a trabajar.

En casa había ollas que fregar, había que lavar la vajilla, ir a buscar agua, arreglar las habitaciones. Esto en los ratos libres; porque las horas buenas eran para el campo y el establo.

Al igual que otras robustas campesinas, cortaba la hierba, araba, sembraba, segaba el trigo, agavillaba, lo acarreaba a la era, trillaba. Cavaba las viñas, pensaba en la vendimia y embotellar el vino.

Tenía las manos ásperas por el trabajo y sabía acariciar suavemente a sus niños. Porque, es verdad, era una trabajadora, pero ante todo era la madre de sus hijos.

Con firmeza y dulzura supo llevarlos adelante.

Margarita encontró en sí misma un equilibrio instintivo que le hizo unir y alternar la firmeza serena con la alegría tranquila. Don Bosco, en su estilo educativo, le debe mucho a su madre.

Una persona grande

Dios te ve, era una de las expresiones más frecuentes de Margarita. Dejaba que sus niños fueran a jugar por los prados y les decía, al salir: "Acuérdense de que Dios los ve".

Si los veía rumiando resentimientos rencorosos, o a punto de inventar una mentira para salir de apuros repetía: "Acuérdense de que Dios ve hasta vuestros pensamientos".

Pero no era un Dios-policía el que ella iba esculpiendo en la mente de sus pequeños.

Cuando, de noche, lucían las estrellas y ellos tomaban el fresco en el umbral, ella les decía: "Fue Dios quien creó el mundo y puso allá arriba tantas estrellas".

Y cuando los prados se cubrían de flores, murmuraba: "Cuántas cosas bonitas ha hecho Dios para nosotros".

Durante la siega, en plena vendimia, mientras recobraban aliento, les decía: "Demos gracias al Señor. Qué bueno ha sido con nosotros. Nos ha dado el pan de cada día".

Después de la tormenta y el granizo, cuando todo había quedado asolado, la mamá les invitaba a reflexionar: "El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. El sabrá porqué. Si hemos sido malos, recordemos que con Dios no se juega".

Así que, Juan aprendió a ver, junto a la mamá, junto a los hermanos, junto a los vecinos, a otra persona, a Dios.

Una persona grande. Invisible, pero presente en todas partes. En el cielo, en los campos, en el rostro de los pobres, hasta en la voz de la conciencia, que iba diciendo: "Has hecho bien, has hecho mal".

Una persona en la que su madre ponía confianza ilimitada e indiscutible. Era padre bueno y providente, daba el pan de

cada día, permitía, a veces, ciertas cosas como la muerte de papá o el granizo sobre la viña difíciles de entender pero "El" sabía porqué, y eso bastaba.

Jugando a la tala (1)

Juan tenía cuatro años, cuando su madre puso en sus manos por vez primera, tres o cuatro perchas labradas de lino enebrados que servían para sujetar las velas.

Un trabajo fácil, pero trabajo. Así empezó a colaborar con la familia, que vivía del trabajo de todos.

Más tarde, se unió a los hermanos para hacer los servicios de la casa: ir por leña, encender el fuego soplando sobre las brasas escondidas bajo la ceniza, sacar agua del pozo, desgranar legumbres, barrer las habitaciones, limpiar la cuadra, llevar las vacas al pasto, vigilar la cocción del pan.

Pero terminados estos pequeños trabajos vigilados por la mamá, llegaba el tiempo de jugar. No había que buscar espacio: la casa estaba cercada de prados. Los amigos esperando: muchachos llenos de vida, a veces groseros y maleducados. Van en busca de madrigueras de topos, nidos de pájaros. Juegan partidas interminables.

Uno de los juegos que les gusta es "la tala", una especie de base-ball primitivo. Una tarde, llega Juanito a casa, chorreando sangre. El palo puntiagudo de la tala le ha dado violentamente en una mejilla. Margarita está preocupada. Y mientras lo cura va diciendo:

-Un día vas a venir con un ojo fuera. ¿Por qué vas con esos chicos? Ya sabes que hay algunos no son buenos.

1) Tala: Es un juego que consiste en dar con un palo en otro pequeño y puntiagudo en ambos extremos, colocado en el suelo; el golpe lo hace saltar, y en el aire se le da un segundo golpe que lo despide a gran distancia.

- Entonces, por darle a usted gusto, no volveré más. Pero, mire, mamá: cuando yo estoy con ellos, son mejores. No dicen palabrotas.

Margarita lo deja ir.

El atrevimiento va creciendo más deprisa que la estatura.

Juan tiene cinco años, José siete. Margarita los envía a apacentar un grupo de pavos. Los animales cazan insectos mientras los dos hermanitos juegan.

De pronto, José repasa sus dedos y grita.

- Falta un pavo.

Buscan con afán. Nada. Un pavo es muy grande, no puede perderse así como así.

Detrás del cerco, descubre Juan a un hombre. Y piensa enseguida: "El lo ha robado". Llama a José y se acerca resuelto:

- Devuélvanos el pavo.

El forastero le mira maravillado:

- ¿Un pavo? ¿Y quién lo ha visto?

- Usted lo ha robado. Sáquelo fuera. Y si no, gritaremos "¡al ladrón!" y lo golpearán a Ud.

Con cuatro azotes se puede hacer correr a dos chicos. Pero la actitud firme de los muchachos hace perder la tranquilidad a aquel tipo.

Hay campesinos por el contorno, y si se ponen a gritar, todo puede suceder. Así que saca una bolsa escondida en el cerco, y extrae el pavo.

- Quería hacerles una broma.

- No es una broma de hombre honrado - replican los chicos, mientras el hombre se va.

Por la noche, como siempre, se lo cuentan a la mamá.

- Se han librado de un peligro.

- ¿Por qué?
- Porque, ante todo, no estaban seguros de que fuese él.
- Pero por allí no había nadie más.
- No basta eso para llamar a uno ladrón. Además, ustedes son unos chicos y él era un hombre. ¿Y si les hubiera hecho algo?
- Entonces, ¿teníamos que dejarnos robar el pavo?
- No es malo ser valientes. Pero es mejor perder un pavo, que quedar mal parado.
- Hum, - murmura Juanito pensativo -. Será como usted dice, mamá, pero era un pavo precioso y gordo...

La vara en el rincón

Margarita era una madre muy habilidosa, pero fuerte y enérgica. Sabían muy bien sus hijos que, cuando decía no, era que no. No había capricho capaz de hacerle cambiar de parecer.

En un rincón de la cocina estaba siempre "la vara": un mimbre flexible. Nunca la usó, pero tampoco la quitó del rincón.

Un día Juan cometió una gran falta. Tal vez por el apuro de ir a jugar, el hecho es que dejó abierta la conejera y los conejos se escaparon al prado. Tuvieron gran trabajo para poderlos atrapar De vuelta en la cocina, señaló Margarita el rincón:

- Juan, trae la vara.
- ¿Qué va usted a hacer?
- Tráela y verás

El tono era decidido. Juan la tomó, y entregándosela desde lejos:

- Quiere usted medir con ella mis espaldas...
- ¿Y cómo no, si me haces renegar...?
- Mamá, no volveré a hacerlo.

La madre sonreía. Y el niño también.

Otro día, de sol abrasador, vuelven Juan y José de la viña medio muertos de sed. Margarita va al pozo, saca un balde de agua fresca, y con un jarro de cobre da de beber, primero, a José.

Juan pone cara de enfadado. No le ha gustado la preferencia. Cuando la mamá va a darle de beber a él, dice con la cabeza que no quiere. Margarita calla. Lleva el balde a la cocina y cierra la puerta. Pasa un instante y entra Juan:

- Mamá...
-¿Qué pasa?
-¿Me da de beber también a mí?
- Creía que no tenías sed.
- Perdón, mamá.
- Así está bien -, y le acercó el jarro goteando.

Juanito tiene ocho años. Es un chico estupendo. Sus risotadas llenan la casa. Es pequeñito y fuerte. Tiene los ojos negros, los cabellos enrulados y espesos como la lana de un cordero. Le gustan las aventuras y el peligro. No se queja nunca de los rasguños en las pantorrillas.

Ya ha subido a más de un árbol para cazar nidos de pájaros. Pero una vez le fue mal. Había un nido de currucas muy escondido en la resquebrajadura de un tronco. Metió el brazo dentro hasta el codo, pero luego no podía sacarlo fuera. Intentó sacarlo, el brazo se le hincha, más en esa trampa. José, que lo miraba desde abajo, tuvo que ir corriendo a llamar a su madre. Margarita se acercó con una escalera de mano, pero tampoco tuvo suerte. Se vio obligada a ir en

busca de un campesino con una hacha. Juan, mientras tanto, transpiraba mucho. Y José siempre abajo, con más miedo que él, le gritaba: "Aguántate bien que ya llegan".

El campesino envolvió el brazo del chico con el delantal de Margarita y comenzó a golpear el tronco. A los siete u ocho hachazos, salió el brazo fuera.

Margarita no tuvo valor para retarlo. Estaba más mortificado que un perrito mojado. Solamente le dijo:

- Ya sabes que no quiero que me hagas una cada día.

El diablo en el desván

Una noche de otoño está Juanito con su madre en casa de los abuelos. Es la hora de la cena. La numerosa familia está alrededor de la mesa, envuelta en una oscuridad, apenas rota por la luz de un candil. De pronto se oye ruido sobre el techo. Una, dos, tres veces. Miran todos hacia arriba, sin apenas respirar. Una pausa silenciosa. Y de nuevo, en el desván, un rumor misterioso, seguido de un ruido que se arrastra sobre el suelo despacio, poco a poco.

Las mujeres se santiguan, los niños se aprietan contra sus madres.

Una vieja empieza a contar con palabras serias cómo, en tiempos pasados, se oían en el granero ruidos prolongados, gemidos, gritos espantosos. Era el diablo. Y ahora ha vuelto, murmuró santiguándose.

Juan rompió el silencio diciendo tranquilamente:

-Yo creo que es un gato y no el diablo.

Lo hacen callar por inoportuno. Y, mientras tanto, suena un golpe, se oye lento y quejumbroso arrastrarse. El desván de

madera, adonde todos miran asustados, es un largo sotechado que sirve de granero.

Juanito rompe de nuevo el silencio, salta sobre una silla y dice:

- Vamos a ver.
- Estás loco. Margarita, deténlo. ¡Con el diablo no se juega!

Pero el muchacho está ya en pie, toma una linterna, la enciende, agarra un palo. Margarita le dice:

- ¿No sería mejor esperar a mañana?
- Mamá, ¿también usted tiene miedo?
- No. Vamos a verlo juntos.

Suben las escaleras de madera. Se les unen otros, alumbrando con linternas y llevando palos. Empuja Juan la puerta del desván, levanta la linterna para ver mejor. Y grita:

- Allí, en aquel rincón... ¡miren!

Miran todos: un cesto de mimbre, boca abajo, se tambalea, se mueve, avanza. Juan da un paso adelante.

- ¡No! ¡cuidado! ¡Es un cesto embrujado!

Lo agarra Juan con una mano y lo tira al aire. Una gallina gorda y desgreñada, allí prisionera, quién sabe desde cuánto tiempo, salta fuera como una bala de fusil, cacareando.

En torno a Juan, ríen, ahora, todos como locos. El diablo era una gallina.

Se ve que el liviano cesto estaba apoyado contra la pared en equilibrio inestable.

Debieron quedar algunos granos de trigos, había ido la gallina a picar y el cesto le cayó encima, dejándola prisionera.

El pobre animal cansado de estar dentro y hambriento buscaba la forma de salir, arrastrando el cesto de un lado para otro, y el cesto iba golpeando otros objetos del desván, provocando los ruidos y el lento arrastrarse por el suelo.

La mancha de aceite crecía

Margarita va al mercado de Castelnuovo cada jueves. Lleva a cuestas dos bultos con quesos, pollos y verduras para vender. Vuelve con telas, velas, sal, y algún regalito para los niños, que salen a esperarla a la puesta del sol, corriendo por el sendero.

Un jueves, durante una larguísima partida a la tala, el pequeño trozo de madera fue a dar al tejado.

- En el armario de la cocina hay otro -dice Juan-. Voy a alcanzarlo.

Va corriendo. El armario es demasiado alto para él y tiene que subirse a una silla. Se levanta sobre la punta de los pies, extiende bien su brazo, y un vaso de aceite que estaba sobre el armario cae al suelo, se rompe y el aceite se extiende sobre las rojas baldosas.

José, al ver que su hermano tarda en volver, corre a buscarlo. Contempla el desastre y se lleva las manos a la boca:

- ¡Dios mío, mamá esta noche,..!

Quieren arreglarlo. Toman la escoba. Se apuran para recoger los trozos. Pero la mancha de aceite, ¿quién la quita? Se hace cada vez mayor, como el miedo.

Juan guarda silencio durante más de media hora. Luego saca del bolsillo su navajita, va a la mimbrera, corta un hermoso mimbre flexible y se pone a un lado a limpiarlo. Mientras tanto, trabaja su mente: va estudiando lo que dirá a la mamá.

Al fin queda la corteza del mimbre llena de adornos y dibujos.

A la caída del sol, salen al encuentro de la madre. José se queda un poco atrás. Juan, por el contrario, corre:

- Buenas tardes, mamá. ¿Cómo está?
- Bien. Y tú, ¿has sido bueno?
- Hum, mamá, mire, -y extiende el mimbre embellecido.
- ¿Qué has hecho?
- Esta vez merezco que me pegue. Por desgracia, he roto el vaso de aceite.

Le cuenta todo lo sucedido y termina:

- Le he traído una vara porque me la merezco. Tómela, mamá.

Y extiende el mimbre mirándola de arriba abajo, con sus ojitos medio arrepentidos, medio pícaros.

Margarita lo contempla un momento y después estalla en risas. También ríe Juan. Le toma la mamá por la mano y caminan hacia casa.

-¿Sabes que me estás resultando un picarón, Juan? Me disgusta lo del vaso de aceite, pero estoy contenta porque no has venido a contarme mentiras. Otra vez, presta más atención, porque el aceite está muy caro.

José, que ha visto deshacerse la tempestad que temía, se acerca también. José, tiene ya diez años, crece sereno y tranquilo. Le falta la vivacidad y el bullicio de Juan. Es paciente, tenaz, ingenioso. Quiere mucho a la mamá y a su hermanito, y tiene un poco de miedo a Antonio.

Antonio tiene siete años más que Juan y está resultando un adolescente cerrado en sí mismo, con algunas manifestaciones violentas y rudas. Golpea salvajemente a los hermanitos y le toca a Margarita correr para quitárselos de las manos. Es probable que únicamente se trate de un muchacho hipersensible, traumatizado por las muertes tan seguidas de su madre y de su padre.

Capítulo IV

Tiempo primaveral



La vida de la familia Bosco es una vida pobre. Entre las pocas casas de I Becchi, la de los Bosco es la más pobre. Es una construcción de planta baja y un piso, que sirve de habitación, para el heno y animales.

En la cocina se guardan las bolsas de harina, y al otro lado de una delgada pared rumian dos vacas. En la planta superior, están las habitaciones para dormir, pequeñas, oscuras y de techo muy bajo.

Reina la pobreza, pero no la miseria, porque allí todos trabajan, y el trabajo del campesino produce poco, pero produce. Las paredes están desnudas, encaladas. Las bolsas de maíz no son muchas, pero se van vaciando despacio. Las vacas tiran del carro y del arado. Así que dan poca leche y mezquina. Pero es suficiente.

Sin embargo, a los muchachos de la casa Bosco no les alcanza la tristeza ni la agresividad. En medio de la pobreza puede uno ser feliz, con paciencia.

Entre los ocho y los nueve años, Juan empieza a tomar parte activa en el trabajo de la familia, a convivir su vida austera y dura.

Se trabaja de sol a sol, y el sol de verano se levanta pron-

to. "A quien madruga, Dios lo ayuda", decía Margarita a los muchachos al despertarlos al alba.

El desayuno matutino era simple y puro alimento: una rebanada de pan y agua fresca. Juan aprende a cavar, a segar hierba, a manejar la podadera, a ordeñar las vacas. Es todo un campesino. Viaja a pie. La diligencia pasa lejos, por la carretera de Castelnuovo, y cuesta. De noche duerme sobre un colchón, lleno de hojas de maíz.

Los pies del pobre

Si de noche había un enfermo grave en las casas vecinas, iban a despertar a Margarita. Sabían muy bien que nunca se negaba dar una mano.

Ella despertaba a uno de los hijos, para que la acompañase y le decía:

- Vamos. Hay que hacer una obra de caridad.

"Hacer una obra de caridad". Con esta simple expresión, en aquellos tiempos, se juntaban muchos "valores", que hoy llamamos generosidad, servicio, entrega, amor verdadero, altruismo.

"En el invierno -recordaba Don Bosco- venía a menudo a llamar a nuestra puerta un mendigo. Había nieve y pedía dormir en el pajar". Margarita, antes de que se acostara, le daba un plato de sopa. Después le miraba los pies. Las más de las veces en muy malas condiciones.

Los calzados ya gastados, dejaban penetrar el agua y el lodo. Ella no tenía otro par para regalarle, pero le envolvía los pies con unos trapos y se los ataba como mejor podía.

En una de las casas de I Becchi habitaba un tal Ceceo. Había sido rico, pero todo lo había malgastado. Los mucha-

chos se burlaban de él. A veces le llamaban "cigarra". Las mamás, en efecto, se lo enseñaban a los niños contándoles la fábula de la hormiga y la cigarra: "Mientras nosotros trabajábamos como hormigas, él cantaba, se iba de fiesta. Andaba alegre como una cigarra. Y ahora, mira a qué se ha reducido. Aprende".

El viejo tenía vergüenza de pedir limosna, y a veces pasaba hambre. Margarita, cuando ya era de noche, dejaba sobre el alero de la ventana una ollita de guiso caliente. Ceceo iba a recogerlo, en medio de la oscuridad.

Juan aprendía. Antes la caridad que el ahorro. Había un muchacho que hacía de peón en una granja próxima. Se llamaba Segundo Matta. Por la mañana, el patrón le daba una rebanada de pan negro y ponía en sus manos el ramal de dos vacas. Tenía que llevarlas a pastar hasta el mediodía. Al bajar al valle se encontraba con Juan, que llevaba también las vacas al pasto, y tenía en la mano una rebanada de pan blanco. Por aquel entonces, un pan así era un refinamiento. Un día Juan le dijo:

- ¿Me quieres hacer un favor?
- Con mucho gusto.
- Me gustaría que nos cambiásemos el pan. El tuyo debe ser mejor que mío. Segundo Matta se lo creyó, y durante tres meses -él mismo es quien lo cuenta- siempre que se encontraban, se cambiaban el pan. Solamente cuando llegó a hombre, el señor Matta se acordó y entendió que Juan Bosco era un chico de buen corazón.

Bandidos en el bosque

Junto a la casa había un bosque. Más de una vez, al llegar

la noche, llamaban a la puerta de Margarita los bandidos, perseguidos por los guardias. Iban a pedir un plato de sopa y una bolsa de paja para dormir.

Por cierto que Margarita no se espantaba con tales visitas. Estaba acostumbrada. Durante los tiempos de Napoleón, eran muchos los jóvenes que escapaban de los que reclutaban. Vivían por los bosques o en las montañas, en grupos.

Lo que preocupaba era que, a menudo, detrás de los bandidos aparecían los guardias. Pero en casa Bosco reinaba una especie de armisticio tácito. Los guardias, rendidos por la subida de la colina, pedían a Margarita un vaso de agua, y hasta un trago de vino. Los bandidos, desde los henos, oían sus voces y escapaban silenciosamente. "Aunque muchas veces supieran quién andaba en aquel momento escondido en casa -escribe Juan B. Lemoyne, el principal biógrafo de Don Bosco, que sostuvo con él larguísimos charlas durante los años en Turín- disimulaban, y jamás intentaron una detención".

Juanito observa todo e intenta entenderlo. Ha sabido, por su madre, que al principio eran los soldados del régimen democrático los que perseguían a las personas que seguían siendo fieles al rey. Ahora, los perseguidores se han convertido en perseguidos. Los guardias del rey persiguen a los democráticos. Pronto han de volver a cambiar las cosas: los demócratas llegarán a ser ministros, jefes de policía, dueños de la administración pública.

Los perseguidos serán otros. Margarita habituada a tales cambios, ofrece una cazuela de caldo y una rebanada de pan a todo el que llame a su puerta, sin preguntarle en qué partido milita. Tal vez podamos pensar que precisamente estos sucesos hacen nacer en Juan Bosco la desconfianza en la

política y los partidos. A lo largo de su vida apuntará hacia ideales más sólidos: almas que salvar y jóvenes pobres a quienes educar y alimentar.

Es lo que él llamará "la política del Padrenuestro".

"Mi madre me enseñó a rezar"

La caridad que se hacía en I Becchi era por amor de Dios, no por filantropía o por sentimiento. En la familia Bosco el Señor era de casa. Margarita era iletrada, pero sabía de memoria muchos pasajes de la Historia Sagrada y del Evangelio. Y creía en la necesidad de rezar, esto es, de hablar con Dios, para tener la fuerza necesaria para vivir y hacer el bien.

"Mientras fui pequeñito -escribe Don Bosco- ella me enseñó las oraciones. Me hacía poner de rodillas con mis hermanos por la mañana y por la noche, y todos juntos rezábamos las oraciones".

El cura vivía lejos, y ella no esperó nunca a que hallase tiempo para ir a enseñar el catecismo a sus hijos. He aquí algunas preguntas y respuestas del Compendio de la doctrina cristiana que Margarita había aprendido de pequeña, y que enseñó a Juan, José y Antonio:

- ¿Qué debe hacer un buen cristiano por la mañana, al despertar?
- La señal de la Santa Cruz.
- Una vez levantado y vestido, ¿qué debe hacer un buen cristiano?
- Ponerse de rodillas, si puede, delante de una imagen devota, y renovando con el corazón el Acto de Fe, en la presen-

cia de Dios, decir con devoción: Te adoro, Dios mío...
- ¿Qué se debe hacer antes de empezar a trabajar?
- Ofrecer el trabajo a Dios".

Una de las primeras "prácticas religiosas", en las que Juanito participó, fue en el Rosario. Era, por entonces, la oración de la tarde de todos los cristianos. Repitiendo cincuenta veces el Ave María, también los campesinos de I Becchi hablaban con la Virgen, más madre que reina. Al desgranar el Rosario, su pensamiento volaba a los hijos, los campos, la vida, la muerte. Juan empezó a hablar así a la Virgen y sabía que Ella lo miraba y lo escuchaba. En las Memorias recuerda también Don Bosco su primera confesión: "Fue mi madre conmigo a prepararme. Me acompañó a la iglesia, se confesó ella primero, me recomendó al sacerdote. Después me ayudó a dar gracias"

A la escuela

Probablemente Juanito acudió a la primera clase elemental, a los nueve años, durante el invierno de 1824-25. Por entonces las clases empezaban el 3 de noviembre y terminaban el 25 de marzo. Era el tiempo de calma en los campos. Antes y después, hasta los bracitos de los chicos eran necesarios, lo mismo en casa que en el campo. (1)

Como que la escuela municipal de Castelnuovo distaba cinco kilómetros, su primer maestro fue un campesino que sabía leer. Después, su tía Mariana Occhiena(2), hermana de

(1) La enseñanza elemental fue impuesta por ley, en 1822. Era obligatoria y gratuita. Había que enseñar: lectura, escritura, religión y aritmética. Pero no todos los ayuntamientos pudieron aplicar la ley.

(2) Se pronuncia: Oc-quiena.

Margarita y sirvienta del sacerdote-maestro de Capriglio, pidió al sacerdote un puesto en su escuela para el sobrinito.

Don Lacqua accedió, y Juan estuvo como huésped de la tía probablemente durante tres meses. Lo mismo sucedió durante el invierno de 1825-26. Pero, en aquella estación, Antonio ya con sus 17 años empezó a poner mala cara

- ¿Por qué enviarlo todavía a la escuela? Sabiendo leer y firmar, ya basta. Que tome la azada, como hemos hecho los demás.

Margarita intentaba hacerlos razonar:

- Según van pasando los años, hace falta más instrucción, ¿No ves que hasta los zapateros y los sastres van a la escuela? Tener en casa uno que sepa de cuentas, no será inútil.

Apenas aprendió a leer, los libros se convirtieron en su pasión. Se los pedía prestados a Don Lacqua, y se pasaba muchas tardes del verano, a la sombra de un árbol, devorando sus páginas. Cuando iba con las vacas al pasto, estaba dispuesto a cuidar las de los amigos, con tal de que lo dejaran leer en paz.

Pero no se convirtió en un solitario. Le gustaba leer, y le seguía gustando jugar a trepar por los árboles.

Una tarde, juntamente con sus amigos, vio sobre la rama de una robusta encina un nido de jilgueros. Subió hasta él y vio que había pajaritos, a punto para meterlos en la jaula. Estaba el nido en la punta de la rama.

Juan se lo pensó un poco y dijo a sus amigos: "Los agarro". Despacio, despacio fue deslizándose por la rama, cada vez más delgada y flexible. Alargó la mano, tomó los cuatro pajaritos y se los guardó en el bolsillo.

Se trataba de volver atrás, a lo largo de la rama, que se

había inclinado hacia adelante, con su peso. Se fue arrastrando despacio, cuando de repente le resbalaron los pies. Se quedó colgado sólo de las manos, a una altura de miedo. Con un golpe de habilidad y fuerza volvió a enganchar la rama con sus pies, pero luego ya no pudo moverse. Todo esfuerzo para ponerse a caballo de la rama fue inútil. Le transpiraba la frente. Desde abajo, gritaban y saltaban los amigos, pero no resolvían nada.

Cuando los brazos no le aguantaron más, se dejó caer en al vacío. Un golpe tremendo. Quedó sin sentido unos minutos. Luego, logró sentarse.

- ¿Te has hecho daño?
- Creo que no - logró susurrar.
- ¿Y los pajaritos?
- Aquí están. Vivos. - Metió la mano dentro de la camisa y los sacó. - Pero me han costado caros...

Intentó caminar hacia su casa, pero temblaba de arriba abajo y tuvo que sentarse de nuevo. Cuando pudo volver a ella y entrar, dijo a José:

- Estoy mareado, pero no digas nada a mamá.

La cama surtió sus efectos, pero sintió durante muchos días los efectos del tremendo golpe.

Un mirlo pequeñito

Los pájaros lo volvían loco. Había alcanzado un nido con un mirlo pequeñito y lo había criado. En la jaula, entretejida con ramitas de sauce, le enseñó a silbar. El pájaro aprendió. Al ver a Juan lo saludaba con un silbido modulado, saltaba alegre sobre los barrotes, lo miraba con un ojito negro-brillante.

Era un mirlo simpático.

Pero, una mañana el mirlo no lo saludó con su silbido. Un gato había deshecho la jaula y se lo había comido.

No quedaba más que un mechón de plumas ensangrentadas. Juan se echó a llorar. Su madre quiso calmarlo, diciendo que todavía encontraría mirlos en los nidos. Pero Juan siguió sollozando. No le importaban nada los otros mirlos.

Era a "aquél", a su pequeño amigo, que se lo habían matado y no lo volvería a ver. Estuvo triste unos días, sin que nadie ni nada pudiera devolverle la alegría.

"Finalmente -cuenta Lemoyne- se detuvo a pensar sobre la inutilidad de las cosas de este mundo, y tomó una resolución superior a su edad: se propuso no apegar más su corazón a ninguna cosa de la tierra".

Unos años más tarde, repitió las mismas palabras, con motivo de la muerte de su amigo, y muchas otras veces.

Da gusto reconocer que Juan Bosco no llegó a cumplir nunca el propósito. También él, como nosotros, con corazón de carne, necesitaba amar cosas pequeñas y grandes. Llorará con el corazón hecho pedazos la muerte de Don Calosso, de Luis Comollo, y al ver a los primeros muchachos detrás de los barrotes de la cárcel. Dirá de quien hacía daño a sus muchachos: "Si no fuera pecado, lo desharía con mis propias manos".

Sus muchachos testimoniarán sobre él con insistencia monótona: "Me quería mucho". Uno de ellos, Luis Orione, escribía: "Caminaría sobre carbones ardiendo, para volver a verlo una vez siquiera, y decirle: 'gracias".

La ascética de aquel tiempo enseñaba que "pegar el corazón a las criaturas" era malo. Mejor no correr el riesgo, amando poco. La del Vaticano II, 1962-65, nos dirá que, es

verdad, no hay que transformar las criaturas en ídolos, pero que Dios nos ha dado el corazón para amar sin miedo.

El dios de los filósofos es impasible. Pero el Dios de la Biblia, no: él ama y se irrita, sufre y llora, tiene estremecimientos de alegría y sonrisas de ternura.

Su tierra

A los nueve años empieza el pequeño, a mirar alrededor. Juanito miraba y descubría su propia tierra. Hermosa, ondulada, tranquila. Allí crecían las moras, las viñas, el maíz, el cáñamo. Pastaban las vacas y las ovejas. Los bosques extensos y frondosos eran como manchas de un verde intenso. Los campesinos, que labraban lentamente bajo el sol, eran hombres pacientes, tenaces. Gente fiel a su propia tierra, en la que había echado raíces, como los árboles. No tenían vergüenza de quitarse el sombrero ante el sacerdote y ante Dios, y cuando cerraban la puerta de su casa, se encontraban como reyes en medio de su familia.

Juan Bosco fue un gran hijo de Dios, pero también de su tierra. El Cielo le dio la vocación, pero aquel clima, aquel aire, el carácter de aquellas gentes lo modelaron y alimentaron. En su voz arrastrará siempre el acento dialectal de sus colinas y en el alma las huellas de su tierra.

Capítulo V

Saltimbanqui
(acróbata-malabarista)



Los nueve años de Juanito están marcados por el gran sueño: la multitud de muchachos, el Hombre que le amonesta: "No con golpes, sino con mansedumbre", la Señora que le predice: "A su tiempo lo entenderás todo".

A pesar de las prudentes palabras de la abuela, aquella noche nació una luz para el futuro. El sueño de los nueve años condiciona el modo de vivir y de pensar de Juan Bosco. Y condiciona también la conducta de su madre durante el tiempo que sigue. También para ella es la manifestación de una voluntad superior, una señal clara de la vocación sacerdotal del hijo. Sólo así se puede explicar su tenacidad en conducir a Juanito por el camino que lo había de llevar hasta el altar.

En el sueño, Juan vio toda una turba de jóvenes, y se le ordenó que les hiciera el bien. ¿Por qué no empezar enseguida? Conoce ya a algunos: a los compañeros de juego, a los muchachos que viven en las granjas esparcidas por el campo. Algunos son muy buenos, otros son vulgares, blasfemos.

Durante el invierno, muchas familias se juntaban para pasar la velada en alguna cuadra grande, donde bueyes y vacas

proporcionaban la calefacción. Mientras cosían las mujeres y fumaban los hombres, Juan empezó a leer a sus amigos los libros que le prestaba Don Lacqua: Bertoldo y Bertoldino, Los Pares de Francia. Alcanzó un éxito rapidísimo. "Todos me reclamaban en el establo -cuenta él mismo- Allí se reunía gente de toda edad y condición. Y todos disfrutaban escuchando inmóviles, durante cinco o seis horas, al pobre lector, de pie sobre un banco para que todos lo vieran y oyesen".

El best-seller de aquellas veladas era Los Pares de Francia. Narraba las maravillosas aventuras un tanto complicadas de Carlomagno y sus paladines: Roldán, Oliveros, Garrelón el traidor, el obispo Turpin, las carnicerías de la espada mágica Durindaina. Escribe Don Bosco: "Empezaba y terminaba las narraciones con la señal de la cruz y el rezo del Avemaría".

Suena la trompeta por la colina

Al llegar la primavera cambian las cosas. Las historias no atraen. Juan entiende que le toca hacer algo más maravilloso, si quiere reunir a sus amigos. ¿Qué hacer?

La trompeta de los saltimbanquis resuena por la colina cercana. Es la feria. Juan va allí con su madre. Allí se compra, allí se vende, allí se discute, allí se trampea. Y allí se divierten. La gente se amontona alrededor de los prestidigitadores y acróbatas. Juegos de malabares, ejercicios de destreza dejan boquiabiertos a los campesinos. También él podría hacer eso mismo. Sólo que antes ha de aprender los secretos de los equilibristas y los trucos de los malabaristas.

Pero los grandes espectáculos sólo se ven en la fiesta mayor del pueblo: los equilibristas andan sobre la cuerda, los

prestidigitadores hacen juegos de manos; sacan palomas y conejos de los sombreros, hacen desaparecer a una persona, la cortan en dos y aparece luego íntegra. También son admirados los "sacamuelas sin dolor".

Para contemplar estos espectáculos hay que pagar la entrada, pero es muy cara. ¿De dónde sacarla? Margarita responde, después de ser consultada:

- Arréglatelas como puedas, pero no me pidas dinero. No tengo.

Juan se las arregla. Caza pájaros y los vende, fabrica cestos y jaulas y contrata con los vendedores ambulantes, recoge hierbas medicinales y las lleva al boticario de Castelnuovo.

De este modo logra poder colocarse en las primeras filas de los espectáculos. Observa atentamente y entiende el equilibrio que presta aquella barra larga y delgada que se llama balancín, advierte el rápido movimiento de los dedos que esconden el truco. Llega a descubrir trampas burdas.

Arrancar una muela cariada era, en aquellos tiempos, una tortura para todos. El primer anestésico no se empleó hasta 1846 en América. Juan asiste, en una feria de 1825, al espectáculo de arrancar una muela sin dolor, gracias a unos polvos mágicos. El campesino que se presta para la operación tiene una muela que verdaderamente le duele mucho. El prestidigitador, después de meter los dedos en los polvos, en medio del fragor de trompetas y tambores, se la saca al tirón seco de una llave inglesa que lleva escondida bajo la manga. El campesino se pone en pie gritando, pero las trompetas arman barullo, y el prestidigitador lo abraza casi hasta ahogarle, gritando: ¡Gracias, gracias! ¡Un éxito rotundo!. Juan es uno de los pocos que ha visto resbalar la llave inglesa, y se

va, riendo.

En casa ensaya los primeros juegos. "Los repetía día tras día, hasta aprenderlos". Para hacer salir un conejito de los sombreros, para andar sobre la cuerda floja, se necesitan meses de ejercicio, de constancia, de caídas. "¿Lo creen? - escribe Don Bosco - a mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, caminaba con las manos, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional".

Espectáculo en el campo

Por la tarde de un domingo, en pleno verano, Juan anuncia a sus amigos su primer espectáculo. Sobre una alfombra de bolsas extendidas sobre la hierba, hace milagros de equilibrios con latas y cacerolas suspendidas en la punta de la nariz. Hace abrir de par en par la boca a un joven espectador y le saca fuera una docena de pelotitas coloradas. Trabaja con la varita mágica. Y, al fin, danza sobre la cuerda y camina por ella, entre los aplausos de los amigos.

Corre la voz de casa en casa. Aumenta el público: pequeños y grandes, muchachas y muchachos, hasta los viejos. Los mismos que lo oían leer en el establo Los Pares de Francia. Ahora lo ven hacer bajar, desde la nariz de un ingenuo campesino, un río de monedas, cambiar el agua en vino, multiplicar los huevos, abrir el bolso de una señora y sacar volando una paloma. Ríen, aplauden.

"Hasta su hermano Antonio iba a ver los juegos -escribe Lemoyne-, pero nunca se ponía en las primeras filas. Se escondía detrás de un árbol, aparecía y desaparecía. A veces, se burlaba del pequeño saltimbanqui:

- Mira el payaso ése ¡el vago! Yo me rompo las costillas en el campo y él ¡haciendo de payaso!"

Juan sufría. Alguna vez suspendía el espectáculo, para volverlo a empezar doscientos metros más allá, en donde Antonio acababa por dejarle en paz. Aquel muchacho era un payaso especial. Antes de empezar el último número, sacaba del bolsillo el Rosario, se ponía de rodillas e invitaba a todos a rezar. O bien, repetía el sermón oído por la mañana en la parroquia. Era la entrada que pedía al público y que hacía pagar a chicos y grandes. Más tarde, Juan será muy generoso para regalar su trabajo, pero, a fe de buen piamontés, exigirá siempre un precio: no en dinero, pero sí el compromiso con Dios y con los muchachos pobres.

Y después, el brillante final. Ataba una cuerda a dos árboles, subía a ella y caminaba sosteniendo un rudimentario balancín, entre improvisados silencios y aplausos frenéticos.

"Tras algunas horas de diversión -escribe-, cuando yo estaba bien cansado, cesaban los juegos, se hacía una breve oración y cada cual volvía a su quehacer".

Primera Comunión

La Pascua de 1826 cayó en el 26 de marzo. Aquel día hizo Juan su primera Comunión, en la iglesia parroquial de Castelnuovo. Así la recuerda él:

"Mi madre estuvo a mi lado. Durante la cuaresma, me había ayudado a confesarme tres veces. "Juanito mío -me repitió varias veces-, Dios te va a dar un gran regalo; procura prepararte bien. Confiésalo todo, arrepentido de todo, y promete a nuestro Señor ser mejor en lo porvenir". Todo lo prome-

tí; si después he sido fiel, Dios lo sabe".

Aquella mañana me acompañó a la sagrada misa, e hizo conmigo la preparación y acción de gracias.

No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo material, sino que lo empleara en leer y rezar. Me repitió muchas veces:

- Este es un gran día para ti. Dios ha tomado posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas, para conservarte bueno hasta el fin de la vida.

En lo sucesivo, comulga con frecuencia; dilo todo en confesión; sé siempre obediente; ve, de buen grado, al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones.

Recordé los avisos de mi madre y procuré ponerlos en práctica, y me parece que, desde aquel día, hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en la obediencia y en la sumisión a los demás, que al principio me costaba mucho.

El invierno más duro de la vida

El invierno siguiente fue para Juanito el más duro de la vida.

Había muerto la abuela, madre de Francisco. Antonio con sus dieciocho años, andaba cada vez más lejos de la familia. Sus momentos de violencia se hicieron más frecuentes.

En los últimos días de octubre, indicó Margarita la posibilidad de enviar a Juanito un año más a la escuela de Don Lacqua. Así podría aprender algo de latín. Antonio reaccionó bruscamente:

- ¿Qué latín ni qué ocho cuartos? ¿Para qué queremos el latín en casa? ¡Trabajar! ¡Trabajar es lo que hace falta!

Con toda probabilidad, indicó Margarita la posibilidad de

una carrera eclesiástica para Juan, pero Antonio debió opinar que era una utopía irrealizable. "Para hacer un cura -oirá decir muchas veces Juan - se necesitan diez mil liras". Una cantidad disparatada para una familia campesina de aquellos tiempos.

Con la excusa de llevar unos recados a la tía Mariana y al abuelo, que vivían en Capriglio, Juan logró ir más de una vez hasta Don Lacqua, durante el invierno 1826-27. Pero Antonio estaba cada vez más enojado. Hasta que un día estalló la guerra. Lo cuenta el mismo Don Bosco:

"Un día, delante de mi madre, y, después, delante de mi hermano José, dijo Antonio con tono imperativo:

- ¡Ya he aguantado bastante! ¡Quiero acabar con tanta gramática! Yo me hice grande y fuerte, y nunca vi un libro.

Dominado en aquel momento por el pesar y la rabia, respondí lo que no debía:

- Tampoco el burro ha ido a la escuela y es más grande que tú. A tales palabras se puso furioso y, gracias a mis piernas, pude ponerme a salvo de una lluvia de golpes y coscorrones. Mi madre estaba afligidísima. Yo lloraba".

Entre tensiones, cada vez más violentas, las cosas marcharon adelante durante algunos días. Antonio era testarudo, Juan no se dejaba poner los pies encima y reaccionaba vivazmente. Después, por un libro que Juan había colocado en la mesa junto a su plato, estalló la escena anterior. Juan no pudo escapar y fue maltratado por el hermano.

Fue a la mañana siguiente, cuando Margarita le dijo aquellas tristes palabras: "Es mejor que te vayas fuera de casa". Y en un día nebuloso de febrero, llegó Juan a la granja Moglia, en la que fue aceptado como peón, gracias a su afligido llanto.

Capítulo VI

Tres años en la granja y uno en la casa rectoral



Habían pasado algunos días. Luis Moglia dijo a Dorotea:
- No hemos hecho mal negocio al emplear a ese muchacho.

Juan Bosco se había puesto a trabajar con todo ahínco y parecía voluntarioso y obediente. Su trabajo consistía en cuidar el ganado. Lo más pesado era rehacer cada mañana la cama de paja fresca para las vacas y sacar fuera el estiércol con la horca y la carretilla. Después, estregar los animales, llevarlos al abrevadero, subir al henil y echar hierba en los pesebres para todo el día, ordeñar las vacas.

Es evidente que todo aquel trabajo no lo hacía Juan solo: estaba a las órdenes del vaquero que le confiaba los trabajos más adaptados a su edad.

A la hora del rosario, por la noche, demostró Juan tal devoción, que la señora Dorotea lo invitó, mas de una vez, a dirigirlo.

Los Moglia le asignaron, para dormir, un cuartito limpio con una buena cama. Más de lo que tenía en I Becchi, en donde había de compartir la habitación con José, y tal vez también con Antonio. Al cabo de unas noches, Juan se atrevió a encender un cabo de vela, y a leer durante una horita uno de los libros que Don Lacqua le había prestado. Nadie le dijo

nada, y él continuó.

Por la noche del sábado, pidió permiso al dueño para ir a la mañana siguiente temprano a Moncucco. Volvió para el desayuno, y a la diez acompañó al señor Luis y a toda la familia a Misa mayor.

Como los sábados siguientes también pidiera el extraño permiso, quiso saber Dorotea a dónde iba el muchacho: que, al fin ella era la responsable ante su madre. Se fue a Moncucco antes del alba, y vio, desde la casa de una amiga, cómo llegaba Juan e iba a la iglesia. Allí lo vio acercarse al confesionario del párroco, oír la primera Misa y comulgar.

Por aquella época se comulgaba de tarde en tarde. Durante la Misa mayor a la que asistía toda la gente del lugar ni siquiera se distribuía la Comunión. El que quería comulgar debía acudir a la Misa rezada, que el párroco celebraba bien temprano.

Dorotea, acompañándolo a casa, le dijo: "De hoy en adelante, cuando quieras venir a Misa rezada, puedes hacerlo. No hace falta que pidas permiso".

Juan confió al párroco Don Cottino, con el cual se confesaba, su deseo de llegar a ser sacerdote, y también sus dificultades. Don Cottino lo animó a confesarse y comulgar cada semana, a rezar durante el día y a confiar en el Señor: si El lo quería, se resolverían las dificultades. Le animó para que no interrumpiera del todo sus estudios: más aún, si fuere compatible con su trabajo, se brindaba a darle alguna lección de latín. Mientras tanto, podía prestarle libros.

Por dos granos, cuatro espigas

El anciano José, tío del patrón, volvía un día del campo,

empapado en sudor, con el azadón al hombro. Era el mediodía, y sonaba la campana de la torre de la iglesia. El viejo, cansado, se sentó sobre el heno para descansar un rato. Un poco más allá, vio a Juan de rodillas en la hierba: rezaba el Ángelus, como Margarita le había enseñado a hacer por la mañana, al mediodía y a la tarde.

Medio en broma, medio en serio, gruñó José:

- ¡Bravo! Los patrones rompiéndose las costillas, de la mañana a la noche hasta no poder más. Y ¡el muchacho rezando en santa calma y santa paz!

Juan, también, medio en serio, medio en burla, respondió:

- Cuando hay que trabajar, ya sabe, tío José, que no me quedo atrás. Pero mi madre me ha enseñado que, cuando se reza, por cada dos granos nacen cuatro espigas; y si no se reza, por cada cuatro granos nacen sólo dos espigas. Por lo tanto, será mejor que también usted rece un poco.

- ¡Adiós! -concluyó el viejo-. Ahora, hasta tenemos un predicador en casa.

Al llegar la primavera, le tocaba al joven sacar las vacas al pasto: cuidar de que no invadieran los prados ajenos, que no comiesen hierba demasiado mojada, que no se alejaran.

Sentado a la sombra de un árbol, mientras pacían los animales, Juan halló tiempo para sus libros. Luis Moglia no se quejaba, pero movía la cabeza:

- ¿Por qué lees tanto?
- Porque quiero ser cura.
- Y ¿no sabes que, hoy, hacen falta, al menos, de nueve a diez mil liras para estudiar? ¿Dónde las vas a encontrar?
- Si Dios lo quiere, alguien pensará en ello.

A veces, va a jugar al campo, Ana, la hija mayor de los Moglia. Tiene ocho años. Ve a Juan leer su libro, en vez de

mirarle a ella los ojos, y se molesta:

- Basta de leer, Juan.
- Es que quiero ser cura, y tendré que predicar y confesar.
- Sí, cura -dice burlándose la chiquilla-. Tú serás vaquero.

Un día, Juan le respondió:

- Tú, Ana, ahora te burlas de mí, pero un día irás a confesarte conmigo.

Ana se casó y vivió mucho tiempo en Moriondo. Contó muchas veces a sus hijos este episodio. Cuatro o cinco veces al año iba a Valdocco, a confesarse con Don Bosco. Y él la recibía con alegría, como a una hermana.

Al volver el invierno, los patrones le permitieron ir alguna vez a clase con Don Cottino. Pero eran pocas lecciones, y tan distanciadas una de otra, que resultaban inútiles.

En cambio, el trato con el párroco le facilitó la amistad con los muchachos de Moncucco. El portal de entrada en la casa rectoral, que servía de escuela durante la semana, se transformaba los domingos en un pequeño oratorio festivo. Juan Bosco hacía malabares, leía las páginas más llenas de aventuras de la Historia Sagrada, hacía rezar a sus pequeños amigos.

Cuando hacía mal tiempo y no podía ir hasta Moncucco, algunos de las granjas se reunían con él en casa de los Moglia. Subían con Juan al pajar, se divertían y les explicaba el catecismo. Juan pasó tres años casi enteros en casa de los Moglia: desde febrero de 1827, hasta noviembre de 1829.

Años perdidos para sus estudios. ¿Fueron también inútiles para la misión a la que Dios lo llamaba?

El historiador Pedro Stella recuerda un episodio insignificante a primera vista: "La señora Dorotea y el cuñado Juan, lo encontraron un día de rodillas con un libro entre las manos,

los ojos cerrados, y la cara vuelta hacia el cielo, y tuvieron que sacudirlo, tan absorto estaba en su reflexión". Y argumenta: "No fueron, pues, años inútiles aquéllos, durante los cuales se consolidó profundamente en Juan el sentido de Dios y de la contemplación. Pudo así introducirse en el diálogo con Dios durante el trabajo del campo. Años que podrían definirse como la espera abstraída y suplicante de Dios y de los hombres".

El año 1827, publicaba en Milán, Alejandro Manzoni la primera edición de Los Novios. En 1828, moría en Burdeos Francisco de Goya, el gran pintor español. El 1829, Joaquín Rossini ponía en escena en París su obra maestra Guillermo Tell.

Durante estos tres años, Juan Bosco estregaba las vacas en una perdida granja del Monferrato. Pero empezaba a hablar con Dios.

El tío Miguel

La permanencia de Juan en la granja de los Moglia era una espina clavada en el corazón de Margarita. Probablemente se desahogó con su hermano Miguel, el cual, al cumplirse el término de los contratos del campo el 11 de noviembre fue a hablar con el sobrino. Lo encontró, justo cuando salía del establo con las vacas.

- Dime, Juan: ¿estás contento de estar aquí o no?
- No. Me tratan bien, pero yo quiero estudiar. Pasan los años, he cumplido ya catorce, y estoy siempre en el mismo punto.
- Entonces, guarda las vacas en el establo y vuelve a I Becchi. Yo hablo con tus patrones. Luego tengo que ir al mercado de Chieri. Pero esta noche iré a tu casa y lo arreglare-

mos todo. Juan volvió a hacer su bolso. Se despidió de la señora Dorotea, del señor Luis, del tío José, de Teresa y Ana. Se habían hecho amigos y lo serían para toda la vida.

Tomó el camino de I Becchi. Cuando llegó, Mamá Margarita, que lo vio desde lejos, salió a su encuentro apurada:

- Antonio está en casa. Ten paciencia, escóndete hasta que llegue el tío Miguel. Si Antonio te ve, va a tramar no sé qué complot, y sabe Dios lo que puede suceder.

Juan dobló detrás de unos matorrales y fue a sentarse junto a un hoyo. No se había acabado todo. Había que prepararse para el combate.

El tío llegó ya de noche, recogió al sobrino, temblando de frío, y lo acompañó a casa. Hubo tensión, pero no guerra. Antonio había cumplido ya veintiún años y se preparaba para montar su casa. Una vez que le garantizaron que la manutención y los estudios de Juan no pesarían sobre él, no presentó más objeciones. Miguel se puso al habla con los párrocos de Castelnuovo y Buttigliera, para ver si lograba colocar en su casa al sobrino estudiante, pero tropezó con muchas dificultades. La solución llegó cuando menos se pensaba.

Cuatro moneditas por un sermón

En septiembre de aquel año 1829, había ido a establecerse como capellán, en Morialdo, Don Juan Melchor Calosso, sacerdote de unos setenta años, que, por razones de salud, había renunciado pocos años antes a la parroquia de Bruino. Era un sacerdote mayor, venerable y de gran experiencia pastoral.

Hubo en noviembre una misión predicada en el pueblo de

Buttigliera. A ella fue Juan y también fue Don Calosso. De vuelta a casa, advirtió el viejo sacerdote entre la gente a aquel muchachote de catorce años, que iba solo.

- ¿De dónde eres, hijo mío?
- De I Becchi. He ido al sermón de los misioneros.
- Dios sabe lo que habrás entendido tú con tantas citas en latín -y sacudió la blanca cabeza sonriendo-. Seguramente que tu madre te podría haber hecho un sermón más adecuado.
- Pues es verdad, mi madre me da a menudo buenos sermones. Pero me parece que también he entendido a los misioneros.
- Vamos a ver; si me dices cuatro palabras del sermón de hoy, te doy cuatro moneditas.

Juan empezó serenamente y recitó al capellán el sermón entero, como si leyese un libro. Don Calosso no dejó escapar su emoción, y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Juan Bosco. Mi padre murió cuando yo era muy niño.
- ¿Qué sabes?
- He aprendido a leer y a escribir con Don Lacqua, en Capriglio. Ahora me gustaría estudiar, pero mi hermano mayor no quiere saber nada de ello, y los párrocos de Castelnuovo y Buttigliera no tienen tiempo para ayudarme.
- ¿Y por qué quieres estudiar?
- Para ser sacerdote.
- Di a tu madre que venga a hablar conmigo en Murialdo. A lo mejor puedo ayudarte, aunque ya soy viejo.

Margarita, sentada frente a la mesa de Don Calosso, le oyó decir:

- Su hijo es un prodigio de memoria. Es preciso que se

ponga a estudiar inmediatamente, sin perder más tiempo. Yo soy ya viejo, pero haré todo lo que pueda.

Se pusieron de acuerdo para que Juan estudiara con el capellán, que no quedaba lejos de I Becchi. Volvería a casa, sólo para dormir. En los momentos de mayor trabajo en el campo, todavía podría ayudar en casa.

Juan consiguió de repente lo que por tanto tiempo le había faltado: confianza paterna, sentido de seguridad, esperanza.

"Me puse enseguida en manos de Don Calosso -escribe-. Me di a conocer a él, tal y como era. Le manifestaba con naturalidad mis deseos, mis pensamientos y mis acciones. Así entendí cuánto vale un director fijo, un amigo fiel del alma, pues hasta entonces no lo había tenido. Me prohibió enseguida entre otras cosas, cierta penitencia que yo acostumbraba a hacer y que no era adecuada a mi edad. Me animó a frecuentar la confesión y comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación y un poco de lectura espiritual".

"Con él morían mis esperanzas"

Por septiembre de 1830 quizá para quitar los residuos de toda tensión con Antonio, fue a establecerse junto a Don Calosso, también por la noche. Sólo una vez a la semana volvía a casa para cambiarse de ropa.

Los estudios progresaban rápidamente. Don Bosco recordaba aquellos días con entusiasmo: "Nadie puede imaginar mi alegría. Quería a Don Calosso más que a un padre y le servía con ilusión en todo. Aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me dijo varias veces: "No te preocupes de tu

porvenir. Mientras yo viva, nada te ha de faltar. Y si muero, también proveeré". Me consideraba feliz del todo, cuando un desastre truncó el camino de mis esperanzas".

Una mañana de noviembre de 1830, mientras Juan había ido a casa para cambiarse de ropa blanca, llega una persona a advertirle que don Calosso ha sido atacado de un mal grave.

"Más que correr, volé", recuerda Don Bosco. Sufría un ataque apoplético. Reconoció a Juan, pero no pudo articular palabra. Le dio la llave del dinero, haciendo gestos de que no la entregase a nadie.

Y eso fue todo. Al muchacho no le quedó más que llorar desesperadamente ante el cadáver de su segundo padre. "Con él morían todas mis esperanzas".

Sin embargo, aún le quedaba una esperanza: la llave. En la caja había seis mil liras. A juzgar por los gestos de don Calosso resultaba evidente que eran para él, para su porvenir. Se lo confirmaban algunos de los que habían asistido al moribundo. Otro, en cambio, sostenía que los gestos no quieren decir nada: sólo un testamento normal da o quita los derechos.

Los sobrinos de Don Calosso, al llegar, se comportaron como personas honestas. Se informaron de todo y dijeron a Juan:

- Parece que el tío quiso dejarte a ti este dinero. Toma lo que quieras.

Juan pensó un poco y, después, terminó:

- No quiero nada.

En sus Memorias, resume Don Bosco estos sucesos con una sola frase: "Llegaron los herederos de Don Calosso y les entregué la llave y todo". Es un gesto expeditivo que termina

con cualquier cálculo. Una vez sacerdote, tomará como palabra de orden una frase de la Biblia, también muy expeditiva: "Da mihi animas, cociera totte". "Dame las almas, lo demás no me interesa".

De nuevo se queda solo Juan. Tenía quince años y se encontraba sin maestro, sin dinero, sin planes para el futuro. "Yo lloraba sin consuelo", escribe.

Capítulo VII

El camino hacia Castelnuovo



Sin embargo, había que seguir. En previsión de cualquier nueva oposición de Antonio, Margarita se decidió a dividir el patrimonio con él. Había, por otra parte, un buen motivo, que encubría el asunto tan poco simpático a los ojos de los extraños. Antonio estaba a punto de casarse: el 21 de marzo de 1831 llevaba al altar a la castelnovesa Ana Rosso.

Se dividieron los campos, se partió la casa de I Becchi: Antonio se convirtió en propietario de la mitad que mira al este con la escalerilla de madera que sube a la primera planta, en la otra mitad siguieron viviendo Margarita, José y Juan. Por diciembre, Juan se pone en camino. Va a la escuela pública de Castelnuovo. Junto a las clases elementales, el municipio ha abierto la enseñanza del latín, dividida en cinco clases. Como son pocos los alumnos de cada clase, se reúnen en una única sala y tienen un solo profesor, Don Manuel Virano.

La comida en la fiambrera

Los cinco kilómetros que separan I Becchi de Castelnuovo,

no parecen al empezar un obstáculo insuperable para los quince robustos años de Juan. Dado que la escuela se divide en dos tiempos, uno de tres horas y media por la mañana y otro, de tres horas por la tarde, el muchacho sale por la mañana con un pedazo de pan en la mano, vuelve a comer, se pone de nuevo en camino, por la tarde, vuelve a casa de noche. Casi veinte kilómetros cada día. Es un ritmo loco, que a los pocos días, es forzoso cambiar

El tío Miguel le encuentra una especie de media-pensión en casa de un hombre bueno, Juan Roberto, sastre y músico del pueblo. En su casa Juan come lo que cada día se lleva consigo en la fiambrera.

Sin embargo, los cinco kilómetros de la mañana y los cinco de la tarde no son cosa de risa, particulamentre en el invierno,. Pero Juan es voluntarioso. Cuando el sendero no está hecho un charco a causa de la lluvia o una pista helada por la nieve, lo mismo que los demás campesinos se quita los zapatos y se los ponen en bandolera. Lluvia y viento, sol y polvo son sus compañeros muchos días

Mamá Margarita comprende que aquel camino, en invierno es fatal para la salud de su hijo, y habla con el sastre. Por una cantidad razonable, pagadera en grano y en vino, el señor Roberto acepta a Juan, a pensión completa. Le dará almuerzo caliente al medidía y a la noche cena, y podrá dormir bajo la escalera. El pan lo pondrá su madre.

Ella misma lo acompaña a Castelnuovo, llevando en la cesta las pocas ropas necesarias para el muchacho de quince años. Encarga al señor Roberto " que el eche una miradita y, si es menester, le dé un tirón de orejas", y dice a Juan: "Que seas devoto de la Virgen, para que te ayude a ser bueno".

En la escuela se encuentra entre niños de diez y once años. Su preparación cultural, hasta el momento, era muy escasa. Si se añade su abrigo, tan poquito a la medida, y sus rústicos zapatos, es fácil imaginar que fácilmente se convirtiera en el blanco de chistes y burlas de los compañeros. Lo apodan "el vaquero de I Becchi".

Juan, que era el ídolo de los muchachos de Morialdo y de Moncucco, sufre la situación. Pero se entrega con toda su alma al estudio, ayudado y bienquerido por el maestro. Don Virano es un hombre competente y simpático. Al ver su buena voluntad lo aparta, y en poco tiempo le ayuda a realizar grandes progresos. Un día escribe Juan una redacción verdaderamente buena sobre la figura bíblica de Eleazar; Don Virano la lee en público y termina diciendo:

- El que sabe hacer tales redaccciones, puede permitirse el lujo de llevar zapatos de vaquero. Porque lo que cuenta en la vida, no son los zapatos, sino la cabeza.

Cuenta Don Bosco: "Durante aquel año tropecé con algún peligro por parte de ciertos compañeros. Querían llevarme a jugar durante las horas de clase. Y como yo sacara la excusa de que no tenía dinero, me decían: "Ya es hora de que despiertes. Hay que aprender a vivir. Roba a tu patrón, a tu madre". Recuerdo que respondí: "Mi madre me quiere mucho. No quiero comenzar a darle disgustos".

"En I Becchi sólo hay burros"

Por abril, Juan está ya a punto de su recuperación escolar, cuando tiene lugar un suceso de amargas consecuencias para él. Don Virano es nombrado párroco de Móndonio, y

tiene que dejar la escuela en manos de Don Nicolás Moglia.

Es éste un sacerdote piadoso y caritativo, pero tiene setenta y cinco años. No alcanza de ningún modo a dominar los cinco cursos que conviven en su escuela. Termina por enfurecerse un día y emplear la vara, y permitir ruidos y confusión el resto de la semana.

La tiene contra los mayores, como responsables del desorden continuo. Demuestra una antipatía singular por el mayor de todos, "el vaquero de I Becchi", pese a que Juan sufre enormemente por la indisciplina colectiva. No pierde ocasión para mortificarle:

- ¿Qué pretendes entender tú de latín? En I Becchi no hay más que grandes burros. Estupendos burros, si quieres, pero siempre burros. Vete a buscar hongos, a buscar nidos: ése es tu oficio y no estudiar latín.

Los compañeros que, gracias a la estima de Don Virano, habían empezado a dejarlo en paz, de nuevo se soltaron. Juan pasó días de desaliento.

Pero un día quiso tomarse la revancha.

Había dado Don Moglia unos deberes en clase de latín. Juan, que debía hacer los correspondientes a primer curso, pidió al maestro que le permitiese intentar hacer los del tercero. Se ofendió:

- ¿Pues quién te crees ser? Haz tu deber, y procura no ser el mismo burro de siempre.

Pero Juan insistió, y Don Moglia terminó por ceder:

- Haz lo que quieras. Pero no creas que después voy a leer tus burradas.

El muchacho aguantó con paciencia la amargura y se dio a la traducción. Era algo difícil, pero se sentía con ánimos para hacerla. Fue de los primeros en entregarla. El maestro tomó

la página y la puso aparte.
- Por favor, léala y dígame las faltas que he cometido.
- Vete a tu sitio y no me molestes. Juan, cortés y tesonero a la par, no cedió:
- No le pido un gran sacrificio, sólo que lo lea.
Don Moglia leyó. Era una traducción buena, muy buena; tan buena, que le hizo perder de nuevo la paciencia:
- Ya he dicho que no sirves para nada. Este trabajo los has copiado todo.
- ¿Y de quién lo he copiado? -. Los de su clase no perdían palabras.
- ¡Impertinente! -prorrumpió el cura-. ¡A tu sitio! y da gracias si no te echo de la escuela.

Ya entonces, la arteriosclerosis hacía estragos en Don Moglia. Y también los prejuicios.

Los últimos meses de aquel año escolar fueron para Juan de desaliento. En sus Memorias, Don Bosco no cita el nombre de Don Moglia. Sabía respetar a los ancianos. Sólo dice: "uno, incapaz de obtener la disciplina, casi echó a perder todo lo que había aprendido en los meses anteriores".

La sotana separadora

Otra espina tenía clavada Juan por aquellos meses. Había conocido a dos sacerdotes estupendos, Don Calosso y Don Virano. No podía comprender cómo los demás fueran diferentes: "Me ocurría a menudo -escribe- encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Les saludaba desde lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia; pero ellos me devolvían el saludo de un modo seco y cortés y

seguían su camino".

Su negra sotana parecía separarles de los demás. En los seminarios de aquel tiempo, se enseñaba que aquél era el porte más adaptado para un eclesiástico. Reserva y gravedad. Distanciamiento.

"Yo experimentaba un gran disgusto. Y decía a mis amigos: Si llego a ser cura, haré de otro modo. Me acercaré a los muchachos y hablaré con ellos, dándoles buenos consejos".

Juan no podía imaginarse que esta decisión obraría durante los ochenta años siguientes una revolución silenciosa entre los sacerdotes. Se darán cuenta en los seminarios de que aquel muchachito tenía toda la razón, y educarán las nuevas generaciones de sacerdotes, no en la gravedad que mantiene las distancias, sino en la bondad sonriente que termina con ellas.

En Morialdo, pasaba Juan los ratos libres que le dejaban los libros en charlas amigables con Don Calosso. El viejo sacerdote recordaba su pasado, y el muchacho fantaseaba sobre su propio futuro. Iba luego a barrer la iglesia, a poner orden en la cocina, a revolver curiosamente la pequeña biblioteca.

Pero aquí en Castelnuovo, los curas no querían hablar con él. ¿Cómo llenar el tiempo libre?

Los "hobby" de Juan

Su primer "hobby" fue la música. El señor Roberto era maestro de canto en la parroquia, y tenía en su casa una espineta (clavicornio pequeño semejante a un piano). Enseñó a Juan a cantar en el coro y a poner sus manos sobre el teclado de la espineta y, más tarde, sobre el del órgano. Pero Roberto era,

ante todo, el sastre del lugar, por lo que el segundo "hobby" de Juan fue sentarse a su lado y aprender a pegar botones, hacer ojales, coser forros, cortar chalecos. Tanto adelantó, que el señor Roberto le propuso abandonar la escuela y convertirse en su ayudante.

Por abril, empezó Don Moglia a tratarlo con dureza, y el desorden de la escuela le persuadió de que estaba perdiendo el tiempo. De acuerdo con su madre, fue a trabajar, algunas horas al día, en casa del herrero Evasio Savio. Con él aprendió a manejar el martillo y la lima y a trabajar en la fragua. Juan Bosco no podía ni siquiera pensar que aquellos oficios le servirían un día para abrir talleres-escuela para los muchachos pobres de los arrabales de Turín. En aquel momento, su única preocupación era la de ganar unas liras. Pronto habría de necesitarlas. Juntamente con su madre Margarita había decidido intentar, al año siguiente, dar un paso peligroso pero decisivo: ir a las escuelas de Chieri.

Capítulo VIII

"Tengo que estudiar"



Al marcharse y despedirse del señor Roberto, Juan no vuelve a I Becchi. Va a Sussambrino, a una granja que su hermano José ha tomado en sociedad con José Febraro. También Margarita ha dejado I Becchi juntamente con el hijo.

Juan dedica aquellos meses de verano a estudiar con ahínco. No quiere llegar a Chieri y encontrarse atrasado.

Pero tampoco quiere ser una carga para el hermano. Por eso le ayuda en los trabajos del campo: repara los instrumentos agrícolas en una fragua rudimentaria, lleva las vacas al pasto. Este último trabajo le permite leer y estudiar.

Rosa Febraro, hija de José, recuerda que Juan estaba a veces tan embebido en los libros, que las vacas andaban por su cuenta. Tenia que ir ella, muchachita de diez años, persiguiéndolas por los campos, a través de los surcos de maíz, y llevárselas al estudiante, para que no protestasen los patrones

- Tus vacas estaban comiéndose el centeno.
- Gracias, Rosa-. Le miraba ella largo rato y después:
- Pero, ¿para qué las traes a pastar, si luego no las miras?
- Tengo que estudiar, Rosa y, de vez en cuando, me olvido.
- ¿Es verdad que serás cura?

- Sí.
- Entonces, si quieres, guardo yo tus vacas, mientras guardo las mías.

Juan se lo agradecía y se zambullía en sus páginas.

Veinte liras en la punta del palo enjabonado

Durante el verano fue la fiesta mayor en Montafía. No estaba lejos aquel pueblo. Juan supo que ponían el palo enjabonado, y que entre los premios, había una bolsa con veinte liras.

- ¡Qué bien me vendrían! -pensó. Y fue a la fiesta.

El palo era muy alto; estaba alisado y untado con aceite y grasa. Los jovencitos del pueblo contemplaban el aro de hierro que había arriba en lo alto, del que colgaban paquetes, chorizos, botellas de vino, y la bolsa. De vez en cuando, salía uno que, entre el griterío de la gente, se escupía las manos e intentaba trepar. Empezaba con fuerza, pero al llegar a la mitad no podía más y resbalaba entre gritos y silbidos.

En un momento dado, después de estudiar bien la situación, Juan se colocó al pie del poste. Escupió también sus manos y se agarró a él. Empezó a subir despacio y lentamente. De vez en cuanto se apoyaba sobre los talones y tomaba aliento. La gente gritaba con impaciencia, esperando que también él se rindiera. Pero a Juan le apremiaban mucho aquellas liras. En Moncucco trabajaba por quince liras al año, y allí, a pocos metros de su cabeza, había nada menos que veinte. Estaba dispuesto a pasarse todo el día sobre el palo con tal de alcanzarlas.

Siempre con calma, llegó hasta donde el palo se hacía más

delgado. Respiró hondo y dio las últimas brazadas. La gente miraba hacia arriba en silencio. Juan alargó la mano, arrancó del aro la bolsa con las veinte liras, la apretó entre los dientes. Arrancó luego un chorizo y un pañuelo, y se escurrió hacia abajo.

Repugnancia a tender la mano

Las veinte liras del palo enjabonado no eran ciertamente suficientes para el traslado a Chieri. Había que comprar ropa, calzado, libros. Y sobre todo, había que pagar una pensión mensual. Y la sociedad de Sussambrino no era ninguna mina de oro. En octubre, dijo Juan a su madre.

- Si usted quiere, tomo unas bolsas y voy a hacer una colecta por entre las familias del pueblo.

Era un sacrificio duro para su amor propio. Don Bosco llegará a ser el mayor "mendigo" del siglo XIX, pero siempre le costará pedir limosna. Aquel mes de octubre venció, por vez primera, la repugnancia a tender la mano.

El barrio de Murialdo era un conjunto de pequeños caseríos y granjas diseminadas. Juan fue de casa en casa. Golpeaba a la puerta. Y decía:

- Soy el hijo de Margarita Bosco. Voy a ir a Chieri a estudiar para sacerdote. Mi madre es pobre. Si ustedes pueden, ayúdenme.

Todos lo conocían. Habían presenciado sus juegos, le habían oído repetir los sermones, lo apreciaban. Pero eran pocos los pudientes. Le dieron huevos, maíz, trigo.

La viuda Lucía Malta estaba a punto de trasladarse a Chieri para atender a un hijo suyo estudiante.

Margarita habló con ella, y se pusieron de acuerdo para que Juan habitase con ella y con su hijo en Chieri. La pensión sería de veinte liras al mes. Margarita no podía pagar todo aquel dinero, por lo que se comprometió a proveerle de harina y vino y a que Juan hiciera de sirviente en la casa: ir por el agua, preparar la leña para el fuego y la estufa, tender la ropa.

La historia no se había parado

La historia no se había parado mientras vivió Juan Bosco su difícil niñez en las colinas de Castelnuovo. No intentamos trazar un cuadro completo de la historia italiana. Pero nos parece indispensable dibujar algunas de sus líneas esenciales, dado que precisamente sobre ese fondo se desenvuelve la vida personalísima de Juan Bosco. Además, de esa misma historia se alimentan sus impresiones, sus ideas, su sensibilidad.

Contra la restauración rígida y reaccionaria de los príncipes, durante los años de 1815 a 1820, se difundieron por toda Italia las sociedades secretas que preparaban rebeliones y revoluciones.

El 1° de enero de 1820, estalló en España el levantamiento de Rafael Riego. En Cádiz, una revuelta militar obligó a Fernando VII a acabar con su absolutismo y a conceder una Constitución que garantizara a todo el mundo las principales libertades y el derecho al voto. Hasta el rey se obligaba al cumplimiento de la Constitución, mediante juramento.

La chispa de España provocó el incendio en Italia seis meses más tarde. Una sección de caballería, en el Reino de

las Dos Sicilias, se levantó al grito de "Viva la libertad y la Constitución". A los ocho días, Fernando de Nápoles, para no perder el reino, concedió la Constitución de Cádiz, y juro respetarla sobre los Evangelios.

El 10 de de marzo de 1821, cuando Juan Bosco tenía seis años, la revuelta militar empezó también en Piamonte, a las órdenes del conde Santorre de Santarosa. Alessandria arrió la bandera azul de los Saboya para izar sobre la ciudadela la bandera tricolor que recordaba la Revolución Francesa y los derechos del hombre por ella proclamados. También se levantaron las guarniciones de Pinerolo y Vercelli. Un coronel, al frente de su regimiento, marchó sobre Turín desde Fossano.

El rey Víctor Manuel, espantado, se apresuró a ir desde Moncalieri a Turín, reunió el Consejo de la Corona y éste le sugirió la concesión de la Constitución, para no perderlo todo. Estaba a punto de hacerlo, cuando llegó la noticia de que Austria había decidido intervenir en Italia "para restablecer el orden".

Vencido por los sucesos, Víctor Manuel renunció al trono en favor de su hermano Carlos Félix. Y corno éste se encontrara en Módena con su suegro, declaró regente al joven príncipe Carlos Alberto de veintitrés años.

"Digan al Príncipe"

Carlos Alberto había estado varias veces en contacto con Santarosa, apreciaba sus ideas, pero nunca se había determinado por el absolutismo o por los "liberales". Se manifestaba ya en él aquel carácter de incertidumbre que le valió el

título de "Rey Vacilante". Una cosa quería conservar a toda costa: su derecho al trono, que había que defender, lo mismo contra los austríacos que contra los liberales.

Ante una gran muchedumbre agolpada bajo las ventanas del palacio Carignano, reclamando la Constitución (¿cuántos de ellos entendían de que se trataba?) Carlos Alberto accedió. La noche del 13 de marzo firmó la Constitución de Cádiz, y dos días más tarde juraba respetarla. Formó nuevo Gobierno, con Santarosa por ministro de guerra.

Cuando Carlos Félix recibió en Módena una carta de Carlos Alberto en la que le contaba lo sucedido, se enojó. Y gritó al gentilhombre Costa, que le había llevado la carta: "Digan al Príncipe que, si corre todavía por sus venas una gota de sangre real, vaya enseguida a Novara y espere allí mis órdenes".

Carlos Alberto pareció, en un principio, decidido a resistir, pero llegaron noticias catastróficas de Nápoles; un ejército austríaco había deshecho las tropas liberales, el Parlamento se había disuelto, el régimen constitucional estaba abatido. El joven príncipe se retiró a Novara. Allí lanzó una proclama en la que renunciaba a la regencia e invitaba a todos a someterse al Rey. Inmediatamente partió para Florencia desterrado.

La vuelta de Carlos Félix a Piamonte fue precedida por un ejército austríaco, que dispersó a los voluntarios de Santarosa y restableció el orden. Setenta jefes de la revuelta fueron condenados a muerte sesenta y ocho ya se habían escapado a Suiza y Francia, trescientos oficiales y trescientos funcionarios civiles fueron depuestos de sus cargos.

Los "movimientos de 1821", como los llamaron los libros de historia, fueron sucesos que envolvieron solamente a la burguesía y a la clase media de la población. Las masas de

campesinos y trabajadores permanecieron totalmente indiferentes, alguna vez francamente hostiles. La clase media, comerciantes, pequeños patronos, pequeños industriales, funcionarios civiles y militares, con la "revolución liberal" aspiraba a una sola cosa: convertirse en grupo de poder, en casta privilegiada en lugar de la vieja aristocracia. Las invocadas reformas sancionadas por la Constitución de Cádiz no eran populares ni democráticas. Se concedía el derecho del voto solamente a los que poseían cierta cantidad de bienes: sólo ellos podían enviar sus representantes al Parlamento, para defender, evidentemente, sus intereses. Lo mismo que la Revolución francesa, la revolución liberal quería abolir todos los privilegios menos uno: el dinero.

"Rey por la gracia de Dios y de ningún otro"

Carlos Félix entró en Turín en el mes de octubre de 1821. Resulta una figura curiosa y singular el contemplarla desde nuestros días. Nunca había deseado ser rey. Le gustaba la vida retirada y modesta y era muy religioso. Aceptó el trono únicamente como un deber de conciencia.

Pero, desde el momento en que aceptó, fue consecuente hasta el fondo con sus ideas de "rígido absolutismo". Se sentía rey "por la gracia de Dios y de ningún otro", y quería gobernar a su pueblo como un padre severo debe gobernar una familia de hijos disolutos.

Quiso que la pena de muerte sirviese de saludable amonestación para todas las cabezas calientes, y aprobó en consecuencia "la aplicación de las tenazas abrasadas" para los condenados, llevados al suplicio. Por este detalle fue apoda-

do con el sobrenombre de "Carlos Feroz",

El escritor Máximo d'Azeglio encerró sus diez años de reinado en estas cortas palabras: un despotismo lleno de rectas y honestas intenciones.

Murió en abril de 1831, dejando el trono a Carlos Alberto, a quien siempre había llamado "vástago degenerado de nuestra familia".

"Largo y triste como una cuaresma"

Le sucede en el trono de Turín, Carlos Alberto, a sus treinta y tres años. Ha alcanzado un nombre limpio ante los absolutistas y los reaccionarios, luchando en España contra los liberales, y ellos mismos se lo cambian llamándole en sus escritos "traidor" y "perjuro".

Es un hombre pálido y altísimo, mide dos metros y cuatro centímetros y el vulgo piamontés dice de él que "es largo y triste como una cuaresma". Para demostrar a todos que él no es ningún príncipe que haya firmado la Constitución, hace fusilar en 1833 a siete "mazzinianos"(1) en Alessandria y a doce en Génova, y condena a unos setenta a galeras.

Pero Piamonte e Italia, pese a las tentativas de detener la historia, han cambiado. La burguesía se ha convertido en una clase muy importante, y si aún no entiende qué es la libertad democrática, necesita la libertad comercial para difundir por toda la península mayor bienestar.

En Piamonte se trazan canales, se sanean pantanos, se extiende el cultivo de las moreras, del maíz, de la vid. Se

(1) Partidarios de José Mazzini (1805-1872) italiano. Fundador de una sociedad secreta (La Italia Joven), no se cansó de conspirar, lo mismo en Italia que desde el extranjero. En 1848, forma parte del triunvirato romano.

difunde la siembra de la patata, que pone fin a la carestía interminable y terrible de los años de sequía. Se advierte enseguida la urgencia de desarrollar una red de carreteras y de iniciar la construcción de ferrocarriles.
Asimismo, la mentalidad política tiende a modificarse inexorablemente.

En los últimos meses de 1831, funda Mazzini, en Marsella, la "Italia Joven". Se difunde la idea de Italia como un "estado nacional", dotado de tradiciones culturales y populares.

En Turín, en el año 1832, publica Silvio Pellico Mis Prisiones, librito que sacude a Italia y la hace razonar de diverso modo. Austria, que hasta entonces parecía el guardián del orden y del buen vivir social, cambia de cara. En las páginas suaves y tristes del escritor de Saluzzo, que ha pasado diez años en las galeras imperiales, el gobierno austríaco presenta la cara feroz de la dictadura que reprime y tortura.

Capítulo IX

En Chieri



4 de noviembre de 1831. Es un día claro del "veranillo de San Martín", cuando Juan Bosco, en compañía de su paisano Juan Filippello, marcha a pie hasta Chieri.

Durante el camino se confía al amigo: le habla de los próximos estudios, le cuenta las peripecias pasadas, los intentos realizados. De pronto, Filippello, muchacho sencillo, le dice:

- ¿Y vas solamente para estudiar en el colegio, cuando ya sabes tantas cosas? ¡Pronto llegarás a ser párroco!

Juan se pone serio:

- ¿Pero tú sabes lo que quiere decir ser párroco? Tiene obligaciones gravísimas. Al levantarse de la mesa, después de comer o cenar, tiene que pensar: yo ya he comido, pero ¿y mis fieles? ¿han matado el hambre? Tiene que dividir con los pobres lo que posee. Querido Filippello, yo no quiero ser párroco. Quiero entregar toda mi vida a los jóvenes.

Mientras los dos muchachos caminan, hablando de hambre y de pobres, en Lyon, solamente a 250 kilómetros en línea recta, está empezando el motín de los obreros de la seda.

Millares circulan por las calles protestando contra la miseria de los salarios y los inhumanos horarios de trabajo, que alcanzan hasta 18 horas diarias.

El motín terminará después de varios días de combate por las calles, y será sofocado por las tropas enviadas por el gobierno francés y habrá más de mil víctimas.

Al año siguiente estallará el motín en París, con más de 800 muertos. Durante la primavera de 1834 los obreros de Lyon y de París se vuelven a rebelar juntos, al grito de : "Vivir trabajando o morir combatiendo". Los cañones disparan contra ellos.

Juan Bosco no sabe nada de todo esto. Ni la menor noticia en los periódicos sujetos a una rígida censura, puede penetrar en el reino de Piamonte.

La Revolución, de la que oye hablar frecuentemente en voz baja, es la que querría dar a Italia la Constitución y la independencia de Austria.

Pronto se llamará "Risorgimento" Movimiento en pro de la unidad italiana.

No alberga la menor sospecha de otra revolución, más profunda, radical, que está transformando el Norte de Europa y a punto de penetrar también en Italia.

Es la "revolución industrial", a la que está ligada la grave "cuestión obrera". Hasta de aquí a diez años, cuando vaya a Turín, no empezará a ver sus primeros y dramáticos resultados.

Un gigante en medio de los compañeros

"Estaba de huésped -escribe Don Bosco- en casa de Lucía Matta, viuda con un solo hijo, la cual se había trasladado a aquella ciudad para atenderlo y vigilarlo".

Margarita, que llegó a Chieri detrás de Juan, fue con él a

casa de la señora Lucía.

Un amigo le había llevado dos bolsas de trigo en un carrito.

- Aquí está mi hijo -dijo- y aquí está la pensión. Yo he cumplido mi parte, mi hijo hará la suya y espero no quede descontenta de él.

"La primera persona a quien conocí fue al sacerdote Don Plácido Valimberti, de santa memoria. El me dio muchos y buenos consejos, me presentó al director de la escuela y me hizo trabar conocimiento con otros profesores.

Como los estudios hechos hasta entonces tenían de todo un poco, que equivalía a casi nada, me aconsejaron entrar en la clase sexta de la enseñanza elemental.

El maestro, padre Valeriano Pugnetti, tuvo mucha caridad conmigo. Me ayudaba en la escuela, me invitaba a ir a su casa y, compadecido de mi edad y de mi buena voluntad no ahorraba nada de cuanto pudiera ayudarme.

Por mi edad, 16 años cumplidos, y mi corpulencia parecía un gigante en medio de mis compañeros, aún niños.

Ansioso de sacarme de aquella situación, después de estar dos meses en la clase sexta, fui admitido a examen y pasé a la clase quinta (había un orden decreciente: de la quinta se pasaba a la cuarta, a la tercera, etc.).

Entré con gusto en la nueva clase, porque el profesor era el queridísimo Don Valimberti.

Dos meses después, tras haber logrado varias veces ser el primero de la clase, fui admitido a otro examen por vía de excepción, y pasé así a la clase cuarta.

El profesor de la clase era Vicente Cirma, hombre severo en la disciplina. Cuando vio comparecer en su aula, a mitad de curso, a un alumno tan alto y corpulento como él, dijo bromeando delante de todos:

- He aquí un enorme talento o un topo.

Aturdido ante tal presentación, respondí:

- Algo de las dos cosas. Soy un pobre muchacho que tiene buena voluntad para cumplir su deber y progresar en los estudios.

Estas palabras fueron de su agrado, y respondió con insólita afabilidad:

- Si usted tiene buena voluntad, ha caído en buenas manos; no le dejaré sin trabajo. Anímese y, si alguna dificultad encuentra, dígamelo enseguida que yo se la allanaré.

"Se lo agradecí de corazón".

"Cuando ocurrió"

Chieri es una ciudad pequeña a 10 kilómetros de Turín. Se extiende a los pies de una colina, en la vertiente opuesta a la de la capital del Piamonte. Tenía 9.000 habitantes al llegar Juan. Era una ciudad de conventos, tejedores y estudiantes.

Los estudiantes procedían de todos los pueblos del Monferrato y de Asti, y llevaban una vida pobre. Las clases eran semigratuitas, pero no había becas de estudio. Para pagar la pensión muchos realizaban sacrificios heroicos. Eran buscadísimos los empleos para las horas de después de clase: medio pasantes de pluma en casa de los escribientes, horas de limpieza en casa de los más ricos, repasos, limpieza de caballos y coches. Para ahorrar, aún en invierno se apagaba el fuego, se estudiaba envueltos en pesadas mantas, con los pies en zuecos de madera.

Le tocó a Juan Bosco vivir entre estudiantes pobres, soportando idéntica pobreza. A menudo, llegaba Margarita desde

Sussambrino para pedir noticias a Lucía. La buena mujer se las daba estupendas. Juan ayudaba a las labores de casa, era piadoso y buen estudiante. Ayudaba también a su hijo, mayor que él.

Juan aprovechaba cualquier ocasión para contribuir al pago de la pensión. Se ganó algún dinero, yendo al taller de un conocido suyo carpintero. Allí aprendió a usar el cepillo, el formón, la escofina. "Dos meses hacía que estaba en la clase cuarta cuando ocurrió un pequeño incidente que dio algo que hablar sobre mí. Explicaba aquel día el profesor la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo mi libro; para disimular mi olvido, sostenía abierta ante mi la Gramática. Los compañeros se dieron cuenta de ello. Uno comenzó a dar con el codo al vecino, otro a reír.

- ¿Qué sucede? -preguntó el profesor Cima. Y como todas las miradas se dirigiesen hacia mí, me mandó repetir su explicación, leyendo el texto latino de Cornelio Nepote. Me puse en pie y, siempre con la Gramática en la mano, repetí de memoria el texto latino y las explicaciones. Los compañeros, casi instintivamente, aplaudieron.

Imposible explicar el furor del profesor: era la primera vez que, según él, le fallaba la disciplina. Me largó un golpe con la mano, que esquivé agachando la cabeza. Después, con la mano sobre mi Gramática, hizo explicar a los vecinos la razón de "aquel desorden".

- Bosco no tiene el Cornelio Nepote. No tiene más que la Gramática y ha leído y se ha explicado como si tuviera el libro de Cornelio.

El profesor observó la Gramática, me hizo continuar "leyendo" dos períodos más y después me dijo:

- Perdono su olvido por su feliz memoria. Es usted afortuna-

do. Procure servirse bien de ella".

Ya había demostrado a Don Calosso su fulgurante memoria. Pero es que aquí, en Chieri, empezaron a suceder cosas extrañas. Una noche soñó que hacía un ejercicio en la clase de latín. Apenas despertó, escribió el párrafo que recordaba muy bien, y lo tradujo con la ayuda de un sacerdote amigo suyo. En la clase, el profesor dictó precisamente "aquel" párrafo, con lo que él pudo presentar la traducción en un momento.

Sucedió también lo mismo otra vez, pero con complicaciones. Juan hizo la entrega enseguida, "demasiado" pronto. Leyó el profesor, miró el papel, y se dio cuenta de que en la misma manoseada página estaba también la parte de ejercicio que habría querido dar, pero que, a última hora, había saltado porque le parecía demasiado largo.

- ¿De dónde has sacado este párrafo?
- Lo he soñado.

Un sueño. Un suceso sin importancia en la vida de los hombres. Pero en la vida de Juan Bosco el "sueño" ya había tenido un peso notable. Y con el correr de los años todavía tendrá más importancia en su vida esta palabra. Es algo que dejaba, y deja aún perplejos. Cuando alguien en la ciudadela de Valdocco, oía decir tranquilamente a Don Bosco: "He soñado", aguzaba el oído. En sueños, aquel extraño sacerdote leía los pecados de sus jóvenes, preveía la muerte de los reyes, "adivinaba" la espléndida carrera de un chico que jugaba a las bolitas

Sociedad de la alegría

"En estas cuatro primeras clases aprendí, a pesar mío -

escribe Don Bosco- a tratar con los compañeros".

Pese a la severa vida cristiana impuesta por la escuela (en efecto todos debían presentar la "cédula" de la confesión mensual) había algunos malos. "Hubo uno tan descarado que me aconsejó robar a mi patrona un objeto de valor".

Juan, desde el principio, se liberó de aquellas personas de poco valor moral, de desgraciados, para no quedar atrapado. Pero pronto, sus éxitos escolares lo pusieron en situación de tener ante ellos una relación distinta, la del prestigio. ¿Por qué no aprovecharse de ello para hacerles el bien?

"Los compañeros que querían arrastrarme al desorden - recuerda - eran los más descuidados en sus deberes, y empezaron a venir conmigo para que les diera una mano".

Les ayudó. Hasta exageró, pasando por debajo del banco traducciones completas. En unos exámenes fue sorprendido durante una de estas maniobras, y, si salió bien librado, fue gracias a la amistad de un profesor que le obligó a repetir la traducción de latín.

"Por este medio agradaba a todos y me ganaba el afecto y el cariño de los compañeros. Empezaron a venir a buscarme durante el recreo para hacerles los deberes escolares, después para oírme contar historietas, y finalmente, venían porque sí".

Estaba bien con ellos. Formaron una pandilla que Juan bautizó con el nombre de "Sociedad de la alegría". Y les dio un reglamento sencillísimo:

1. Ninguna acción, ninguna conversación que pueda avergonzar a un cristiano.
2. Cumplir con los propios deberes escolares y religiosos.
3. Estar alegres.

La alegría es como un clavo que Don Bosco lleva clavado

en la mente. Domingo Savio, su alumno predilecto, llegará a decir: "Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres. Buscamos evitar el pecado, porque nos roba la alegría del corazón". La alegría es para Don Bosco una profunda satisfacción que nace del saberse en las manos de Dios y, por tanto, en buenas manos. Es la palabra pobre con que indica un gran valor, "la esperanza cristiana".

"En 1832 mis compañeros me honraban como a capitán de un pequeño ejército". Jugaban al tejo, a los zancos, saltaban, corrían. Se organizaban partidos animados y alegres. Cuando estaban cansados, subía Juan a una mesita plantada sobre la hierba y hacía malabares.

Sacaba de una bolsita hasta cien pelotas coloradas y una docena de huevos de una lata vacía. Recogía bolitas en la punta de la nariz de los espectadores, adivinaba el dinero que tenían en el bolso; con un simple golpe de sus dedos reducía a polvo monedas de cualquier metal.

Lo mismo que en I Becchi, todo aquella alegría terminaba con las oraciones.

"Los días de fiesta íbamos a la iglesia de San Antonio, donde los Jesuítas sostenían una estupenda catequesis, en la cual nos contaban ejemplos que todavía recuerdo".

Cuatro desafíos a un saltimbanqui

Un domingo fueron muy pocos los muchachos que asistieron al catecismo de San Antonio. Había llegado un saltimbanqui que el domingo por la tarde daba un gran espectáculo de alta acrobacia, y desafiaba a los jóvenes más ágiles de la ciudad a correr y saltar. La gente se arremolinaba.

Juan, molesto por el desplante de los suyos fue a ver. Era un verdadero atleta.Corría,saltaba como una máquina, tenía la intención de quedarse en la población una temporada.

Juan reunió a los mejores de los suyos:

- Si éste sigue con su espectáculo, por las tardes del domingo, adiós nuestra Sociedad. Tendría que ganarle uno de los que le desafían. Podría llegar a un pacto.
- ¿Y quién lo vence?
- Puede haber alguno. Tampoco es cosa del otro mundo. Por ejemplo, en las carreras yo no me creo inferior a él.

Tenía Juan diecisiete años y se sentía fuerte. Pero añade enseguida en sus Memorias:

"No había medido las consecuencias de mis palabras. Un compañero imprudente fue a contárselo al saltimbanqui, y me vi metido en un desafío: ¡un estudiante contra un corredor profesional!"

El lugar escogido fue la alameda de la Puerta de Turín. Se trataba de atravesar corriendo toda la ciudad. La apuesta era de veinte liras, todo un mes de pensión. Juan no las tenía, pero los amigos de la Sociedad las juntaron. "Asistía una enorme multitud", recuerda Don Bosco.

Al comenzar, el saltimbanqui tomó unos 10 metros de ventaja. Era él un "sprinter", mientras Juan era un corredor de resistencia. "Enseguida gané terreno y lo dejé tan atrás, se paró a la mitad de la carrera, dándomela por ganada".

Allí debía acabarse todo, pero el saltimbanqui pidió la revancha. Había que concedérsela. "Te desafío a saltar, dijo. Pero hemos de apostar cuarenta liras. Aceptamos". Eligió él el lugar: había que saltar un canal hasta el muro de contención. Salta primero el saltimbanqui y aterriza con los pies junto al muro. "No se podía saltar más allá -recuerda Don Bosco. -.

Podía perder, pero no ganar el desafío. Mas el ingenio vino en mi ayuda. Di el mismo salto, pero apoyé las manos sobre el parapeto o muro y caí de la otra parte. Un elemental salto de garrocha, en una palabra. Y vencí".

El saltimbanqui andaba molesto, por las liras y también por la gente que empezaba a burlarse. "Te desafío otra vez. Escoge el juego de destreza que prefieras". Acepté. Elegí el de la varita mágica, apostando ochenta liras. Tomé, pues, una varita, puse un sombrero en su extremo y apoyé la otra extremidad en la palma de la mano. Después, sin tocarla con la otra, la hice saltar hasta la punta del dedo meñique, del anular, del medio, del índice, del pulgar; la pasé de la muñeca al codo, a los hombros, a la barbilla, a los labios, a la nariz, a la frente; luego, deshaciendo el camino, volvió otra vez a la palma de la mano.

- No creas que voy a perder -dijo el rival-. Tomó la misma varita, y con maravillosa destreza la hizo caminar hasta los labios. Pero tenía la nariz un poco larga, la varita chocó y no tuvo más remedio que agarrarla con la mano porque se le caía al suelo".

Al llegar a este punto, Juan siente compasión por aquel hombre, que en el fondo lo hace muy bien. El infeliz veía que le volaba su dinero y casi furioso exclamó: "Tengo todavía cien liras y las apuesto a ver quién trepa mejor. Aquel de los dos que coloque sus pies más cerca de la punta de aquel árbol y señaló un olmo que había junto a la alameda vencerá. Aceptamos, y en cierto modo nos hubiese gustado que ganase él, pues no queríamos arruinarlo. Le tocaba a él primero. Subió al olmo, y llegó con los pies a tal altura, que a poco más que hubiera subido se hubiese doblado el árbol y él se hubiera caído. Todos convenían en que no era posible

subir más alto. Me tocaba a mí. Subí casi exactamente hasta donde él había llegado. Entonces, agarrándome al árbol con las manos, levanté el cuerpo y puse los pies un metro más arriba que mi contrincante.

Estallaron abajo los aplausos. Mis amigos se abrazaban, saltaban de alegría. En cambio el pobre hombre estaba triste, casi a punto de llorar. Le devolvimos entonces el dinero, a condición de pagarnos una comida en la fonda de Muretto",

Don Bosco consigna en el cuaderno de sus Memorias las veinticinco liras que costó la comida colectiva, y las doscientas quince que el saltimbanqui pudo todavía meterse en el bolsillo. Y hasta consigna las palabras que aquel charlatán, después de haber aceptado abandonar la plaza dijo a los muchachos: "Devolviéndome el dinero me evitan la ruina. Les lo agradezco de corazón. Guardaré de ustedes grata memoria. Pero nunca más desafiaré a los estudiantes".

En Turín, por vez primera

La Sociedad de la Alegría salió fuerte y gloriosa de aquel desafío. En los días de vacaciones, sus socios iban hasta las colinas de Superga. Canciones, paisajes, caminatas, y echaban una carrera veloz hasta Turín, para ver "el caballo de mármol" en la escalinata del Palacio Real. Casi 30 kilómetros a pie, entre ida y vuelta. Volvían con un apetito feroz y con las maravillas de la capital impresas en sus ojos, para describirlas a los compañeros más perezosos.

En una de esas excursiones vio Juan Bosco por vez primera Turín. Una ciudad en crecimiento. Es impresionante el aumento de la población: El precio de las casas y el costo

de los alquileres sube vertiginosamente. Cada día es más dramática la necesidad de hospitales, asilos para ancianos, albergues y escuelas para niños.

En aquella primavera, en la que Juan Bosco y sus amigos recorren las colinas de Turín, se establece en una zona de la periferia de la ciudad el canónigo Cottolengo, con treinta y cinco enfermos rechazados por todos los hospitales. Es el 27 de abril de 1832. En la zona de Valdocco el canónigo ha alquilado una casona destinada a posada y ha llegado con un burrito, un carrito y dos monjas. Coloca un cartel en la puerta: "Pequeña Casa de la Divina Providencia". La Pequeña Casa llegará a ser el milagro de Turín. Llegará a albergar 10.000 enfermos incurables, desechados por todo el mundo. En el mes de junio, oye Juan Bosco por vez primera el nombre de Vicente Gioberti. Es el de un sacerdote joven de Turín, profesor de filosofía en la Universidad. Ha sido arrestado por pertenecer a una sociedad secreta antimonárquica. Es condenado al destierro y los guardias lo acompañan hasta la frontera con Francia. Diez años más tarde publicará en Bruselas un libro famoso, El Primado de los Italianos; dieciocho años más tarde llegará a ser el Primer Ministro de Carlos Alberto.

En el Palacio Real, a donde llegan los Socios de la Alegría para tocar el caballo de mármol, el rey destila las primeras reformas, con extrema lentitud, entre temores y escrúpulos. La primera reforma queda firmada y sellada en 1832: la tortura, inhumana reliquia de los tiempos bárbaros, es abolida.

Capítulo X

Los amigos



En el otoño de 1832 inició Juan Bosco el tercer curso de gramática.

Durante los dos años siguientes siguió asistiendo a las clases que se llamaban de "humanidades" (1833-34) y de "retórica" (1834-35).

Seguía demostrando que era un alumno excelente, apasionado por los libros y dotado de una excelente memoria.

"Por entonces -recordaba con cierta pena - yo no distinguía entre leer y estudiar. Podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído. La atención en clase era suficiente para aprender lo necesario. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir más bien poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer libros a mi placer, a la luz de una vela. Había un librero judío, llamado Elías, que me prestaba los clásicos italianos, por cinco céntimos cada volumen. Casi leía uno por día".

Juan está en los dieciocho años, la edad de las amistades profundas.

Aún cuando es el "capitán de un pequeño ejército", tiene un círculo restringido de amigos íntimos.

Un par de bofetadas

Conoció al primero durante una fiesta escolar. Ya entonces, no todos los profesores eran puntuales, por lo que los primeros minutos de muchas clases se convertían en pura bulla, Estaba de moda el juego a caballete "Los menos amigos del estudio -anota con ironía Don Bosco- eran los que más afición le tenían". Un joven llegado recientemente, como de unos quince años, en medio de aquel alboroto escogía tranquilamente un lugar y abría sus libros.

"Una vez se le acerca un compañero insolente, lo toma por un brazo:

- Ven tú también a jugar.
- No sé.
- Aprenderás. ¿Quieres que te obligue de un puntapié?
- Puedes pegarme lo que quieras. Pero no voy.

El mal educado le dio un par de bofetadas que resonaron por toda la escuela. Ante aquel espectáculo sentí hervir la sangre en mis venas. Esperaba que el ofendido, lógicamente, se vengase, tanto más cuanto que el ultrajado era mucho más fuerte. Pero nada. Con la cara enrojecida y casi lívida, le dijo:

- ¿Estás contento? Pues déjame en paz. Te perdono"

Juan quedó electrizado. Aquello era un acto "heroico". Quiso saber el nombre del muchacho: Luis Comollo. "Desde entonces le tuve por amigo íntimo, y puedo decir que de él aprendí a vivir como un buen cristiano". Descubrió, bajo su aparente fragilidad, una gran riqueza espiritual. Instintivamente se convirtió en su protector contra los muchachos vulgares y violentos.

Un garrote humano

Cierto día, un profesor, como de costumbre, tardaba en llegar. Se desencadenó en la clase la habitual jarana. "Algunos querían pegar a Comollo y a otro joven llamado Antonio Cándelo. Dije en alta voz que les dejaran en paz, pero no me hicieron caso.

Empezaron a sonar los insultos, y yo:

-El que diga una palabrota más, tendrá que arreglárselas conmigo.

Los más altos y descarados formaron un muro ante mí, a tiempo que sonaban dos bofetadas en la cara de Comollo. Perdí la luz de la razón, y no teniendo a mano un palo o una silla, agarré por los hombros a un condiscípulo y me serví de él corno de un garrote para golpear a mis enemigos.

Cuatro cayeron tendidos en el suelo, y los otros huyeron gritando.

En aquel momento entró en el aula el profesor y al ver por el aire brazos y piernas, en medio de un terrible griterío, se puso a gritar también repartiendo cachetadas a derecha e izquierda.

Calmada un tanto la tempestad, hizo que le contaran la causa de aquel desorden, y casi sin creernos, quiso que se repitiese la escena. Se rió él, rieron los alumnos, y el profesor no pensó en castigamos.

- Amigo mío, -me dijo Comollo apenas pudimos hablar a solas- me espanta tu fuerza. Dios no te la dio para destrozar a tus compañeros. El quiere que perdonemos, y devolvamos bien a los que nos hacen mal".

Juan escucha, va con Comollo a confesarse. Pero la frase

del Evangelio; "A quien te golpea en una mejilla, ofrécele la otra", no es un mandamiento que aprenderá deprisa. Se lo impondrá a fuerza de voluntad, mas no estará de acuerdo con su genio. Tendrá que repetirse muchas veces las palabras del sueño: "No con golpes, sino con caridad deberás ganarte a tus amigos".

Mozo de café

Al acabar el curso 1832-33, termina sus estudios e! hijo de Lucía Matta. Y ahí está Juan, en busca de nueva pensión.

Un amigo de la familia, Juan Pianta, ha abierto un café en Chieri, y le ofrece un puesto en el bar. Tendrá que limpiar el local por la mañana, antes de ir a clase, y por las tardes estar al mostrador y además en el salón de billar. A cambio, el señor Pianta le dará albergue gratuito y comida.

Juan acepta, porque no encuentra otra cosa mejor. Son jornadas de trabajo duro, en vela hasta altas horas de la noche, junto al billar, para marcar las puntuaciones en la pizarra.

Cincuenta años más tarde,en 1888 recordaba el señor Pianta todavía: "Imposible encontrar otro joven mejor que Juan Bosco. Todas las mañanitas iba a la iglesia de San Antonio para ayudar en varias misas. Usaba una caridad admirable con mi madre, vieja y achacosa, que vivía con nosotros".

No era tan admirable el trato que este aprovechado señor dispensaba a su joven ayudante de dieciocho años: le hacía preparar el café y el chocolate, pastelería y helados y no le daba más que un plato de guiso.

Le tocaba a su madre Margarita llevarle desde I Bechi el pan

y la fruta.

La habitación que le proporcionaba era "un hueco estrecho encima de un horno pequeño construido para cocer pasteles y al que se subía por una escalerilla.

Por poco que se estirase en el camastro, asomaban sus pies, no sólo fuera del incómodo jergón, sino del mismo hueco-habitación".

Jacob Leví, por sobrenombre Jonas

En la misma escuela de Juan había algunos muchachos judíos De acuerdo con las leyes de Carlos Félix, los judíos tenían que habitar en un barrio de la ciudad separado de los cristianos, la "judería". Eran "tolerados", es decir, considerados como ciudadanos de segunda categoría. Cada semana sufrían aquellos muchachos una fastidiosa molestia: su ley les prohibía todo trabajo el sábado, hasta el desarrollo de los ejercicios escolares. Tenían que elegir: o ir contra su conciencia o resignarse a malas calificaciones y burlas de los compañeros.

Juan les ayudó muchas veces, haciendo los trabajos del sábado en su lugar. Se hizo muy amigo de uno de ellos, Jacob-Leví, a quien los compañeros apodaron "Jonas". Tenían una base común: los dos eran huérfanos de padre.

Don Bosco recordó siempre aquella amistad con brillantes expresiones, insólitas en él: "Jugaba bien al billar. Yo le tenía gran cariño y él, a su vez, sentía por mí una gran amistad. Rato libre que tenía venía a pasarlo conmigo, en mi aposento. Nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo y relatando mil historias".

Un día, el joven judío "toma parte en una pelea que pudo acarrearle tristes consecuencias" y sufre una crisis. Juan, por afecto v no por proselitismo, ofrece al amigo lo mejor que él posee: la Fe. Le presta su catecismo. "En pocos meses aprendió las principales verdades de la Fe. Estaba contentísimo de ello y cada día que pasaba mejoraba en su conducta y en sus conversaciones".

El drama familiar estalla el día en que su madre descubre el catecismo cristiano en la habitación de su hijo. La pobre mujer tiene la impresión de que, después de haber perdido al marido va a perder al hijo. Encara a Juan y le dice con amargura, "usted me lo ha pervertido".

Juan saca las mejores palabras que sabe, pero no gana nada. Amenazado por los parientes, por el rabino; "Jonas" tiene que alejarse por algún tiempo de la familia. Después, con el tiempo renace la calma. El 10 de agosto era bautizado el joven hebreo en la catedral de Chieri.

El acta oficial, que se conserva en los archivos atestigua: "Yo, Sebastián Schioppo, doctor y canónigo, por concesión del Reverendísimo e Ilustrísimo Arzobispo de Turín, he bautizado solemnemente al joven hebreo Jacob-Leví, de dieciocho años, y le he puesto el nombre de Luis...".

"Jonas" siguió siendo amigo íntimo de Don Bosco. Aún por el 1880 iba a visitarle al Oratorio de Valdocco y recordaban juntos los "hermosos tiempos" pasados.

Las manzanas de Blanchard

La comida del señor Pianta ciertamente no era bastante para calmar el fuerte apetito de los dieciocho años de Juan

Bosco. Llegó a pasar hambre. Un joven amigo suyo, José Blanchard, se daba cuenta de ello, e iba al puesto de su madre, vendedora de frutas, a llenarse los bolsos de manzanas o castañas. La buena mujer veía y cerraba los ojos. Más de una vez, en la mesa, vació José el frutero, por la misma razón. Su hermano Leandro, un día protestó:

- Tú, mamá, no ves nada. José te quita la fruta por kilos, y ni siquiera te das cuenta.

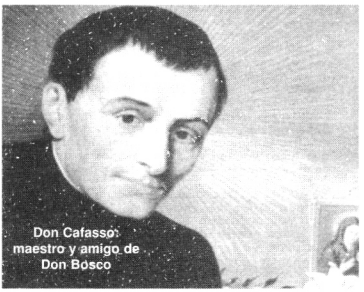
- Vaya si me doy cuenta -respondió la mujer-. Pero sé adonde la lleva. Ese Juan es un muchacho estupendo, y el hambre es algo muy malo a su edad.

A pesar del hambre, Juan se las ingeniaba para encontrar cada día una monedita para el préstamo de libros del judío Elias. Y seguía leyendo de noche. Se daba cuenta de ello el señor Pianta, que atestiguó: "A menudo pasaba las noches en vela estudiando. Yo me lo encontraba por la mañana con la luz encendida, leyendo y escribiendo" (¡a saber si le impresionaba la aplicación del muchacho o la cantidad de aceite gastada por la luz!). También Don Bosco recordaba aquellas noches: "Muchas veces sucedió que llegaba la hora de levantarme y tenía aún entre las manos el libro que había empezado la tarde anterior". Pero, añadía enseguida: "Esto me arruinó la salud. Por esto, siempre aconsejaré hacer lo que se puede y nada más. Descubrí, por mis experiencias, que la noche está hecha para descansar".

Juan Bosco no era ningún fenómeno. Era un adolescente lleno de buena voluntad y de impaciencia. La paciencia y el sentido de la medida, las aprendería a lo largo de la vida.

Capítulo XI

Veinte años


Don Cafasso: maestro y amigo de Don Bosco

Marzo de 1834. Juan Bosco que va a terminar el año de humanidades, presenta en los Franciscanos su solicitud de entrada en la orden. Un compañero de escuela, Eugenio Nicco, le da la respuesta:

- Te esperan en Turín para el examen, en el convento de Santa María de los Angeles.

Va allí a pie. En el registro de aceptaciones del convento se lee: "El joven Juan Bosco de Castelnuovo, aceptado con todos los votos, cumple con los requisitos pedidos, 18 de abril de 1834".

Inmediatamente después, prepara Juan los documentos para entrar en el convento de la Paz, en Chieri.

¿Por qué tal decisión?

Juan tiene diecinueve años, y piensa que ha llegado el momento de decidirse para la vida. Ha sudado y sufrido, porque quiere llegar a ser sacerdote. Pero durante estos meses ha tenido que considerar algunos problemas dramáticos.

No está dispuesto a seguir siendo un peso más sobre los hombros de su madre. Así se lo confiesa, por aquellos días, a Evasio Savio, un amigo de Castelnuovo: "¿Cómo podría todavía mi madre ayudarme en los estudios?". Ha hablado

de este problema con algunos padres franciscanos y éstos, que lo conocen bien, le proponen inmediatamente: "Ven con nosotros". Ni siquiera se le pedirá la cantidad que los novicios están invitados a entregar. Se hará una excepción con Juan Bosco.

La campesina del chal negro

A fines de abril, se presenta Juan a su párroco para pedirle los documentos necesarios para entrar en el convento. Don Dassano lo mira perplejo:

- ¿Tú, a un convento? Pero ¿te lo has pensado bien?
- Me parece que sí.

Unos días después, sube Don Dassano a la granja de Sussambrino. Habla con Margarita.

- Juan va a hacerse fraile franciscano. Yo no tengo nada en contra, pero me parece que su hijo vale más para trabajar en una parroquia. Sabe hablar con la gente, atraerse a los muchachos, hacerse querer de ellos. Por tanto, ¿a qué encerrarse en un convento? Además, Margarita, quiero hablarle claro. Usted no es rica y va teniendo sus años. Un hijo párroco, cuando usted ya no pueda trabajar, podrá echarle una mano, pero un hijo fraile es como perderlo. Estoy convencido de que debe apartarle de esta idea, y me parece que lo digo por su bien.

Margarita se echa el chal a los hombros y baja a Chieri.

- El párroco ha venido a decirme que quieres entrar en un convento. ¿Es verdad?
- Sí, madre. Espero que usted no se oponga.
- Óyeme bien, Juan. Te aconsejo mucho que examines el paso que vas a dar y que, después sigas tu vocación sin pre-

ocuparte en absoluto de nadie. Pon, por delante de todo, la salvación de tu alma. El párroco me pedía que te disuadiese de esta decisión, teniendo en cuenta la necesidad que de ti pudiera tener en el porvenir. Pero yo te digo: en asunto así no entro, porque está Dios por encima de todo. No tienes por qué preocuparte de mí. Nada quiero de ti, nada espero de ti. Tenlo siempre presente: nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Mas aún, te lo aseguro: si te decidieras por el clero secular y, por desgracia, llegaras a ser rico, ni una vez pondría los pies en tu casa. No lo olvides. La anciana campesina, con su chal negro, tenía un tono fuerte en su voz y una energía grande en sus ojos. Nunca olvidaría Don Bosco aquellas palabras.

Un sueño muy extraño

Estaba ya Juan para concluir, cuando ocurrió lo imprevisto. "Pocos días antes del fijado para mi entrada, tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme: Tú buscas la paz y aquí no vas a encontrarla. Dios te prepara otro lugar, otra mies". Un sueño, las tonterías de siempre. Pero Juan ya ha debido notar que para él los sueños son cosas importantes, aunque incómodas a veces.

Se confió a Luis Comollo, y obtuvo el consejo clásico de un santito como él, lleno de espiritualidad fervorosa: hacer una novena, escribir una carta a su tío párroco, y luego obedecer ciegamente. "El último día de la novena -recuerda Don Bosco-, en compañía de mi inolvidable amigo, confesé y

comulgué. Oí después una misa y ayudé otra en el altar de Nuestra Señora de las Gracias. De vuelta a casa, encontramos una carta de Don Comollo, el tío de Luis que decía: "Considerado atentamente todo lo expuesto, aconsejaría a tu compañero no entrar en un convento. Vista la sotana y no tema perder la vocación. Con el recogimiento y las prácticas de piedad superará todos los obstáculos".

¿Por qué no consultar a Don Cafasso?

Vestir la sotana quería decir entrar en el seminario. Pero, ¿y el dinero?. Su amigo Evasio Savio le sugirió:

- Ve a Turín a aconsejarte con Don Cafasso. Es el cura más estupendo que haya nacido en Castelnuovo.

No tenía Don José Cafasso más que ventitrés años, y sin embargo, se lo consideraba como uno de los mejores "directores de almas": a él iban, en busca de consejo, muchas personas. Vivía en Turín, en el Colegio Eclesiástico, y mientras completaba los estudios de especialización teológica, atendía a los enfermos y a los presos.

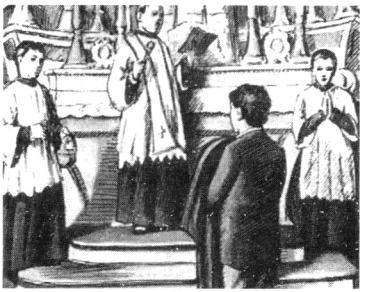
Juan fue y le expuso sus preocupaciones. Don Cafasso, con una gran calma y tranquilidad, le dijo:

-Termine su secundario y luego, entre al seminario. La Divina Providencia le hará conocer lo que quiere de usted. Tampoco se preocupe por el dinero: alguien proveerá.

En este encuentro, halló Juan Bosco el elemento que equilibró su vida. Su temperamento volcánico le hará vivir entre sueños, proyectos, apuros, éxitos, desilusiones. Junto a él , tranquilo, calmante estará Don Cafasso, el amigo discreto, el consejero prudente, el silencioso bienhechor.

Capítulo XII

La sotana y el seminario



La "imposición de la sotana" por aquellos años, es un paso importante. El joven se quita la ropa de la gente corriente, y viste una sotana negra "traje talar" que va de los hombros a los talones. Es una señal para decir a lodo el mundo: "Quiero ser sacerdote, y vivir como debe vivir un sacerdote".

25 de octubre. Domingo.

La iglesia de Castelnuovo está a reventar.

El párroco, antes de la Misa mayor, impone la sotana a Juan Bosco que se acerca al altar llevando en el brazo la negra sotana.

Las palabras de la ceremonia son solemnes.

"Cuando el párroco Don Cinzano me mandó quitarme los vestidos del mundo con aquellas palabras: "Que el Señor te despoje del hombre viejo y de sus actos", dije en mi corazón: ¡Oh, cuánta ropa vieja me he de quitar! Dios mío, destruye, sí, en mí todas mis malas costumbres".

Después, cuando añadió: "Revístate el Señor del nuevo hombre, que Dios creó en justicia y santidad verdadera", añadí en mi corazón: "Dios mío, haz que, desde este momento, empiece una vida nueva, según vuestro divino querer. María, sé mi salvación".

Siete líneas que cambian una vida

Después de la Misa, una sorpresa. Don Cinzano lo invita a acompañarlo hasta la aldea de Bardella, donde se celebra la fiesta mayor.

"Fui para no disgustarlo, pero de mala gana. Aquello no era para mí. Parecía yo un muñeco disfrazado. Tras varias semanas de preparación para el día suspirado, me encontré allí con una comilona, entre gente reunida para reír, bromear, gritar, beber y divertirse. ¿Qué trato podía tener aquella gente con uno que, por la mañana del mismo día, había vestido el hábito de santidad para entregarse todo al Señor?

Al volver a casa me preguntó el párroco por qué andaba tan pensativo. Respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. El haber visto sacerdotes haciendo de bufón en medio de los invitados, y un tanto alegres por el vino, me había disgustado. "Si supiera que había de ser un sacerdote de ésos -añadí- preferiría quitarme esta sotana".

Durante los cuatro días que le faltaban para entrar en el seminario, Juan se concentró en el silencio y en la reflexión, y escribió siete propósitos que señalaban todo un cambio de vida. Aquí están:

1. No iré a bailes, teatros, ni espectáculos públicos.
2. No haré ya más juegos de manos, ni actuaré de saltimbanqui.
3. Practicaré la templanza en el comer, en el beber y en el descanso.
4. Leeré libros religiosos.

5. Combatiré todo pensamiento, toda conversación, toda lectura contra la castidad.

6. Haré cada día un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.

7. Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante en bien del prójimo.

"Fui ante una imagen de la Santísima Virgen y prometí formalmente guardarlos, aun a costa de cualquier sacrificio".

No siempre lo logrará, porque también él está hecho de carne y hueso como nosotros. Pero el "gran cambio está en marcha".

"Nunca olvidaré sus palabras"

El 30 de octubre Juan debía estar en el seminario. La tarde antes, en Sussambrino, estaba colocando en un baulito la ropa que su madre le había preparado. "Mi madre -escribe- no me perdía de vista, como si tuviera que decirme alguna cosa. De golpe me llamó aparte y me dijo:

Juan, ya has vestido la sotana sacerdotal. Como madre, experimento un gran consuelo al tener un hijo seminarista. Pero acuérdate de que no es el hábito lo que honra a tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios! no deshonres ese hábito. Quítatelo enseguida. Prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen. Cuando comenzaste los estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra, Madre. Ahora te digo, que seas todo suyo, Juan.

Al terminar estas palabras, mi madre estaba conmovida. Yo

lloraba.

Madre, -respondí- le agradezco todo lo que usted ha hecho por mí. Nunca olvidaré sus palabras.

Por la mañana temprano fui a Chieri y por la tarde del mismo día entré en el seminario".

Desde lo alto de una pared blanca, un reloj de sol le dio el primer saludo: bajo el cuadrante de las horas estabas escrito: "Afflictis lentae, céleres gaudentibus horae", es decir: "Para el que sufre, tardan en pasar las horas, pero corren veloces para el que tiene el corazón alegre". Era un buen consejo para un muchacho que se preparaba a pasar seis años seguidos dentro de aquellos muros.

Horario de hierro

En el seminario impera un horario minucioso para cada jornada. Todo está señalado en un cartel colgado en un ángulo, junto a una campanilla. Una gran cantidad de horas, medias horas, cuartos de hora. Al término de cada división, el "campanero" se acerca a la campana y la agita. A su tañir la comunidad sale, entra, habla, calla, estudia, reza.

Lo primero que a uno le enseñan, al traspasar aquella puerta, es que la campana es la voz de Dios. El horario que dividía la jornada en el seminario de Chieri había sido impuesto por el propio Carlos Félix en todas las escuelas del Reino. No perdonaba ni a los príncipes. Podemos hacernos una idea presentando el horario que debía seguir, en el Palacio Real de Turín, el príncipe heredero Víctor Manuel, que, aquel año de 1835, tenía quince años:

"Levantarse a las 5; Misa a las 7; clases de las 9 a las 12;

comida. De las 14 a las 19 y media, deberes escolares; cena. A las 21, oraciones y descanso. Los domingos por la mañana dos Misas: la "rezada", antes de desayunar en la capilla de Palacio, y la "mayor", después de desayunar en la Catedral".

El menú era sencillísimo. "Se come para vivir, no se vive para comer", era una de las máximas más repetidas.

El único momento en que aquellos muchachos podían aflojar la tensión era el del recreo. Don Bosco recuerda apasionadas partidas a la baraja. "Aunque no era un gran jugador, sin embargo, ganaba casi siempre. Al acabar las partidas tenía las manos llenas de dinero; pero, al ver a mis compañeros tristes, por lo que habían perdido, yo me ponía más triste que ellos. Además que, a fuerza de prestar atención a las cartas, al estudiar o al rezar, tenía siempre la imaginación ocupada por el rey de copas y el as de espadas. Por esto, a mitad del segundo año de filosofía, determiné no participar en aquel juego".

El suceso que le decidió a romper del todo fue una gran victoria. El clérigo, que testarudamente le pedía la revancha, era también pobre y, habiendo perdido todo su dinero, casi se ponía a llorar. Juan tuvo vergüenza de sí mismo, le restituyó todo lo que le había ganado y puso punto final a las cartas.

Bocanada de oxígeno del jueves

El jueves era un día en que se rompía para Juan la monotonía del horario. Por la tarde de aquel día, sin fallar uno -lo recordaban sus compañeros- el portero repicaba la campana

de llamadas gritando, en piamontés:
- ¡Bosco de Castelnuovo!

Los otros seminaristas, que buscaban la menor ocasión para reír un poco, hacían el eco, gritando como otros tantos pregoneros:
- ¡Bosco de Castelnuovo! ¡Bois de Chateauneuf !.

Juan reía la acostumbrada broma y sobre todo porque sabía quién le esperaba: eran los socios de la "Sociedad de la Alegría" que querían verlo y contarle novedades, los amigos con los que había hecho el bachillerato, los chicos a los que había divertido con sus juegos y sus cuentos y querían volver a oírle. "Eran muchísimos muchachitos -recordaba un compañero de curso- que lo rodeaban muy contentos. El los entretenía y hablaba con todos". Después de la alegría, las bromas, las alegres risotadas, un minutito a los pies de la Virgen. El jueves era el día de su bocanada de oxígeno, la continuación, casi clandestina, de "su idea fija" del oratorio.

Entre jóvenes ricos

Casi cada año se presentaba el cólera a perturbar la estación estival. También se presentó el 1836. El miedo se apoderó de Turin.

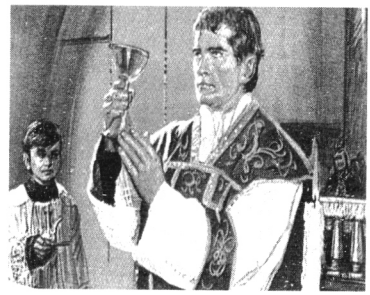
Los Jesuitas anticiparon la salida de sus internos del colegio del Carmen para ir al castillo de Montaldo, imponente lugar de vacaciones. Buscaban un prefecto de dormitorio que, a la vez, pudiera repasar el programa de griego. Don Cafasso envió al seminarista Bosco: "Podrás ganar unas liras".

Y, desde el primero de julio hasta el 17 de octubre, vivió

Juan, por vez primera, entre jóvenes de familias distinguidas, en contacto con las virtudes y defectos de los "Chicos ricos". Confesó que experimentó "lo difícil que resulta adquirir entre ellos aquella influencia que un sacerdote debe tener para hacerles algún bien". Se persuadió de que Dios lo llamaba solamente para los muchachos pobres. Esta sería una de sus más absolutas convicciones: lo mismo que no era llamado para educar a las muchachas, tampoco lo era para educar a los hijos de los ricos.

Capítulo XIII

Por fin, sacerdote



24 de junio, fiesta de San Juan Bautista. Es el día onomástico de Juan Bosco y el principio de las largas vacaciones de verano. Cuatro meses.

Se dirige al camino, que va de Chieri a Castelnuovo, y toma después el sendero que sube a Sussambrino. Son doce kilómetros. Hermosa caminata. En la granja del hermano le dan la bienvenida el "quiquiriquí" de los gallos y la tímida sonrisa de una preciosa sobrinita.

Hace ya años que José ha formado su familia. Se casó en 1833 a sus veinte años apenas con María Calosso, una muchacha de Castelnuovo. La primera criatura que vio la luz, Margarita, no vivió más que tres meses. En la primavera de 1835 nació Filomena, una niña tranquila, que mira encantada al tío Juan cómo trabaja con la garlopa, en el torno, en la fragua; cómo corta y cose sotanas, y le hace muñequitas de trapo.

En las cepas se engordan los tiernos racimos verdes y amarillea el trigo por los campos. Cuando Juan cesa de trabajar en su rudimentario taller, empuña la hoz y se coloca en fila con los segadores. Las gotas de sudor ruedan por su frente bajo el ancho sombrero de paja.

Se encuentra alegre en esa actividad a campo abierto, después de ocho meses casi prisionero sobre los bancos de la escuela.

3 de noviembre de 1837. Juan empieza en el seminario la teología. Es la "ciencia que estudia a Dios" y es el estudio fundamental para los que aspiran al sacerdocio. Duraba en aquel tiempo cinco años.

¿Y Cavour, Mazzini, Garibaldi?

Aquel año de 1837, andan todavía dispersos los protagonistas del "Risorgimento".

Juan Mastai-Ferretti, que en el 1846 ocupara la cátedra papal con el nombre de Pío IX es el obispo de Imola. Tiene sólo cuarenta y cinco años, no está de acuerdo de los excesos de la policía papal, y es amigo del conde Pasolini, el liberal más conocido de su ciudad.

Camilo Cavour, de veintisiete años, dirige el distrito agrícola de Leri. Con botas de montar y sombrero de paja, marcha incansable, de la mañana a la noche, a través de los campos, pastizales y arrozales. Era un joven subteniente en la guarnición de Génova el 1831. Al estallar los movimientos revolucionarios ha gritado: "¡Viva la República!". Lo desterraron al Valle de Aosta y él abandonó el ejército. Su padre, gobernador de la ciudad de Turín y por tanto jefe de policía, lo confina al campo. Entre la vendimia y la recolección del arroz gira por Europa, y admira los Parlamentos de París y Londres. Se encuentra con los desterrados italianos y dice de ellos: "Son un atajo de locos imbéciles y fanáticos, con los que haría, a gusto, estiércol para mis remolachas".

Mazzini, de treinta y dos años, ha. sido expulsado de Suiza hace poco. Desde allí dirigía su trama revolucionaria. Ha organizado su vida en una casa de los arrabales de Londres. Escribe en los periódicos para ganarse la vida. Se deja la barba, y anda solitario, vestido de negro, por las calles nebulosas de la ciudad.

Garibaldi escapa a América, después de fallar la revolución mazziniana en Saboya, y desembarca en Brasil. Tiene treinta años y piratea por los mares del Sur, al servicio del gobierno revolucionario de Río Grande. Dentro de poco vestirá el uniforme de legionario italiano con su legendaria camisa roja, comprando a bajo precio en Montevideo, todo un almacén de camisas destinadas a los saladeros, es decir a las prisiones argentinas.

Víctor Manuel de 17 años, habita en el Palacio Real de Turín, como en un riguroso cuartel. Le toca acompañar a su padre en las fiestas y bailes de la aristocracia, y permanecer horas y horas de pie firme a su lado. No tiene más momentos de alegría que los que pasa en las caballerizas. Allí habla en dialecto vulgar con los peones de cuadra, cabalga atrevido y fanfarrón, es maniático en sus cosas y de aire desenfadado.

Lo mismo cerca que lejos, la historia humana sigue su rumbo. Los sucesos grandes, pequeños, se van alternando.

En 1836, Morse hace realidad el telégrafo eléctrico y el sistema de comunicación por líneas y puntos. Dentro de pocos años se adueñará del mundo un utilísimo papel cuadrángular, el telegrama. Primero, solamente para uso de gobernantes y grandes periódicos; luego, a disposición de todos.

En Inglaterra sube al trono la reina Victoria: empieza un larguísimo reinado, durante el cual verá a Inglaterra convertida

en la primera potencia colonial del mundo.

El 1838 muere el marqués Tancredi di Barolo, ex-alcalde de Turín. La viuda decide dedicar sus riquezas para atender a las mujeres desgraciadas. Nace así, en la periferia de Turín, junto al Cottolengo, la obra de ayuda para reclusas y mujeres perdidas.

En el 1839 el rey Fernando II hace construir el primer ferrocarril italiano, de Nápoles a Granatello, y Jacques Daguerre fabrica la primera máquina fotográfica. También Don Bosco será deudor de este humilde inventor: será uno de los primeros santos cuya imagen precisa se podrá conservar, gracias a docenas de fotografías.

Pero el pueblo no entiende

Vacaciones de 1838. El seminarista Juan Bosco es invitado a predicar por vez primera en Alfiano, con ocasión de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Así lo recuerda: "El párroco, Don José Pelato, era persona muy piadosa y capacitada y le rogué que me diera su opinón sobre el sermón. Me respondió:

- Muy bonito, ordenado. Puede usted ser un buen predicador: ¿Habrá comprendido el pueblo?
- Poco. Mi hermano sacerdote, yo y poquísimos más.
- Y sin embargo eran cosas sencillas.
- A usted le parecen fáciles, pero para el pueblo son bastante difíciles.
- ¿Qué me aconseja hacer?
- Hay que abandonar el lenguaje y el estilo de los clásicos, hablar en dialecto, o en italiano si usted quiere, pero popular-

mente, popularmente, popularmente. En vez de hacer inteligentes razonamientos, céntrese a los ejemplos,en las comparaciones, en los consejos sencillos y prácticos. Recuerde siempre que el pueblo entiende poco y que las verdades de la Fe hay que explicarlas de la forma más fácil posible".

Escribe Don Bosco que aquel consejo fue uno de los mejores de su vida. Le sirvió para los sermones, el catecismo y para escribir libros.

"El sacerdote no va solo al Paraíso"

26 de mayo de 1841. El diácono Juan Bosco empieza los Ejercicios Espirituales de preparación para la ordenación sacerdotal. De acuerdo con la invitación de su director espiritual, medita largamente durante aquellos días las palabras del salmo: "¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién podrá habitar en el santuario? El que tiene las manos y el corazón puros". Mirando hacia el interior de su vida, ve que, casi milagrosamente, sus manos permanecen puras, desde que Margarita se las juntaba para rezar las primeras oraciones. Anota en un cuadernito: "El sacerdote no va solo al paraíso, ni va solo al infierno. Si obra bien, irá al cielo con las almas que salve con su buen ejemplo; si obra mal, y da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su escándalo. Por lo tanto, me empeñaré en guardar los siguientes propósitos".

Siguen a continuación nueve propósitos fundamentales para su vida.

En gran parte repite los mismos que al tomar la sotana. Tres de ellos señalan una profundización característica de lo que

va a ser "el estilo sacerdotal" de Don Bosco. Aquí están:
- "Ocupar rigurosamente el tiempo.
- Padecer, trabajar, humillarme en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.
- La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales serán mi norma".

Sacerdote pera siempre

5 de junio de 1841. En la capilla del Arzobispado, Juan Bosco, revestido de alba blanca se postra en tierra ante el altar. Descienden desde el órgano las austeras notas del gregoriano.

Los sacerdotes y los seminaristas presentes invocan uno a uno los grandes santos de la Iglesia: Pedro, Pablo, Benito, Bernardo, Francisco, Catalina, Ignacio.

Pálido por la emoción y los últimos días agotadores, Juan se levanta y se pone de rodillas a los pies del arzobispo.

Luis Fransoni impone las manos sobre su cabeza, e invoca al Espíritu Santo para que descienda y le consagre sacerdote para siempre.

Unos minutos después, uniéndose a la voz del arzobispo, Juan Bosco empieza su primera concelebración. Por, fin sacerdote.

"Celebré mi primera Misa -escribirá con sencillez- en la iglesia de San Francisco de Asís, asistido por Don José Cafasso, mi insigne bienhechor y director. Me esperaban ansiosamente en el pueblo (era la fiesta de la Santísima Trinidad), en donde hacía muchos años no se había celebrado primera Misa alguna. Pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido ni dis-

tracciones, en el altar del Ángel Custodio. Puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida. En el momento en que se recuerda a los difuntos, recordé a todos los míos, a mis bienhechores, particularmente a Don Calosso, al que siempre recordé como grande e insigne bienhechor. Es piadosa creencia que el Señor concede la gracia que el nuevo sacerdote pida al celebrar la primera Misa. Yo pedí ardientemente la eficacia de la palabra, para poder hacer el bien a las almas".

Don Bosco quiso celebrar su segunda misa en la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolata(1). Al levantar los ojos vio allá arriba a la Señora resplandeciente como el sol, que le había hablado en sueños diecisiete años antes. "Hazte humilde, fuerte y robusto", le había dicho. Don Bosco había procurado serlo. Empezaba ahora el tiempo en que "todo lo comprendería".

El jueves siguiente, fiesta del Corpus Christi, entonces fiesta de precepto, Don Bosco celebró la misa en su pueblo. Las campanas sonaron y repicaron largo tiempo.

Todo el mundo se juntó en la gran iglesia. "Todos me querían -recordará Don Bosco- y cada uno se alegraba juntamente conmigo".

Los pequeñitos no salían de su asombro al oír que aquel sacerdote fue un pequeño saltimbanqui.

Los mayores recuerdan al compañero de juegos y de escuela. Los ancianos de las colinas del contorno comentan cómo lo veían pasar por el camino con los pies descalzos y los libros en la mano. Aquella tarde, Margarita logra hallar un momento para hablar a solas con él y le dice: "¡Ya eres

(1) La Virgen de la Consolata es la patrona de Turín. "Consolata" sería lo mismo que Nuestra Señora del Consuelo.

sacerdote, Juan!, ahora estás más cerca de Jesús.Yo no he leído tus libros, pero acuérdate que comenzar a decir misa, es lo mismo que empezar a sufrir. No te darás cuenta de ello enseguida, pero un día verás que tu madre no te ha engañado. En adelante, piensa solamente en la salvación de las almas, y no te preocupes de mí".

Capítulo XIV

Sacerdote en marcha



¿Qué hará ahora Don Bosco?

Es inteligente, quiere trabajar, es pobre.

Le ofrecen tres cargos. Una familia noble de Génova lo quiere para instructor de sus hijos.

Muchas familias ricas de aquel entonces, antes que enviar sus hijos a las escuelas públicas, preferían mantener en su propia casa un profesor privado, como instructor y educador.

Buscaban casi siempre un sacerdote, que ofreciera garantías de seriedad. Aquellos nobles genoveses hacen saber a Don Bosco que sus honorarios serán de mil liras al año, un óptimo salario.

Los habitantes de su aldea le suplican que acepte la capellanía de Moríaldo. Le garantizan que duplicarán el salario acostumbrado.

El párroco de Castelnuovo, Don Cinzano, le propone sea su coadjutor. También él le asegura una buena entrada.

Cosa extraña, todos hablan a Don Bosco de dinero, como si, al haber llegado al sacerdocio, hubiera por fin "obtenido un trabajo" para disfrutar económicamente. Margarita, la que ha tenido que contar los centavos para pagar sus deudas, es la única que le recuerda: "Si llegas a ser rico, no pondré los

pies en tu casa".

Para acabar pronto, Don Bosco se va a Turín a ver a Don Cafasso.

- ¿Qué debo hacer?

- Nada de todo eso. Venga aquí a la Residencia sacerdotal eclesiástica. Aquí completará su formación.

Don Cafasso mira muy lejos. Ha comprendido que el potencial humano y espiritual de Don Bosco no puede consumirse en una familia o en un pueblo.

En cambio Turín es una ciudad que puede consumirle a él. Barrios nuevos, tiempos nuevos, problemas nuevos. Don Cafasso no tendrá que hacer más que vigilarlo.

Primer descubrimiento: la miseria de los suburbios

La Residencia está situada en un ex-convento, pegado a la iglesia de San Francisco de Asís.

El teólogo Guala, ayudado por Don Cafasso, prepara en aquel edificio a cuarenta y cinco sacerdotes jóvenes, para que sean "sacerdotes del tiempo y de la sociedad en la que tendrán que vivir".

La preparación dura dos años. Para Don Bosco, por vía de excepción, serán tres. La jornada de aquellos jóvenes sacerdotes está encuadrada en las dos conferencias de la mañana y de la tarde, la primera por Don Guala y la segunda por Don Cafasso.

Durante el resto de la jornada, van a ejercer el sagrado ministerio en el ambiente de la ciudad: hospitales, cárceles, instituciones benéficas, palacios, casas populares y pensiones, predicación en las iglesias y catecismo a los niños, asis-

tencia a los enfermos y ancianos.

Desde 1841, Don Cafasso se convierte en el "director espiritual" de Don Bosco.

Lo que quiere decir que Don Bosco se confiesa con él, le pide consejo antes de tomar ninguna decisión, le manifiesta los propios proyectos de vida y está a sus órdenes.

Hasta aquel momento, Don Bosco no conoce más que la pobreza del campo.

No sabe qué es la miseria de los suburbios de las grandes ciudades. Don Cafasso le dice: "Vaya, mire a su alrededor".

"Ya en los primeros domingos -atestiguará más tarde Miguel Rúa- anduvo por la ciudad, para hacerse una idea sobre las condiciones morales en que se movían los jóvenes".

Quedó turbado. Los suburbios eran zonas donde fermentan revoluciones, cinturones de desolación.

Los adolescentes vagabundeaban por las calles, sin trabajo, tristes, dispuestos a todo lo peor.

Mercado de brazos juveniles

Junto al gran mercado de la ciudad, descubrió otro "verdadero mercado de brazos juveniles".

"El barrio vecino a Porta Palazzo -escribe Lemoyne- era un hormiguero de vendedores ambulantes, vendedores de cerillas, limpiabotas, limpiachimeneas, peones de cuadra, expendedores de folletos, changarines para el mercado, todos pobres muchachos que se ganaban como podían la jornada".

Hijos de familias desacomodadas, casi siempre sin trabajo, andaban en busca de cualquier oficio, con tal de ir tirando.

Eran los primeros resultados del hacinamiento de inmigrados en la periferia de las ciudades.

Los veía trepar a los andamios de los albañiles, buscar una plaza de peón en una tienda, vagar anunciándose como deshollinador. Los veía jugándose el dinero por las esquinas de las calles, con la cara dura y decidida del que está dispuesto a intentar cualquier medio para abrirse camino en la vida.

Si intentaba acercarse a ellos, se alejaban desconfiados y despreciadores. No eran, no, los muchachos de I Becchi; no buscaban relatos ni juegos malabares.

Eran los "lobos", los animales salvajes de sus sueños, aún cuando en sus ojos había más miedo que ferocidad.

La revolución industrial

Aquellos muchachos de las calles de Turín son el perverso efecto de un suceso que ha empezado a perturbar al mundo, la revolución industrial.

En 1789, en Glasgow (Inglaterra), acababa de patentar James Watt la máquina de vapor. Era un instrumento que, aprovechando la energía desarrollada por el calor, hacía mover palancas y correas de transmisión. Una sola máquina de Watt (potencia 100 caballos vapor) desarrollaba una fuerza semejante a la de 880 hombres. Empleándola, una hilandería podía producir tanto hilo como podrían haber producido 200.000 hombres. Para atender a las hilanderías que hacían todo este trabajo, bastaban 750 trabajadores reunidos bajo unos grandes galpones.

Así empezaron a existir las fábricas y los obreros llamados también proletarios. Antes, las gentes eran campesinas,

comerciantes, artesanos. Entre los artesanos trabajadores que usaban instrumentos propios en talleres propios estaban los hiladores, que trabajaban el algodón y la lana utilizando la fuerza de sus propios brazos.

La producción facilitada por las fábricas rebaja de golpe el precio de los tejidos y desarrolla enormemente el mercado. Al mismo tiempo, se realiza un gran aumento del empleo del hierro para la producción de máquinas, telares, ferrocarriles y de la extracción del carbón de piedra en las minas que permite la propulsión de las máquinas de vapor y la elaboración del hierro.

Contemporánea es también la construcción a gran escala de ferrocarriles, barcos a vapor y otros medios de transporte.

En los mismos años, gracias al progresivo triunfo de la medicina y de la higiene sobre las epidemias más mortíferas, como la peste y la viruela, la población de Europa alcanza un crecimiento imponente: de los ciento ochenta millones en el 1800, pasa a los doscientos sesenta millones en 1850.

El crecimiento acelerado de las fábricas, de la industria acarrea la crisis de los artesanos. Una avalancha de gente del campo cae sobre la ciudad en busca de trabajo. Las fábricas adquieren una fisonomía precisa: centros en donde un enorme número de trabajadores desarrollan la misma labor a las órdenes de un patrón.

Así surgen en Inglaterra las ciudades del carbón, las ciudades del hierro, las ciudades de las industrias textiles. Es la revolución industrial. Nace en Inglaterra y pasa rápidamente a Francia, Alemania, Bélgica, América.

Según los historiadores, ella constituye uno de los más grandes y radicales cambios realizados en la historia de los hombres.

El primero se realizó en la noche de los tiempos. Los hombres eran un conjunto desligado de bandas de cazadores pequeños, brutales, y malvados. Con la revolución neolítica se convirtieron en cultivadores de plantas y criadores de animales. Este primer cambio radical de la historia humana se realizó en el curso de millares de años y, los hombres tuvieron tiempo para una adaptación gradual.

La segunda gran revolución, la industrial, invadió el globo, desbarajustó la existencia, en apenas ciento cincuenta a doscientos años.

El inmenso progreso regalado al mundo

La revolución industrial abrió las puertas a un mundo totalmente nuevo, con nuevas y desconocidas fuentes de energía: el carbón, el petróleo, la dinamita, la electricidad, el átomo.

Los resultados industriales han sido enormes, inimaginables.

La humanidad se desarrolló de una manera explosiva: setecientos cincuenta millones de personas en 1750, mil doscientos millones en 1850, dos mil quinientos millones en 1950.

Nunca se había alcanzado el bienestar que la revolución industrial ha difundido. Se realizaron cambios totales y drásticos en las costumbres, ideas, creencias, instrucción, familia. Se plantearon problemas enormes a las nuevas generaciones. Recordemos, por ejemplo, el crecimiento incontrolado de la población, las armas cada vez más terribles, exigencia cada vez mayor de instrucción, contaminación, marginación de los ancianos. Pese a los formidables problemas plan-

teados, con la revolución industrial, la humanidad ha vencido con amplia medida a la naturaleza, ha superado las distancias, ha roto muchos de aquellos vínculos materiales que por milenios la habían condicionado.

El pavoroso costo humano

Pero el inmenso progreso tuvo, sobre todo en los primeros cien años, un pavoroso costo humano. "Una exigua minoría de riquísimos impuso una verdadera esclavitud a una multitud infinita de proletarios" (Rerum novarum, León XIII).

Surge en la nueva época de la humanidad una enorme "problema": la cuestión obrera. En las ciudades industriales se forma una clase nueva, la de los proletarios, que no tiene más riqueza que sus propios brazos y los de sus hijos. Las condiciones del proletariado son espantosas.

En 1850 (citamos encuestas hechas por Dolléans y Villermé) la mitad de la población inglesa está hacinada en grandes ciudades. Las casas de los obreros están en sótanos, en cada uno de los cuales se hacina toda la familia, sin aire, sin luz, malolientes por la humedad y los desagües. En las fábricas no hay más medidas higiénicas, ni más reglamento que el impuesto por el patrón.

Un salario de hambre permite una nutrición totalmente insuficiente. La comida habitual es verdura hervida.

La disgregación de la familia, el aumento del alcoholismo, de la prostitución, de la criminalidad, la difusión de nuevas enfermedades, hijas de ciertos trabajos y de las condiciones en que se desarrollan (tuberculosis, silicosis...), se convierten en fenómenos a gran escala.

A la fábrica no van solamente los hombres y las mujeres. Van también los niños pequeños, y su vida se convierte en un tormento. La fatiga (aguantan en pie toda la jornada laboral, porque está prohibido sentarse), el sueño, el cansancio provocan frecuentes desgracias en el trabajo. Por otro lado, la vida de estos pequeños desgraciados resulta muy corta.

Cerca de 1850, el proletariado francés, belga y alemán, se encuentra en idénticas condiciones que el proletariado inglés.

A duras penas puede sobrevivir una familia proletaria. No tiene ni una moneda para pagar médico, medicinas ni vestidos. Una estadística revela que en Nantes, Francia, el 66% de los niños muere antes de los cinco años. La vida media de un obrero entre 1830 y 1840, es de 17-19 años. Estos son los años en los que los obreros de Lyon y de París se sublevan al grito de: "Vivir trabajando o morir combatiendo", y son dispersados a cañonazos.

Mortandad de inocentes, también en Italia

La revolución industrial llega más tarde a Italia, por falta de capitales y materias primas. Los primeros establecimientos textiles se convierten en "fábricas" en la región de Lombardía y Venecia. La industria mecánica se inicia en Milán en 1846. Ei crecimiento industrial es lento y poco desarrollado.

Rodolfo Morando escribe, a propósito de las fábricas textiles de Lombardía: "En las hilaturas de seda, grandes establecimientos en los que trabajan de 100 a 200 individuos, se realiza al máximo el empleo de niños. Los lugares en los que se les empleaba eran tales que, en poco tiempo, se idiotiza-

ban.

El trabajo duraba, en invierno, hasta trece horas y en verano de quince a dieciséis. El ambiente húmedo e insalubre, el tener que levantarse muy temprano, la larga permanencia en posiciones incómodas, provocaban, con mucha frecuencia, como el médico de la zona contaba, endurecimientos de las glándulas, escrofulismo, raquitismo y tumores. Hasta quince mil muchachos aniquilaban de este modo, en Lombardía, la flor de su vida".

Hacia 1841 llega a Turín la revolución industrial. La ciudad se desarrolla rápidamente. En los diez años de 1838 a 1848, pasa de 117.000 habitantes a 137.000, con un aumento del 17%.

La construcción urbana experimenta un desarrollo vigoroso.

En estos diez años se construyen setecientas casas nuevas, que se llenan con siete mil familias también nuevas.

El movimiento de inmigración sostiene un ritmo constante. Llegará a su punto álgido, del 1849 al 1850, en que se hablará de 50.000 y hasta de 100.000 inmigrados.

Llegan familias pobres y jóvenes, ellos solos, del Valle de Sesia, de los Valles de Lanzo, de Monferrato, de Lombardía.

En las obras en construcción, ve don Bosco "muchachitos de ocho a doce años, lejos de su tierra, que sirven a los albañiles, que pasan la jornada de acá para allá, sobre andamios poco seguros, al sol, al viento, subiendo empinadas rampas con carretillas cargadas de cal, de ladrillos, sin más ayuda educativa que vulgares represiones y golpes". Las familias obreras "suben a las buhardillas" por la noche.

No hay otros apartamentos con alquiler aceptable, para el sueldo de un obrero.

Don Bosco llega a verlas y las encuentra "bajas, estrechas,

tristes y sucias. Sirven de dormitorio, de cocina, y, a veces, de lugar de trabajo para familias enteras".

Sacar la cuenta

Hay bandas de jóvenes que vagan, especialmente los domingos, por las calles y por las orillas del Po. Contemplan a las personas "perfumadas y de fiesta", que pasean sin hacer caso de su miseria.

Don Bosco saca rápidamente la cuenta. Aquellos muchachos necesitan una escuela y un trabajo para abrirse porvenir seguro; necesitan poder ser muchachos, es decir soltar sus ganas de correr y de saltar por espacios verdes, sin tropezar con las aceras; necesitan encontrarse con Dios para descubrir y realizar su dignidad.

No es el único, ni el primero, que ha sacado conclusiones semejantes. La urgencia de ayudar a las masas populares en este momento la siente hasta Carlos Alberto.

El rey anda muy preocupado por la "otra revolución", la que está en el aire, la política que estallará fragorosamente de 1847 a 1848.

Siempre con los ojos fijos en Austria enemiga de toda concesión a los liberales, él se aparta cautamente de las posiciones absolutistas para ir hacia las corrientes más moderadas de los liberales.

Entabla relaciones con Máximo D'Azeglio, César Balbo, Santiago Durando. Este largo camino le llevará a ser el protagonista del primer Risorgimento.

Pero el rey está igualmente preocupado por las condiciones sociales de su reino, y apoya toda iniciativa de beneficencia

y de instrucción popular.

También los sacerdotes y los políticos de aquel tiempo, andaban divididos entre tendencias favorables o contrarias a las ideas liberales. Pero se encuentran aparejados en el mismo campo de batalla, contra la miseria material y moral de la gente.

En estos años verá Turín abrirse un abanico de escuelas populares para los trabajadores.

Don Bosco en cambio se concentra sobre el problema de los jóvenes.

Don Cafasso lo ve y decide empujarlo hasta el fondo.

Capítulo XV

"Me llamo Bartolomé Garelli"



La gente de Turín llama a Don Cafasso "el cura de la horca". Porque va a las cárceles a consolar a los detenidos. Y, cuando alguno es condenado a muerte, sube a la carreta junto a él, y lo acompaña hasta el lugar del suplicio.

Un día, al ir a sus acostumbradas visitas, invita Don Cafasso a Don Bosco a que lo acompañe.

Los oscuros corredores, las paredes ennegrecidas y húmedas, el aspecto triste y desnutrido de los presos le turban profundamente. Siente repugnancia y experimenta la sensación de ahogo.

Muchachos detrás de los barrotes

Pero lo que le duele enormemente es ver que hay muchachos detrás de los barrotes. Escribe: "Me horroricé al contemplar aquella cantidad de muchachos, de los doce a los dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, picados por los insectos, y faltos en absoluto del alimento espiritual y material".

Volvió otras veces con Don Cafasso, y también solo. Buscó

la forma de hablar con ellos, no solamente "dándoles la lección de catecismo" que era vigilada por los guardias sino de tú a tú. Al principio, las reacciones fueron ásperas. Tuvo que oír insultos pesados. Pero, poco a poco, hubo alguno que se mostró menos desconfiado y logró hablar de amigo a amigo.

Así llegó a conocer sus tristes historias, su envilecimiento, la rabia, que, a veces, los ponía furiosos. El delito más corriente era el robo. Por hambre, por el deseo de algo más que el escaso sustento, y también por envidia de la gente rica que se aprovechaba de su trabajo y los dejaba en la miseria.

Estaban a pan negro y agua. Tenían que obedecer a los carceleros a la fuerza, ya que los golpeaban por el más mínimo pretexto.

Ocupaban salas colectivas, en donde los más bribones se convertían en maestros de vida.

"Lo que más me impresionaba -escribe Don Bosco- era que muchos, al salir, estaban decididos a cambiar de vida". Aunque no fuera nada más que por miedo a la prisión. "Pero al cabo de poco tiempo, terminaban de nuevo allí".

Intentó averiguar la causa y termina diciendo: "Por estar abandonados a sí mismos". No tenían familia, o eran rechazados por los parientes, porque la cárcel "los había deshonrado para siempre".

"Estos muchachos, decía para mí, deberían encontrar fuera un amigo que se preocupase de ellos y los atendiese e instruyese en la religión, durante los días festivos. Entonces no volverían a la cárcel".

Poquito a poco termina por hacerse algún amigo. "A medida que les hacía comprender la dignidad del hombre -escribe- experimentaban un placer en el alma, se proponían ser

mejores".

Pero de repente, a la vuelta, todo ha cambiado. De nuevo caras duras y voces sarcásticas insinúan blasfemias. Don Bosco no logra siempre vencer el desaliento. Un día rompe a llorar. Es un instante de duda.

- ¿Por qué llora ese cura?, -pregunta uno.
- Porque nos quiere. También mi madre lloraría, si me viese aquí dentro.

La decisión

Al salir, Don Bosco ha tomado una decisión inquebrantable: "Hay que impedir a toda costa que muchachos tan jóvenes terminen en la cárcel. Quiero ser el salvador de esta juventud".

"Comuniqué mi pensamiento a Don Cafasso -escribe- y con su consejo busqué el modo de realizarlo".

Hay en Turín otros sacerdotes que también buscan soluciones para los problemas de la juventud.

El primero es Don Juan Cocchi, sacerdote lleno de vitalidad, procedente de la provincia de Druent. Se ordenó sacerdote el 1836, cuando Don Bosco terminaba su primer curso de filosofía, en el seminario.

En Moschino, barrio pobre y de mala fama, en el arrabal de Vanchiglia, funda en 1841 el primer oratorio festivo de Turín y lo pone bajo la protección del Ángel Custodio.

También Don Bosco después de la dolorosa experiencia de las cárceles, piensa en un oratorio, pero no sólo para los días festivos: quiere organizar un centro, donde los muchachos abandonados por la familia encuentren un amigo, donde los

jóvenes salidos de la cárcel, sepan que tienen una ayuda y un apoyo. Un oratorio que funcione, no sólo los domingos para la catequesis, sino toda la semana, mediante la amistad, la asistencia, los encuentros en el lugar de trabajo.

El Avemaría para empezar

El tímido inicio de esta realización, el origen del oratorio festivo de Don Bosco, tiene lugar en la mañana del 8 de diciembre de 1841. El mismo año en que Don Cocchi funda el primer oratorio en Turín. Treinta y cinco días después de la llegada de Don Bosco al Convictorio.

Él mismo describe la escena, con la exquisitez y la sencillez de una vieja página:

"El día solemne de la Inmaculada Concepción de María, estaba revistiéndome los ornamentos sagrados para celebrar la santa Misa. El sacristán, José Comotti, al ver un jovencito en un rincón, le invitó a que me ayudara la misa.

- No sé, -respondió él, muy avergonzado.
- Ven, -dijo el otro-, tienes que ayudar.
- No sé -contestó el jovencito-; no lo he hecho nunca.
- Eres un animal -replicó el sacristán muy furioso-. Si no sabes ayudar ¿entonces, a qué vienes aquí?-. Y diciendo esto, agarró el mango del plumero y comenzó golpear en las espaldas y la cabeza del pobre muchacho.

Mientras el chico salía corriendo:

- ¿Qué hace usted? -grité yo en alta voz-. ¿Por qué le pega?
- ¿A qué viene a la sacristía, si no sabe ayudar a misa?
- Hace usted mal.
- Y a usted ¿qué le importa?
- Es un amigo mío. Llámelo enseguida, tengo que hablar con él"

El muchacho vuelve, mortificado. Lleva la cabeza rapada. La chaqueta sucia de cal. Es un inmigrante. Seguramente que los suyos le dijeron: "Cuando estés en Turín, vete a Misa". El ha ido, pero no se ha atrevido a sentarse en la iglesia entre la gente bien vestida. Ha probado entrar en la sacristía, como acostumbran hacer los hombres y los peones en muchos pueblos del campo.

"Le pregunté amablemente:

- ¿Has oído ya misa?
- No.
- Ven a oírla. Después, quiero hablar contigo de un asunto que te va a gustar.

Accedió sin mayor dificultad. Celebrada la Misa y terminada la acción de gracias, llevé al muchacho al coro tras el altar y con cara sonriente empecé a preguntarle:

- Amigo, ¿cómo te llarnas?
- Bartolomé Garelli.
- ¿De qué pueblo eres?
- De Asti.
- ¿Qué oficio tienes?
- Albañil.
- ¿Vive tu padre?
- No, murió ya.
- ¿Y tu madre?
- También murió...
- ¿Cuántos años tienes?
- Dieciséis.
- ¿Sabes leer y escribir?
- No.
- ¿Sabes cantar? -el jovencito, enjugándose los ojos, me miró fijamente a la cara, casi maravillado, y respondió: -No.

- ¿Sabes silbar? -Bartolomé se echó a reír. Eso era lo que yo quería.

Empezábamos a ser amigos.

- ¿Has hecho ya la primera comunión?
- Todavía no.
- ¿Te has confesado?
- Sí, cuando era pequeño.
- Y ahora, ¿vas al catecismo?
- No me atrevo. Los chicos pequeños se me ríen...
- Y si yo te diera catecismo aparte, ¿vendrías?
- Con mucho gusto.
- ¿Aquí mismo?
- ¡Siempre que no me peguen!
- Estate tranquilo, ahora eres mi amigo, y nadie te tocará. ¿Cuándo quieres que empecemos?
- Cuando guste.
- ¿Ahora mismo?
- Encantado".

Don Bosco se arrodilla y reza una Avemaría. Cuarenta y cinco años más tarde, decía así a sus Salesianos: "Todas las bendiciones que nos han llovido del cielo son el fruto de aquella Avemaría, rezada con fervor y recta intención".

Terminada el Avemaría, Don Bosco hace la señal de la cruz "para empezar", y se da cuenta de que Barlotomé no la hace, o mejor, hace un signo que recuerda vagamente la señal de la cruz. Entonces, cargado de dulzura, le enseña a hacerla - bien. Y le explica en dialecto (¡los dos son de Asti!) por qué llamamos a Dios "Padre". Al terminar le dice:

- Me gustaría que volvieras el próximo domingo, Bartolomé.
- Con mucho gusto.
- Pero no vengas solo. Trae contigo a tus amigos.

Bartolomé Garelli, peón albañil de Asti, fue el primer embajador de Don Bosco entre los jóvenes trabajadores de su barrio. Contó su encuentro con el cura simpático "que sabía silbar", y les habló de su invitación.

Tres días más tarde era domingo. En la sacristía entraron nueve muchachos. No iban a la "iglesia de San Francisco de Asís", iban "buscando a Don Bosco". Había nacido el oratorio.

"Ahora mismo"

En el diálogo con Bartolomé Garelli aparece la expresión de "ahora mismo". Una expresión como otra cualquiera, a primera vista. Y en cambio es como una semilla, que, echada en tierra, produce una planta.

En aquel momento, 1841, "ahora mismo" es la orden para todo un grupo de sacerdotes turineses. En la incertidumbre de la primera revolución industrial, en la imposibilidad de hallar hermosos planes y programas de acción, estos sacerdotes ponen toda su energía para realizar "ahora mismo" algo en favor de los jóvenes, en favor de la gente necesitada.

Pero ese "ahora mismo" quedará en la historia como la marca de Don Bosco y más tarde los Salesianos, que se distinguirán como hombres de una "rápida intervención" entre los pobres.

"Hacer algo AHORA MISMO", porque la pobre juventud no puede permitirse el lujo de esperar las reformas, los planes orgánicos, las revoluciones del sistema. Cierto que no basta el "ahora mismo". "Si te encuentras con uno que se muere de

hambre, en lugar de darle un pez, enséñale a pescar", se dirá con justicia. Pero también es verdad el reverso de la frase: "Si te encuentras con uno que se muere de hambre, dale un pescado, para que tenga tiempo de aprender a pescar". No basta el "ahora mismo", la intervención inmediata, pero tampoco basta "preparar un futuro diferente", porque mientras tanto se mueren los pobres de hambre.

Don Bosco y los primeros Salesianos se imantarán con el "ahora mismo" de la rápida intervención. Darán a los jovencitos pobres catecismo, pan, enseñanza profesional, colocación protegida por un buen contrato de trabajo. Y aguardarán a que otros católicos, en competencia con socialistas, comunistas, anarquistas, preparen los planes para atacar y transformar el Estado liberal, que hipócritamente "se abstiene" de los conflictos del trabajo, es decir deja que los fuertes hagan el papel de prepotentes y los débiles sean aplastados.

Capítulo XVI

El oratorio de los albañilitos



Un sacerdote joven predica con ímpetu en el púlpito de San Francisco. Junto a un altar lateral, sentados en los escalones, duermen unos muchachos albañiles, apoyados el uno sobre la espalda del otro.

Don Bosco que cruza por la iglesia, toca a uno de ellos en el hombro. Todos se despiertan un tanto apurados. El les sonríe. En voz baja pregunta:

- ¿Por qué dormís?
- No entendemos nada, - reponde el mayor.
- Ese cura no habla para nosotros -añade el vecino.
- Vengan conmigo.

En punta de pie, los lleva hasta la sacristía. "Eran Carlos Buzzetti, Joaquín Gariboldi, Germán", recordaba conmovido Don Bosco a sus primeros Salesianos. Albañilitos lombardos que por treinta o cuarenta años estarían a su lado, conocidos por todos en Valdocco. "Entonces no eran más que unos peones de mano, ahora son maestros albañiles"

A la sacristía llegan también Bartolomé y sus amigos. Aumenta el número. Don Bosco les ayuda a rezar, les da un sermoncito adaptado a ellos, lleno de vida, dialogado, lleno de ejemplos y noticias curiosas. Después ocupan los bancos

de la iglesia, para oír la misa de Don Bosco.

Pero la mañana es larga, y después de Misa y de comerse el pancito del desayuno los muchachos quieren divertirse. Hacen unas carreras por el patio de la Residencia.

Medallas y pan

Cuando el tiempo lo permite, por la tarde, lleva los muchachos a pasear al campo, a las orillas del río, al santuario de la Virgen.

Durante aquel primer invierno, se propone recoger solamente a los jóvenes "que están en peligro y preferentemente a los salidos de la cárcel". Pero Don Bosco no será capaz, en toda su vida, de rechazar a ningún muchacho que le pida ir con él. Y en muy poco tiempo su "tropa" se compone de una mayoría de "picapedreros, albañiles, estucadores, adoquinadores llegados de lejos", y que por desgracia, no han podido volver a su casa durante la temporada de descanso de diciembre a marzo.

Don Guala y Don Cafasso se prestan para confesar a los muchachos, van a charlar con ellos, los ayudan.

Don Bosco escribe un poco : "Me daban de buena voluntad estampas, folletos, libritos, medallas, crucifijos para regalar". Pero sus albañilitos y sus ex-presidiarios tienen necesidades más apremiantes que folletos y medallas. Se lo hace presente, y "me dieron lo necesario para vestir a algunos que andaban muy necesitados, me dieron pan para otros, durante algunas semanas, hasta tanto pudieran ganárselo con su trabajo".

Buscar trabajo para el que no lo tiene, lograr mejores con-

diciones para el que ya está empleado, se convierte en un trabajo fijo para Don Bosco a lo largo de la semana. "Iba a verlos al lugar donde trabajaban. Eso alegraba infinito a los jovencitos, el tener un amigo que se preocupaba de ellos; también les gustaba a sus patrones, que tomaban con gusto a sus órdenes a jóvenes que estaban atendidos durante la semana y en los días festivos".

Los salidos de la cárcel eran un problema muy delicado. Buscaba cómo "colocarlos uno a uno, con un patrón honrado", iba a "visitarlos durante la semana". Los resultados eran buenos: "Se entregaban a una vida noble, olvidaban el pasado, se hacían buenos cristianos y honestos ciudadanos".

Cada sábado, volvía Don Bosco a las cárceles, para seguir el apostolado más difícil: "Iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de pan. Siempre con la intención de hacer el bien a los jóvenes que, por desgracia, habían caído allí; hacérmelos amigos e invitarlos a ir al Oratorio, al salir de aquel lugar de castigo".

Un muchachito de Caronno

La primavera. Los albañilitos que volvieron a su pueblo natal durante la temporada de descanso, ya están de nuevo en la ciudad.

La tropa de Don Bosco aumenta de domingo en domingo. Desde Caronno Ghiringhello, un pueblecito de la provincia de Milán, llega José Buzzetti, el hermanito menor de Carlos. Sólo tiene diez años. Se pega a Don Bosco como un perrito. Jamás se separará de él.

Desde la primavera de 1842 hasta el alba del 31 de enero

de 1888, en que muere Don Bosco, José Buzzetti estará siempre a su lado, como testigo sereno y tranquilo de todas las vicisitudes humanas y divinas de aquel cura "que tanto le quiere". Muchos sucesos de la vida de Don Bosco se hubieran clasificado de "leyendas", en este nuestro tiempo desconfiado y desmitizador, de no haber sido presenciados por los ojos sencillos del albañilito de Caronno, que siempre estuvo allí, a dos pasos de "su" Don Bosco.

"Aunque no tuviera más que un pedazo de pan"

Lo que verdaderamente ata los muchachos a Don Bosco es su bondad cordial y profunda. Los muchachos "sienten" ésta su bondad, y la ven en hechos concretos, en gestos conmovedores. Cada uno de los minutos de la jornada de Don Bosco está a su disposición.

Si tienen que aprender a leer o las cuatro cuentas, Don Bosco halla el tiempo o la persona para enseñarles.

Si tienen un patrón malo o están sin colocación, se ingenia y pone en movimiento a sus amigos para hallar un puesto, un patrón honesto y cristiano.

Si necesitan urgentemente dinero, saben que Don Bosco está dispuesto para vaciar el monedero en sus manos.

Frente a un día gris, duro, le dicen: "Venga a verme" y él va. Entra en la obra, en el taller. Verlo, hablarlo, es un momento de consuelo.

Una de las frases que muchos se oyen decir y la guardarán en la memoria como un tesoro, es: "Tanto te quiero que, si un día no tuviera más que un pedazo de pan, lo compartiría contigo".

Cuando tiene que retar a alguno, lo hace; pero no delante de los demás, para no mortificarlo. Si promete algo, es capaz de echarse al fuego para cumplirlo.

Y los muchachos lo quieren. Ellos se le entregan totalmente, cuando se encuentran con él es una fiesta.

Por la calle Milán, junto al Ayuntamiento, se encuentra con un muchacho que vuelve a casa con la compra hecha. Lleva en las manos una botella de aceite y un vaso de vinagre, pero apenas a Don Bosco corre a su encuentro gritando: "¡Buenos días, Don Bosco!". El aceite y el vinagre van escurriendo de los recipientes, peligrosamente inclinados con la carrera,

Don Bosco ríe viéndolo feliz, y bromea con él: "Apuesto lo que quieras a que no eres capaz de hacer lo que hago yo". Y se pone a palmetear. El chico, con la alegría del encuentro, no cae en la cuenta de la broma. Se pone la botella escurridiza bajo el brazo y aplaude como puede gritando: "¡Viva Don Bosco!".

Vaso y botella ruedan por tierra hechos añicos. Se queda apenado:

- ¡Ay de mí! mi madre me va a pegar...
- Tranquilo, tranquilo. Es una desgracia que vamos a remediar enseguida, - le dice Don Bosco -. Entran en una tienda y Don Bosco compra aceite y vinagre.

"Presidencia para el Papa, espada para Carlos Alberto"

El año 1843 un desterrado piamontés, Gioberti, publica en Bruselas un libro del que muchos van hablar, El Primado moral y civil de los italianos. Sus páginas contienen las prin-

cipales ideas del reformismo moderado liberal que se llamará "neogüelfismo". La grandeza de Italia -afirma Gioberti- está unida inseparablemente a la grandeza del Papado. La independencia de Italia se habrá de realizar mediante la federación de los Estados italianos bajo la presidencia del Papa. "La presidencia para el Papa, la espada para Carlos Alberto", será la consiga de los neogüelfos partidarios del Papa.

Carlos Alberto se complace de todo esto, pero se pone en guardia con Austria.

"Lleva una sotana demasiado liviana"

30 de abril de 1842. Muere en Chieri el canónigo Cottolengo. Los enfermos incurables de su "Pequeña Casa" son ya varios centenares. Algún año antes, el ministro de Finanzas le había hecho llamar.

- ¿Usted es el director de la Pequeña Casa de la Divina Providencia?
- No, yo soy un simple instrumento de la Providencia.
- Así será. Pero ¿de dónde saca los medios para mantener a tantos enfermos?
- Se lo he dicho, de la Providencia.

Aquel hombre, acostumbrado a vivir con los pies en el suelo, a examinar balances con sus entradas y salidas, pierde la paciencia.

- Pero el dinero, señor cura, las habitaciones. ¿De dónde los saca?
- ¡Y dale! Se lo he dicho dos veces. La Divina Providencia nos provee de todo, nunca ha permitido que nos falte nada.

Yo moriré, morirá también usted, señor ministro, pero la Providencia seguirá pensando en los pobres de la Pequeña Casa.

Y así fue realmente. A su muerte, le sucedió el canónigo Anglesio, y la Pequeña Casa continuó su vida normalmente, entre el mercado general de la ciudad y los edificios de la marquesa Barolo.

Don Bosco, por aquellos días, recordó su primer encuentro con Cottolengo. Al llegar a Turín, fue a visitar la Pequeña Casa. El canónigo le preguntó su nombre, la procedencia, y después le dijo con su estilo, entre distraído y bromista:

- Tiene usted cara de hombre de bien. Venga a trabajar en la Pequeña Casa. No le faltará trabajo.

Don Bosco fue muchas veces a confesar a los enfermos, a pasar unas horas con los muchachos inválidos. Un día volvió a encontrarlo Cottolengo (estaba presente el joven Domingo Bosso), tomó entre sus dedos el ribete de su negra sotana, y palpándola dijo:

- Es demasiado liviana. Busque una más resistente, porque son muchos los muchachos que se colgarán de esta sotana.

Hablaba serenamente de Dios

Se colgaban de veras. Según iban pasando los meses, aumentaban los chicos del oratorio. Ya eran más de cien. No sólo necesitaban pan y trabajo, sino también Fe, que también la Fe alimenta cuando escasea el pan. Y don Bosco, que no era un filántropo sino un sacerdote, se preocupaba de que se encontrasen con Dios.

"Era para mí algo singular -escribe- ver, durante la semana

y especialmente los días festivos, mi confesionario rodeado por cuarenta o cincuenta jóvenes, que aguardaban mucho tiempo para poder confesarse".

La confesión no resulta nada fácil para los muchachos. Don Bosco les ayudaba dándoles normas simplicísimas: "Si no sabes cómo expresarte, di solamente al confesor que te ayude. Con eso basta, el confesor te hará unas preguntas y todo se arreglará".

La confesión terminaba naturalmente con la Comunión, a la que se acercaban muchos de sus muchachos todas las semanas.

También en la conversación ordinaria, lo mismo durante los juegos que en los paseos, Don Bosco hablaba tranquilamente de Dios. No hacía el más mínimo esfuerzo, con sus muchachos, para intercalar alegres ocurrencias, contar chistes y hablar del Cielo. En un momento de gran alegría, miraba a sus muchachos y les decía:

- ¡Qué placer cuando todos estemos en el Paraíso!

Alguna vez se debatía y, a lo mejor, la conversación discurría sobre el mal, el bien, la vida, el más allá. Alguno preguntaba:

- Y yo, ¿me salvaré? Y él:

- ¿Me gustaría verte caer en el infierno? ¿Crees que el Señor ha hecho el Paraíso para dejarlo vacío? Es verdad que cuesta sacrificio trepar hacia arriba, pero yo quiero que todos nos encontremos allí. ¡Qué fiesta vamos a hacer!

Capítulo XVII

La Marquesa y el "Padre Chiquito"



Verano de 1844.

Han terminado para Don Bosco los tres años de la Residencia sacerdotal.

Baja Don Cafasso al arrabal de Valdocco en busca del teólogo Borel, director espiritual del Refugio fundado por la marquesa Barolo.

- Me gustaría enviar aquí, con usted, a un estupendo sacerdote. Habría que prepararle una habitación y un sueldo.
- Pero si aquí no hay trabajo para mí... ¿Qué puedo encargarle?
- Déjelo libre. Si lo que le preocupa es el sueldo, ya lo pagaré yo. Se llama Don Bosco y ha empezado en la Residencia una especie de oratorio para muchachos pobres. Si no le buscamos un puesto en la ciudad, el Arzobispo lo enviará de coadjutor a cualquier pueblo, y los muchachos de ese oratorio se quedarán de nuevo en la calle. Sería una lástima.
- Entonces, de acuerdo. Hablaré de. ello con la Marquesa.

Don Cafasso vuelve a la Residencia y dice a Don Bosco:

- Tome sus cosas y vaya al Refugio. Trabajará con el teólogo Borel, y tendrá tiempo para dedicarse a sus muchachos.

El cilicio (1) bajo los vestidos elegantes

La marquesa Julia Francisca de Colbert ocupaba por aquellos años uno de los primeros puestos de la sociedad turinesa. Había escapado de Francia durante la revolución y se había casado con el marqués Carlos Tancredi Falletti de Barolo, el cual había sido alcalde de Turín el año 1825.

El marqués murió en 1838 dejándola viuda sin hijos y con un inmenso patrimonio. La marquesa, a sus 53 años, se puso el cilicio que es la penitencia bajo los elegantes vestidos, y se dedicó totalmente a los pobres. Durante muchos meses, pasó tres horas diarias en la cárcel de mujeres. Aguantó insultos, humillaciones, fue golpeada alguna vez, por ayudar e instruir a aquellas pobres mujeres. Obtuvo de las autoridades la separación de la cárcel de mujeres de la de los hombres. Hizo llevar las presas a un edificio más saludable, que ella misma mandó preparar.

Creó asilos para huérfanos y "hogares" para jóvenes obreras.

En Valdocco, junto a la Pequeña Casa de Cottolengo, construyó el Refugio, para mujeres públicas que quisieran rehacer su vida. Al lado, abrió la casa de las Magdalenas, para muchachas en peligro, menores de catorce años.

Aquel año de 1844 había empezado una nueva construcción, el Hospital de Santa Filomena, para niñas enfermas o lisiadas. Aunque andaba totalmente comprometida, en estas obras de caridad, no dejó nunca de ser elegante, llamativa. En sus salones se reunían los más destacados intelectuales

(1) Faja de mortificación

de su tiempo. Silvio Pellico actuabacomo su secretario y en su palacio había escrito Mis prisiones. Camilo Cavour era su confidente y amigo.

El teólogo Borel fue a ver a la Marquesa:

- He encontrado el director espiritual para su Hospital. Se llama Don Bosco y procede de la Residencia.
- De acuerdo, pero el Hospital está todavía en construcción. Volveremos a hablar de ello dentro de seis meses.
- No, señora marquesa. A Don Bosco o se le toma enseguida o le enviarán a otra parte. Don Cafasso me lo ha recomendado con mucho interés. Me ha hablado de un oratorio fundado por este sacerdote. Dice que sería una lástima perderlo.

La Marquesa quiso más informes. Después, convencida, asignó seiscientas liras a Don Bosco como sueldo anual y una habitación junto a la de Don Borel, en las proximidades del Refugio.

También Don Bosco, en el primer encuentra que tuvo con la Marquesa, pidió informes y garantías. Aceptaba prestar su ministerio en el Refugio, pero pedía que no le obligaran a abandonar a sus muchachos. Pedía también que los muchachos que quisieran visitarlo durante la semana, pudieran llegar hasta él libremente.

La Marquesa, que tenía cerca de sesenta años, pero conservaba íntegro su temperamento enérgico y leal, quedó prendada de su franqueza. Permitió al joven sacerdote que organizara su oratorio en la faja de terreno que había a lo largo del Hospital en construcción. Apenas fuera posible, le dejaría también disponer de dos habitaciones en el interior del edificio: podía arreglarlas para capilla. Ya había arreglo, pero bastante relativo.

Los corderos se convertían en pastores

12 de octubre de 1844. Es sábado. Don Bosco anda pensativo. Al día siguiente tendrá que comunicar a sus muchachos que el Oratorio se traslada al arrabal de Valdocco. "Pero la incertidumbre del lugar, de los medios y de las personas, me preocupaba - escribe-. Aquella noche tuve otro sueño, que parece ser una continuación del de I Becchi, a los nueve años". Vuelve a ver la multitud de lobos. Quiere huir. Cuando "una señora, vestida como una pastorcita, me indicó que acompañase aquel extraño rebaño, mientras ella se ponía al frente. Hicimos tres paradas. A cada parada, muchos de aquellos animales se convertían en corderos. Agotado de puro cansancio, quise sentarme, pero la pastorcita me insistió que siguiera andando. Me encontré en un patio grande, rodeado de portones, y en cuyo extremo se levantaba una iglesia. El número de corderos aumentó enormemente. Llegaron varios pastores para guardarlos. Pero estaban poco tiempo y se marchaban. Entonces, sucedió algo maravilloso. Muchos de los corderos se convertían en pastores, que cuidaban del resto del rebaño. La pastora me invitó a mirar hacia adelante. Miré y vi un campo...

- Mira de nuevo -me dijo...

Vi una iglesia alta y grandiosa... En el interior de la iglesia había una franja blanca, en la que estaba escrito con figuras geométricas: "Hic domus mea, inde gloria mea (Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria)".

Diez líneas más y termina Don Bosco: "Entonces apenas si entendí. Pero comprendí poco a poco las cosas, según se iban realizando. Más aún, este sueño, juntamente con otro

nuevo, me sirvió de programa para mis decisiones".

"¿Dónde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio?"

13 de octubre y domingo. Don Bosco anuncia a sus muchachos el traslado del Oratorio junto al Refugio. Los ánimos se agitan un poco. Don Bosco entonces se arriesga, da por descontado lo que sólo ha visto en el sueño, y les anuncia alegremente que "allí les aguarda un amplio lugar totalmente para nosotros, para cantar, correr y saltar. Quedaron contentos. Aguardaban con impaciencia el domingo siguiente para contemplar las novedades".

20 de octubre y tercer domingo del mes. Grupos de muchachos pasan la oficina de los consumos, siguen hacia la zona baja de Valdocco. Por la margen derecha del Dora se extienden prados y campos de cultivo, con casuchas dispersas. Allí se levantan la Pequeña Casa de Cottolengo y el Refugio de la marquesa Barolo, junto a tabernas y casas humildes, donde la gente vive tranquila. Los muchachos no saben a dónde dirigirse, golpean a todas las puertas y v preguntan:

- ¡Don Bosco! ¿Dónde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio? La gente, acostumbrada a ver por allí a menudo bandas de vagabundos, cree que es una broma pesada, y les grita:

- ¿Qué Oratorio ni qué Don Bosco? ¡Fuera de aquí! Aléjense o lo sacaremos a trompadas.

"Al oír el alboroto, salí de casa junto con el teólogo Borel. Cesaron los altercados y corrieron hacia nosotros".

Lugar para jugar y correr sí que existía, pero había que comprarlo.

Y un lugar tranquilo para rezar, para confesar, para celebrar Misa, también lo había pero, no era de nuestra propiedad. - El amplio local que les he prometido, aún no está terminado. Pero el que quiera, puede subir hasta mi habitación y la del teólogo Borel. El resultado, para el domingo y los siguientes hasta diciembre, fue una gran cantidad de muchachos amontonados. "La habitación, el corredor y las escaleras, todo estaba atestado de chicos. Éramos dos para confesar, pero los que querían confesarse eran doscientos". ¿Y quién puede tener quietos a doscientos chicos, esperando?

"Uno se empeñaba en encender el fuego, y otro se daba prisa en apagarlo. Este llevaba leña, aquel agua. Tubos, tenazas, paletas, cántaros, palanganas, sillas, zapatos, libros, todo quedaba en admirable confusión por querer ordenar y arreglar las cosas".

Hay una alegre exageración en estas líneas de Don Bosco, pero bien sabe Dios que no exagera "mucho".

Son seis domingos parecidos, con doscientos jóvenes que, a media mañana forman filas detrás de Don Bosco, como un pequeño ejército, para ir a oír Misa en el Monte de Capuchinos, en la Consolata, o en Sassi.

Casi siempre lo acompaña el teólogo Borel, un cura sencillo y popular, conocido por el "Padre Chiquito", a causa de su pequeña estatura. Es un trabajador incansable. Ha tomado bajo su protección al joven sacerdote Don Bosco, y lo ayuda con verdadera amistad, poniendo, a veces, dinero de su bolsillo. Los sermones del "Padre Chiquito" gustan mucho a los muchachos, porque habla con soltura en el gracioso dialecto de Porta Palazzo, sazonado de refranes, chistes y agudezas. Ya hay quien ha dicho a Don Borel que debería predicar de forma más decorosa, pero él ha respondido: "El mundo es

tonto, y por tanto hay que predicarle tontamente".

Copos de nieve hasta en el brasero

8 de diciembre. Por fin están preparadas las dos habitaciones para capilla. Toda la noche ha estado nevando de forma impresionante.

Por la mañana, la nieve está muy alta y hace mucho frío. Se coloca un brasero en la capilla. Recordaba José Buzzetti que, al abrir al exterior, caían los copos de nieve hasta en el brasero.

Los muchachos llegan igual. Se encuentran con un altarcito, su sagrario y algunos bancos. "Se celebró la misa -escribe con toda sencillez Don Bosco-, y confesaron y comulgaron algunos jóvenes. Yo lloré porque me parecía que ya estaba completa la obra del Oratorio".

Se equivoca. Tendrá que volver a llorar, y no de alegría sino de pena, antes de encontrar el lugar estable y definitivo para el Oratorio.

Pero en aquel 8 de diciembre de 1844, el Oratorio de Don Bosco adquiere algo definitivo: el nombre. Se llamará de "San Francisco de Sales". El mismo Don Bosco recuerda los motivos: "Porque la Marquesa había hecho pintar a este Santo a la entrada del local. Y porque nuestro ministerio exigía gran calma y mansedumbre: nos habíamos puesto bajo la protección de San Francisco de Sales, a fin de que nos obtuviese su extraordinaria mansedumbre".

Para mantener la alegría de sus muchachos, Don Bosco compra bochas, tejos, zancos (¡aún no había nacido la pelota de fútbol!). Sigue ayudando a los más pobres con comida,

vestidos, calzado.

Y ahora que ya tiene una habitación, piensa enseñar algo a los más inteligentes. Por la noche, robando un par de horas al sueño, van a él en pequeños grupos, con la cara negra de hollín o blanca de cal, con el abrigo sobre los hombros para guardarse del enorme frío, contentos de poder tener un poco de escuela.

Solamente que para obtener los libros, las ropas, los instrumentos para jugar, se necesita dinero. Don Bosco tiene miedo y no sabe cómo hacer. Le repugna presentarse a una familia señorial pidiendo limosna. Pero Don Borel lo empuja:

- Si de verdad quieres a tus muchachos, tienes que hacer este sacrificio. Y Don Bosco lo hace. La primera familia rica a la que acude que habia sido preparada por Don Borel, es la del caballero Gonella. Siente Don Bosco que le arden las mejillas cuando tiende la mano para recibir las primeras trescientas liras. Cuarenta y dos años mas tarde, al rogar a un director salesiano que vaya a recoger una limosna y oír que le responde que "le falta la desenvoltura de Don Bosco", se pone serio y dice:

- Tú no sabes lo que me ha costado reclamar caridad.

No llegó a perder nunca este empacho, pero tampoco renunció a su dignidad. Ni tímido, ni grosero, Las familias señoriales dirán de él:

- Parecía que entraba en casa un ángel.

El fracaso en San Pedro ad Vincula

Fue por la cuaresma del 1845. Para el catecismo diario (estaba prescrito entonces para todos los muchachos duran-

te la cuaresma y el adviento) y las clases de los mayores, se reunieron en San Pedro ad Vincula. Así se llamaba una iglesia dedicada a Jesús Crucificado, contigua a un cementerio, donde no se enterraba desde hacia diez años. El cementerio, todavía visible hoy en el barrio de Valdocco, tenía un atrio, un amplio patio y estaba rodeado de portones.

Como las reuniones para el catecismo resultaron bien y dado que el capellán del cementerio, Don Tesio, era amigo suyo, Don Bosco le pidió en el mes de mayo repetir la prueba en grande: trasplantar todo el Oratorio a la iglesia y al patio de San Pedro ad Vincula.

El domingo 25 de mayo Don Tesio tenía que ausentarse de Turín, por lo que le respondió.

- Ve con tus muchachos el día 25. De este modo me suples para la Misa.

El capellán cometió probablemente dos errores. Se creyó que el oratorio de Don Bosco se componía de aquel pequeño grupo de muchachos tan atentos y formales, que él había visto durante la catequesis cuaresmal. Creyó además como sucedía en otras obras para muchachos que, terminada la Misa y las funciones religiosas, los muchachos se irían a sus casas, después de comerse su pancito por el patio.

Las cosas fueron muy diferentes. La empleada del capellán vio llegar todo un regimiento de muchachos, que llenó la iglesia. Después de la Misa, aquellos muchachos se tragaron en un minuto el pancito del desayuno y se desparramaron ruidosamente por el patio. La mujer que tenía cerca un gallinero se asustó primero y luego se enfureció. Se puso a gritar, a correr tras ellos, a golpearlos con el mango de la escoba, mientras sus gallinas, espantadísimas, huían perseguidas por los muchachos.

En su persecución, llegó hasta Don Bosco, a quien cubrió de insultos. "Profanador de un lugar sagrado" fue, tal vez, lo más elegante que la pobre mujer alcanzó a soltarle.

Don Bosco entendió que lo mejor era irse de allí. "Juzgué que lo más oportuno era interrumpir el recreo. Y nos fuimos con la esperanza de encontrar más paz al domingo siguiente".

Un incidente común, a no ser por una circunstancia impresionante.

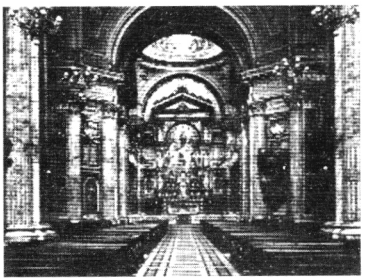
Don Rúa escribió, en el "proceso informativo" sobre Don Bosco: "Me contaba muchos años después un tal Melanotte de Lanzo, que estuvo presente en aquella escena, que Don Bosco, sin descomponerse ni irritarse por las injurias, se dirigió a los muchachos y les dijo: ¡Pobrecita! Nos echa, cuando ella estará en la sepultura para otra fiesta".

Al volver Don Tesio, la empleada le relató de un modo tan catastrófico lo sucedido, que el capellán quizá no atreviéndose a desdecirse personalmente de la palabra dada a Don Bosco, escribió al Ayuntamiento pidiendo que prohibiese jugar en el interior del cementerio.

"Es doloroso decirlo, escribe lamentándose Don Bosco pero fue aquella la última carta de Don Tesio". Durante la semana murieron repentinamente él y su empleada.

Capítulo XVIII

El oratorio emigrante



Después de la triste prueba en San Pedro ad Vincula, volvió el Oratorio a reunirse en el Refugio. La Marquesa no dijo ni una sola palabra en contra. Pero recordó a Don Bosco que el 10 de agosto se inauguraría el Hospital. A partir de aquel día, eso sí, sus muchachos se encontrarían con las puertas cerradas.

12 de julio de 1845. Don Bosco recibe una carta del Ayuntamiento. Por recomendación del Arzobispo, se le concedía "poder servirse de la capilla de San Martín de los Molinos para la catequesis de los muchachos, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, con la prohibición de entrar en el segundo patio de aquel conjunto".

Una iglesia para las tres primeras horas de la tarde cada domingo. Ciertamente no era el Palacio Real, pero ya era algo con que poder sobrevivir. "Cargamos con los bancos, reclinatorios, candelabros y alguna que otra silla, con luces, cuadros y demás -recordaba Don Bosco-, y, llevando cada uno el objeto de que era capaz, a manera de una emigración popular, fuimos a establecer nuestro cuartel general en el lugar concedido". Los Molinos de la ciudad, apodados también "Molassi", estaban situados en la gran plaza de Manuel

Huberto (Porta Palazzo), a mano derecha para quien desciende hacia el Dora. Todavía hoy, la amplia plaza es sede de un mercado de variadas mercaderías paseo de la ciudad, con apretadas hileras de puestos.

Una carta acusadora

Don Bosco no estaba contento del nuevo arreglo y los muchachos tampoco.

Debían jugar en la calle y en la placita delante de la iglesia, por donde pasaban peatones, carros y caballerías.

Don Bosco había alquilado una habitación en la planta baja del edificio, y se ingeniaba para enseñar en ella el catecismo y dar clases.

Unos domingos después, surgieron nuevos trastornos.

La secretaría de Los Molinos envió al Ayuntamiento una carta con una lista de graves acusaciones: los muchachos causaban grandes desperfectos en la iglesia, en los edificios; era una "reunión que podía terminar en revolución", acusación bastante peligrosa para aquel momento, y constituía un "semillero de inmoralidad".

Por orden del alcalde, fue una comisión para inspeccionar el lugar. Todo era normal: los muchachos armaban ruido y uno había hecho una pequeña raya en las paredes con un clavito. Allí no había ninguna revolución, ni inmoralidad. El único elemento de consideración y ésa era la causa de la carta: era el descontento de los inquilinos de las casas de alrededor. Los cantos, el griterío, los juegos alegres, rompían la tranquilidad dominical.

Don Bosco quedó más afligido por las calumnias que siem-

pre dejan herida y no por las decisiones que le transmitieron. El Ayuntamiento no retiraba el permiso concedido, pero tampoco lo renovaría, a partir del primero de enero.

En noviembre se le enviaría el pedido de desalojo.

Mientras tanto, que buscase una fórmula para "ser moderado". Don Bosco procuró serlo. A partir de aquel momento, sólo se usó la iglesia de Los Molinos como punto de reunión.

Llevaba a sus muchachos a jugar por los campos sin cultivar en las riberas del Dora. Para rezar, iban a Nuestra Señora del Pilón, a Sassi, a Nuestra Señora del Campo. "En estas iglesias -escribe- celebraba la Misa, explicaba el Evangelio. Daba por la tarde un poco de catecismo, cantábamos algunas canciones y contaba algún que otro relato. Después dábamos una vuelta y paseábamos hasta la hora de volver a casa. Parecía que esta situación difícil iba a hacer fracasar todo plan del oratorio, y, sin embargo, aumentaba de un modo extraordinario el número de los que acudían".

"Toma, Miguelito, toma"

Junto a Los Molinos de la ciudad, en el mes de septiembre, tuvo Don Bosco un encuentro fundamental para su vida. Se apretujaban alrededor suyo unos muchachos para recibir una medallita. Un poquito separado estaba un niñito pálido, de ocho años, con un brazalete negro en el brazo izquierdo. Hacía dos meses que se le había muerto su padre.

No le gustaba los apretujones, ni empujar para abrirse paso. Se acabaron las medallas y él se quedó sin nada.

Entonces Don Bosco se le acercó y sonriendo le dijo:

- Toma, Miguelito, toma.

¿Tomar qué? Aquel extraño sacerdote que veía por primera vez , no le daba nada. Solamente le tendía la mano izquierda, y con la derecha hacía señal como de quererla cortar en dos. El chiquito alzó unos ojos preguntones. Y el sacerdote le dijo:

- Nosotros dos lo haremos todo a medias.

¿Qué vio Don Bosco en aquel momento? Nunca lo dijo, pero aquel niño será un día su brazo derecho, su primer sucesor a la cabeza de la Congregación Salesiana.

Se llamaba Miguel Rúa, y no entendió aquella frase, ni entonces, ni muchos años más tarde. Pero, se encariñó con Don Bosco, con aquel sacerdote junto al cual uno se sentía alegre y lleno de calor. Miguelito vivía en la Real Fábrica de Armas, en la que su padre había estado empleado. Cuatro hermanos suyos habían muerto jovencísimos, y él era de salud delicada. Por eso, su madre no lo dejaba muchas veces ir al oratorio. Pero se encontró con Don Bosco igualmente en las escuelas de los Hermanos de Doctrina Cristiana, donde él cursaba la tercera elemental. Un día contará:

"Cuando Don Bosco venía a decirnos la Misa y a predicar, apenas entraba en la capilla parecía que una corriente eléctrica pasase a través de los numerosos muchachos. Nos poníamos de pie, salíamos de nuestros puestos, nos apretábamos alrededor suyo. Se necesitaba bastante tiempo para que pudiera llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no podían impedir el aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes no ocurría nada semejante".

Libros robados al sueño

En octubre tiene lugar un suceso importante. Acaba de publicar la Historia Eclesiástica para uso de las escuelas. Es el primer libro escolar que Don Bosco escribe para sus muchachos, robándolo al sueño, a la luz de una lámpara de petróleo, escribiéndolo deprisa con una difícil escritura. La Historia Eclesiástica no es una obra "científica", como ninguno de los libros de Don Bosco lo será. Es, en cambio, popular, adaptada para una mentalidad sencilla y para la modesta cultura de sus muchachos. Habla de los Papas, de los hechos más brillantes de la Iglesia, traza el perfil de los Santos, describe las obras de caridad que florecieron en el pueblo de Dios en todo tiempo.

A esta obra le siguieron la Historia Sagrada (1847), el Sistema métrico decimal (1849), la Historia de Italia (1855).

Junto a los libros escolares, Don Bosco sabe hallar tiempo para escribir muchos otros libros y fascículos: vidas de santos, libros de lectura amena, manuales de oraciones y de instrucción religiosa. Ninguno de ellos es una obra maestra, pero sí una obra de amor para sus muchachos, para la gente sencilla, para la Iglesia. Y algunos de ellos serán ocasión de tristeza: llegarán a sacudirlo para que deje de escribir.

Tres habitaciones en casa Moretta

En noviembre recibió el comunicado del Ayuntamiento, y con él llegó el tiempo feo. "El tiempo -escribe- no era nada a propósito para paseos y caminatas fuera de la ciudad. De

acuerdo con el teólogo Borel, tomamos en alquiler tres habitaciones en la casa de Don Moretta".

Ya no existe esta casa. La última de sus paredes ha quedado encerrada en la iglesia filial de la parroquia de María Auxiliadora, a la derecha del que entra hoy en la gran basílica.

En las tres habitaciones de casa Moretta "pasamos cuatro meses, muy estrechos pero contentos de poder recibir, al menos, a nuestros muchachos, instruirlos y darles facilidad para confesarse".

Recordaba Don Bosco sonriendo que en aquellas pequeñas habitaciones se vio obligado a violar el segundo de sus lejanos propósitos del seminario: para divertir a los muchachos, en lugar tan estrecho, volvió a hacer juegos de malabarismo. Y ya no los dejó, porque los resultados fueron fabulosos. Empezó, con la ayuda del teólogo Cárpano, un curso regular de escuelas nocturnas, muy distinto de las clases que había dado hasta el momento.

Un gran interrogante

Diciembre. La salud de Don Bosco se resiente, de modo que preocupa. Es capellán del Hospital, donde atiende a las niñas, de los tres a los doce años. Tiene compromisos en las cárceles, en Cottolengo, en centros de educación de la ciudad. Trabaja en su oratorio, da clase por la noche, va a visitar a sus muchachos en los puestos de trabajo. Y el invierno 1845-46 dicen que será muy frío.

El invierno de Turín llega tarde, tal vez, pero deja caer por sus estrechas calles espesas y grises nevadas, que dan a la

ciudad meses de frío continuo y deprimente.

Los pulmones de Don Bosco, durante aquellos meses, demuestran una fragilidad preocupante. El teólogo Borel se da cuenta de ello y se lo dice a la marquesa Barolo. Esta, entrega cien liras a Don Bosco para el oratorio, y le ordena "que cese en toda suerte de trabajo hasta su perfecta recuperación".

Don Bosco obedece rompiendo todo compromiso, menos el de sus muchachos. El provecho que de ello saca no es suficiente, y tiene que rendirse a la evidencia pronto.

Pero la preocupación por la salud es poca cosa, por el momento, frente a las nubes plomizas que empiezan a cubrir el oratorio. Escribe con amargura: "Fue, precisamente por aquel tiempo, cuando se propagaron habladurías muy extrañas. Unos calificaban a Don Bosco de revolucionario, otros lo tomaban por loco, o hereje".

Condenado a la horca

El año 1846, cierto joven preso de veintidós años amigo de Don Bosco, fue condenado a muerte juntamente con su padre. La ejecución debía tener lugar en Alessandria.Don Bosco fue, sufrió una gran angustia cuando vio al joven, éste se echó a llorar, y le pidió que le acompañase en su último viaje. Don Bosco sintió que le faltaba el valor, y no tuvo fuerzas para prometérselo.

Hicieron partir a los condenados.

Don Cafasso debía llegar hasta allí en el tren local, para asistirlos en los últimos momentos. Apenas supo que don Bosco lo había rehusado, le hizo llamar y lo retó:

- Pero, ¿no comprende que eso es una crueldad? Prepárese y tomemos juntos el tren para Alessandria.
- No podré soportar el espectáculo.
- Dése prisa, porque el tren no espera.

Llegaron a Alessandria la víspera de la ejecución. Apenas vio el joven a Don Bosco entrar en su celda, le echó los brazos al cuello rompiendo a llorar. También Don Bosco lloró. Pasaron juntos la última noche, rezando y hablando de Dios. A las dos de la mañana le dio la absolución, celebró la Misa para él en la celda, le dio la Comunión e hicieron juntos la acción de gracias.

La campana de la catedral dio el toque de agonía. Se abrió la puerta de la celda, entraron los guardias y el verdugo que, como sucedía siempre, se arrodilló pidiéndole perdón. Le ató después las manos y le echó el lazo al cuello.Unos minutos más tarde, salía el carro con el condenado por el portón de la cárcel. Junto a él, Don Bosco. Inmediatamente detrás, iba el carro con el padre, asistido por Don Cafasso. Una multitud se apretujaba silenciosamente por las calles.

Cuando apareció en el fondo el patíbulo con las horcas preparadas, Don Bosco palideció y se desvaneció. Don Cafasso, que no lo perdía de vista, corrió a detener los carros y hacerlo bajar.

El trágico cortejo llegó al patíbulo, y se cumplió la ejecución. Cuando Don Bosco volvió en sí, todo había acabado. Quedó profundamente humillado. Dijo, por lo bajo, a Don Cafasso:

- Lo siento por ese joven. Tenía tanta confianza en mí...
- Has hecho lo que has podido. Deja que Dios haga el resto.

Desalojo

Marzo de 1846. Don Moretta, que es un sacerdote de buen corazón, va a ver a Don Bosco.

- No lo tome a mal, Don Juan, pero no puedo renovarle el alquiler de las tres habitaciones.
- ¿Y por qué?
- Mire.

Llevaba en la mano un fajo de cartas. "Los inquilinos -escribe Don Bosco - aturdidos por el alboroto y el ruido continuo del ir y venir de los jóvenes, se quejaron al dueño, haciendo constar que, si no se acababa inmediatamente con aquellas reuniones, se marchaban todos".

Sufrió un impulso de rebeldía. ¿Era posible que nadie pudiera aguantar a los jóvenes? ¿Es que aquellos adultos no fueron nunca jóvenes? Sin embargo golpeó el hombro del amigo Don Moretta y le dijo:

- Quédese tranquilo, nos vamos.

No sabía adonde, pero por suerte estaba llegando la primavera y ya no era tan imprescindible estar bajo techo.

Capítulo XIX

Agonía en el campo y resurrección en el galpón



Pudo alquilar un campito cercado de plantas. No quedaba lejos de casa Moretta. A cincuenta pasos nada más.

El que camina hoy por la calle de María Auxiliadora, a la derecha, antes de cruzar la calle Cigna, ve una gran manzana de casas que ocupa una faja de terreno lindando a la Editorial S.E.I. Allí precisamente estaba el campito de los hermanos Filippi.

Había en medio una especie de galpón, donde se guardaban los útiles para los juegos. Alrededor, se juntaban y se desahogaban cada domingo trescientos muchachos. En un ángulo, sentado sobre un banco, confesaba Don Bosco.

Hacia las diez, redoblaba un tambor militar, y los jóvenes se ponían en fila. Sonaba después una trompeta y en marcha: hacia la Consolata, o al Monte de los Capuchinos. Allí celebraba la Misa Don Bosco, repartía la Comunión y, a continuación, el desayuno.

Un muchacho recién llegado del pueblo, Pablo C, peón de mano, se unió un día al batallón de muchachos camino del Monte de los Capuchinos. Así lo cuenta:

"Se celebró la Misa, muchos recibieron la Santa Comunión, después fueron todos al patio del convento para desayunar.

Como me creí sin derecho a ello, me retiré un poco esperando unirme a los demás a la salida. Pero Don Bosco me vio y se me acercó:

- ¿Cómo te llamas?
- Pablito.
- ¿Has desayunado?
- No, señor; porque no me he confesado ni he comulgado.
- Pero es que no hace falta confesarse ni comulgar para poder desayunar.
- Pues ¿qué hace falta?
- Tener apetito. - Me acompañó hasta el cesto y me dio pan y fruta en abundancia. Bajé con él, y jugué por la pradera hasta hacerse de noche.

Desde aquel momento, durante muchos años, no abandoné el oratorio y al querido Don Bosco, que tanto bien me hizo".

Un día de fiesta por la tarde, mientras jugaban los muchachos, vio Don Bosco, del otro lado del cerco, a un muchacho de unos quince años. Lo llamó:

- Pasa adentro. ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? El muchacho no respondía. Y Don Bosco:
- Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Aún dudó. Después, despegando los labios, dijo solamente:

- Tengo hambre.

El cesto estaba vacío. Mandó Don Bosco a buscar pan en casa de una familia vecina, y lo dejó comer en paz.

Después fue el mismo chico quien se puso a hablar, como para quitarse un peso de encima:

- Trabajo de sillero, pero el patrón me ha despedido porque no sé hacerlo bien. Mi familia está en el pueblo. Esta noche

he dormido en la escalinata de la catedral, y esta mañana tenía tanta hambre que quería robar. Pero tuve miedo. He intentado pedir limosna, pero me decían: "Estando sano y fuerte como estás, vete a trabajar". Luego he oído gritar a los muchachos aquí, y me he acercado.

- Bien, esta tarde y esta noche me ocupo yo de ti. Mañana iremos a un señor que yo conozco, y verás cómo te toma. Si luego quieres volver a venir los días festivos, para mí será un placer.
- Con mucho gusto vendré.

Durante los meses del campo Filippi, las "extrañas voces" que corrían sobre Don Bosco se condensaron en tres peligros: oposición de la autoridad civil, convicción de que Don Bosco estaba loco con el consiguiente abandono de los principales colaboradores, perspectivas de cerrarlo todo tras el último desalojo.

El Marqués y los guardias

Aquellos eran años de revolución, y por consiguiente, ver a trescientos jóvenes que entraban por las puertas de la ciudad formados y al son de una trompeta y un tambor, daba qué pensar al jefe de policía. "No solamente eran niños -escribe Lemoyne-; que también había jóvenes robustos, audaces, que llevaban consigo la navaja".

El marqués Miguel de Cavour padre de Camilo y de Gustavo, vice-gobernador de la ciudad y, por tanto jefe de policía, hizo llamar a Don Bosco. Comenzó la charla de forma diplomática, luego se fue tejiendo la trampa. Don Bosco se dio cuenta de que le imponía bruscamente limitar

el número de jóvenes, evitar la entrada a la ciudad en filas, excluir a los mayores como peligrosos. Lo rechazó. Entonces Cavour se puso a gritar:

- Pero ¿qué le importan a usted esos bribones? Déjelos en su casa. No se cargue con esas responsabilidades ¡antes de que sean un peligro para todos!

- Yo enseño el catecismo a unos pobres muchachos -respondió tenazmente Don Bosco- y eso no puede ser peligroso para nadie. Por lo demás, todo lo hago con permiso del Arzobispo.

-¿El Arzobispo sabe todo esto? Bien, entonces hablaré directamente con Fransoni, y será él quien acabe con estas tonterías.

Monseñor Fransoni no acabó con nada; más aún, defendió a Don Bosco.

Desde aquel día, junto a los límites del prado donde jugaban los muchachos, empezó a verse a la policía de la comisaría general haciendo guardia. Don Bosco bromeaba sobre ello, pero empezó a vivir entre espinas: la menor irregularidad, podría significar el cierre de su oratorio. Cavour tenía poder.

¿Está loco Don Bosco?

Sin quererlo, el mismo Don Bosco ayudaba a que corriese la voz de que se había vuelto loco. Para consolar a sus muchachos, que se veían obligados a pasar de un cementerio a un molino, de un pequeño lugar a un campito, Don Bosco empezó a contarles sus sueños.

Les hablaba de un oratorio amplio y espacioso, de iglesias,

casas, escuelas, talleres, muchachos por millares, sacerdotes a su total disposición. Todo ello chocaba contra la triste realidad.

Los chicos son los únicos capaces de soñar con los ojos abiertos, y creían a Don Bosco. Repetían en su casa y en el trabajo lo que les contaba Don Bosco. Así que, era natural que la gente corriente dijese: "Pobrecito, se ve que tiene una idea fija. Si sigue con esas preocupaciones, acabará en un manicomio".

Sin mala voluntad de nadie, se había corrido la voz. Recordaba Miguel Rúa: "Acababa aquel día de ayudar a Misa en la Fábrica de Armas y me disponía a salir, cuando el capellán me preguntó: "¿Adónde vas?". "Me voy con Don Bosco, porque es domingo". "¿Qué, no lo sabes? Está enfermo, de una enfermedad difícil de curar". La noticia se me clavó en el corazón, dándome una pena indecible. Si me hubieran dicho que mi padre se había enfermado, no hubiera experimentado tanta pena. Corrí al oratorio, y con asombro vi que Don Bosco andaba sonriente como siempre. "Se ha encantado por los jóvenes y se le ha trastornado la cabeza": ésa era la enfermedad de que se hablaba aquellos días por Turín.

Don Borel, el colaborador y amigo incondicional, quiso impedir a Don Bosco que contara sus sueños:

- Hablas de una iglesia, de una casa, de un patio para jugar. Pero ¿dónde está todo eso?

- No lo sé, pero existe, porque yo lo veo, -murmuró Don Bosco. Un día, estando en su habitación, tras una inútil tentativa para" hacerlo razonar", Don Borel rompió a llorar. Salió diciendo: "Pobre Don Bosco, está loco".

Parece que hasta la Curia envió a alguien a observar el

estado de equilibrio de Don Bosco. De este modo, dos amigos suyos, Don Vicente Ponzati y Don Luis Nasi, se pusieron de acuerdo para sacar a Don Bosco de tan penosa situación.

Probablemente lo planearon todo, para una visita médica y un examen cuidadoso en el hospital psiquiátrico, para luego seguir, si era necesario, los oportunos cuidados.

Estaba una tarde Don Bosco dando catecismo a unos cuantos muchachos, cuando llegó un coche cerrado. Bajaron de él Don Ponzati y Don Nasi, y lo invitaron a dar un paseo en su compañía.

- Estás cansado. Un poco de aire te irá muy bien.
- De acuerdo. Tomo el sombrero y voy con vosotros. Uno de los dos amigos, abre la puerta:
- Sube - Pero Don Bosco ha olido la trampa:
- Gracias, primero ustedes,

Tras alguna insistencia, para no perder la oportunidad, aceptan subir ellos primero. Pero, apenas están dentro, con un movimiento rápido cierra Don Bosco la puerta y ordena al cochero:

- ¡De prisa, al manicomio! Allí los esperan.

El manicomio u hospital psiquiátrico no estaba lejos. Los enfermeros, previamente avisados, estaban a la espera de un sacerdote. Y en esto que ven llegar a dos. Tuvo que intervenir el capellán del manicomio para liberar a los dos recién llegados.

La broma había sido pesada, más por parte de Don Bosco que por la de los dos amigos. Don Ponzati y Don Nasi, por el momento se enojaron muchísimo. Más tarde, volvieron a ser amigos de Don Bosco. Particularmente Don Nasi, que se convertirá en el animador de la música en el oratorio.

Sin embargo Don Bosco va siendo abandonado por todos.

Escribe con amargura: "Todos se alejaban de mí. Mis colaboradores me dejaron solo con mis cuatrocientos muchachos".

Es el momento en el que "el sentido común" parece no estar. Don Bosco es un santo o es un loco. Resulta difícil adivinarlo. Es la repetición, aunque parezca distinta, del momento en que Francisco de Asís arroja sus vestidos a la cara de su padre, y se marcha desnudo diciendo: "Ahora ya puedo decir Padre nuestro que estás en los cielos", del momento en que Cottolengo tira por la ventana las últimas monedas diciendo satisfecho: "Ahora se verá si la Pequeña Casa es cosa mía o es cosa de Dios". ¿Quién puede acusarlos de hombres pequeños, aferrados a la prudencia y al buen sentido, de haberlos tomado por locos?

Agonía en el campo

Por aquellos días, llegaron los dueños del campito. Se inclinaron sobre el terreno pisoteado sin piedad por ochocientos zuecos y zapatones. Llamaron a Don Bosco:

- ¡Esto es un desastre!. A este paso nuestro campo quedará como un camino de tierra apisonada.
- Tenga paciencia, señor cura, pero así no se puede seguir. Perdonamos el alquiler, pero tenemos que echarlo.

Le dieron quince días de tiempo para desalojar. Aquello fue como un rayo para Don Bosco. A las humillantes aventuras de aquellos días, se añadía la preocupación de tener que encontrar enseguida otro campo. Pero esta vez no halló nada: ¿quién iba a alquilar a un loco?

El 5 de abril de 1846, último domingo en el prado Filippi, fue para Don Bosco uno de los días más amargos de su vida.

Fue con sus muchachos a Nuestra Señora del Campo. Habló durante la Misa, pero no se le oyó ninguna risa, no habló de verduras y trasplantar. Dijo que los miraba como a los pajaritos, cuyo "nido" quiere alguien deshacer. Los invitó a rezar a la Virgen, porque pese a todo, estaban en sus manos.

Al mediodía hizo su última tentativa cerca de los Filippi. Pero no obtuvo nada. ¿Tenia, pues, que despedir a sus muchachos?

"Al atardecer de aquel día, -escribió- contemplaba la multitud de muchachos que se divertían. Estaba solo, agotado de fuerzas, en estado deplorable de salud. Me retiré a un lado, me puse a pasear a solas, y me conmoví hasta llorar: - Dios mío, exclamé, dime qué he de hacer".

La pequeña cepa

En aquel momento llegó, no un arcángel, sino un hombrecito tartamudo: Pancracio Soave, fabricante de sales alcalinas y detergentes.

- ¿Es verdad que usted busca un lugar para instalar un laboratorio?
- Un laboratorio, no. Un oratorio.
- No sé qué diferencia hay, pero es igual; el lugar sí que está. Venga a verlo. Es propiedad del señor Francisco Pinardi, persona honrada.

Don Bosco, andando siempre por aquella zona llamada Valdocco, recorrió en diagonal como unos doscientos metros y vino a encontrarse frente a "una casucha de una sola planta, con escalera y balcón de madera carcomida, cercada de

huertos, prados y campos". A poca distancia estaba la "casa dudosa", que había visto en sueños. "Quise subir por la escalera, pero Pinardi y Soave me dijeron: "No, el lugar destinado para usted está aquí dentro". Era un galponcito.

Los peregrinos que atraviesan el patio junto a la Basílica de María Auxiliadora, lo ven todavía allá en el fondo, abrazado por un ángulo de edificios: oscura, pequeña cepa, de donde ha salido la gigantesca obra de Don Bosco. Se lee en gruesos caracteres: "Capilla Pinardi". Porque hoy es una capillita, rica en adornos y pinturas. La reconstruyeron los Salesianos en 1929.

Pero cuando Don Bosco llegó, aquel 5 de abril de 1846, era solamente un pobre galponcito bajo, que se apoyaba por el norte sobre la casa Pinardi. Había sido construido hacía poco, y había servido para taller de un sombrerero y almacén de lavanderas. Tenía una superficie de quince metros de largo, por seis de ancho, y había al lado dos cuartos más pequeños.

Don Bosco estuvo a punto de rechazarlo.

- Es demasiado bajo, no me sirve.
- Lo haré arreglar a su gusto -repuso Pinardi-. Excavaré, pondré unos escalones, cambiaré el pavimento. Porque deseo muchísimo que establezca aquí su laboratorio.
- No es un laboratorio, sino un oratorio -repitió Don Bosco-, una iglesia para reunir a los jovencitos.

El equívoco de Pinardi es comprensible: por aquellos tiempos, se construían cerca de los ríos numerosos laboratorios y talleres. Quedó un instante sorprendido, pero enseguida añadió:

- Con más razón aún. Soy cantor y vendré a ayudarle.Traeré dos sillas, una para mí y otra para mi mujer.

Don Bosco no se decidía. Al fin dijo:

- Si me garantiza rebajar el terreno unos cincuenta centímetros, acepto.

No quiso alquiler por meses. Pagó trescientas veinte liras para todo un año más de la mitad de su sueldo en el Hospital. Podía disponer del galponcito y de la faja de terreno de alrededor, para jugar los muchachos.

Volvió corriendo a sus jóvenes y les gritó:

- ¡Animo, hijos míos! Ya tenemos un oratorio más seguro. Habrá iglesia, escuela y patio para saltar y jugar. El domingo que viene iremos. ¡Está allí, en casa Pinardi!

Era el domingo de Ramos. El domingo siguiente era la Pascua de Resurrección.

Resonaban las campanas

Francisco Pinardi cumplió su palabra. Fueron los albañiles, excavaron, reforzaron los muros y el techo. Los carpinteros rehicieron el pavimento, tendiendo un entarimado de madera. Un trabajo imposible en seis días, si se olvida que la jornada de trabajo era de doce a catorce horas. El sábado por la noche el edificio estaba a punto.

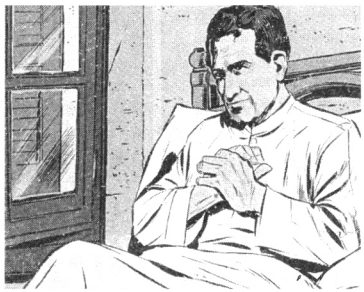
Don Bosco colocó sobre el altarcito de la capilla los candelabros, la cruz, la lámpara y un cuadro de San Francisco de Sales.

El 12 de abril fue el gran día. Por la mañana de Pascua, todas las campanas de la ciudad tocaban a fiesta. En el cobertizo Pinardi no había ninguna campana, pero estaba el cariño de Don Bosco que llamaba a sus muchachos desde el valle de Valdocco.

Llegaron por oleadas. Se apiñaron en la iglesia,en la franja de terreno de alrededor, por los prados vecinos. En medio de un silencio de gran recogimiento asistieron a la bendición de la capilla y a la Misa que inmediatamente celebró Don Bosco para ellos. Después, con el pancito en la mano, se desparramaron por el campito y explotó la alegría: la alegría de tener, por fin, una casa "sólo para ellos".

Capítulo XX

El milagro de los albañilitos



"Se abría la iglesia temprano -escribe Don Bosco recordando el horario de los primeros domingos-, y empezaban las confesiones, que duraban hasta la hora de misa". Después de Misa, Don Bosco narraba con su modo de contar atrayente y fascinador pasajes de Historia Sagrada.

"Después de la charla, venían las clases, que duraban hasta el mediodía". A la una de la tarde Don Bosco por tanto se permitía una horita como máximo para comer y descansar. Empezaba el recreo: con bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y con los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. Seguía el Rosario, hasta que los muchachos llegaron a ser capaces de cantar las Vísperas. A continuación una breve instrucción, canto de las Letanías y la bendición con el Santísimo Sacramento. "Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre". Uno seguía la clase de catecismo, otro la de canto o lectura. La mayor parte de los chicos se entregaba a saltar, correr y divertirse hasta la noche.

"Yo me servía de aquellos recreos tan movidos para acercarme a los jovenes. Con una palabrita al oído, recomendaba a uno más obediencia; a otro, mayor puntualidad al cate-

cismo; sugería a un tercero que se fuera a confesar"

Hacía de sacerdote

Don Bosco jugaba, hasta hacía de saltimbanqui, pero sobre todo hacía de sacerdote. Sabía ser simpáticamente enérgico, cuando era necesario. Cuenta, para demostrarlo, "un caso entre muchos".

Un muchacho, invitado varias veces para cumplir con Pascua, siempre prometía pero no cumplía. Una tarde, mientras jugaba con entusiamo, Don Bosco lo detuvo, y le rogó que lo acompañara a la sacristía para hacer un encargo.

"Quiso ir tal como estaba, en mangas de camisa. No, le dije, ponte la chaqueta y ven. Ya en la sacristía añadí:

- Arrodíllate en este reclinatorio.
- Entonces, ¿qué quiere?
- Pues confesarte.
- No estoy preparado.
- Eso ya lo sé. Prepárate y luego te confesaré.
- Ha hecho bien en atraparme así, de otro modo no me hubiera decidido nunca.

Mientras yo recé una parte del breviario(1) , él se preparó algo. Después se confesó de buena gana y dio gracias con devoción. A partir de aquel momento fue constante en el cumplimiento de sus deberes religiosos".

La despedida en la glorieta del Rondó

Al caer la tarde, iban todos a la capilla para las oraciones de

1) libro que contiene el rezo eclesiástico del año

la tarde, que terminaban con una canción. Y luego, frente al galpón, la alegre y conmovedora escena de la partida.

"Al salir de la iglesia -escribe Don Bosco- daban mil veces las buenas noches sin acertar a separarse. Yo les decía: "Vayan a casa, que se hace de noche y los aguardan sus padres. Era inútil. Había que dejarles seguir reunidos, mientras seis de los más robustos formaban con sus brazos una especie de silla, sobre la cual, como sobre un trono, me tenía yo que sentar por fuerza. Se ordenaban en varias filas, y con Don Bosco sobre aquel palco de brazos, caminaban cantando, riendo y aplaudiendo hasta la glorieta, llamada el Rondó, Allí se cantaban todavía algunas canciones. Se hacía después un gran silencio, y yo entonces podía dar a todos las ¡buenas noches!. Todos respondían a pleno pulmón: ¡buenas noches!. En aquel momento se me bajaba del trono. Se dirigían todos a sus propias casas y solamente algunos de los mayores me acompañaban a la mía, medio muerto de cansancio".

Muchos de aquellos muchachos le habían murmurado al oído: "Don Bosco, no me deje solo durante la semana.Venga a verme". Y desde el lunes, contemplaban los albañiles de las obras de Turín un espectáculo extraño: veían a un sacerdote arremangarse la sotana y subir por los andamios, entre baldes de cal y pilas de ladrillos. Terminado su ministerio en el Hospital, en las cárceles, en las escuelas de la ciudad, Don Bosco subía hasta allí para ver a sus amigos. Para ellos era una fiesta. La "familia" a donde volvían por la noche, en muchos casos no era la de su padre y su madre, que estaban en el pueblo, sino la de un tío, un pariente o un paisano. A veces era la misma del patrón, que los había alojado en su casa, de acuerdo con los padres. Resultaba un hogar poco

acogedor para aquellos chicos. Por eso, era una fiesta encontrarse con un amigo "de verdad", que tanto los quería y ayudaba.

Precisamente porque los quería, Don Bosco charlaba también un poco con el patrón. Le gustaba saber cuánto les pagaba, qué tiempo de descanso les daba, si les dejaba santificar las fiestas. Será él, uno de los primeros en exigir el contrato de trabajo para los jóvenes aprendices, y en vigilar para que los patrones lo cumplan.

Encontraba a sus amigos y buscaba más. "Visitaba los talleres -dirá don Rúa en sus testimonios- en donde había numerosos aprendices, e invitaba a todos a su oratorio. Se dirigía especialmente a los jóvenes forasteros"

Don Bosco escupe sangre

Pero Don Bosco no era más que un hombre, y las fuerzas de un hombre tienen un límite. Después del stress de la primavera, al llegar los primeros calores, su salud empezó a resentirse rápidamente.

La marquesa de Barolo, que lo apreciaba mucho, lo llamó a principio de mayo. Estaba presente el teólogo Borel. Le puso delante la enorme cantidad de cincuenta mil liras (ocho años de sueldo), y le dijo imperiosamente:

- Tome ahora este dinero y vayase. A donde quiera: haga descanso absoluto-. Don Bosco respondió:

— Muchas gracias. Usted es muy caritativa. Pero yo no me he hecho cura para atender a mi salud.

- Pero tampoco para suicidarse. He sabido que tiene esputos de sangre. Sus pulmones se deshacen. ¿Cuánto tiempo

cree que puede así? Déjese de ir a las cárceles, al Cottolengo. Y sobre todo por una buena temporada, a sus muchachos. Ya se ocupará de ellos el teólogo Borel.

Don Bosco vio en esta invitación la enésima tentativa para alejarlo de sus muchachos. Reaccionó bruscamente:

- Esto no lo aceptaré nunca.

La marquesa perdió la paciencia.

- Si no quiere ceder por las buenas, lo hará por las malas. Usted necesita de mi sueldo, para poder tirar adelante. Pues bien, ¿sabe lo que le digo? O deja usted su oratorio y va a descansar o le despido.

- Muy bien. Usted puede hallar muchos sacerdotes para ponerlos en mi lugar. Pero mis muchachos no tienen ninguno. No puedo abandonarlos.

Don Bosco dice palabras heroicas, pero se equivoca. La marquesa parece torturarlo, pero tiene razón. Los próximos meses lo van a demostrar. Don Bosco es un sacerdote santo, pero joven, treinta y un años y obstinado: no ha alcanzado todavía el sentido del límite. La marquesa, de sesenta y un años, muestra ser más prudente que él. Y es una santa mujer, si después de aquel arrebato "se arrodilló a los pies de Don Bosco pidiéndole su bendición", como atestigua Don Giacomelli que añade: "y eso ¡no lo hacía conmigo!".

. Don Bosco escupía sangre de verdad. Seguramente tenía una infiltración tuberculosa en los pulmones. Y sin embargo, hacía planes para el porvenir. El 5 de junio de 1846 alquiló tres habitaciones del piso superior, en la casa Pinardi, por quince liras mensuales. También el marqués de Cavour se dejaba volver a oír por aquellos días. Cada domingo enviaba media docena de guardias para vigilar a Don Bosco. En el 1877, dirá Don Bosco a Don Barberis: "Cómo siento no haber

tenido una máquina fotográfica. Sería muy lindo poder volver a ver aquellos centenares de jóvenes pendientes de mis labios, y seis guardias municipales de uniforme a pie firme y por parejas, colocados en tres puntos distintos de la iglesia, con los brazos cruzados oyendo también ellos el sermón. ¡Me venían muy bien para vigilar a los muchachos aunque lo cierto es que estaban allí para vigilarme a mí!. Alguno se secaban a escondidas las lágrimas entre los jóvenes, en torno a mi confesionario esperando su turno. Porque yo hacía los sermones más para ellos que para los muchachos: hablaba del pecado, de la muerte, del juicio, del infierno...".

"No lo dejes morir, Señor"

Primer domingo de julio de 1846. Un día agobiante en el oratorio, con un calor abrasador. Al volver a su cuarto, en el Refugio, Don Bosco se desmaya. Lo ponen en cama. "Tos, inflamación peligrosa, pérdidas continuas de sangre". Palabras que probablemente equivalen a "pleuritis con alta fiebre, hemoptisis". Un complejo de enfermedades gravísimas para aquellos tiempos, y para aquel enfermo, que ha sufrido vómitos de sangre.

"En pocos días se creyó que estaba en los últimos momentos". Recibió el Viático y los Santos Óleos. Por los andamios de los albañilitos, por los talleres de los aprendices mecánicos, se esparció rápidamente la noticia: "Don Bosco se muere".

Por la tarde, llegan a la habitación del Refugio, en donde Don Bosco agoniza, grupos de pobres muchachos asustados. Llevan todavía la ropa manchada del trabajo, y la cara

cubierta de cal. No han cenado para ir corriendo a Valdocco. Lloran, rezan:

- ¡No lo dejes morir, Señor!

El médico prohibió toda clase de visitas, y el enfermero puesto por la Marquesa junto al lecho de Don Bosco, no permite la entrada de nadie en la habitación del enfermo. Los muchachos se desesperan:

- ¡Sólo verlo!
- ¡No lo dejaré hablar!
- Tengo que decirle una palabra: sólo una palabra.
- Si Don Bosco supiera que estoy aquí, seguro que me dejaba entrar.

Ocho días anduvo Don Bosco entre la vida y la muerte. Hubo muchachos que durante aquellos ocho días, trabajando bajo un sol ardiente, no bebieron ni un sorbo de agua, para arrancar del Cielo su curación. Se alternaron los albañilitos para pasar día y noche en oración ante la imagen de la Consolata. Siempre había uno de rodillas ante la Virgen. A veces se les cerraban los ojos de sueño ya que iban después de doce horas de trabajo, pero resistían porque Don Bosco no tenía que morir.

Algunos, con la inconsciente generosidad juvenil, hicieron voto de rezar el Rosario por toda la vida, otros prometieron ayunar a pan y agua durante un año.

El sábado, Don Bosco sufrió la crisis más grave. Ya no tenía fuerzas, y el menor esfuerzo le provocaba vómitos de sangre. Por la noche, muchos temieron su fin. Pero no llegó. Llegó en cambio la recuperación, la "gracia", arrancada a la Virgen por los muchachos que no podían quedarse sin padre.

Un domingo a fines de julio, por la tarde, apoyándose en un

bastoncito, se encaminó Don Bosco hacia el oratorio. Los muchachos salieron volando a su encuentro. Los mayores lo obligaron a sentarse en un sillón, lo levantaron a hombros, y lo llevaron triunfalmente hasta el patio. Cantaban y lloraban los pequeños amigos de Don Bosco y él también lloraba.

Entraron en la capillita y dieron juntos gracias al Señor. En medio de un tenso silencio, Don Bosco se atrevió a decir unas palabras: " Les debo la vida. Estén seguros: de hoy en adelante, toda ella será para ustedes.

Son las palabras más grandes que Don Bosco pronunció en toda su vida. Son como un "voto solemne" con el que se consagró para siempre a los jóvenes y sólo para ellos. Las otras palabras grandísimas las dirá en el lecho de muerte: **"Díganles a mis muchachos que los espero a todos en el Paraíso".**

Las pocas fuerzas de que podía disponer aquel día, las empleó Don Bosco para hablar uno a uno con los jóvenes que "habían hecho promesas sin la debida reflexión, para cambiárselas por algo posible". Era un gesto delicadísimo.

Los médicos prescribieron una larga convalecencia en absoluto reposo, por lo que Don Bosco fue a I Becchi, a casa de su hermano y de su madre. Pero prometió a los muchachos:

- Para la caída de las hojas, volveré a estar de nuevo con ustedes.

"¡La bolsa o la vida!"

Hizo el viaje en burrito. Agotado de tanto burro, hizo un descanso en Castelnuovo y llegó al atardecer a I Becchi.

En la cerca, esperándole para darle la bienvenida estaban llenos de alborozada alegría sus sobrinitos. Antonio, que había levantado una casa frente a la que habitaron siendo niños, tenía cinco hijos: Francisco de catorce años, Margarita de doce, Teresa con nueve, Juan con seis y Francisca una criatura de apenas tres años, llena de vida. También José había construido su casa frente a la casa paterna, y vivía en ella con su madre Margarita y cuatro hijos: Filomena que ya tenía once años, Rosa Dominica con ocho, Francisco con cinco y Luis que dormía en la cuna. Don Bosco se hospeda en casa de José. El aire de sus colinas, el cariño silencioso de la mamá, los paseos cada vez más largos que se da por la tarde, entre las parras en las que empiezan a teñirse de rojo los racimos, le dan vida y fuerzas.

Escribe a menudo a Don Borel, pidiéndole noticias de sus chicos.

Durante el mes de agosto, llega, en uno de sus paseos, hasta Capriglio. Está ya de vuelta, a través de un bosquecito cuando una voz seca le intima:

- ¡La bolsa o la vida!

Don Bosco se espanta. Y responde:

- Soy Don Bosco. No tengo dinero-. Mira al bandolero escondido entre las malezas, blandiendo un cuchillo, lo reconoce, y con voz amable sigue:

- Córtese, ¿pero eres tú quien quiere arrancarme la vida?

Bajo las barbas que cubren aquel rostro ha descubierto a un muchacho que se había hecho amigo suyo en la cárcel de Turín. También el joven lo reconoce y está a punto de desmayarse.

- Don Bosco, perdóneme. Soy un desgraciado - . Le cuenta, a saltos, la amarga y acostumbrada historia. Al salir de la cár-

cel, no lo admitieron en casa. "Hasta mi madre me dio vuelta la espalda. Me dijo que era la deshonra de la familia. ¿Trabajo? Ni hablar. Apenas saben que uno ha estado en la cárcel, todos te dan con la puerta en la cara".

Antes de volver a I Becchi, Don Bosco, lo confiesa, y le dice: "Ahora ven conmigo". Y le presenta a sus familares. Me he encontrado con este buen amigo. Esta noche cenará con nosotros. Por la mañana, después de Misa, le da una carta de recomendación para un párroco y algunos patrones formales de Turín y lo despide con un abrazo.

Octubre. Durante las largas y solitarias caminatas, Don Bosco se ha trazado el proyecto de su inmediato futuro. Llegando a Turín, irá a vivir en las habitaciones alquiladas a Pinardi. Allí, poquito a poco, podrá acoger a los muchachos que no tienen familia. Pero aquel lugar no es, ciertamente, el más aconsejable para vivir un cura solo. Está cerca de la "casa equívoca", es decir la Casa Bellezza, con el bar La Jardinera, donde los borrachos cantan hasta muy entrada la noche. Debería vivir con alguien que lo librara de sospechas y chismes, que luego corren como el viento. Ha pensado en su madre. Pero ¿cómo decírselo? Margarita tiene cincuenta y ocho años y vive en I Becchi como una reina. ¿Cómo arrancarla de su casa, de sus nietitos, de los tranquilos quehaceres de cada día? Tal vez Don Bosco se anima a la vista de la triste estación que se está dibujando para el campo. Las cosechas de 1846 han sido malas, y se prevén aún peores para 1847.

- Madre, -le dice una tarde sacando fuerzas -, ¿por qué no viene a pasar unos días conmigo? He alquilado tres habitaciones en Valdocco y pronto podré hospedar muchachos abandonados: Me dijo un día que, si llegaba a ser rico, no

pondría los pies en mi casa. Pues bien, soy pobre y estoy cargado de deudas; y es peligroso para un sacerdote vivir solo en aquel barrio. Aquella mujer anciana quedó pensativa. Es una proposición que no la esperaba.
Don Bosco insiste dulcemente:
- ¿No vendría para hacer de madre a mis muchachos?
- Si tú crees que sea ésta la voluntad del Señor -dice- voy.

"¡Forasteros y sin liras!'

3 de noviembre, martes. Caían las hojas con el viento de otoño y Don Bosco salió camino de Turín. Llevaba bajo el brazo un misal y el breviario. Junto a él iba mamá Margarita, con una cesta al brazo, en la que llevaba algo de ropa y alimento. Don Bosco había comunicado, por carta, sus planes a don Borel y "el Padre chiquito" con toda su simpatía había trasladado los pocos muebles de Don Bosco, desde la habitación del Refugio a las habitaciones de casa Pinardi.

Don Bosco y su mamá hicieron el largo camino a pie. Al llegar al Rondó, un sacerdote amigo de Don Bosco, lo reconoció y acudió a saludarles. Iban cubiertos de polvo y cansados.
- Bienvenido, querido Don Bosco, ¿Cómo va esa salud?
- Estoy muy bien, gracias. Traigo conmigo a mi madre.
- ¿Y cómo es eso que han venido a pie?
- Porque nos falta de esto-, y sonriendo hizo pasar rápidamente el pulgar sobre el índice.
- ¿Y dónde van a vivir?
- Aquí, en casa Pinardi.
- Pero ¿cómo harán para vivir sin recursos?

- No lo sé. La Providencia pensará en ello.
- Siempre el mismo -murmuró el buen sacerdote moviendo la cabeza. Sacó el reloj del bolsillo. Era entonces un objeto precioso y raro y se lo entregó.
- Me gustaría ser rico para ayudarte. Pero hago lo que puedo.

Margarita entró primera en su nueva casa: tres habitaciones desnudas y escuálidas, con dos camas, dos sillas, y alguna cacerola.

Sonrió y le dijo a su hijo:

- En I Becchi, tenia que moverme cada día para ponerlo todo en orden, para limpiar los muebles, fregar las ollas. Aquí podré estar más descansada.

Tomaron aliento y, tranquilos, se pusieron a trabajar. Mientras Margarita preparaba la cena, Don Bosco colgó de la pared un Crucifijo y un cuadrito de la Virgen, luego hizo las camas. Y juntos, madre e hijo, se pusieron a cantar. Decía la canción:

¡Ay del mundo - si nos mira
forasteros - y sin lira!

Un muchacho, Esteban Castagno, los oyó y corrió la noticia de boca en boca a todos los jóvenes de Valdocco.

-- ¡Ha vuelto Don Bosco!

Capítulo XXI

Un polvorín a punto de estallar



Al domingo siguiente, 8 de noviembre, hubo gran fiesta. Don Bosco tuvo que sentarse en un sillón en medio del prado, con los jóvenes en círculo, y escuchar sus cantos y buenos deseos.

Muchos de ellos habían ido a visitarlo en I Becchi, y lo habían forzado a anticipar la vuelta, poniéndolo en la graciosa alternativa de: "O viene usted a Valdocco, o trasplantamos el oratorio aquí".

Don Cafasso se había opuesto a una vuelta tan apresurada, de acuerdo con los consejos del médico. Incluso le había hecho llegar la palabra del Arzobispo. "Me permitió volver al Oratorio -escribe Don Bosco- con la obligación de no predicar durante dos años". Pero añade inmediatamente: "He desobedecido".

Las habitaciones iluminadas llenas de muchachos

La primera preocupación de Don Bosco fue la de reemprender y prolongar las escuelas nocturnas: "Alquilé otra habitación. Dábamos las clases en la cocina, en mi habitación, en

la sacristía, en el coro, en la iglesia. Había entre los alumnos verdaderos pillos que lo echaban todo a perder o lo dejaban todo patas arriba. Algunos meses más tarde, pude alquilar otras dos habitaciones".

Testigos de la época recuerdan :"Era un espectáculo ver por las noches las habitaciones iluminadas, llenas de muchachos. De pie frente a los candelabros, con un libro en la mano, sobre unos bancos escribiendo, sentados por el suelo garabateando en un cuaderno las letras mayúsculas".

Don Cárpano, Don Nasi, Don Trivero, Don Pacchiotti volvieron en su ayuda. La aventura de las "manías" ha desaparecido con la enfermedad y la convalecencia. Cuando Don Bosco tiene una manía, se ha visto que es capaz de escupir sangre para realizarla.

El mutuo compromiso con la marquesa Barolo queda vencido tácitamente en agosto y no se renueva. Don Bosco volverá sólo alguna vez a predicar a las muchachas enfermas. Y la Marquesa, a través de Don Borel y Don Cafasso, le hace llegar generosas limosnas "para sus vagabundos", hasta el año de su muerte en 1864.

Pero todo esto no es nada en comparación de los graves sucesos que están por ocurrir. Lo único verdaderamente importante es que Don Bosco haya, por fin, conseguido estabilidad para su oratorio y haya recuperado la salud antes del estallido del gran temporal político.

Mastai-Ferretti Papa toma el nombre de "Pío IX"

El año de 1846 Turín es un polvorín a punto de estallar.
En junio es elegido papa el cardenal Mastai-Ferretti, obispo

"sin prejuicios" de Imola. Toma el nombre de "Pío IX". Es un nombre sencillo y piadosísimo. No es ningún político, ni favorable a las ideas de los liberales. Tiene un profundo sentido de humanidad: por eso lleva a la práctica rápidamente algunas reformas, esperadas hace años en el Estado Pontificio, que son tomadas por reformas liberales, con todos los equívocos subsiguientes.

A los pocos días de su elección, pese a la opinión opuesta de muchos cardenales, concede una amplia amnistía política. Muchos detenidos, sin más culpa que haber participado en movimientos liberales, son puestos en libertad.

Durante los meses siguientes pone freno a los abusos de la policía y manifiesta su firme voluntad de que la invasora diplomacia austríaca respete principalmente la independencia de la Santa Sede.

En la primavera de 1847 concede cierta libertad de prensa, instituye un Consejo de Estado en el que participan seglares, elegidos por la base algo que hace pensar vagamente en un Parlamento. Autoriza la formación de una Guardia Cívica milicia popular.

En la atmósfera de fervorosa espera del Primado de Gioberti, les parece a los liberales que Pío IX es el Pontífice neogüelfo tan deseado. Se exalta al Papa Mastai como al futuro realizador de la unidad y la independencia italiana en una atmósfera liberal. Se elevan llamas de entusiasmo. Donde quiera que vaya, Pío IX no puede liberarse de desfiles, homenajes, cortejos de antorchas.

Y no son sólo los liberales los que entienden de este modo a Pío IX Hay personas socializantes y exponentes de la "izquierda democrática", que aplauden el milagro. Hasta Metternich, el poderoso Canciller austríaco, guardián del

absolutismo y del conservadurismo, exclama desolado: "Todo lo hubiera esperado, menos un papa liberal".

Pío IX no es un papa liberal, y sin embargo, se verá forzado, durante dos años, por los sucesos y las circunstancias, a jugar un papel que se presta a la confusión.

Durante el verano de 1847, para prevenirse del "papa liberal", Metternich hace ocupar, por una guarnición austríaca, la ciudad pontificia de Ferrara. Los liberales interpretan esta jugada como la definitiva ruptura entre la Santa Sede y Austria, la chispa de la inminente guerra de independencia. Carlos Alberto ofrece su ejército al Papa; Garibaldi, desde América, pone a disposición de Pío IX su legión de voluntarios; Mazzini, desde Londres, le escribe una carta con palabras exaltadas.

Pío IX se convierte en bandera de la libertad nacional. Nunca pensó en provocar una guerra, pero lo arrollan los acontecimientos. La guerra de independencia, justificada con el nombre, está en el aire.

Después de Roma, Turín es otro centro de manifestaciones en favor de Pío IX y de sus gestos liberales.

Pedradas rabiosas

Mientras tanto, junto a la historia grande, se va desarrollando la historia humilde de cada día en la hoya de Valdocco: el oscuro trabajo en favor de los muchachos, la lucha silenciosa con las deudas.

Don Bosco, que ha llegado en diciembre de 1846 a subarrendar a Pancracio Soave todas las estancias de la casa Pinardi y el terreno circundante por setecientas diez liras al

año, hace reparar el tapial que circunda el campito de los juegos y pone en los dos extremos un portón y una verja. De este modo la "chusma desvergonzada" que los domingos invade la taberna de La Jardinera y otras casas del contorno, no podrán meterse en el patio y molestar a los muchachos.

Una parte del campito la transforma Don Bosco en huerto. Los muchachos lo llaman "el huerto de Mamá Margarita". Entre los gastos para alquileres y para ayuda de los jóvenes, resulta que siempre escasean los dineros para la cesta de la plaza. Y aquella pobre mujer del campo busca el ahorro cultivando lechugas y papas.

Por los campos vecinos, los domingos se reúnen partidas de jóvenes. Hacen apuestas, beben vino que compran por damajuanas en La Jardinería, blasfeman, insultan a los muchachos que entran en el oratorio. Don Bosco se les va acercando con paciencia. Se sienta con ellos a jugar una partida a las cartas. Poco a poco se va ganando a algunos. Sin embargo, más de una vez, mientras explica el catecismo al aire libre, sus muchachos tienen que refugiarse en la capilla para salvarse de una granizada de piedras.

Sabía muy bien Don Bosco que los quinientos muchachos que él reunía en su oratorio no representaban casi nada en comparación de los muchachos que vagaban por la ciudad, sin Fe y, a menudo, sin pan que llevarse a la boca.

El barrio Vanchiglia, próximo al de Valdocco, estaba infestado de verdaderas bandas de muchachos vagabundos, que daban mucho que hacer a los guardias, vivían robando bolsos y paquetes de la gente a la salida del mercado, y a menudo se trababan entre sí batallas campales con pedradas, que, a veces, terminaban a cuchilladas.

Al pasar por aquellos lugares, Don Bosco se mete alguna

vez en medio de los combatientes, intentando separarlos "a coscorrones y puñetazos". Mas de un cachetazo le llegó a la cara, "No a golpes", se le dijo en el sueño, pero también los sueños admiten sus excepciones.

Un cura ladrón

Una de las tácticas empleadas por Don Bosco para llevar buenos muchachos al oratorio, es entrar en un almacén donde trabajan jóvenes, y dirigirse al patrón:

- ¿Me haría un favor?
- Con mucho gusto, si puedo.
- Sí que puede. Mándeme estos muchachos el domingo al oratorio de Valdocco. Podrán aprender catecismo y hacerse buenos.
- Necesidad tienen de hacerse buenos. Hay algunos que son descarados, e insolentes.
- No diga eso. Tienen cara de hombres de buenos, mírelos usted. Entonces, de acuerdo: el domingo los espero en el oratorio. Jugaremos y nos divertiremos juntos.

La táctica era distinta, con otro tipo de jóvenes. Mientras Don Borel cuidaba del oratorio, él recorría por las plazas y calles vecinas. Grupos de jóvenes jugaban a las cartas en la misma vereda. Se repartían las cartas y el dinero a veces quince, veinte liras estaba recogido en el centro, sobre un pañuelo.

Don Bosco estudiaba bien la situación, agarraba con movimiento rápido el pañuelo y salía corriendo. Los jóvenes, sorprendidos se ponían en pie y corrían tras él gritando:

- ¡El dinero! ¡Devuélvanos el dinero!

De todo habían visto aquellos muchachos, menos un cura ladrón. Don Bosco seguía corriendo hacia el oratorio, y, mientras tanto, gritaba:

- Se los doy, si me atrapan. ¡Vamos, corran!

Cruzaba el portón del oratorio, la puerta de la capilla, y los jóvenes detrás. A aquellas horas estaba Don Cárpano o Don Borel en el púlpito, predicando a una multitud de muchachos apretujados. Y empezaba la escena.

Don Bosco se fingía un vendedor ambulante, levantaba en alto el pañuelo, que todavía llevaba en la mano, y gritaba:

- ¡Turrones, turrones! ¿Quién compra turrones?.

El predicador fingía perder los estribos:

- ¡Fuera de aquí, bribón! ¡No estamos en la plaza!
- Es que yo vendo turrones, y aquí hay muchos chicos. ¿Quién quiere turrón?

El diálogo era en dialecto, los muchachos reían a más no poder. Los recién llegados, al oír aquella discusión quedaban desconcertados: ¿dónde se habían metido?

Mientras tanto, los dos contendientes seguían con ocurrencias alegres, chistes agudos, y llevaban la discusión al tema del juego con dinero, la blasfemia, la satisfacción de vivir en amistad con el Señor. Los llegados detrás de Don Bosco terminaban también por reír e interesarse por la charla.

Al final se entonaban las Letanías. Aquéllos, animándose a Don Bosco:

- Entonces, ¿nos devuelve el dinero?
- Un momento. Después de la Bendición.

Cuando salían al patio, les devolvía el dinero, añadía la merienda, y hacía que le prometieran volver en adelante "para jugar allí". Y muchos lo cumplían.

Canciones y gritos de los borrachos

Esteban Castagno, un muchacho de aquellos tiempos, atestiguaba: "Don Bosco era siempre el primero en los juegos, era el alma de los recreos. No sé cómo hacía, pero él andaba por todos los rincones del patio, en medio de los grupos de jóvenes.

Nos seguía a todos personalmente y con la vista. Nosotros andábamos desaliñados, manchados; éramos molestos, caprichosos. Y a él le gustaba estarse con los más pobres. Con los pequeños tenía un cariño de mamá. Armaban altercados, reñían entre sí. El les separaba. Alzaba la mano como quien va a pegar, pero jamás nos tocaba, nos separaba a la fuerza tomándonos por un brazo".

José Buzzetti recordaba: "Conocí centenares de muchachos que venían al oratorio sin instrucción alguna y sin sentimientos religiosos, y que cambiaron de conducta en poco tiempo. Se aficionaban de tal modo a nuestro oratorio, que ya nunca se iban de él, y se acercaban a confesarse y comulgar todos los domingos".

Lo que fastidiaba, sobre todo en verano, era La Jardinera, es decir el bar, frecuentadísima de casa Bellezza. Desde la capillita, cuando había que tener puertas y ventanas abiertas, se oían las canciones y los gritos de los borrachos.

A veces, las discuciones de alto tono tapaban la voz del predicador. En alguna ocasión le tocó a Don Bosco tener que bajar del púlpito. Y, dejando el roquete(1) y la estola, entraba al bar amenazando con llamar a la policía.

---

1) vestidura blanca que los sacerdotes llevan sobre la sotana

Los pequeños maestros y laicos

Cada vez era más acuciante el problema de colaboradores. Don Borel, Don Cárpano y los otros sacerdotes tenían algunos domingos otras obligaciones. ¿Dónde hallar personas para asistir, para dar catecismo, para la escuela nocturna?

Se acordó Don Bosco de que, en el sueño, "algunos corderitos se convertían en pastores". Empezó a buscar colaboradores entre sus mismos muchachos. Se los fabricó. Eligió, de entre los mayores, a los mejores jóvenes, y les empezó a dar clase aparte. "Aquellos pequeños maestros -escribe Lemoyne - ocho o diez al empezar, fueron un óptimo ensayo, y no sólo eso, sino que algunos llegaron a ser, después, excelentes sacerdotes".

Llegaron a darle una mano algunos valiosos laicos de la ciudad: un platero, dos artesanos, un farmacéutico, un agente de negocios, un carpintero.

Capítulo XXII

"Soy huérfano y vengo del Valle de Sesia"



Don Bosco recuerda un episodio dramático del invierno 1846-47.

Un muchacho de catorce años, se sintió amenazado por su padre casi siempre borracho al llegar la noche, si volvía a ir con Don Bosco. El muchacho siguió yendo. Aquel hombre, un revendedor, se enfureció. Lo amenazó con golpearlo si no obedecía.

Un domingo, ya algo tarde, volvió el muchacho del oratorio, y se encontró a su padre terriblemente borracho, esperándolo con una hacha en la mano. La levantó sobre él gritando:

- ¡Has ido con Don Bosco!

El muchacho espantado, escapó corriendo. El hombre se lanzó detrás de él, gritando:

- ¡Si te alcanzo, te mato!

El árbol y la niebla

También la madre, que había presenciado la escena, corría tras el marido para desarmarlo. El muchacho, a la velocidad de sus 14 años, llegó al oratorio con bastante ventaja de su

padre, pero se encontró con el portón cerrado. Golpeó con desesperación, y luego, agotado, viendo que nadie iba a abrirle, trepó a un gran arból. No tenía hojas para taparlo, pero la noche lo cubría con su niebla.

Jadeando llegó el borracho enarbolando su hacha. Golpeó con fuerza en el portón. Mamá Margarita que, por casualidad, había visto desde la ventana cómo subía el muchacho al árbol, fue corriendo a abrir después de llamar a Don Bosco. Apenas abierto el portón, el hombre aquel siguió derecho hacia la escalera y subió gritando amenazando, hasta la habitación de Don Bosco:

- ¿Dónde está mi hijo? - Don Bosco le hizo frente con resolución: -Aquí no está su hijo.
- Sí que está-. Abrió de par en par puertas y armarios. -Lo encontraré y lo mataré.
- Señor -intervino Don Bosco con energía-, ya le he dicho que aquí no está. Pero aunque estuviese, ésta es mi casa, y no tiene usted ningún derecho a entrar en ella. O sale usted fuera, o llamo a la policía.
- No se preocupe, reverendo, ahora mismo voy yo a la policía y tendrá que entregarme a mi hijo.
- Muy bien, vayamos juntos. Tengo precisamente alguna cosita que decir a esos señores sobre su comportamiento, y ésta es una buena ocasión.

Aquel hombre, que tenía alguna aventura que esconder, se retiró profiriendo amenazas. Don Bosco con su madre fueron hacia el árbol, y en voz baja llamó al muchacho. No respondía. Dijo entonces más fuerte:

- Baja, amigo. No hay nadie.

Nada. Temieron una desgracia. Don Bosco subió con una escalera, lo vio con los ojos cerrados, lo sacudió.Como des-

pertando de un mal sueño, el muchacho se puso a gritar y a moverse con furia. Poco faltó para que cayesen los dos abajo. Tuvo Don Bosco que tomarlo bien, mientras le decía:

- No está ya tu padre. Soy yo, Don Bosco. No tengas miedo.

Se fue calmando poquito a poco y rompió a llorar. Don Bosco logró hacerlo bajar y entrar en la cocina. Mamá Margarita le preparó un caldo, y Don Bosco extendió un colchón para que durmiera junto al fuego. Al día siguiente, para liberarlo de la furia del padre, lo envió a casa de un buen patrón en un caserío próximo. No pudo volver a su casa, hasta después de algún tiempo.

Seguramente que aquel episodio fijó una herida que Don Bosco llevaba en el corazón. Había algunos de sus muchachos que, al llegar la noche, no sabían dónde ir a dormir. Dormían bajo un puente, o en los tristes dormitorios públicos. Hacía tiempo que pensaba recoger en su casa a los más abandonados. Realizó la primera prueba una noche de abril de 1847. La casa Pinardi tenía a la derecha, un pequeño pajar. Allí puso Don Bosco a dormir media docena de jovenes. Fue un fracaso. A la mañana siguiente, los huéspedes habían desaparecido, llevándose las mantas que les prestó Mamá Margarita.

Don Bosco repitió el ensayo pocos días después, y la cosa fue peor: se llevaron hasta el heno y la paja. Pero no perdió la serenidad.

Un muchacho mojado y temblando de frío.

Una noche del mes de mayo. Llueve a cántaros. Don Bosco y su madre han acabado de cenar y oyen llamar al portón. Seguimos el hilo de la narración en las páginas escritas por

Don Bosco. "Es un muchachito como de unos quince años, totalmente mojado y temblando de frío. Soy huérfano. Vengo del Valle de Sesia. Soy albañil, pero aún no he encontrado trabajo. Tengo frío y no sé dónde ir...

- Pasa, - le dice Don Bosco-. Acércate al fuego, que estás temblando de frío y puedes sufrir un enfriamiento.

Mamá Margarita le prepara algo para cenar y después le pregunta:

-Y ahora ¿adónde vas?

- Pues no lo sé. Tenía tres liras cuando llegué a Turín, pero las he gastado todas. - Silenciosamente se pone a llorar-. Por favor, no me echen fuera.

Mamá Margarita se acuerda de las mantas que volaron.

- Te podría tener. Pero, ¿quién me asegura que no me robarás?

- Oh, no, señora. Soy pobre, pero nunca he robado.

Don Bosco ya ha salido al exterior, bajo la lluvia, para recoger algunos ladrillos. Hace cuatro pequeñas pilastras, sobre las cuales coloca unas tablas. Después quita de su propia cama el colchón y lo pone encima.

- Aquí vas a dormir, amigo. Hasta que te canses. Don Bosco no te echará fuera.

Mi buena madre lo invitó a rezar las oraciones.

- No las sé, -repuso.

- Las rezarás con nosotros - le dijo. Y así fue. Después le dio un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, sobre la honradez y sobre la religión".

Los Salesianos han visto afectuosamente en este sermoncito de Mamá Margarita las primeras "buenas noches" (unas palabritas del jefe de la familia) con las que se acostumbra cerrar la jornada en las casas salesianas, y que Don Bosco

llamaba "llave de la moralidad, de la buena marcha y del éxito".

Mamá Margarita no debió quedar muy persuadida de la eficacia de sus palabras, ya que, como Don Bosco añade a continuación: "Para que todo quedase asegurado, cerró con llave la cocina y no volvió a abrirla hasta la mañana".

Era el primer huérfano que entraba en casa de Don Bosco. A fines de año serán siete. Y se convertirán en millares.

El segundo fue un chico de unos doce años. Don Bosco se lo encontró por la calle de San Máximo (hoy avenida Regina Margherita). Lloraba con la cabeza apoyada en un árbol. No tenía padre. Su madre acababa de morir. El dueño de la casa lo hechó a la calle y se había quedado con muebles y pertenencias para cobrarse los alquileres. Don Bosco lo llevó a Mamá Margarita y lo colocó como empleado en una tienda. Llegó a labrarse una buena posición y siguió siendo siempre su amigo y bienhechor.

El tercero fue José Buzzetti, el albañilito de Caronno Ghiringhello. Don Bosco lo invitó. Un domingo por la tarde, mientras saludaba a los demás, lo tomó de la mano.

- ¿Vendrías a vivir conmigo?
- Encantado.
- Entonces hablaré con Carlos. -El hermano mayor, que frecuentaba el oratorio, estuvo de acuerdo. José, con sus 15 años, siguió trabajando de albañil en la ciudad, pero la casa de Mamá Margarita se convirtió en la suya

El barberito temblaba como una hoja

Llega después Carlos Gastini. Era un día del 1843: Don

Bosco había entrado en una barbería. Se le acercó el pequeño aprendiz para enjabonarlo.

- ¿Cómo te llamas y cuántos años tienes?.
- Carlitos Tengo once años.
- Estupendo, Carlitos, a ver si me enjabonas bien. ¿Y cómo está tu padre?
- Ha muerto. No tengo más que madre.
- Pobrecito, sí que lo siento. -El pequeño había terminado ya de enjabonarle -. Y ahora, ánimo; como un valiente, toma la navaja y a afeitarme.

Llegó corriendo el barbero:

- ¡No, por favor, Reverendo! El chico no sabe aún. Solamente enjabona.
- Pero un día u otro tiene que empezar a afeitar, ¿no es así? Entonces, lo mismo da que empiece conmigo. Vamos ánimo, Carlitos.

Carlitos afeitó aquella barba temblando como una hoja. Cuando empezó a girar sobre el mentón, sudaba. Algún rasguño, algún corte, pero llegó hasta el fin.

- ¡Bravo, Carlitos! -sonrió Don Bosco - . Y ahora que somos amigos, quiero que vengas a verme alguna vez.

Gastini empezó a frecuentar el oratorio, y se hizo amiguísimo de Don Bosco.

Por el verano de aquel mismo año, Don Bosco lo encontró un día llorando junto a la barbería.

- ¿Qué te ha pasado?
- Ha muerto mi madre, y el patrón me ha despedido. Mi hermano mayor es soldado. No sé adonde ir.
- Ven conmigo. -Mientras bajaban a Valdocco, Carlos Gastini oyó aquella misma frase que tantos otros muchachos oirían, y que él nunca olvidó:

"Ya ves que yo no soy más que un pobre sacerdote. Pero cuando no tenga nada más que un pedazo de pan, lo partiré a medias contigo".

Mamá Margarita preparó otra cama. Carlitos estuvo más de cinco años en el oratorio. Alegre, vivaz, llegó a ser el presentador obligado de todas las fiestas. Sus ocurrencias causaban risa a todos. Pero cuando hablaba de Don Bosco lloraba como un niño. Decía: "¡Me quería tanto!". Cantaba un estribillo que ya todo el mundo sabía de memoria, y que decía:

A los setenta - he de llegar,
pues me lo ha dicho - mi papá Juan".

Era una de tantas "profecías" que, medio en broma, medio en serio, hacía Don Bosco a sus muchachos. Carlos Castini murió el 28 de enero de 1902. Cumplía setenta años y un día.

Don Bosco convirtió dos habitaciones próximas en dormitorio para los primeros muchachos que vivían con él. Ocho camas, un crucifijo, un cuadro de la Virgen, y un cartelito con esta inscripción: "Dios te ve".

Por la mañana temprano, Don Bosco celebraba la Misa y los muchachos la oían, mientras recitaban las oraciones de la mañana y el Rosario. Luego, con un panecito en el bolsillo, salían a trabajar a la ciudad. Volvían a casa para comer y para cenar. El puchero era siempre abundante. El segundo plato variaba con las verduras del huerto de la "mamá" y según el dinero de la billetera de Don Bosco.

El dinero. Durante los primeros meses se convirtieron en un problema dramático para Don Bosco. Y siguieron siéndolo hasta el fin de sus días. Su primera cooperadora no fue ninguna marquesa, sino su madre. La pobre campesina se hizo enviar de I Becchi su ajuar de boda, el anillo, los aros, el

collar que tan celosamente había guardado hasta entonces. Desde la muerte de su marido no se los había puesto encima. Los vendió para aplacar el hambre de los primeros muchachos.

La mitra del Arzobispo

Aquel primer boceto de casa salesiana fue denominado por Don Bosco "casa aneja al oratorio de San Francisco de Sales".

Por mayo de aquel año, fundó Don Bosco la "Compañía de San Luis", para los oratorianos. El que entraba en ella, se comprometía a tres cosas: a dar buen ejemplo, a evitar las malas conversaciones y a frecuentar los santos sacramentos. La "Compañía" llegó a contar, en poco tiempo, con un grupo de jóvenes comprometidos a ayudarse unos a otros a ser mejores.

Un mes más tarde, el 21 de junio, se celebró con toda solemnidad la fiesta de San Luis, un santito que Don Bosco siempre presentará a sus jóvenes como modelo de pureza. Acudió el Arzobispo, que administró la Confirma-ción a los que todavía no la habían recibido.

"Fue en aquella ocasión -recuerda Don Bosco- cuando el Arzobispo, al colocarse la mitra en la cabeza, olvidando que no estaba precisamente en la catedral, levantó la cabeza y chocó con ella en el techo de la capilla. Esto le produjo risa y, la de todos los asistentes". Monseñor Fransoni murmuró: "Hay que respetar a los muchachos
Don Bosco, y predicarles con la cabeza descubierta".

Para el mes de septiembre Don Bosco compró la primera

estatuita de la Virgen. Le costó veintisiete liras. Aún está allí, en la capillita Pinardi. El que entra la descubre en la penumbra, a la derecha. Sus muchachos la llevaban procesionalmente por los alrededores, cuando se celebraban las "grandes fiestas" de la Virgen. Los alrededores eran algunas casas, el bar de La Jardinera con sus ordinarios borrachos gritones, dos pequeños canales para el riego de los campos y los huertos, una callecita flanqueada de árboles que atravesaba diagonalmente el patio actual, colindante con la Basílica de María Auxiliadora,

Un buen brasero en la sacristía

Las fuerzas liberales urgen, durante aquellos meses de 1847, a Carlos Alberto para que inicie un programa de reformas. Pero el rey vigila a Austria y no quiere que nadie se meta. Da un paso hacia adelante y otro hacia atrás, con más incertidumbre que nunca.

Las manifestaciones populares, al grito de "viva Pío IX", son dispersadas por la policía. El rey hace saber que "está pensando en las reformas, pero quiere que el pueblo permanezca quieto".

En el mes de noviembre, Carlos Alberto, Leopoldo de Toscana y Pío IX firman los preliminares de la "Liga Itálica", es decir la unión aduanera entre los tres estados. Parece un claro encaminarse hacia la "federación de los Estados italianos", profetizada por Gioberti. Toda la ciudad de Turín aclama al rey con entusiasmo.

Durante aquellos meses, Don Bosco siguió trabajando con humildad. Los muchachos del oratorio eran ya muchos cen-

tenares. Acudían hasta de los barrios más lejanos. Don Bosco, Don Borel, Don Cárpano hablaron y llegaron a un acuerdo. Había que abrir otro oratorio en la parte sur de la ciudad.

La rambla que hoy se llama "Avenida Vittorio" estaba por entonces flanqueada por pobres casuchas habitadas por lavanderas. Festones de ropa tendida al sol y al viento daban un tono de alegría campesina a aquel arrabal de Turín llamado "Puerta Nueva". Los ciudadanos "elegantes" iban a pasear por allí las tardes del domingo, y patrullas de chiquillos ociosos jugaban a la guerra.

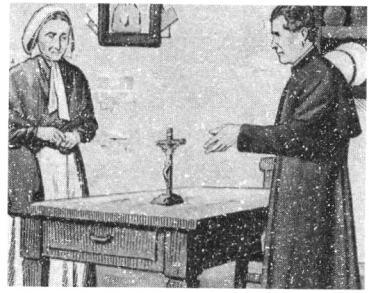
De acuerdo con el Arzobispo, Don Bosco alquiló a la señora Vaglienti una caslta, galponcito y un campito "junto al puente de hierro", por cuatrocientas cincuenta liras al año. Después se lo anunció así a sus jovenes:

"Queridos míos: cuando en una colmena las abejas se multiplican mucho, una parte de ellas vuela para enjambrar en otra parte. Nosotros vamos a imitarlas. Abriremos un segundo oratorio, estableceremos una segunda familia. Aquellos de ustedes que viven en la parte sur de la ciudad, ya no tendrán que hacer tan largo viaje: a partir de la fiesta de la Inmaculada podrán ir al oratorio de San Luis, en Puerta Nueva, junto al puente de hierro".

Don Borel bendijo el nuevo oratorio el 8 de diciembre de 1847. Durante aquel frío invierno fue director Don Cárpano. Iba hasta allí a pie, con una carga de leña bajo la capa, para tener un buen brasero en la sacristía y calentarse con los primeros muchachos.

Capítulo XXIII

La fiebre de 1848



El año 1848 estallaron las naciones europeas como depósitos de municiones y grandes ciudades estallaron en revoluciones: París, Viena, Berlín, Budapest, Venecia y Milán.

En un par de meses se incendió toda Europa.

Fue una explosión tan general, que el 3 de abril el zar Nicolás de Rusia se preguntaba espantado: "¿Qué es lo que queda de pie en Europa?" A partir de entonces, cualquier conmoción caótica, se llamará en lenguaje popular italiano "un cuarenta y ocho". No pretendemos trazar un cuadro de la historia italiana y europea, sino señalar los sucesos principales que tuvieron su influencia en la vida de Don Bosco, especialmente en los sucesos de Turín y de Piamonte, que condicionaron su postura y sus decisiones.

El liberal, el patriota, el obrero en las barricadas

No se puede comprender el movimiento universal de 1848, sin tener en cuenta tres elementos que se entrelazan; las corrientes liberales que se batían para instaurar sistemas

constitucionales y representativos en lugar del absolutismo; la aspiración de las naciones a la independencia contra el imperio austro-húngaro; los movimientos obreros que luchaban para una mayor justicia social.

En otras palabras: en las barricadas de las distintas ciudades europeas combatían codo a codo el liberal que quería la Constitución, el patriota que exigía la independencia de su patria y el obrero que luchaba contra el patrón que le obligaba a trabajar doce o catorce horas al día.

En Italia el movimiento obrero sólo tuvo algunos combates en las barricadas de Milán. Todo el 1848 italiano está dominado por los liberales, que exigen a los reyes absolutos la Constitución, y por los patriotas que pregonaban la guerra de independencia contra Austria. Austria ocupa territorialmente Lombardía y el Véneto, y mantiene bajo su pesada tutela a muchos otros estados.

La Constitución se llamará "Estatuto"

En Turín, empieza el año 1848 con el pensamiento puesto en la guerra, que se siente próxima. Todos hablan de política: críticas, proyectos, proclamas.

30 de enero. Llegan noticias de que el rey Fernando de Nápoles ha concedido la Constitución, y que en Milán los ciudadanos boicotean a los austríacos. El "Cuerpo Decurional" de Turín se presenta a Carlos Alberto y le pide la Constitución.

7 de febrero. Carlos Alberto reúne el Consejo extraordinario de la Corona, y declara estar dispuesto a examinar un esquema de Constitución o "Estatuto", en la que se respete la reli-

gión y el honor de la monarquía.

4 de marzo. Delante del Consejo de la Corona, Carlos Alberto firma el Estatuto. Termina el poder absoluto del rey. Empieza el régimen parlamentario. Hubiera sido necesario un largo período de paz en el país, para organizar con calma su primer momento de vida democrática.

En cambio, estallan noticias enormes durante los días siguientes. Viena se ha sublevado y el emperador ha despedido a Metternich. Pío IX ha concedido la Constitución. Revoluciones en Berlín, en Budapest. Y, enseguida, las dos noticias más ruidosas: Venecia se ha levantado contra los austríacos, Milán ha comenzado la revolución contra las tropas austríacas de Radetzky.

El 19 de junio llega de Milán el conde Árese, con noticias y proposiciones. En el "comité central" de la revolución existe una fuerte corriente republicana contra Carlos Alberto, pero ha prevalecido la corriente de Gabrío Casati, amigo del Piamonte. El solicita la ayuda militar de Carlos Alberto.

El Consejo de ministros, juntamente con el rey, examina la situación. ¿Qué hacer? Carlos Alberto se opone totalmente a la guerra. Es una aventura muy costosa, cuyos resultados se ignoran. Confidencialmente le dice a un amigo suyo: "Si no se proclama la guerra, pierdo yo el Estado, viene la revolución". Se decide, ante todo, enviar tropas a la frontera para evitar eventuales infiltraciones austríacas. Una brigada de la Guardia del Rey parte para el Ticino.

En Milán, mientras tanto, se sigue combatiendo. El día 20, el general Radetzky, comandante en jefe de las tropas imperiales, propone un armisticio. Es rechazado. El día 22, los hombres de Luciano Manara conquistan Porta Tosa. Los austríacos abandonan Milán.

También son arrojados de Venecia los austríacos. Daniel Mani libertado de la cárcel es proclamado presidente de la República de San Marcos.

La multitud grita por las calles de Turín: "¡Guerra!, ¡Guerra!".

23 de marzo. Llegan al anochecer victoriosos los representantes de Milán. Piden la intervención inmediata del ejército, antes de que los austríacos vuelvan a asaltar la ciudad. Proponen dos condiciones: adoptar la "bandera tricolor italiana", en lugar de la bandera azul de Saboya, y aplazar la entrada del ejército piamontés en Milán por la victoria conseguida.

Guerra con Austria

El Consejo de ministros decide la intervención. Carlos Alberto acepta. Se declara la guerra contra Austria. El rey aparece en el balcón del Palacio Real, en la Plaza Castalio, y agitando la bandera tricolor saluda a la multitud que grita: "¡Guerra a Austria!".

El general Passaiacqua recibe orden de entrar en el Ticino y enarbolar la bandera tricolor, con el escudo de los Saboya sobre campo blanco.

Por la noche del 24 de marzo, Carlos Alberto, con su hijo, parte para el frente a la cabeza de sesenta mil hombres. Una inmensa multitud se agolpa en la vía Po y en la plaza Vittorio para aclamarle. Parece una hermosa fiesta, imponente. Pero la guerra es otra cosa. Durante los siguientes días salen de Turín todos los regimientos. Reclaman todos los caballos para la artillería y los carruajes del ejército. Se queda la ciudad sin coches, en medio de un silencio extraño, sostenido por un hilo de miedo.

Batallas en Valdocco

También los muchachos respiran aire de guerra. En los prados de los alrededores de Valdocco se libran verdaderas batallas entre los grupos de Vanchiglia, de Borgo Dora, de Porta Susa. No son ninguna fiesta. Muchachotes armados de maderos, cuchillos, piedras, se pelean a palos. Don Bosco tiene que salir de casa frecuentemente para llamar a la policía y poner en paz a aquellos enloquecidos.

Un día, a poca distancia, contempla cómo un muchacho de unos quince años clava el cuchillo en el vientre a otro muchacho. Lo llevan urgentemente al hospital. Y muere gritando: "¡Me las pagarás!".

Don Bosco recuerda con amargura: "Aquellos desafíos no acababan nunca". A veces, los dos bandos se unen para apedrear la casa del cura y caen las piedras, como una granizada, sobre tejados y ventanas, haciendo temblar de miedo a José Buzzetti y a los demás jóvenes huéspedes.

Para atraer los muchachos al oratorio, Don Bosco se aprovechó de aquel clima guerrero inventando un nuevo juego. Un amigo suyo, José Brosio había sido "bersagliere". Cuando iba a Valdocco, vestía de militar, uniforme que por aquellos meses despertaba entusiasmo y respeto. Don Bosco le sugirió formar con los muchachos un regimiento infantil y enseñarles marchas y ejercicios militares.

Brosio aceptó. Trajo del gobierno doscientos fusiles viejos, con el cañón sustituido por un palo. Llevó una trompeta y comenzaron los ejercicios. Marchas, contramarchas, cargas a la bayoneta, retiradas, asaltos. El "regimiento" daba espectáculos aplaudidísimos y hasta ayudaba a mantener el orden

en la iglesia.
Un domingo por la tarde, mientras una enorme cantidad de gente atraída por el son de la trompeta asistía complacida a las maniobras, tuvo lugar un desastre en uno de los contraataques. El ejército "derrotado", en plena huida, se refugió en el huerto de Mamá Margarita, y acosado por los vencedores envalentonados, aplastó lechugas, tomates y perejil.

La mamá que asistía al desastre, quedó desalentada.

Murmuró a su hijo que estaba a su lado:

Mira, mira Juan, lo que me han hecho, me han estropeado todo.

"Déjame volver a casa"

Fue probablemente a la tarde siguiente cuando Mamá Margarita no pudo más. Los muchachos se habían ido a dormir, y ella tenía como siempre ante sus ojos un montón de ropa para remendar: al pie de la cama le dejaban la camisa rasgada, los pantalones descosidos, las medias agujereadas. Y ella tenía que ingeniarse a la luz de una vela, porque los muchachos no tenían otra prenda que ponerse a la mañana siguiente. Don Bosco, al lado, le ayudaba a remendar los codos de las chaquetas y a componer los zapatos.

- Juan, - le murmuro de repente-, estoy cansada. Déjame volver a I Becchi. Trabajo de la mañana a la noche, soy una pobre vieja, y esos muchachotes me lo destrozan todo. No puedo más.

Don Bosco no contó ningún chiste para levantarle el ánimo. No pronunció una palabra: no la había para poder consolar a aquella pobre mujer. Sólo hizo un gesto: le señaló el crucifijo

sobre la mesa. Y la vieja campesina entendió. Inclinó su cabeza sobre las medias agujereadas, sobre las camisas desgarradas y siguió cosiendo.

Nunca más pidió volver a su casa. Consumirá sus últimos años entre aquellos muchachos alborotadores, mal educados, pero que tenían necesidad de una madre. Solamente levantará más a menudo los ojos hacia el Crucifijo, para sacar fuerzas, aquella pobre vieja cansada.

Guerra italiana en Lombardía

26 de marzo. A juzgar por las noticias que llegan, parece se estén realizando a toda prisa los sueños neogüelfos. Para apoyar el ejército de Carlos Alberto "para la liberación de Italia", salen de los Estados Pontificios diecisiete mil soldados a las órdenes del general Durando; de Toscana parten siete mil voluntarios con Montanelli; Parma y Módena declaran, en plebiscitos, que quieren unirse a Piamonte.

6 de abril. Arrastrado por el entusiasmo colectivo, Fernando de Napóles declara la guerra a Austria, y confía un cuerpo expedicionario de dieciséis mil hombres al general Guillermo Pepe. La guerra de Lombardía es una "guerra italiana".

Llegan alegres noticias a Turín. El ejército gana sus primeras batallas en Mozambano y Goito; Garibaldi ha salido de América con su "Legión italiana".

Pero los entusiasmos de los italianos pronto se enfriarán.

Capítulo XXIV

Fracasan las esperanzas



El 27 de abril llega a Roma, enviado por Carlos Alberto, el conde Rignon. Pide a Pío IX apoyo material y moral para la guerra. Responde el Papa que el material ya lo ha dado, enviando a Durando con diecisiete mil soldados al Po. En cuanto al moral, hay que pensar: "Si todavía pudiera firmar por Mastai, tomaría la pluma y en pocos minutos estaría hecho, porque yo también soy italiano. Pero me toca firmar como Pío IX, y la cabeza de la Iglesia debe ser ministro de paz, y no de guerra".

Lo piensa dos días. Dos días que han pasado por el microscopio de los historiadores, sin muchos resultados. Informes de Austria y Alemania parece que durante aquellas cuarenta y ocho horas hayan señalado masas católicas revueltas contra la Santa Sede, y el peligro de un cisma.

Final del equívoco

29 de abril. Pío IX, en un discurso a los Cardenales, declara que sus reformas no han sido provocadas por intenciones "liberales", sino por sentimientos humanos y cristianos. El

propósito de una "guerra contra los Alemanes lo desconcierta profundamente. El pide a Dios concordia y paz, y no la guerra" Y declara, al mismo tiempo, que no puede llegar a ser "el presidente de una nueva república constituida con todos los pueblos de Italia".

Sus palabras son un golpe mortal para el sueño neogüelfo. Inmediatamente después, Pío IX envía una carta al Emperador de Austria. Pide que se permita a las tierras italianas reunirse pacíficamente en una única nación. Es un impulso coherente con su voluntad de paz, no sirve para nada.

La vuelta de campana de la situación fue tan fulminante como lo había sido el estallido.

Se promueven graves desórdenes en los frentes de batalla y en varias capitales italianas. Leopoldo de Toscana y Fernando de Napóles reclaman sus tropas.

El rey de Napóles va más allá: con un golpe de estado, que provoca graves encuentros entre manifestantes y fuerza pública, disuelve el Parlamento.

El 30 de mayo es la última jornada llena de luz para Turín. Llega la feliz noticia de la victoria de Goito y de la rendición de Peschiera.

Se adornan las calles, se iluminan las ventanas. Se grita: "¡Viva rey de Italia!".

Inmediatamente empiezan los días amargos. Radetzky se apodera de Vicenza, ocupa Padua, Treviso y Mestre.

La guerra empieza a sentirse en la vida de Turín. Los negocios se paran, el dinero no circula, los despachos se cierran, los sin trabajo son numerosos.

Hay huelgas de zapateros y sastres, protestas por los salarios muy bajos.

La olla y la comida en el oratorio

En aquel clima de pobreza general, también en el oratorio de Valdocco hay que apretarse el cinturón. Los jóvenes trabajadores que viven con Don Bosco, cuando vuelven al mediodía, pasan por la cocina con su ollita a recoger su ración. La olla, que hierve sobre el fuego, contiene arroz y papas, pasta y chauchas, o una mezcla "nutritiva" aconsejada para el tiempo de guerra: castañas secas cocidas con harina de maíz.

El mismo Don Bosco distribuye el guiso condimentado con palabras graciosas: "Haz honor al cocinero , "Come mucho que has de crecer", "Me gustaría darte un pedazo de carne, pero no lo tengo. Como encontremos un día una vaca sin dueño, haremos una gran fiesta".

La fruta es, a veces, una manzana. Pero, no una manzana para cada uno, sino "una" para todos. Don Bosco la tira al aire alegremente y el que la agarre la agarre. Hay un bar común, la fuente del patio que "arroja agua abundante, fresquísima y saludable". El pan "no lo pone el convento". Don Bosco entrega a cada uno, por la tarde, veinticinco centavos para que se lo compren. Motivo: los gustos y la salud son diferentes. El que tiene buen estómago y buen diente, compra galleta de soldado. Otros prefieren pan normal, de miga dura o de miga blanda. Después de la comida y después de la cena, que es una copia exacta de la comida, cada cual friega su ollita, y se guarda en el bolso la cuchara. El que tiene más apetito, antes de comer va a recoger en el huerto de Mamá Margarita una lechuga y se hace una ensalada, con aceite y vinagre comprados a sus expensas.

Son tiempos duros. Todos los muchachos regatean hasta el centavito para el peluquero y le toca a Mamá Margarita cortar el pelo a los muchachos. "El corte hecho a tijera me dejó con varios escalones -recordaba el doctor Federico Cigna-. Me quejé y la santa mujer respondió: "Por esos escalones subirás al Paraíso".

Noticias dramáticas

La segunda mitad del año 1848 fue una cadena de noticias dramáticas. En el mes de junio acallaban los cañones las insurrecciones de Praga y de París. Del 23 al 26 de julio tenía lugar, en los altos de Custoza, el golpe definitivo entre austríacos y piamonteses. La derrota de Carlos Alberto fue tan grave, que ni siquiera se pudo organizar la defensa de Milán. La noticia, llegada a Turín el 29 de julio, provocó serios tumultos. Andaban entre ojos, de modo especial, las casas de nobles y de curas.

El 6 de agosto, Gioberti acudió al Cuartel General del rey para rogarle que no firmara el armisticio, pero Carlos Alberto, convencido de que el ejército no estaba ya en grado de combatir, el 9 de agosto ordenó al general Salasco que lo firmara. Era el reconocimiento de la derrota, el fin de toda esperanza.

Los políticos se revelaron a Turín contra la ineptitud de los jefes y los enredos de los curas. Invitaron secamente a informaciones parlamentarias y al castigo de los culpables. En la capital imperaba la agitación. "Fue necesario -escribe Francisco Cognasso- tomar medidas drásticas: cambio de gobierno, prohibición de vocear los periódicos por la calle, de

fijar carteles con manifestaciones públicas, de reunirse para discutir en la plaza".

Un disparo en la capilla Pinardi

Escribe Don Bosco sobre aquellos meses: "Toda injuria contra el clero y contra la religión era bien vista. Yo mismo fui atacado varias veces en casa y por la calle. Un día, mientras explicaba el catecismo, penetró por una ventana una bala de arcabuz(1), que me agujereó la sotana por un costado y produjo un amplio desprendimiento en la pared". Era la capilla de Pinardi y los muchachos quedaron espantados ante el inesperado golpe. Le tocó Don Bosco sacudido por el disparo que falló por un pelo levantar los ánimos con palabras graciosas:

- Es una broma un poco pesada. Lo siento por la sotana, que es la única que tengo. Pero está visto que la Virgen nos quiere.

Un muchacho recogió el proyectil incrustado en la pared: era una tosca bala de hierro.

"Otra vez, estando yo en medio de un grupo de muchachos, a plena luz del día, me asaltó un sujeto provisto de un largo cuchillo en la mano. Fue un milagro que, a todo correr, pudiera yo escapar y esconderme en mi habitación. También el teólogo Borei escapó por milagro de un pistoletazo".

Muchos periódicos alimentaban el odio contra el clero. Llegaron a aparecer grandes titulares contra Don Bosco: "La revolución descubierta en Valdocco", "El cura de Valdocco y los enemigos de la patria".

1) viejo fusil

Trágicas noticias desde Roma

15 de septiembre. Regresa el rey a Turín. Lo reciben fría y tristemente. Circulan voces extrañas por la ciudad: están llegando tropas francesas, con las que se reemprenderá la guerra, el rey está para abdicar, está a punto de estallar la revolución.

A mitad de noviembre llegan trágicas noticias de Roma. La multitud ha asesinado a Pellegrino Rossi, el moderado Primer Ministro de Pío IX. La calle impone al Papa la convocación de una Constitución y la participación en la guerra contra Austria.

Una multitud de gente enloquecida gira por las calles de Turín, gritando: "¡Abajo Pío IX!" ¡Abajo los ministros retrógrados! ¡Viva el asesino de Pellegrino Rossi! ¡Guerra! ¡Guerra!".

Empieza a cundir el miedo. Miedo a que estalle la revolución, a que se repitan los hechos del terror jacobino.

Mientras acaba noviembre, llega desde Roma la noticia de que Pío IX ha huido. Ha simulado ceder a los requerimientos del pueblo y luego, disfrazado de simple sacerdote, se ha refugiado en el reino de Napóles, en Gaeta.

Carlos Alberto, empujado por los círculos democráticos y las manifestaciones callejeras, acepta la dimisión de Perrone y nombra Primer Ministro a Gioberti. El 30 de diciembre disuelve la Cámara y prepara nuevas elecciones.

El 1848, que amaneció en Italia lleno de esperanzas, acaba entre nubes de incertidumbre. En otras naciones ha terminado bajo el fuego y el hierro de la represión. Después de París y Praga, Viena también ha sido tomada en octubre por los cañones de un general. El Parlamento de Berlín ha sido sus-

pendido en diciembre.

Dos signos de esperanza en Valdocco

En Valdocco, donde se espesa la niebla con la llegada del invierno, Don Bosco acoge humildemente dos signos de esperanza.

Uno de sus muchachos, el primero, viste la sotana clerical. Se trata de Ascano Savio, paisano suyo. Ha frecuentado el Oratorio, desde que estaba en el Refugio. Ahora le tocaba entrar en el seminario, pero el de Turín está cerrado y el de Chieri está a punto de serlo. La Curia arzobispal le permite que se cumpla la ceremonia de la imposición de sotana en el Cottolengo, y que, luego, permanezca en el Oratorio ayudando a Don Bosco.

No se quedará allí para siempre. Cuatro años más tarde entra en el Seminario y se ordena sacerdote diocesano. Pero dirá él mismo de Don Bosco: "Lo quería como si fuese mi padre". Y Don Bosco escribirá de él: "Le encargué inmediatamente la asistencia, la catequesis y la dirección de otras cosas. Así empecé a ser ayudado un poco". Era el primer cordero que llegaba a pastor.

El segundo suceso fue de carácter totalmente opuesto.

Se celebraba en el oratorio una fiesta solemne. Varios centenares de jóvenes esperaban recibir la Comunión. Don Bosco celebró la Misa convencido de que en el sagrario estuviese el copón de costumbre lleno de hostias consagradas. El copón estaba, por el contrario, casi vacío. José Buzzetti, que hacía de sacristán se había olvidado de preparar otro copón, y solamente se dio cuenta de ello, después de la con-

sagración, es decir, demasiado tarde.

Cuando los muchachos empezaron a agolparse para recibir la Eucaristía Don Bosco se dio cuenta, con gran pena, de que tendría que enviarles a todos a su puesto. Pero no pudiendo resignarse, empezó a distribuir las poquitas hostias que quedaban en el fondo del copón.

Y he aquí que, con gran maravilla suya, y del pobre Buzzetti que sostenía la bandeja, las hostias no disminuyeron. Hubo suficientes para todos.

Le faltó tiempo a José Buzzetti, asombrado, para contar lo sucedido a sus compañeros. Todavía en el 1864 lo contaba a los primeros salesianos. Don Bosco que estaba presente poniéndose muy serio, lo confirmó: "Sí había unas pocas partículas en el copón, y a pesar de ello, pude dar la comunión a todos los que se acercaron al comulgatorio, que no fueron pocos. Yo estaba conmovido, pero tranquilo. Pensaba: más grande es el milagro de la consagración que el de la multiplicación. Pero sea bendito el Señor por todo".

Mientras Italia era sacudida por sucesos clamorosos, en un ángulo perdido de la periferia de Turín, multiplicaba el Señor silenciosamente su presencia entre los muchachos de un pobre sacerdote. Un signo misterioso, lleno de luz.

Capítulo XXV

1849, año espinoso y estéril



"El año 1849 fue un año espinoso y estéril -escribe Don Bosco-, aunque es verdad que costó grandes fatigas y enormes sacrificios".

Para él comenzó con una triste noticia familiar. El 18 de enero moría, casi de repente, su hermano Antonio. Sólo tenía cuarenta y un años. Últimamente iba a menudo al oratorio, para ver a Mamá Margarita y a su hermano. Hablaban de las malas cosechas, de los impuestos elevados con que el gobierno exprimía el jugo a los campesinos para financiar la guerra. Traía noticias de los siete hijos que Dios le había dado. El penúltimo, Nicolás, voló al cielo, a las pocas horas de nacer, pero los otros parecía que crecían bien.

Los años, la vida, habían acercado de nuevo a los hermanos. Los tiempos de peleas entre ambos, quedaban muy lejos.

"A punto de hacerme cargo de ellos"

El primero de febrero, Carlos Alberto inauguró la Cámara salida de las elecciones. La fuerte mayoría de izquierdas lo escuchó en hostil silencio. Por las calles se empezó a gritar:

"¡Viva la guerra! ¡Abajo los curas! ¡Viva la república!". En los diarios, aparecían caricaturas obscenas de Pío IX "el Judas de Italia". Don Bosco salió en el periódico Fischietto, tratado con pesado humorismo. Se le llamaba "el Santo", "el taumaturgo (irónicamente, el que hace de todo, el que todo lo puede) de Valdocco".

Bandadas de muchachos vagabundos volvieron a las pedreadas contra la casa Pinardi que Don Bosco ya había alquilado del todo.

Cuando Don Bosco tenía que salir de casa, se hacía acompañar de Brosio el "bersagliere", que recordaba: "Al pasar por la avenida que ahora se llama Regina Margherita, siempre había una turba de muchachos mal intencionados que insultaban a Don Bosco, lanzaban insultos poco decentes o cantaban canciones asquerosas. Un día estuve a punto de hacerme cargo de ellos. Pero Don Bosco me detuvo, logró acercarse a uno de ellos, compró fruta a una vendedora que tenía su puesto allí cerca y se la regaló a "sus amigos", como él les llamaba".

Todavía la guerra

Mientras tanto, Turín respira todavía aires de guerra. La izquierda democrática, dueña de la situación, empuja a la continuación de la guerra.

12 de marzo. "Denunciado" el armisticio. La guerra estallará ocho días más tarde. Setenta y cinco mil hombres se presentan en la frontera. El rey parte para Alessandria. Pero, esta vez, falta entusiasmo a los soldados. El regimiento de Saboya se niega a la marcha. Hay muchos desertores.

Algunos son fusilados.

En Lombardía, Radetzky impone a sus soldados una nueva orden: "¡A Turín!"

23 de marzo. En un frente de cuatro kilómetros arde en llamas la "batalla de Novara". La Bicocca, centro de violentas luchas cuerpo a cuerpo, se pierde y se vuelve a tomar varias veces. Episodios de auténtico heroísmo. En un contraasalto, a la bayoneta calada, muere el general Passalacqua. El general Perrone, ex-primer Ministro, herido de muerte, hace que lo lleven en brazos hasta el rey para saludarlo. Al atardecer, sin embargo, todo ha terminado. La artillería de Radetzky, más poderosa, ha liquidado la partida. El general Durando contará que tuvo que tomar del brazo a Carlos Alberto y sacarlo de la refriega.

La batalla y la guerra están perdidas. Llega la noche y llega el caos. Desde Novara a Oleggio, a Momo hay una obstrucción de carros de combate abandonados. Los soldados dispersos marchan en desorden por todos los caminos, sin mandos y sin armas. Y gritan: "¡Vámonos a casa! ¡Que pague Pío IX, que paguen los ricos, que paguen los que quieren la guerra, nosotros nos vamos a casa!".

A la una de la noche, Carlos Alberto abdica. Con un capote de viaje sobre los hombros, sale de Novara y parte para el destierro en medio de aquel caos.

Se busca al nuevo rey, durante cuatro horas, por todo el campamento. Radetzky. apenas se anuncia la abdicación, concede seis horas de tregua.

El joven y trastornado Víctor Manuel, con la barba desaliñada y los ojos caídos de cansancio, se encuentra con el mariscal austríaco en el patio de una alquería. Pide que no pongan sobre sus hombros condiciones imposibles, porque entonces

también él tendrá que irse y dejar Piamonte en manos de los revolucionarios.

El último trozo de libertad

Pero el más desgraciado de todos, en aquel momento, es el País. La situación de Turín es tensa. Cuando se llega a saber que los austríacos exigen doscientos millones, como indemnización de daños, y que ocuparán Alessandria, se desencadena la "oposición democrática". Se habla abiertamente de república. Se pide la continuación de la guerra hasta las últimas consecuencias. Genova se subleva.

El joven rey llega a Turín. Quiere "echar a patadas" a los diputados, pero se lo piensa antes. Génova se acalla a cañonazos. Máximo D'Azeglio es nombrado Primer Minis-tro. El 6 de agosto se firma la paz. En un tira y afloja dramático, aceptan los austríacos abandonar los territorios ocupados, incluso Alessandria, y reducir la indemnización a setenta y cinco millones.

Poco queda del incendio de 1848. Los combatientes que habían luchado juntos en las barricadas de primavera, han sido derrotados. Los patriotas que exigían la independencia han enmudecido frente a la artillería austríaca. Los obreros han vuelto a la dura jornada de las doce horas. Las Constituciones liberales han sido derogadas casi por todas partes. Solamente en Piamonte permanece el Estatuto.

Y, sin embargo, este trozo de libertad parecerá muy importante: toda Italia se unirá en alrededor de Piamonte. El resto de la semilla de libertad y de igualdad, dispersada en medio del aluvión de la represión, germinará lentamente al pasar de

los años.

Durante esos meses, aumenta la población de Turín con decenas de millares de prófugos. La vida se hace difícil. Suben sin medida los alquileres y bajan los salarios.

Dos corazones de plata

24 de junio, fiesta de San Juan Bautista. Es el día onomástico de Don Bosco. Carlos Gastini y Félix Reviglio, a pesar de lo difícil de los tiempos que corren, deciden hacer un regalito a Don Bosco. Hace ya meses que se pusieron de acuerdo. Cuentan con los ahorros del pan, más las propinas. Pero, claro, ¿qué podían comprar con los precios que se leían tras los cristales de los escaparates? Por fin se deciden: dos corazoncitos de plata, de aquellos que compra la gente, para llevárselos a la Virgen "por las gracias recibidas". Han escogido algo extraño, pero genial y conmovedor.

La víspera de la fiesta, cuando todos se han ido a acostar, van ellos a llamar a la puerta de Don Bosco y se lo ofrecen, encendidas de rubor sus mejillas.

Cuatro muchachos y un pañuelo blanco

Gastini y Reviglio son dos muchachos que no pierde de vista Don Bosco. Durante el 1848 han hecho Ejercicios Espirituales con otros once. Este año vuelven a hacerlos con sesenta y nueve más, divididos en dos grupos.

Es una idea fija de Don Bosco la de "estudiar, conocer, elegir algunos" que den esperanza de vocación sacerdotal.

Al acabar los Ejercicios, llama a José Buzzetti, Santiago Bellía, Carlos Gastini y Félix Reviglio. Y les dice:.

- Necesito que alguno de ustedes me ayude en el oratorio. - ¿Que recen?

- ¿Cómo ayudarle?

- Ante todo empezando a estudiar. Una escuela rápida de latín. Y después, si Dios quiere, pueden llegar a ser sacerdotes.

Los cuatro se miran a la cara. Aceptan.

Don Bosco pone una sola condición. Saca un pañuelo blanco y lo aprieta entre las manos.

Les pido que sean, en mis manos, lo mismo que este pañuelo: obedientes en todo.

Solamente Bellia, de entre los cuatro, ha pasado ya las clases elementales. En agosto, Don Bosco los pone en manos del teólogo Chiaves para que les dé un repaso de gramática italiana. En septiembre se los lleva consigo a I Becchi, huéspedes de José, y empiezan las clases de latín.

Vuelven en octubre a Turín. A tiempo para participar en los funerales grandiosos que la ciudad dedica a Carlos Alberto, fallecido en Oporto.

El batallón en el arrabal de Vanchiglia

Aquel mismo mes de octubre, de acuerdo con Don Cocchi, y con la aprobación escrita del arzobispo, Don Bosco vuelve a abrir el oratorio del Ángel Custodio en el barrio de Vanchiglia. Dos galponcitos, dos habitaciones, una sala grande adaptada para capilla: 900 liras de alquiler al año. Irá a dirigirlo Don Cárpano, que deja el oratorio de San Luis en

manos de Don Ponte.

En el barrio de Vanchiglia siguen las feroces pedreadas de los muchachos. Don Bosco envía, para ayudar a Don Cárpano, al "bersagliere" Brosio, que funda también allí un belicoso "batallón", dispuesto a jugar y hasta batirse formalmente.

"Un día de fiesta -cuenta Brosio- aparecieron cuarenta asaltantes, armados de piedras, palos y navajas dispuestos a entrar en el oratorio.

El director temblaba como una hoja. Yo, al ver que estaban dispuestos a pegarse, cerré la puerta, reuní a los muchachos mayores y les distribuí los fusiles de madera. Los dividí en cuadrillas y les ordené que, si atacaban, ellos tendrían que contraatacar a una señal mía, por todos los lados, golpeando sin compasión.

Reuní a los más pequeños que lloraban de miedo, los metí en la iglesia, y me puse en guardia a la puerta de entrada, que los asaltantes intentaban derribar con fuertes empujones. Mientras tanto, alguien fue a avisar a los soldados de caballería, los cuales acudieron con los sables desenvainados".

Aquella vez todo salió bien.

Sobre un colchón de paja

El 18 de noviembre, llega para vivir con Don Bosco, su compañero en el seminario de Chieri, Don Giacomelli. Dos años permaneció en su compañía. Gracias a su ayuda y la del clérigo Ascanio Savio, Don Bosco pudo aumentar el número de muchachos internos que llegó a treinta.

En 1852 llegan a treinta y seis, en 1853 son setenta y seis, y ciento quince en 1854. En el 1860 alcanzan a cuatrocientos setenta, y llegan a seiscientos en 1861. El último número fue de ochocientos.

La forma de vida de aquellos muchachos sigue siendo extremadamente pobre. Durante el invierno se mueren de frío, en la iglesia y en todas partes, salvo en la cocina y en un salón donde se enciende una estufa de leña. El colchón de lana o de crin es el lujo de unos pocos. La mayor parte duerme sobre un colchón de hojas secas o de paja. El poco dinero de la comunidad se lo entrega Don Bosco a José Buzzetti, que tiene diecisiete años en 1849, quien queda desconcertado de tan enorme confianza.

Los domingos, los muchachos "internos" participan integralmente en la vida de los quinientos muchachos que invaden el Oratorio para jugar e ir de paseo.

Veinte centavos de polenta

Hacia el final de 1849, mientras -según dicen las crónicas- mucha gente del cinturón de Turín padece hambre, la historia de Don Bosco registra unos sucesos misteriosos. Podríamos llamarlos "los milagros pobres que un sacerdote hace para la gente pobre".

Cuenta el primero José Brosio el "bersagliere", en una carta a Don Bonetti.

"Un día, estando yo en la habitación de Don Bosco, se presenta un hombre pidiendo limosna. Contó que tenía cinco hijos y que hacía un día entero que no comían nada. Don Bosco rebuscó por sus bolsillos. No encontró más que vein-

te centavos, y se los dio juntamente con la bendición.

Una vez solos, Don Bosco me dijo que sentía mucho no tener más dinero: si hubiera tenido cien liras, se las hubiese dado. Le dije:

- ¿Y cómo sabe que decía la verdad? ¿Y si es un estafador?
- No; es sincero y leal. Más te digo: es un trabajador, y muy amante de su familia.
- ¿Y cómo lo sabe?
- Entonces, Don Bosco me tomó de la mano, me miró fijamente a los ojos, y en voz baja me dijo:
- Se lo he leído en su corazón,
- Entonces, ¿también ve usted mis pecados?
- Sí, siento su olor -me respondió riendo-. Y debo añadir que verdaderamente leía en mi corazón. Si, al confesarme, me olvidaba de algo, él me lo ponía ante los ojos tal cual era. Y yo vivía a más de un kilómetro de él. Un día, había hecho una obra de caridad, con gran sacrificio por mi parte, lo que era un secreto para todo el mundo. Pues bien, llegué al Oratorio, y Don Bosco, apenas me vio, me tomó por la mano y me dijo: "¡Qué cosa más hermosa te has preparado para el paraíso!". "¿Pues qué he hecho?", le pregunté. Y él me dijo, con todo detalle, todo lo que yo había hecho.

Otro día, me tropecé por Turín, con el hombre a quien Don Bosco le había dado los veinte centavos. Me reconoció, me detuvo y me dijo que, con aquellos veinte centavos, había comprado harina para la polenta, de la que él y toda su familia comieron hasta hartarse. Y repetía:

- En casa le llamamos "el cura del milagro de la polenta" porque con veinte centavos no había harina para dos personas, y nosotros comimos siete".

"Lo llamé por su nombre: ¡Carlos!"

El segundo, lo cuenta, por escrito y en francés, la marquesa María Fassati, De Maistre de soltera. Dice así: "He oído este suceso de los mismos labios de Don Bosco, y he querido transcribirlo con la máxima fidelidad.

Alguien vino un día en busca de Don Bosco para que fuera a ver a un joven que frecuentaba el Oratorio y que parecía gravemente enfermo. Don Bosco estaba ausente, y no volvió a Turín hasta dos días más tarde. No pudo ir a casa del enfermo, hasta el día siguiente, hacia las cuatro de la tarde.

Al llegar a la casa donde vivía, vio pegado a la puerta, el paño de luto con el nombre del joven, a quien iba a visitar. A pesar de ello, subió, para ver y consolar a sus pobres padres. Los halló en un mar de lágrimas. Le contaron cómo había muerto su hijo por la mañana. Don Bosco pidió entonces, si podía pasar a la habitación donde yacía el cuerpo del difunto, para verlo por última vez. Uno de la familia lo acompañó. - "Al entrar en la habitación -afirma Don Bosco-, me vino a la mente el pensamiento de si no estuviera muerto y, acercándome al lecho, lo llamé por su nombre: "¡Carlos!". Entonces él abrió los ojos y me saludó con una sonrisa de sorpresa. "¡Oh, Don Bosco -dijo en alta voz- me he despertado de un mal sueño!".

En aquel momento, algunas personas que estaban en la estancia salieron espantadas, gritando y tropezando con los candelabros. Don Bosco se dio prisa para rasgar el sudario que envolvía al joven, el cual siguió hablando así:

"Me parecía haber sido echado en una caverna larga, oscura, y tan estrecha que apenas si podía respirar. En el fondo

veía un espacio ancho y con más luz, donde eran juzgadas muchas almas. Mi angustia y mi terror crecían cada vez más, por que veía un gran número de condenados. En esto que había llegado mi turno, y estaba para ser juzgado como ellos, lleno de miedo porque había hecho mal mi última confesión, cuando ¡usted me ha despertado!"

Entre tanto, el padre y la madre de Carlos habían acudido al oír que su hijo estaba vivo. Él joven los saludó cordialmente, pero les dijo que no creyesen en su curación. Después de besarlos, pidió que lo dejaran a solas con Don Bosco.

Le contó que había tenido la desgracia de caer en un pecado que creía mortal, y que, al sentirse muy mal, lo había mandado llamar con la firme intención de confesarse. Pero que, no le habían encontrado. Que llamaron a otro sacerdote que él no conocía, y que no había tenido el valor de confesarle aquel pecado. Dios le había hecho ver que había merecido el infierno, por aquella confesión sacrílega.

Se confesó con mucho dolor, y después de haber recibido la gracia de la absolución, cerró los ojos y murió dulcemente.

Una canasta de castañas que no se vacía

El tercer suceso lo contó José Buzzetti, y lo confirmó por escrito Carlos Tomatis, uno de los primeros muchachos acogidos por Don Bosco.

El día de Difuntos, llevó Don Bosco a todos los muchachos del Oratorio a visitar el cementerio y rezar. Les había prometido, para la vuelta, castañas cocidas. Y había hecho comprar tres grandes bolsas.

Pero Mamá Margarita no había entendido bien sus deseos, y no hizo cocinar más que tres o cuatro kilos.

José Buzzetti, el jovencísimo "ecónomo", llegó antes que los demás a casa, vio lo sucedido y dijo:

- Don Bosco va a quedar mal. Hay que decírselo enseguida.

Pero, con el alboroto de la vuelta de la hambrienta tropa, Buzzetti no supo explicarse. Tomó en sus manos Don Bosco la pequeña canasta y empezó a repartir castañas con un gran cucharón. En medio de la alegría le gritaba Buzzetti:

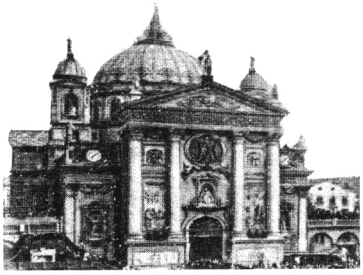
- ¡Así no! ¡No hay para todos!
- ¡Hay tres bolsas en la cocina!
- ¡No, sólo éstas, sólo éstas!, -intentaba decirle Buzzetti mientras los muchachos gritaban y tomaban en tropel. Don Bosco no quería creerlo.
- Yo les he prometido a todos. Sigamos así mientras haya.

Siguió entregando una porción a cada uno. Buzzetti miraba nervioso los pocos puñados que quedaban en el fondo de la canasta, y la fila de los que se acercaban, que parecía cada vez más larga. Alguno más empezó a mirar con él. De pronto, casi se hizo silencio. Centenares de ojos desorbitados miraban aquella canasta que no se vaciaba nunca...

Hubo para todos. Quizás, por vez primera, con las manos llenas de castañas gritaron los muchachos aquella tarde: "¡Don Bosco es un santo!"

Capítulo XXVI

Una casa y una iglesia



En los últimos meses de 1849, Don Bosco elevó una petición al Ministerio del Interior para obtener subsidio en favor del Oratorio.

Un domingo por la tarde, en enero de 1850 una comisión compuesta por tres senadores, Sclopis, Pallavicini y Collegno, llegó a Valdocco para visitar la obra y presentar un informe al Senado y al Ministro

La impresión fue positiva. Contemplaron a quinientos muchachos jugando por los patios y los campos, los vieron rezar apretujados en la capilla y en las cercanías, se informaron detalladamente del Internado donde tenía sus treinta huéspedes.

El conde Sclopis habló con un muchacho, José Vanzino. Supo que era de Várese, que trabajaba de picapedrero, que era huérfano de padre. Hasta se enteró, entre un mar de lágrimas del muchacho, de que su madre estaba en la cárcel.

- ¿Dónde vas a dormir por la noche? -le preguntó el conde un poco apurado.

- Hasta hace unos días dormía en casa de mi patrón pero, ahora me ha recibido Don Bosco en su casa.

Pallavicini presentó el informe al Senado. Está registrado en las Actas Oficiales del primero de marzo. Dice así: "La institución del distinguido y celoso sacerdote Juan Bosco manifiéstase eminentemente religiosa, moral, provechosa. Será un grave daño para la ciudad, si hubiese de interrumpirse o perderse por falta de ayuda. Nuestra Comisión cursa una instancia al Ministerio del Interior para que acuda eficazmente en socorro de Obra tan útil y ventajosa".

Aquellas palabras, canjeadas en liras, se convirtieron para Don Bosco en tres billetes de a ciento, por parte del Senado, y dos billetes de a mil, por parte del Ministro, Urbano Rattazzi.

Pero no fue el dinero bien recibidos y bendecidos el mayor fruto. Estaba a punto de estallar en Piamonte una larga y angustiosa discusión entre la Iglesia y el Estado. La visita y el informe de los tres senadores que Don Bosco había solicitado, permitiría al Oratorio superar sin graves daños el gran temporal.

Arresto del Arzobispo

Eran días "difíciles". Se discutían en la Cámara los proyectos-ley presentados por el ministro de Justicia Siccardi. Se pretendía abolir algunos antiguos privilegios eclesiásticos; el foro eclesiástico (obispos y sacerdotes acusados de delitos comunes ya no serían juzgados por tribunales eclesiásticos, sino por tribunales públicos), el derecho de asilo (no podía hasta entonces la policía detener a personas acusadas de ningún delito si se refugiaban en una iglesia o en un convento), la posibilidad de aumentar los bienes de la iglesia.

El 8 de abril fueron aprobadas las leyes Siccardi por la Cámara y por el Senado. El 9 fueron sancionadas por el rey. Las bandas anticlericales se desencadenaron por la ciudad. Se improvisaron cortejos con gente que gritaba: "¡Abajo los curas! ¡ Viva Siccardi!". El punto de reunión fue el palacio arzobispal. Primero, hubo sólo gritos e insultos: "¡Muera Fransoni! ¡Fuera el Delegado Pontificio!". Se añadieron luego las piedras: cayeron los vidrios de las ventanas, se intentó derribar el portón de entrada. Tuvieron que acudir los escuadrones de caballería, sable en mano.

A fines de julio Pedro Derosi de Santarosa, ministro de Agricultura, cae gravemente enfermo. Pide los sacramentos. El párroco, de la congregación de los Servitas, recibe orden del Arzobispo de exigir al enfermo una retractación pública de la aprobación dada a las leyes Siccardi. Santarosa se niega, y muere el 5 de agosto sin Viático.

Por las calles de Turín siguen los tumultos. Son expulsados los Servitas. El Ministro de la Guerra, Alfonso La Marmora, pide a Mons. Fransoni que renuncie al arzobispado. Y como se niega, lo hace arrestar por los carabineros el 7 de agosto y recluído en la fortaleza de Fenestrelle, junto a la frontera francesa. El 28 de septiembre el arzobispo es desterrado por el Estado.

Cuadrillas de bandoleros asaltan los conventos de la ciudad. Los Oblatos, los Barnabitas, los Dominicos se atrincheran en sus casas. El 14 de agosto se presenta en Valdocco un tal Volpato y advierte a Don Bosco que, al atardecer, será asaltado también el Oratorio. Que es mejor se marche enseguida con los muchachos.

Don Bosco reflexiona y decide quedarse. A las cuatro de la tarde la columna de los manifestantes va bajando hacia la

periferia. Pero entre aquella gente, hay uno a quien Don Bosco ha hecho mucho bien. Detiene a los primeros grupos y exclama:

- Hacemos mal en asaltar el Oratorio. No encontraremos más que unos pobres muchachos y un cura que les da de comer. Don Bosco es del pueblo como nosotros. Dejemoslos en paz.

Discuten, pero, luego, la columna toma otro camino.

Otros cuatro

En medio del gran temporal, Don Bosco sigue trabajando en silencio. Reviglio, Bellia, Buzzetti y Gastini siguen en la "escuela rápida", y están casi a punto de rendir examen para vestir la sotana clerical. Miguel Rúa, en el verano de 1850, ha terminado las clases elementales en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y Don Bosco no lo pierde de vista. Un día lo llama aparte:

- ¿Qué piensas hacer el año que viene?
- Mi madre ha hablado con el director de la Fábrica de Armas. Me admiten a trabajar en las oficinas. Así podré ayudar a mi familia.
- También yo he hablado con alguien. Me han dicho tus maestros que el Señor te ha concedido buena inteligencia, y que sería una lástima que no siguieses estudiando. ¿Lo sentirías?
- Sí, es verdad. Pero mi madre es pobre y no tengo padre. ¿A dónde quiere que vaya para pagar los estudios?
- De esto me ocuparé yo. Pregúntale a tu madre si te deja empezar a estudiar latín.

La señora Juana María contempló largo rato a su hijo alto y

paliducho. Lo oyó hablar con entusiasmo de Don Bosco, y respondió:

- Me gusta, Miguel. ¿Pero, resistirá tu salud? El Señor ya se ha llevado a cuatro hermanos tuyos, y tú eres más delicado que ellos. Dile a Don Bosco que no se ate demasiado a los libros.

Como quiera que Miguel vivía a pocos pasos del Oratorio y no estaba muy bién de salud, Don Bosco lo dejó todavía en su casa durante dos años. Pero en noviembre lo matriculó en la escuela privada del Profesor José Bonzanino. De noche, él mismo le le tomaba lección de aritmética y del sistema métrico decimal. Con Rúa estaban los jóvenes Ángel Savio, Francesia y Anfossi; formaban la segunda escuadra que Don Bosco quería llevar hasta el sacerdocio.

Los domingos, mientras Buzzetti y los otros ayudaban a Don Bosco, Miguel Rúa, y Angel Savio, iban a los oratorios de Vanchiglia y Puera Nueva, en donde colaboraban asistiendo a los niños y enseñando el catecismo.

2 de febrero de 1851. Después de catorce meses en la "escuela de fuego", el primer grupo de sus cuatro muchachos, aprueban brillantemente los exámenes de la Curia de Turín. Buzzetti, Gastini, Reviglio y Bellía visten la sotana en el Oratorio. Don Bosco estalla de alegría. Le parece que los primeros corderos, por fin, se están convirtiendo en pastores. Pero se engaña: de los cuatro muchachos que al día siguiente empiezan a estudiar filosofía, sólo Bellia y Reviglio llegarán al sacerdocio, aunque no se quedarán en el oratorio. Gastini se cansará pronto y abandonará los estudios. Buzzetti sí se quedará con Don Bosco pero, sin llegar a ser sacerdote. La primera esperanza, que se convertirá en plena realidad, es aquel muchacho alto y paliducho que sigue

viviendo con su madre, Miguel Rúa.

Treinta mil liras y un leve mareo

Después de vestir la sotana los cuatro primeros "clerigui-tos", Don Bosco pensó en la casa. No podía seguir viviendo en un lugar que no era suyo, que podía ser vendido de la noche a la mañana a otras personas. Un domingo por la tarde, mientras Don Borel predicaba, se acercó a Francisco Pinardi:

- Si me pone un precio aceptable, le compro toda la casa.
- El precio lo tengo. Usted ¿cuánto me ofrece?
- La he hecho tasar por un entendido, el ingeniero Spezia. Me dice que, tal como está, vale de veintiséis a veintiocho mil liras. Yo le ofrezco treinta mil.
- ¿Al contado y todo junto?. De acuerdo.
- Déme la mano. Dentro de quince días firmamos la escritura. Don Bosco estrechó su mano, y sintió como un leve mareo: treinta mil liras de entonces equivalían a una fortuna muy importante. ¿Dónde encontrar tanto dinero en quince días? He aquí lo que Don Bosco escribe, con toda sencillez:

"Empezó entonces un lindo trabajo con la divina Providencia. Aquella misma noche, cosa insólita en los días festivos, me viene a ver Don José Cafasso, y me dice que una piadosa señora, la condesa Casazza-Riccardi, le había encargado me diera diez mil liras para usarlas en lo que yo entendiera ser para la mayor gloria de Dios. Al día siguiente, llega un religioso rosminiano, trayéndome veinte mil liras en préstamo". El préstamo era al cuatro por ciento y el abate Rosmini jamás insistió en la devolución del capital ni en el cobro de

los intereses. "Las tres mil liras de gastos accesorios las puso el Caballero Cotta, en cuyo banco se firmó la escritura".

Era el 19 de febrero de 1851. Difícil no ver la mano de la Providencia, y todavía mas difícil, para Don Bosco, no seguir adelante por el mismo camino.

Y ahora una hermosa iglesia

Una noche de aquel mismo mes, mientras remendaba, con Mamá Margarita la ropa de los muchachos que dormían, dijo entre dientes:

- Y ahora quiero levantar una iglesia hermosa en honor de San Francisco de Sales.

A Mamá Margarita se le cayeron de las manos hilo y aguja:

- ¿Una Iglesia? ¿De dónde vas a sacar el dinero? No nos alcanza para el pan y ropa de estos pobrecitos, ¿y hablas de una iglesia nueva? Espero que lo vuelvas a pensar, y que consultarás con el Señor, antes de embarcarte en un viaje como ése.
- Madre, si usted tuviese dinero, ¿me lo daría?
- Seguro, pero no tengo un centavo.
- Y Dios, que es más bueno y más generoso que usted ¿cree que no me lo va a dar?
- ¿Cómo poder "razonar" con un hijo así?

Pero, Don Bosco tenía razón; la capilla Pinardi se había agrandado, pero los muchachos no cabían aunque tuviera tres plantas. Además, "así como, para entrar, era preciso bajar dos peldaños -escribe Don Bosco-, en invierno y en tiempo lluvioso estábamos inundados; mientras en verano, nos ahogaban el calor y la humedad excesiva".

Encomendó los planos al arquitecto Blanchier. y las obras a Federico Bocca.

- Le advierto, -le dijo riendo Don Bosco- que algún día no tendré dinero para pagarle.
- Entonces iremos más despacio en el trabajo.
- No, no. Quiero que vaya rápido, y que, dentro de un año, esté terminada la Iglesia.

Federico Bocca se encogió de hombros:

- Pues entonces iremos aprisa. Pero también usted apúrese con las liras.

Durante dieciséis años latió en ella el corazón de la obra de Don Bosco

"Una vez excavados los cimientos -recuerda Don Bosco-, se hizo la bendición de la primera piedra el 20 de julio de 1851". Fue colocada por el Caballero José Cotta, uno de los más grandes bienhechores de Don Bosco. El discursito de agradecimiento lo leyó Miguel Rúa, que tenía catorce años. Hablo, luego, el célebre orador padre Barrera. Habitualmente, en tales ocasiones, se suele exagerar; se buscan palabras altisonantes. También Barrera buscó las suyas, pero no exageró. Dijo: "Esta piedra es el granito de mostaza. Crecerá como un árbol, bajo el cual vendrán a refugiarse muchos muchachos".

El gran rompecabezas fue el dinero. Don Bosco llamó a todas las puertas conocidas y a muchas otras, pero sólo llegó a juntar treinta y cinco mil liras. Le faltaban otras treinta mil.

También los muchachos le ayudaban como podían. Recordaba Don Juan Turchi. "Estaban las paredes de la

nueva iglesia a la altura de los ventanales, y me tocó junto con mis compañeros subir ladrillos hasta los andamios".

Para juntar las benditas treinta mil liras que faltaban, Don Bosco se aventuró, por vez primera, a hacer una tómbola pública. Recordaba más tarde: "Se recogieron tres mil trescientos premios. El Papa, el Rey, la Reina Madre y la Reina Consorte nos honraron con sus ofrendas". Se expusieron públicamente los premios en un amplio salón detrás de la iglesia de Santo Domingo. Se publicó un catálogo ilustrado con los premios. Para la venta de billetes pasó Don Bosco por muchas humillaciones. Pero se alcanzó un importe considerable: veintiséis mil liras limpias. En adelante, cuando Don Bosco se encuentre sin dinero, pensará enseguida en una tómbola. En las últimas cartas de su vida, escritas ya con mano temblorosa, aún recomendará que "le acepten un talonario de billetes para mi tómbola".

El 20 de junio de 1852 se consagraba la iglesia. Todavía se levanta en el costado de la casa Pinardi, humillada por la grandiosidad de la Basílica de María Auxiliadora que llega hasta tres metros de su puerta. Es la iglesia de la "Porciúncula salesiana". Dentro de sus muros, durante dieciséis años, de junio de 1852 a junio de 1868 latió el corazón de la obra de Don Bosco.

Aquí iba a rezar el jovencito Santo Domingo Savio. En el altarcito de la Virgen, a la derecha, se consagró a Ella. Por esta iglesia pasaron Miguel Magone, el chico travieso de Carmagnola, y Francisco Besucco, el joven de Argentera que en 1863 renovó la heroica bondad de Domingo Savio.

Aquí celebró su primera Misa Don Miguel Rúa. Durante cuatro años frecuentó esta iglesia, varias veces al día, mamá Margarita, cada vez más vieja y fatigada. En ella encontraba

cada día la fuerza para empezar el trabajo por los muchachos pobres.

Tal vez el diablo

"Con la nueva iglesia -anota Don Bosco- se facilitaba a los jovencitos el deseo de intervenir en las funciones sacras y también la asistencia a las escuelas nocturnas y diurnas. La capilla Pinardi, la iglesia y la sacristía nueva se empleaban durante el día como aulas de clase. Pero ¿cómo proveer a la multitud de pobres chicos que, a cada momento, pedían ser recibidos?" Termina diciendo serenamente: "En aquel momento de suprema necesidad se tomó la decisión de construir una nueva ala al edificio".

Ya estaba avanzado el otoño, pero se procedió a toda velocidad, y pronto se llegó al tejado. Entonces empezó el mal tiempo. "Diluvió días y noches seguidas y las aguas penetraron y se filtraron por la fresca argamasa, hasta dejar las paredes con los ladrillos y guijarros descamados. Era casi la medianoche del 2 de diciembre -siempre Don Bosco el que escribe- cuando se oyó un ruido violento, que fue creciendo hasta causar miedo. Eran las paredes que caían a tierra con estrépito".

Don Bosco les dijo a los muchachos aterrorizados:

- Es una broma del diablo. Pero con la ayuda de Dios y de la Virgen, lo levantaremos de nuevo.

Sin duda que el diablo cumpliría su papel; pero más tarde, el ecónomo Don Fidel Giraudi pudo examinar los restos de aquellos muros y afirma que estaban rellenos con piedras y arena de río. La cal era muy deficiente. Don Bosco apretaba

ahorrando los precios y el empresario, todavía quería ganar algo. La pérdida fue de diez mil liras. Hasta la primavera no se pudo reemprender la obra y el edificio estuvo terminado en octubre de 1853. "Como teníamos gran necesidad de locales -escribe Don Bosco- inmediatamente volamos a ocuparlos. Se regularon y organizaron aulas, comedor, dormitorio y el número se alumnos se elevó a sesenta y cinco.

Capítulo XXVII

Y Dios envió un perro



El 17 de febrero y el 29 de marzo de 1848, Carlos Alberto concedió la igualdad de derechos civiles a los protestantes y judíos, que, hasta el momento, solamente habían sido tolerados.

Pensaban los católicos que, al alcanzar la igualdad de derechos, los protestantes quedarían tranquilos y quietos. Advirtieron en cambio, no sin temor, que la secta de los Valdenses estaba dispuesta a desencadenar una verdadera campaña de proselitismo.

Publicó tres diarios: La Buena Nueva, La Luz Evangélica, El bravo piamontés. Editó y difundió, a precios populares, libros de propaganda. Organizó ciclos de conferencias.

Era el primer impacto del pluralismo. Los católicos piamonteses se indignaron pero no supieron hacer más.

Los obispos piamonteses se reunieron el 1849 en Villanovetta. "Indignarse no sirve de nada -concluyeron - . Hay que reaccionar, comprometerse en la prensa y en la predicación".

Frutos concretos de las reuniones fueron la publicación de la Colección de libros buenos, del periódico La Campana y de las Lecturas Católicas. Estas últimas las ideó Don Bosco

y las apoyó muy particularmente el obispo de Ivrea.

Nada de diálogo

Don Bosco escribió los seis primeros volúmenes. Salieron de marzo a agosto de 1853, con el título general de El Católico Instruido en su Religión.

Recordaba Don Bosco sonriendo que el Vicario General de Turín le dijo: "No me atrevo a poner mi firma, Usted desafía y ataca de frente al enemigo". Don Bosco los había escrito con la misma decisión con que se va a una batalla. No sabía nada de diálogo. Su estilo era directo. Había que salvar a los jóvenes y a la gente para la Iglesia, para Dios, para la vida eterna, y por tanto, había que luchar, había que combatir.

Las Lecturas Católicas fueron recibidas con mucha aceptación y el número de lectores llegó a ser extraordinario. "Pero precisamente por ahí empezaron a enojarse los protestantes".

Bajaron a Valdocco los pastores valdenses Bert y Meille, y el evangélico Pugno. Intentaban persuadir a Don Bosco para que interrumpiera las Lecturas, o al menos moderase el tono de las mismas. Pero no sacaron nada en limpio.

"Un domingo del mes de enero por la noche me anunciaron la visita de dos señores. Entraron y después de los saludos de rigor:

- Usted, señor Teólogo, posee un gran don: el de hacerse leer y entender por el pueblo. Debería dedicarse a exponer la historia, la geografía, la física. Debería, en cambio, dejar de lado las Lecturas Católicas: son tópicos comunes. Estamos dispuestos a financiar cualquier obra sobre historia

(me pusieron delante cuatro billetes de mil); pero deje este trabajo inútil.

- Si es un trabajo inútil, ¿por qué gastar dinero para hacer que lo deje? Vean ustedes, me hice sacerdote para consagrarme al bien de la Iglesia y de la gente sencilla, y quiero continuar escribiendo e imprimiendo las Lecturas Católicas.

Cambió el tono. Las palabras comenzaron a ser amenazantes:

- Hace usted mal. Si sale de casa, ¿está usted seguro de volver a entrar en ella?

Me levanté. Abrí la puerta de la habitación:

- Buzzetti, dije, acompaña a estos señores hasta puerta".

Vino y castañas

Mientras salían, aquellos "señores" gritando. "Nos volveremos a ver". Don Bosco cuenta, en el ultimo capítulo de sus Memorias, cómo "se volvieron a ver" y anota: "Parecía que existía una trama personal contra mí". Copiamos su descripción, algo condensada donde nos pareció necesario.

"Una tarde, mientras daba clase, vinieron dos hombres a llamarme a toda prisa: en la hostería del Corazón de Oro había un moribundo. Fui pero quise que me acompañaran algunos muchachos de los mayores, aunque ellos internaran disuadirme.

Llegados al Corazón de Oro me llevaron hasta una habitación de la planta baja, donde unos algunos comían castañas. Me invitaron a que me sirviese y comiese con ellos. Lo rechacé.

- Al menos tomará un vaso de nuestro vino. Un trago no le hará daño.

Sirvieron vino para todos, pero al llegar a mí, torpemente uno fue a buscar otra botella. Yo tomé el vaso, dije: "Salud", y lo dejé sobre la mesa.

- No haga eso. Es un desprecio.
- Es un insulto.
- No tengo ganas de beber-. Entonces se pusieron amenazadores:
- ¡Tiene que beber a toda costa! -Uno me agarró por el hombro izquierdo, otro, por el derecho-. Tiene que beber por las buenas o por las malas.
- Si de todos modos he de beber, déjenme libres los brazos -dije sacudiéndomelos de encima-. Pero ya que no puedo beber, se lo daré a uno de mis muchachos, que lo beberá en mi lugar-. Y diciendo estas palabras di un gran paso hacia la puerta, la abrí de par en par e invité a los jóvenes a entrar.

Al entrar aquellos muchachotes cambiaron ellos de tono. Pidieron excusas, dijeron que el enfermo se confesaría otro día. Una persona amiga hizo las averiguaciones del caso, y me contó que alguien les había pagado una cena, a condición de que me obligaran beber el vino que me había preparado".

"Debían matarme"

"Los atentados que voy narrando parecen fábulas, y por desgracia, son historias que tuvieron muchos testigos.

Un domingo de septiembre, al atardecer, me llamaron a toda prisa desde casa Sardi, próxima al Refugio, para confesar a una enferma en trance de muerte. Invité a varios de los mayores para acompañarme: por entonces yo sospechaba de todo. Dejé a algunos al pie de la escalera: José Buzzetti

y Jacinto Arnaud me acompañaron hasta el descanso, junto a la puerta de la enferma.

Entré y vi a una mujer jadeante, como si fuera a expirar. Invité a las cuatro personas allí presentes a que se alejaran, para poderla confesar.

- Antes de confesarme -chilló la vieja- quiero que ese bribón me pida perdón.
- ¡Yo no te he hecho nada!
- ¡Silencio! -gritó otro poniéndose en pie. Siguió una furibunda discusión, y antes de que yo llegase a entender de qué se trataba, alguien apagó las luces, y una lluvia de palos se descargó en mi dirección. Apenas si tuve tiempo para agarrar una silla, levantarla protegiéndome la cabeza y echar a correr hacia la puerta. Los bastonazos, que debían matarme, rompieron la silla. Uno me dio en el pulgar de la mano izquierda, arrancandome la uña y media falange. Volví a casa con mis muchachos".

"Parece -anota Don Bosco- que todo estaba planeado para hacerme desistir de luchar contra los protestantes".

El "Gris"

"Los frecuentes atentados de que era objeto me aconsejaron no ir ni volver solo a Turín, (en aquel tiempo, entre el Oratorio y la ciudad había un gran espacio de terreno lleno de espinos y acacias).

Una tarde oscura, volvía yo completamente solo, y no sin algo de miedo, cuando veo junto a mí un perrazo que, a primera vista, me espantó; pero, al hacerme fiestas como si yo fuera su dueño, nos pusimos pronto en buenas relaciones, y

me acompañó hasta el Oratorio. Algo parecido sucedió muchas otras veces; de modo que puedo decir que el "Gris" (así lo llamó Don Bosco), me ha prestado importantes servicios. Expondré algunos.

A fines de noviembre de 1854, en una tarde oscura y lluviosa, volvía de la ciudad. En cierto momento, advertí que dos hombres caminaban a poca distancia de mí. Aceleraban o retardaban el paso, cada vez que yo aceleraba o retrasaba el mío. Quise desandar el camino, pero no me fue posible: dieron unos saltos y, sin decir palabra, me echaron una manta encima. Hice cuanto pude para no dejarme envolver, quise gritar, pero fue inútil. En aquel momento apareció el Gris. Aullando se abalanzó con las patas delanteras contra uno y con la boca abierta contra el otro.

- ¡Llame a ese perro! -se pusieron a gritar.
- Lo llamaré si me dejan en paz.
- Pero ¡pronto! - exclamaron.

El Gris continuaba aullando como un lobo enfurecido. Tomaron su camino, y el Gris, siempre a mi lado, me acompañó hasta casa.

Las tardes en que no iba acompañado de nadie, apenas llegaba cerca de los árboles, veía aparecer al Gris. Los jóvenes del Oratorio lo vieron muchas veces entrar en el patio. Una vez, asustados, dos muchachos quisieron apedrearlo, pero José Buzzetti intervino:

- No lo molesten; es el perro de Don Bosco.

Entonces se pusieron a acariciarlo de mil modos y lo acompañaron hasta el comedor, donde estaba yo cenando con algunos clérigos y con mi madre. Quedaron todos sorprendidos:

- No tengan miedo -les dije - , es mi Gris; déjenlo que se

acerque.

En efecto, después de dar una vuelta a la mesa, se puso a mi lado muy contento. Le ofrecí comida y pan, pero él rehusó. Apoyó la cabeza sobre mis rodillas, como si quisiera darme las buenas noches, después se dejó acompañar por los chicos hasta fuera. Recuerdo que aquella noche había llegado a casa tarde y que un amigo me había traído en su coche".

Carlos Tomatis, que por aquellos años frecuentaba el Oratorio como estudiante, atestiguó: "Era un perro de aspecto formidable. Muchas veces Mamá Margarita exclamaba al verlo: "¡Oh, el feo animalazo!". Tenía aspecto de lobo, con el morro alargado, las orejas tiesas, el pelo gris, y la altura de un metro".

Una tarde -atestiguó Miguel Rúa que vio al Gris dos veces- Don Bosco tenía que salir para asuntos urgentes, pero se encontró con el Gris tendido en el umbral. Intentó alejarlo, pasar por encima. Pero el perro rechinaba los dientes y le echaba hacia atrás. Mamá Margarita, que ya lo conocía, dijo a su hijo:

- Se t´veuli nen secouteme mi, scouta almen 'l can; seurt nen (Si no quieres escucharme a mí, escucha al menos al perro; no salgas). Al día siguiente, supo Don Bosco que un sujeto mal intencionado, armado de pistola, lo había estado esperando a la vuelta de la esquina. Varias veces tuvo Don Bosco la idea de averiguar la procedencia de aquel perro. Pero no llegó a saber nada. En 1872 la baronesa Azelia Fassati le preguntó qué pensaba sobre él, y Don Bosco sonriendo respondió:

- Haría reír si dijera que es un ángel. Pero, tampoco se puede decir que sea un perro común.

Se duerme en una zapatería

Durante el día, Don Bosco trabajaba para sus jovenes, circulaba en busca de limosnas, confesaba y predicaba en muchos centros de la ciudad. De noche, robaba muchas horas al sueño para remendar ropa,calzado y para escribir. Se acumulaba el sueño y, a veces, lo asaltaba a traición.

Después de comer, recordaba Juan Cagliero, alguna vez se dormía de repente, sentado en la silla, con la cabeza reclinada sobre el pecho. Entonces, los que estaban presentes, en silencio se iban en punta de pie para no despertarlo.

Aquella, era para él la hora más pesada de la jornada. Salía, iba a hacer recados por la ciudad, visitaba a los bienhechores para obtener su ayuda. "Caminando -decía sonriendome mantengo despierto". Pero no siempre lo lograba. A la hora de la siesta se encontró un día en la placita ante la "Consolata", con un sueño tal que no recordaba ni dónde estaba ni a dónde iba. Había allí mismo una zapatería. Don Bosco entró y pidió al zapatero que lo dejara dormir en una silla, unos minutos.

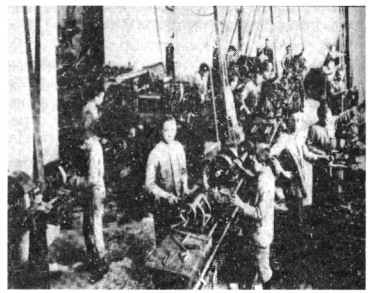
- Pase, pase, Reverendo. Aunque no podrá porque lo despertaré con los golpes de mi martillo.
- No, no me despertará.

En efecto, se sentó junto a una mesita, y durmió desde las dos y media hasta las cinco. Al despertar, miró alrededor, vio la hora y dijo:

- ¡Pobre de mí! ¿Por qué no me ha despertado?
- Estimadísimo, -respondió el buen remendón-, dormía usted tan a gusto, que hubiera sido un crimen despertarle. ¡Así me gustaría dormir a mí!

Capítulo XXVIII

Media docena de talleres



Al empezar la "casa del Oratorio" (que Don Bosco llama hospicio y que nosotros,. siguiendo los términos de hoy, llamaríamos colegio internado) acoge, de modo especial, jóvenes trabajadores. Tras el primer muchacho del Valle de Sesia, hospedado en la cocina de Mamá Margarita una noche de lluvia, después de Buzzetti y Gastini, llegan cada año por decenas. Algunos se quedan tres años, otros dos meses; hay quien se queda para toda la vida.

Solamente a partir de 1856, la mayor parte de los internos son estudiantes. La preferencia otorgada a los jóvenes trabajadores es hija de su mísera condición. El obrero, especialmente el joven obrero, aislado e indefenso, está a merced del patrón. No existen todavía los sindicatos. Carlos Alberto fue concediendo poco a poco la formación de "sociedades asistenciales", pero los liberales se oponían también a esto. Don Bosco coloca a sus muchachos con un patrón, los protege con buenos contratos, los va a visitar al taller cada semana, como "responsable ante la familia". Si el patrón no respeta los pactos, retira al aprendiz. En 1853, terminado el nuevo edificio, se decide empezar en su propia casa los primeros talleres.

Dos mesitas para empezar

En otoño de 1853 abrió Don Bosco los talleres de zapatería y sastrería. El de zapatería fue hubicado en el estrechísimo local que hoy funciona como mini-sacristía de la capilla Pinardi, junto al campanario: con dos mesitas y cuatro banquitos. El primer maestro fue Don Bosco: se sentó a la mesita y martilleó una suela ante cuatro muchachos, Después les enseñó a manejar la lezna y a untar el cabo con pegamento. Pocos días después cedió el puesto de "maestro" a Domingo Goffi, portero del Oratorio.

La sastrería se colocó en la habitación de la cocina, y las ollas y hornillos fueron a parar al edificio nuevo. Los primeros maestros de la sastrería fueron Mamá Margarita y también Don Bosco, que enseñó a coser y cortar, como había aprendido en Castelnuovo en casa de Juan Roberto.

Durante los primeros meses de 1854, casi jugando, abrió el taller de encuadernación de libros. Ninguno de sus muchachos conocía este oficio.

Un día, rodeado de unos cuantos, extendió sobre una mesa los folios impresos de su último librito Los Ángeles Custodios. Después, señalando a un muchacho le dijo:

- ¡Tú harás de encuadernador!
- ¿Yo? Ni sé qué es eso.
- Es muy fácil. Ven aquí. ¿Ves? Estos folios grandes se llaman "signaturas". Hay que doblarlos por la mitad, luego otra vez por la mitad, después todavía por la mitad, y una vez más por la mitad, ¡Dale! probemos.

Con la ayuda de los que estaban en alrededor de la mesa se plegaron todos los folios. Don Bosco puso las signaturas

plegadas una sobre otra:
- ¡Vean! el libro hecho. Ahora hay que coserlo. -Llamó en su ayuda a Mamá Margarita con una aguja gorda y alguna perforación a mano salió a flote en su empresa. Una pizca de harina blanca, mezclada con agua, sirvió de engrudo para pegar la tapa.

No faltaba más que la última operación: cortar los bordes del libro. ¿Cómo hacer? Los muchachos, siempre en derredor de la mesa, opinaban que había que usar las tijeras, el cuchillo, la rasqueta. Fue Don Bosco a la cocina, tomó la cuchilla de acero que sirve para triturar cebollas y perejil, y con unos golpes limpios cercenó los bordes. Reían los muchachos y también Don Bosco reía. Pero se había "inaugurado" el taller, y fue organizado en una habitación del edificio nuevo.

En el 1854 los aprendices eran tantos que Don Bosco escribió para ellos un pequeño Reglamento. Se dice en él que, para poder aceptar a un joven artesano, éste debe tener de doce a dieciocho años de edad, debe ser "huérfano de padre y madre y del todo pobre y abandonado. Si tiene hermanos o tíos que puedan atender a su educación, está fuera del fin de esta Casa".

Un año más para la imprenta

A fines de 1856 se inició el cuarto taller, la carpintería. Enseguida se convirtió en algo serio: un buen grupo de muchachos fue retirado de los talleres de la ciudad y colocado en una amplia sala provista de bancos, utensilios de la profesión, almacén de maderas.

El primer maestro fue el señor Corio.

El quinto taller, el más deseado, fue el de la imprenta. Don Bosco debió trabajar durante casi un año para alcanzar el permiso del gobierno. Se lo dieron el 31 de diciembre de 1861.

Los inicios fueron modestos: dos máquinas que los muchachos hacían girar a mano.

Pero, aún en vida de Don Bosco, aquella tipografía llegó a ser grandiosa y moderna, al extremo de competir con las mejores de la ciudad: cuatro prensas, doce máquinas movidas por energía, estereotipia, fundición de tipos, calcografía.

En 1862 Don Bosco abrió su sexto y último taller, el de cerrajería, predecesor de los actuales talleres de mecánica.

Cuatro caminos para dar con el verdadero

Don Bosco encontró muchas dificultades para poner en marcha los talleres y fue probando diversas fórmulas.

Al principio tomó artesanos con un salario normal. Consecuencia: se preocupaban del trabajo, pero no del progreso de los alumnos y de la buena marcha del taller.

Segunda fórmula. Se confió a los artesanos toda la responsabilidad, con la molestia de buscarse el trabajo, como si fueran los patrones. Consecuencia: los muchachos eran tratados como peones y arrancados a la autoridad del director.

Tercera tentativa. Don Bosco asume toda la responsabilidad moral y administrativa de los talleres, dejando solamente en manos de los artesanos la formación profesional de los aprendices. Todavía una consecuencia negativa: por miedo a

ser suplantados por los alumnos mejores, los jefes enseñan poco, les dejan que no hagan nada.

Don Bosco no dio con la fórmula verdadera hasta que no llegó a formar jefes de taller totalmente ligados a él: los coadjutores salesianos, religiosos igual que los clérigos y sacerdotes, pero dedicados a las escuelas profesionales.

Capítulo XXIX

Estudiantes con capote militar



Primero de noviembre de 1851. Don Bosco llega a su pueblo, Castelnuovo de Asti. Por la tarde, tiene que predicar la conmemoración de los difuntos.

Anda entre los monaguillos, un chiquito que lo acompaña hasta el púlpito, y que lo mira fijamente durante todo el sermón.

De vuelta a la sacristía, observa Don Bosco que lo sigue mirando en silencio. Lo llama:

- Me parece que tienes algo que decirme, ¿verdad?
- Sí, señor. Quiero ir a Turín con usted, para estudiar y hacerme sacerdote.
- Muy bien. Entonces, dile a tu mamá que venga, después de cenar, a casa del párroco.

El muchacho se llama Juan Cagliero, y es huérfano de padre. La mamá llega con Juan después de cenar.

- Entonces -bromea Don Bosco- ¿es verdad, Teresa, que quiere venderme a su hijo?
- ¡Ah, no! -responde riendo la mujer-. Nosotros vendemos los terneritos. Los muchachos se regalan.
- Mejor aún. Prepárele algo de ropa, y mañana me lo llevo conmigo.

Al amanecer del día siguiente, estaba Juan Cagliero en la iglesia. Ayudó a Misa a Don Bosco, desayunó con él, besó a la mamá y, con su mochila a cuestas, dijo impaciente:
- Entonces, Don Bosco, ¿vamos?

"A dormir en el cesto de pan"

Anduvieron el largo camino a pie. Prácticamente Juan lo anduvo dos veces, porque, al tiempo que hablaba con Don Bosco, corría más adelante, perseguía las mariposas por los prados, saltaba las zanjas. Recordaba Cagliero:

"Durante aquel viaje Don Bosco me hizo mil preguntas y yo le di mil respuestas. Desde entonces, no tuve con él ningún secreto. Al oír mis travesuras infantiles, me decía bromeando que ahora tendría que ser mejor. Finalmente llegamos a Turín.

Era por la tarde del día 2 de noviembre, y estábamos cansados. Don Bosco me presentó a Mamá Margarita, diciendo:
- Madre, te traigo un muchachito de Castelnuovo. Mamá Margarita respondió:
- Ah, sí, tú no haces más que buscar muchachos y luego yo no sé dónde meterlos.
- Este es tan pequeño - bromeó Don Bosco - que le pondremos a dormir en el cesto del pan. Con una soga lo subiremos arriba, bajo la viga, como una jaula de canarios.

Mamá Margarita se echó a reír y me buscó un puesto. Verdaderamente no había ni un rincón libre; así que, aquella noche me tocó dormir a los pies de la cama de otro compañero.

A la mañana siguiente vi la pobreza que reinaba en aquella

casa. Nuestro dormitorio, en la planta baja, era estrecho, y tenía por pavimento un embaldosado de adoquines. En la cocina había unos pocos platos de estaño con sus correspondientes cucharas. Tenedores, cuchillos, servilletas llegaron muchos años después. El comedor era un galpón. Don Bosco nos servía la comida, nos ayudaba a tener ordenado el dormitorio, limpiaba y remendaba nuestra ropa, y hacia los más humildes servicios.

Para todo hacíamos vida común. Nos encontrábamos como en familia, más que en un colegio, bajo la dirección de un padre que nos quería, y solo se preocupaba de nuestro bien espiritual y material".

Juan Cagliero demostró desde los primeros días un ingenio vivo y una personalidad alegre. Tenia unas ganas de jugar desbordantes.

Miguel Rúa vivía todavía con su madre, pero por la mañana se ponía a la cabeza del grupito de estudiantes, e iba con ellos al profesor Bonzanino. Por encargo de Don Bosco, Rúa se desempeñaba como "asistente", y se preocupaba de que ninguno dejara de concurrir. Pocas veces logró Miguel "refrenar" a Cagliero. Apenas salían del Oratorio, Juan cambiaba de calle, corría hasta Puerta Palazzo y se quedaba encantado frente a los puesteros y los vendedores. Después, corriendo, se plantaba en la escuela. Cuando los otros llegaban, ya estaba él en la puerta, sudando pero contento. Miguel le miraba de reojo:

- ¿Por qué no vienes con nosotros?
- Porque me gusta ir por otras calles, ¿qué más da?
- Tienes que ser obediente.
- ¿Acaso no lo soy? Tengo que venir a clase y vengo. Tengo que ser puntual y lo soy. ¿Qué te importa , si me gusta ver a

los vendedores?

Un día sería el primer obispo y primer cardenal salesiano. Junto a Don Rúa llegaría a ser una de las columnas más sólidas de la Congregación Salesiana. Pero, como personalidad, Rúa y Cagliero serían siempre distintos: Miguel trabajador, constante, reflexivo; Juan, extrovertido, entusiasta, exuberante. Los dos dispuestos a echarse al fuego por Don Bosco.

"Cruzarás el Mar Rojo y el desierto"

22 de septiembre de 1852. Miguel Rúa entra definitivamente como alumno interno en el Oratorio. Al día siguiente, en compañía de Don Bosco, Mamá Margarita y veintiséis muchachos más, van a pie a I Becchi. Don Bosco predicará la novena del Rosario en Castelnuovo, y los muchachos se hospedarán en casa de su hermano José. Antes de salir, don Bosco llamó a Miguel y le dijo: - Para el año próximo necesito que me ayudes formalmente para llevar adelante el negocio. El 3 de octubre será la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Vendrá a I Becchi el párroco de Castelnuovo, y en la capillita te impondrá la sotana. De vuelta al Oratorio serás asistente y maestro de tus compañeros. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

Por la tarde de aquella fiesta - recordaba más tarde Don Rúa - ya en el carruaje que les llevaba a Turín, rompió Don Bosco el silencio para decirle:

- Mi querido Rúa, empiezas ahora una vida nueva. Pero debes saber que, antes de entrar en la Tierra Prometida, habrás de atravesar el Mar Rojo y el desierto. Si me ayudas, pasaremos tranquilamente el uno y el otro, y llegaremos a la

Tierra Prometida. Miguel piensa un poco en ello. No lo entiende del todo. Rompe su silencio y pregunta:

- ¿Se acuerda de nuestro primer encuentro? Usted había repartido medallas, y para mí no quedó ninguna. Me hizo entonces un gesto extraño, como si quisiera darme la mitad de su mano. ¿Qué quería decir?

- ¿Todavía no lo has entendido? Quería decirte que nosotros dos tenemos que hacerlo todo a medias. Todo lo mío será también tuyo: incluídas las deudas, las responsabilidades, los dolores de cabeza. -Y Don Bosco sonríe-. Pero habrá también muchas cosas hermosas, ya lo verás. Y al terminar, la más hermosa de todas: el Paraíso.

Garantía para cincuenta años

Martes de Pascua de 1853. El cielo de Turín está encapotado. Juan Francesia y Miguel Rúa, compañeros de clase y amigos para toda la vida, repasan juntos la lección de italiano. Pero Miguel anda distraído, está ausente. Como si llevara a cuestas una gran tristeza.

Francesia, después de preguntarle dos veces lo mismo, cierra secamente el libro y estalla:

- Pero ¿qué te pasa?

Miguel, mordiéndose los labios para no llorar, murmura:

- Ha muerto mi hermano Juan... La próxima me toca a mí... Era el último de los hermanos que quedaba en casa. Ahora se quedaría sola su madre en la pequeña vivienda de la Fábrica de Armas.

Supo Don Bosco la noticia, y para distraer a Miguel se lo llevó a la ciudad. Tiene que resolver un asunto cerca de la

iglesia de la Gran Madre, en las orillas del Po. Caminan rápido, hablan del Oratorio.

En aquellos mismos días Turín acaba de celebrar el octavo cincuentenario del famoso "milagro del Santísimo Sacramento", y Don Bosco ha publicado un librito que se ha vendido deprisa. De repente, se para Don Bosco y dice lentamente:

- Dentro de cincuenta años se celebrará el noveno cincuentenario del milagro y yo ya no estaré. Pero tú, sí. Acuérdate, entonces, de volver a publicar mi librito.

Miguel piensa en la fecha fabulosamente lejana: ¡ 1903! Niega con la cabeza.

- Muy rápido va usted, Don Bosco, diciendo que yo estaré. Yo tengo miedo de que pronto me haga la muerte una broma de las suyas.

- Nada de bromas -corta Don Bosco - . Te garantizo que tú estarás dentro de cincuenta años. Haz reimprimir el librito, ¿entendido?

En efecto, Don Rúa estaba el 1903, como sucesor de Don Bosco al frente de la Congregación Salesiana, tenía sesenta y seis años, e hizo reimprimir el librito

"Señoritos y pobrecitos"

Al mismo tiempo se dedicaba a los jóvenes trabajadores, Don Bosco no olvidaba a los estudiantes. Su meta era preparar colaboradores, clérigos y sacerdotes, que le ayudaran en sus obras; y preparar también vocaciones sacerdotales para las diócesis, para suplir la deficiencia de sacerdotes.

La primera "cuadrilla" que preparó pudo desilusionarlo algo,

como ya hemos dicho. Pero Rúa, Cagliero y Francesia colmaron totalmente sus esperanzsa. Junto a ellos crecían Ángel Savio, Rocchietti, Turchi, Durando, Cerruti.

El internado para estudiantes nació sin hacer ruido, callado, pero se desarrolló rápidamente: doce estudiantes en 1850, treinta y cinco en 1854, sesenta y tres en 1855, ciento veintiuno en 1857. Los alumnos de los primeros tres cursos de latín iban a clase con el señor Bonzanino, pasaban después a las clases de humanidades y retórica con Don Mateo Píceo, que tenía un colegio cerca de la "Consolata".

A estas dos escuelas privadas iban los hijos de las "familias bien" de Turín, y pagaban muy caro. Los chicos de Don Bosco, en cambio, iban sin pagar.

Los "señoritos", al principio, se burlaban de los "pobrecitos", los cuales iban a clase vistiendo unos capotes militares que "les daban cierto aire de contrabandistas o de caricatura". Don Bosco había obtenido, como regalo del Ministerio, capotes y gorros de soldado. Tenían más forma de manta que de vestido, pero protegían de la lluvia y de la nieve. Pero, el señor Bonzanino no aguantaba bromas: "El valor de un muchacho -declaró solemnemente - se mide por las páginas de los deberes, y no por el color del capote". Y por las calificaciones, resultaron "pobrecitos" los hijos de papá. Los muchachos de Don Bosco estudiaban. El amor de don Bosco sabía ser exigente, no toleraba a los haraganes. En 1863 el profesor Prierí, de la Universidad de Turín, declaraba: "Con Don Bosco se estudia y se estudia de verdad"

Un profesor de diecisiete años

El ideal de Don Bosco no estaba en el ir y venir de la ciu-

dad. Además, muy pronto, no fueron suficiente las aulas de Bonzanino y Píceo para atender a todos los estudiantes del Oratorio.

Apenas Juan Bautista Francesia, a sus 16 años, hubo terminado brillantemente los cursos de latín, se le confió la tercera "clase de gimnasia". Era en noviembre de 1855.

Al año siguiente entraron en funciones la primera y la segunda, dirigidas por un laico amigo de Don Bosco, el profesor Bianchi.

La atmósfera religiosa que rodeaba a los estudiantes era muy intensa. Eran la esperanza de futuras vocaciones sacerdotales, y quería Don Bosco que anduvieran inmersos en un clima de religiosidad sacramental, eclesial.

La confesión semanal o quincenal era una costumbre para todos. Don Bosco confesaba cada día, durante dos o tres horas. Y en las vísperas de fiestas, durante toda la tarde. La fama difundida de su capacidad de "leer los pecados" animaba a la confianza plena. La Comunión, a los pocos años de haber comenzado el internado, se convirtió en sacramento diario para muchos muchachos. Eran pocos los que no recibían la Eucaristía, al menos una vez a la semana. Se respiraba devoción a la Virgen. Alcanza espléndida intensidad durante los años de Domingo Savio y, después, durante el tiempo de la construcción del gran santuario de María Auxiliadora.

El amor al Papa permaneció siempre como un punto fijo en la mentalidad cristiana de Don Bosco. No sólo era cuestión de palabras: para obedecer a la invitación de un Papa, Don Bosco quemará los últimos años de su vida. Y los muchachos absorbían su mentalidad.

Capítulo XXX

1854: "Nos llamaremos salesianos"



26 de enero de 1854. En Turín hace un frío polar. Pero en la habitación de Don Bosco reina un ambiente distinto. Habla Don Bosco, y cuatro jovencitos dejan volar su imaginación, galopar su fantasía detrás de sus palabras:

"Ya saben que Don Bosco hace todo lo que puede, pero está solo. Si ustedes me ayudaran, juntos haríamos milagros. Nos esperan millares de niños pobres. Les prometo que la Virgen nos enviará oratorios amplios y espaciosos, Iglesias, casas, escuelas, talleres, y muchos sacerdotes dispuestos a ayudarnos. Y esto en Italia, en Europa y hasta en América. Ya veo entre ustedes una mitra episcopal"...

Los cuatro jovencitos se miran a la cara asombrados. Parece un sueño. Sin embargo Don Bosco no bromea, está serio y parece que está leyendo en el futuro:

- La Virgen quiere que empecemos una sociedad. He pensado mucho tiempo qué nombre ponerle. He decidido que nos llamaremos Salesianos.

Entre aquellos cuatro jovencitos están las piedras fundamentales de la Congregación Salesiana. Miguel Rúa toma nota, aquella tarde, en su cuaderno: "Nos hemos reunido en la habitación de Don Bosco, Rocchietti, Artiglia, Cagliero y

Rúa. Se nos ha propuesto hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una prueba de ejercicio práctico de caridad con el prójimo. A continuación haremos una promesa, y después, si fuere posible, haremos un voto al Señor. A los que hagan esta prueba y a los que la harán más tarde, se les dará el nombre de Salesianos".

La pérgola de rosas

Las "previsiones futuras", que Don Bosco comunica a sus jovencitos aquella tarde, son las mismas que unos años antes hicieron que lo tomaran por loco y lo quisieran llevar al manicomio.

Pero Don Bosco las repite con segura obstinación, porque como dijo a Don Borel, "las ve en sueños". En 1847 tuvo un "sueño fundamental", que le sirve de programa -son sus palabras- para organizar lo que tiene que hacer. Pero no lo cuenta hasta 1864, en su habitación, a los primeros Salesianos entre los cuales están Don Rúa, Don Cagliero, Don Durando, Don Barberis:

"Un día del año 1847, después de haber meditado mucho sobre la manera de hacer el bien a la juventud, se me apareció la Reina del cielo (expresión poco frecuente en Don Bosco. Generalmente dice: soñé con una señora hermosísima...) y me llevó a un jardín encantador. Había un hermosísimo espacio cubierto, con enredaderas cargadas de hojas y de flores. Por este espacio cubierto se pasaba a una pérgola encantadora, protejida y cubierta de maravillosos rosales en plena floración. Todo el suelo estaba cubierto de rosas. La bienaventurada Virgen me dijo:

- Empieza a caminar bajo la pérgola: ese es el camino que

debes seguir. Empecé a andar. Colgaban de lo alto muchas ramas, como bordadas. Yo no veía más que rosas a los lados, rosas por encima, rosas bajo mis pies. Pero mis piernas se enredaban en los mismos ramos extendidos por el suelo y se llenaban de rasguños; movía un ramo transversal y me pinchaba, me sangraban las manos y toda mi persona. Todas las rosas escondían una enorme cantidad de espinas.

Los que me veían caminar decían: "¡Don Bosco marcha siempre sobre rosas! ¡Todo le va bien!" No veían cómo las espinas herían mi pobre cuerpo.

Muchos clérigos, sacerdotes y laicos, invitados por mí, se habían puesto a seguirme alegres, atraídos por la belleza de las flores; pero al darse cuenta de que había que caminar sobre las espinas, empezaron a gritar: "¡Nos hemos equivocado!". Muchos retrocedieron. Me quedé prácticamente solo. Entonces me puse a llorar; "¿Es posible, decía, que tenga que andar este camino yo solo?".

Pero pronto hallé consuelo. Vi llegar hasta mí, un grupo de sacerdotes, clérigos, laicos, los cuales me dijeron: "Somos tuyos. Estamos dispuestos a seguirte". Poniéndome al frente reemprendí el camino. Solamente algunos se descorazonaron y se detuvieron. Una gran parte de ellos llegó conmigo hasta la meta.

Después de pasar la pérgola, me encontré en un hermosísimo jardín. Mis pocos seguidores habían adelgazado, estaban desaliñados, ensangrentados. Se levantó entonces una brisa ligera y, a su soplo, todos quedaron sanos. Corrió otro viento, y como por encanto, me encontré rodeado de un número inmenso de jóvenes, clérigos, laicos coadjutores y también sacerdotes que se pusieron a trabajar conmigo guiando a aquellos jóvenes. Conocí a varios por la fisonomía,

pero a muchos no los conocía.

Entonces la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

- ¿Sabes qué significa lo que ahora ves, y lo que has visto antes?

-No.

- Pues has de saber que el camino por tí recorrido, entre rosas y espinas, significa el trabajo que deberás realizar en favor de los jóvenes. Las espinas significan los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que habrás de pasar. Pero no pierdas el ánimo. Con la caridad y la mortificación lo superarás todo, y llegarás a las flores sin espinas.

Apenas terminó de hablar la Madre de Dios, volví en mí y me encontré en mi habitación.

Les he contado esto -terminó- para que cada uno de nosotros tenga la seguridad de que es la Virgen la que quiere nuestra Congregación, y para que nos animemos, cada vez más, a trabajar por la mayor gloria de Dios".

Guiado por esta tranquila seguridad, Don Bosco "echaba cada día la red" entre sus muchachos para aumentar el número de sus futuros Salesianos. Decía, por ejemplo: "¿Quieres a Don Bosco? ¿Te gustaría quedarte conmigo?" o bien: "¿No me prestarías tu mano para trabajar en favor de los jóvenes? Mira, si yo tuviese cien sacerdotes y cien clérigos, tendría trabajo para todos. Podríamos ir a todo el mundo".

"¿Cuánto me pagarás?"

Había en Avigliana un sacerdote, tres años mayor que Don Bosco. Se llamaba Don Víctor Alasonatti. Se había encontra-

do con Don Bosco muchas veces en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Y se habían hecho amigos. Don Alasonatti se dempeñaba como maestro elemental en Avigliana, y se entendía muy bien con los niños. Era un tanto severo, exigía seriedad, pero todos lo querían mucho.

Don Bosco lo había provocado varias veces bromeando:

- ¿Cuántos niños tienes? ¿treinta? ¿Y no te da vergüenza? Yo tengo seiscientos. ¿Cómo te conformas para trabajar solamente para treinta chicos? Déjalos, ven a Turín a darme un mano.
- ¿Y cuánto me pagarás?
- Pan, trabajo y Paraíso. No amontonarás muchas liras, pero podrás ahorrar todo el sueño que quieras.

Ente bromas, Don Alasonatti empezó a tomárselo en serio. Don Bosco lo captó, y en los primeros meses de 1854 le escribió una carta en la que le decía: "Ven a ayudarme a rezar el breviario"(1) .

El 14 de agosto, terminados sus asuntos, llegó Don Alasonatti al Oratorio con una maletita en la mano y el breviario bajo el brazo. Abrazó a Don Bosco y le dijo:

- Aquí me tienes. ¿Dónde me pongo a rezar el breviario?

Don Bosco le llevó a una habitación donde se guardaban los libros de la contabilidad.

- Aquí. Este será tu reino. Puesto que has enseñado mucha aritmética, tú te conformarás con las sumas y las restas. Don Alasonatti se puso serio:
- De hoy en adelante, tú mandas y yo obedeceré. No me perdones nada, porque yo quiero ganarme el Paraíso.

A partir de aquel día Don Alasonatti se convirtió en la sombra bondadosa y un poco severa de Don Bosco. Le alivió en

1) libro que contiene el rezo eclesial del año.

cuantos trabajos pudo: la administración general de la casa, la asistencia, las cuentas de los libros de entrada y salida, los registros, la correspondencia árida y espinosa.

Cuando estaba cansado, cuando la salud empezó a declinar, leía en el breviario un cartoncito, que había puesto a modo de señal: "Víctor, ¿a qué has venido?". Y al lado había escrito una frase, que Don Bosco repetía a menudo a los suyos, si los veía fatigados: "Descansaremos en el Paraíso".

Al día siguiente de su llegada, le tocó a Don Alasonatti empezar su labor en Valdocco de una forma insólita: fue llamado para asistir a un enfermo de cólera, que acababa de estallar violentísimo en Turín.

La muerte por las calles del Barrio del Dora

La pavorosa noticia llegó a Turín en julio. El cólera había invadido la región de Liguria y ya había causado tres mil víctimas en Génova. Los primeros casos de Turín se dieron el 30 y el 31 de julio. El rey, la reina y la casa real partieron en carrozas cerradas. Se refugiaron en el castillo de Caselette, a la entrada de los valles de Lanzo y Susa.

El epicentro de la peste estaba en el barrio del Dora, a pocos pasos de Valdocco. Allí se amontonaban emigrados en casas míseras y en galpones; gente mal alimentada y sin posibilidad de higiene alguna. En un mes llegaron a ochocientos los apestados y a quinientos los muertos.

El alcalde Notta dirigió un llamamiento a la ciudad: se necesitaba gente valiente para asistir a los enfermos, para transportarlos a los Hospitales, a fin de que el contagio no corriese como una mancha de aceite.

El 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, Don Bosco habló a los muchachos. Comenzó con una promesa:
- Si se ponen en gracia de Dios y no cometen ningún pecado mortal, les aseguro que ninguno será atacado por el cólera.

Después les dirigió una invitación:
- Saben que el alcalde ha hecho una llamada. Hacen falta enfermeros y asistentes para curar a los apestados. Muchos de ustedes son demasiado jóvenes. Pero, si alguno de los mayores se atreve a venir conmigo a los hospitales y a las casas privadas, haremos juntos una obra buena y agradable al Señor.

Aquella misma tarde se alistaron catorce. Pocos días después, otros treinta, aunque eran muy jóvenes, lograron arrancar el permiso para unirse a los primeros.

Fueron días de trabajo duro y poco agradable. Los médicos aconsejaban dar masajes y fricciones en las piernas de los enfermos, para provocar abundante transpiración. Los muchachos quedaron divididos en tres grupos: el de los mayores, para todo servicio en los Hospitales y en casa de los apestados; el segundo grupo rondaba por las calles averiguando si había más enfermos; y el tercero, el de los más pequeños permanecía en el Oratorio dispuesto a atender cualquier llamada,

Don Bosco exigía todas las precauciones. Todos llevaban consigo una botella de vinagre, con el que después de tocar a los enfermos, debían lavarse las manos.

"Sucedía a menudo que los enfermos no tenían sábanas, mantas, ropa blanca. Los muchachos volvían a decírselo a Mamá Margarita. Esta iba a la ropería y entregaba lo poco que tenía. A los pocos días, no quedó nada. Uno de los jóve-

nes enfermeros vino un día contándole que un enfermo yacía en un mísero camastro sin sábanas. "-¿No tiene nada para cubrirlo?". Mamá Margarita pensó un momento, fue luego a buscar el mantel blanco del altar y se lo dio al muchacho: " -Llévalo a tu enfermo. No creo que el Señor se lamente".

Los gigantes de cara triste

Juan Cagliero, con sus dieciséis años, al volver del Hospital una tarde del mes de agosto, se encontró mal. Probablemente, con el calor asfixiante de aquellos días, había comido fruta pasada. El médico, llamado enseguida por Don Bosco, diagnosticó: "Es tifus".

La fiebre lo atormentó durante todo el mes de septiembre. Los últimos días, reducido a piel y huesos, Cagliero se sentía morir. Dos médicos, llamados y consultados, declararon que el caso era desesperado. Aconsejaron que se le administrasen los últimos sacramentos.

Don Bosco se quedó profundamente preocupado. Quería mucho a aquel muchacho. Le faltó valor para darle la noticia. Rogó a José Buzzetti que lo hiciera él, con suma delicadeza.

Mientras tanto fue a la Iglesia para administrarle el Viático.

Apenas había acabado José Buzzetti de hablar con Juan, cuando he aquí que entraba Don Bosco con el copón del Santísimo. Pero se detuvo: se quedó mirando hacia el vacío unos segundos, como si viese algo que los demás no podían ver.

Avanzó luego hacia la cama del enfermo, pero algo había radicalmente cambido en él. Habían desaparecido la turbación y la tristeza de poco antes. Estaba alegre, sonreía. Juan

preguntó a media voz:

- ¿Es mi última confesión? ¿Voy a morirme? Don Bosco respondió con voz segura:

- .Aún no es tu hora para ir al Paraíso. Hay muchas cosas que hacer: te curarás, vestirás la sotana... serás sacerdote y después, con tu breviario bajo el brazo, tendrás que dar muchas vueltas y habrás de hacer llevar el breviario a muchos otros e irás lejos, lejos.

Dichas estas palabras, Don Bosco volvió a llevar el Viático a la iglesia.

Pocos días más tarde, la fiebre desapareció de repente, y Juan pudo ir a Castelnuovo para una larga convalecencia.

Durante algún tiempo, Buzzetti y Cagliero se preguntaron qué habría "visto" Don Bosco al entrar en la habitación. La respuesta la dio Don Bosco algún tiempo más tarde:

"Al poner yo los pies en el umbral y ver de pronto una gran luz todo fue lo mismo. Una blanquísima paloma, que llevaba en el pico un ramito de olivo, descendía sobre la cama del enfermo. Se detuvo a pocos centímetros del pálido rostro de Cagliero, y dejó caer el ramo sobre su frente. Inmediatamente después, me pareció como que se abrían las paredes de la habitación y debajan ver horizontes lejanos y misteriosos.

Aparecieron en alrededor del lecho una multitud de hombres primitivos. Parecían salvajes de una altura gigantesca. Algunos tenían la piel oscura, tatuada con adornos rojizos, misteriosos.

Aquellos gigantes de cara fiera y triste se inclinaron ante el enfermo, y temblando se pusieron a decir entre ellos:

- Si éste se muere, ¿quién vendrá a socorrernos?

La visión no duró más que unos instantes, pero yo tuve la

seguridad absoluta de que Cagliero se curaba".

Ocho minutos para una página

Con las primeras lluvias de octubre, disminuyeron sensiblemente los apestados del cólera. Aún cuando se presentaron algunos casos cerca del invierno, el 21 de noviembre se declaró terminada la "emergencia".

Los casos registrados en al ciudad, desde el primero de agosto hasta el 21 de noviembre, fueron dos mil quinientos. Los muertos fueron mil cuatrocientos.

Los muchachos de Don Bosco, ninguno de los cuales fue atacado, pudieron volver tranquilos a sus libros.

Algunos fueron con su familia para pasar unas breves vacaciones.

Don Bosco, como todos los años, subió a I Becchi para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Estando allí, recibió la visita de un antiguo compañero del seminario, Don Cugliero, maestro elemental en Mondonio.

- Escucha -le dijo después de los saludos-, me han dicho que junto a los pequeños traviesos, aceptas también en tu Oratorio muchachos inteligentes que den esperanzas de llegar al sacerdocio. Tengo en Mondonio un muchacho de éstos. Se llama Domingo Savio. No es muy fuerte físicamente, pero es tan bueno como seguramente tú no has conocido cosa igual. Todo un San Luis.

- ¡Exagerado! -sonrió Don Bosco-. De todos modos me gusta. Yo estaré aquí algunos días. Hazlo venir con su padre. Hablaremos y veremos qué tan bueno es.

2 de octubre de 1854. En el pequeño patio frente a la casa

de José tuvo lugar el encuentro. Quedó Don Bosco tan impresionado que lo contó en sus más mínimos detalles, como si lo hubiese registrado. La escena está llena de vida, parece que la está uno viendo:

"Era el primer lunes de octubre por la mañanita, cuando veo a un niño acompañado de su padre que se acerca para hablarme. Su cara alegre, su aire sonriente pero respetuoso, atrajeron mi mirada.

- ¿Quién eres? -le dije-, ¿de dónde vienes?

- Yo soy -respondió-, Domingo Savio, de quien ya le ha hablado Don Cugliero, y venimos de Mondonio.

Entonces lo llamé a parte, y puestos a hablar de los estudios hechos, y sobre la vida que llevaba, entramos enseguida en plena confianza, él conmigo y yo con él.

Vi en aquel jovencito un corazón según el espíritu del Señor, y quedé pasmado al considerar los trabajos que la Gracia Divina había realizado en un niño tan pequeño.

Después de un buen rato de conversación, y antes de que yo llamase a su padre, me dijo estas textuales palabras:

- Y bien, ¿qué le parece? ¿Me lleva usted a Turín para estudiar?

- Ya veremos. Me parece que buena es la tela.

- ¿Y para qué podra servir la tela?

- Para hacer un buen traje y regalárselo al Señor.

- Pues, si yo soy el paño, sea usted el sastre. Lléveme con usted y hará un buen traje para el Señor.

- Pero, cuanto tú hayas terminado las clases de latín, ¿qué quieres ser?

- Si el Señor me quiere conceder una gracia tan grande quiero con toda mi alma ser sacerdote.

- Muy bien: voy a probar si tienes suficiente capacidad para

estudiar.Toma este librito (era un ejemplar de las Lecturas Católicas), estudia esta página y mañana vuelves a dármela.

Dicho esto lo dejé libre para ir a jugar y me puse a hablar con su padre.

Pasarían ocho minutos, cuando Domingo se acerca sonriente y me dice:

- Si quiere, le recito ahora la página.

Tomé el libro y, con gran sorpresa mía, vi que no sólo había aprendido al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía perfectamente el sentido de lo que en ella se decía.

- Bravo, le dije, te has anticipado a aprender la lección y yo anticipo la respuesta. Sí, te llevaré conmigo a Turín, y, ya desde ahora, quedas incluído entre mis queridos hijos; empieza tú también desde ahora mismo a rogar a Dios, a fin de que nos ayude a ti y a mí a cumplir su santa voluntad.

El, no sabiendo cómo manifestar su alegría y su gratitud, me tomó de la mano, me la estrechó y besó varias veces, y al fin me dijo:

- Espero portarme de tal modo que jamás tenga que lamentarse de mi conducta".

Pensando luego en las palabras del señor Cugliero, tuvo que confesar Don Bosco que no había exagerado.

Si San Luis hubiese nacido en medio de las colinas de Monferrato y hubiese sido hijo de unos campesinos, ciertamente no hubiese sido diferente de aquel muchacho sonriente, que quería ser "un hermoso traje para regalar al Señor".

Un cartel misterioso

Durante los días que Juan Cagliero pasaba su convalecen-

cia en Castelnuovo, cometió una imprudencia: comió muchas uvas (era el tiempo de la vendimia), y le subió violentamente la fiebre. Lo supo Don Bosco y fue a buscarlo. Se encontró con su madre desesperada:

- ¡Ay, cómo está mi Juan! Delira, habla de ponerse la sotana y la fiebre se lo lleva...

- No, querida Teresa, su hijo no delira. Prepárele la sotana clerical, porque en noviembre se la impondré en el Oratorio. La fiebre no se lo llevará: todavía tiene que hacer muchas cosas en este mundo.

Así sucedió, el 22 de noviembre, fiesta de Santa Cecilia, Juan Cagliero, del todo restablecido, vestía la sotana. El Rector del Seminario metropolitano, canónigo Bogliotti, admitía al clérigo Cagliero como alumno del seminario, pero viviendo siempre con Don Bosco.

Entre tanto, el 29 de octubre había entrado en el Oratorio Domingo Savio. Subió con su papá al despacho de Don Bosco, y vio enseguida un gran cartel colgado de la pared con unas palabras misteriosas:

Da mihi animas coetera tolle.

Una vez que partió su padre, vencidas las primeras dudas, preguntó a Don Bosco qué querían decir las palabras del cartel. Don Bosco le ayudó a traducirlas:

"Oh, Señor, dame las almas y llévate lo demás"

Era el lema que Don Bosco había elegido para su apostolado. Cuando lo hubo comprendido -y es Don Bosco quien lo cuenta -Domingo se puso un tanto pensativo y dijo: "Entendido: éste no es un negocio de dinero, sino de almas. Espero que mi alma forme parte de este negocio".

Así empezó la vida cotidiana de Domingo. Probablemente también se echaría encima él capote militar, para ir cada

mañana con el grupo que guiaba Rúa al colegio del Sr. Bonzanino. Su jornada, la jornada gris de un estudiante: deberes, lecciones, clase, libros, compañeros. Don Bosco, que lo seguía, día a día, escribe de él: "Desde el día de su entrada cumplió con tal exactitud sus deberes que era difícil superarle".

Farolitos rojos a orillas del Po

A fines de noviembre, reinaba en el Oratorio un clima especial. Empezaba la novena de la Inmaculada, y era el año 1854. Pío IX había anunciado desde Roma, que el 8 de diciembre definiría solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Por todo el mundo católico se volvía a encender el amor a la Virgen y se preparaban grandiosos festejos.

Don Bosco, que se sentía "llevado de la mano" por María Santísima, hablaba todas las noches de Ella a sus jóvenes, quienes vivían la novena con gran fervor. Cuando hablaba con sus jóvenes, en el patio, o en su despacho, les preguntaba qué querían "regalarle a la Virgen" en el día de su fiesta. Domingo Savio le respondió: "Quiero hacer guerra sin cuartel al pecado mortal, y quiero rogar mucho al Señor y a la Virgen para que me dejen morir antes que pecar".

Era la repetición de uno de los propósitos de su Primera Comunión: "Antes morir que pecar". No era una frase original, inventada por él, sino las últimas palabras del Acto de contrición que, por entonces, se recitaba después de la confesión. Muchos niños las tomaban como propósito de su primer encuentro con Jesús-Eucarístico. Es curioso encontrarlas también entre los "propósitos" sugeridos por la reina al

príncipe heredero Humberto de Saboya (más tarde rey, Humberto I), casi de la misma edad de Domingo Savio (nacido en 1842, y Humberto en 1844).

Lo que conmueve es que otros miles olvidaron aquel propósito, entre los juguetes de la infancia, y en cambio Domingo fue heroicamente fiel hasta la muerte.

El 8 de diciembre. Pío IX, ante una inmensa multitud de Cardenales y Obispos proclama como dogma de Fe que María, desde el primer instante de su existencia, no fue manchada por el "pecado original".

Domingo Savio, en un momento de descanso de la gran fiesta del Oratorio, entra en la iglesia de San Francisco, se arrodilla ante el altar de la Virgen y saca del bolsillo un papel en el que ha escrito unas líneas. Es su consagración a la Madre de Dios, una breve plegaria que un día será famosa por todo el mundo salesiano.

"María, te doy mi corazón. Haz que sea siempre tuyo. Jesús y María, sean siempre mis amigos. Pero, por favor, dejenme morir antes que tener la desgracia de cometer un solo pecado".

Aquella noche, una fantástica iluminación resplandecía por toda la ciudad de Turín. Millares de farolitos rojos brillaban en las ventanas, por las terrazas, a orillas del Po.

La gente se lanzó a la calle y en procesión imponente se dirigió al santuario de la "Consolata". También los muchachos de Valdocco, rodeando a Don Bosco, recorrieron cantando las calles de la ciudad.

El huerfanito de Santo Domingo

El 1854, año intenso en la vida de Don Bosco, terminó

con una aflicción particular. El municipio se había visto obligado a abrir un hospicio provisional, junto a la iglesia de Santo Domingo, para albergar un centenar de niños huérfanos a causa del cólera. Al llegar los primeros fríos, el alcalde Notta se dirigió a las instituciones católicas para que acogieran alguno. Don Bosco aceptó veinte. Uno de aquellos chiquitos se llamaba Pedro Enría, el cual recordaba así aquel momento.

"Un día llegó Don Bosco. Yo no lo había visto nunca. Me preguntó mi nombre y apellido y luego me dijo:

- ¿Quieres venir conmigo? Seremos buenos amigos para siempre. Respondí:
- Sí, señor
- ¿Y éste que está junto a tí, es tu hermano?
- Sí, señor.
- Dile que venga también.

Pocos días más tarde fuimos llevados al Oratorio, juntamente con otros. Mi madre había muerto por el cólera y mi padre sufría, en aquel momento, el mismo mal. Recuerdo que la madre de Don Bosco gritó:

- Tú aceptas niños nuevos; pero ¿cómo los vas a mantener y a vestir?

En efecto, a mí me tocó, apenas entrado, dormir varias noches sobre un montón de hojas, sin más ropas que una pequeña manta. Don Bosco y su madre nos remendaban por la noche los pantalones y la chaqueta rota, porque no teníamos recambio".

Preparó Don Bosco para los huérfanos un departamento del nuevo edificio. Durante más de un año les dio clase él mismo, solito del todo al principio y ayudado por los clérigos y amigos, después.

Pedro Enría siguió con Don Bosco toda su vida. Le tocó asistirlo como un hijo durante la última enfermedad. El cerró sus ojos.

El cólera, en medio de los males que sembró por la ciudad, trajo un bien al Oratorio, al menos de casualidad: la asistencia generosamente prestada por los jóvenes a los atacados del cólera, hizo que se los conociera y apreciase por la ciudad. Así lo acreditó una alabanza pública del alcalde ante las autoridades. El hecho casi increíble de que ninguno de aquellos muchachos casi inmersos en el contagio fuese atacado por la peste, persuadió a muchos para considerar con mayor seriedad las palabras "locas" de Don Bosco

Capítulo XXXI

1855: Los jóvenes rehabilitados de "La Generala"



El 1855 tuvo lugar un nuevo y duro encuentro entre la Iglesia y el Estado.

En octubre del 1852 había llegado a Primer Ministro, Camilo Cavour, en lugar de Máximo D'Azeglio. El inquieto y riquísimo descendiente de una familia tan aristocrática como la suya estaba sacudiendo al adormecido Piamonte. Los ferrocarriles de Piamonte alcanzaron los 850 kilómetros, igual al total de los del resto de Italia. Nacieron en Liguria: el complejo industrial Ansaldo, el mayor de Italia, los astilleros de Odero y Orlando. Se impulsó la canalización en el Vercellés. La agricultura se apresuró a pedir la abolición de los impuestos sobre el trigo.

A fines de 1854, camuflado como maniobra económica, se presentó a la Cámara un proyecto-ley por el ministro Urbano Rattazzi, "un proyecto preciso -escribe el historiador Francisco Traniello -tendente a reducir la influencia de la Iglesia". Proponía la disolución de las órdenes religiosas contemplativas, a saber, las que no se dedicaban a la instrucción, a la predicación o al cuidado de los enfermos, y la confiscación de todos sus bienes por el Estado "que de este modo podría proveer a las parroquias más pobres".

Era una intromisión del Estado en la vida de la Iglesia -escribe Traniello-, muy grave por cuanto violaba precisamente los principios de separación entre la Iglesia y el Estado, que Cavour había dicho varias veces que eran la base de su política.

Se preveía que, pese a la fuerte oposición católica, la ley pasaría a la Cámara, y también al Senado. Solamente el rey la podría detener.

"¡Grandes funerales en la Corte!"

En un frío atardecer de diciembre de 1854. Recuerdan los testigos que Don Bosco llevaba las manos envueltas en unos guantes viejos y descosidos y que sostenía un fajo de cartas Don Bosco contó a Don Víctor Alasonatti, Rúa, Cagliero, Francesia, Buzzetti y Anfossí que había tenido un sueño extraño: estaba en medio del patio, cuando de pronto había visto adelantarse un lacayo de la Corte, vestido de rojo, y gritando: "¡Gran funeral en la Corte! ¡Gran funeral en la Corte!". Dijo a sus clérigos que, apenas despertó, tomó la pluma y escribió al rey contándole el sueño.

Cinco días más tarde se repitió el sueño. El lacayo vestido de rojo entró en el patio, montado a caballo, y gritando: "Anúncialo: ¡no gran funeral en la Corte, sino grandes funerales en la Corte!".

Al amanecer, Don Bosco volvió a escribir al rey sugiriéndole "que pensase en portarse de manera que esquivara los castigos con que le amenazaban, a la par que le rogaba impidiese a toda costa aquella ley".

5 de enero de 1855. La reina madre, María Teresa, cae gra-

vemente enferma. Empeora rápidamente y muere el 12 de enero. Tiene cincuenta y cuatro años. Sus restos son depositados en la cripta de los Saboya, en Superga, el día 16, jornada crudísima.

20 de enero. Administran los últimos Sacramentos a la reina María Adelaida, esposa del rey. Hace doce días que dio a luz un niño y no se ha recuperado. Muere el mismo día. No tiene más que treinta y tres años.

11 de febrero. Después de veinte días de grave enfermedad, muere el príncipe Fernando de Saboya, duque de Genova, hermano del rey. Tiene treinta y tres años.

Los clérigos del Oratorio (los únicos que sabían de los sueños y de las cartas de Don Bosco al rey) "estaban sorprendidísimos al ver cumplidas de modo tan fulminante las profecías de Don Bosco -escribe Lemoyne-.

Ni siquiera en tiempos de peste se habían abierto tres tumbas reales en el espacio de un mes".

Don Francesia afirmaba que el rey Víctor Manuel II había bajado dos veces a Valdocco, para hablar con Don Bosco, y que estaba furioso contra él.

La ley de supresión pasó de todos modos a la Cámara (noventa y cuatro votos contra ventitrés) y al Senado (cincuenta y tres votos contra cuarenta y dos).

El rey la firmó el 29 de mayo. Quedaron cerradas -según las cifras aportadas por Lemoyne- 334 casas religiosas que hospedaban 5.456 miembros.

Roma publicó la "excomunión mayor" (cuyo levantamiento está reservado al Papa) contra "autores, instigadores, ejecutores de la ley".

El 17 de mayo, mientras tanto, moría el último hijo del rey, Víctor Manuel Leopoldo, de apenas cuatro meses.

Santo o agorero según de qué parte se miraba, Don Bosco había desgraciadamente previsto con exactitud.

Frente a frente con el ministro

Los caricaturistas políticos de la época dibujaban a Camilo Cavour con cuerpo de gato y largos bigotes, y a Urbano Rattazzi (ministro del Interior) como un gran ratón. "Gatáss y Raiáss " eran sus apodos habituales en Turín.

Con Rattazzi pese a su posición claramente contraria en casi todas las ideas políticas tenía Don Bosco entrada libre. El ministro del Interior lo apreciba, porque "trabajaba por el bien de la gente", y quitaba un montón de fastidios al Gobierno recogiendo a los muchachos pobres.

En 1845, se abrió una nueva prisión en Turín, en la carretera de Stupinigi: la Generala. Era un "reformatorio de muchachos", que podía albergar hasta trescientos. Don Bosco lo visitaba frecuentemente, y buscaba ganarse a los muchachos, encerrados casi siempre por hurto, o llevados por los mismos parientes por rebeldes.

Los jóvenes estaban divididos en tres categorías: los "vigilados especiales", los cuales eran encerrados en celdas por las noches; los "vigilados simples" los cuales estaban sujetos a los medios normales de una cárcel, y los "que estaban en peligro" conducidos allí solamente porque alguien, cansado de ellos, se los había quitado de encima entregándolos a la policía. Durante el día trabajaban en el campo y en los talleres internos, organizados por un Hermano de las Escuelas Cristianas.

Durante la Cuaresma de 1855 les dio Don Bosco un cuida-

doso cursillo catequético, y a continuación, tres días de Ejercicios Espirituales que terminaron con una confesión general.

Quedó Don Bosco tan conmovido de su buena voluntad que les prometió "algo excepcional". Se presentó al director, y le propuso organizar con los muchachos (entristecidos por su encierro) un buen paseo hasta Stupinigi.

- Pero, ¿usted habla en serio, Reverendo? -preguntó aquel hombre sorprendido.
- Con la mayor seriedad del mundo.
- ¿Y usted sabe que yo sería responsable de todos los que se escaparan?
- No se escapará ninguno. Le doy mi palabra.
- Oiga, es inútil predicar en el desierto. Si quiere un permiso de ese género hable con el Ministro.

Don Bosco se presentó a Ratazzi y le expuso serenamente el proyecto.

- Muy bien -dijo el Ministro -. Un paseo les irá muy bien a los jóvenes presos. Daré las órdenes necesarias para que a lo largo del camino haya policías suficientes, todos disfrazados de paisanos.
- Eso no -intervino Don Bosco decididamente - . La única condición que prongo es que ni un solo guardia nos "proteja". Y usted deberá darme palabra de honor. El riesgo corre a mi cargo: si uno se escapa me mete a mí en la cárcel.

Rieron a la par. Y, luego, dijo Rattazzi formalmente:

- Razone, Don Bosco. Si no hay guardias, volverá usted sin ninguno.
- Y yo en cambio, digo que volverán todos. Hagamos una apuesta.

Pensó un poco Rattazzi. Y luego dijo:

- Bueno, acepto. Confío en de usted y en los guardias que, en caso de fuga no tardarán mucho en volver a atrapar a cuatro muchachones.

Jornada de libertad

De vuelta en la Generala pudo Don Bosco anunciar el paseo. Aullaron de alegría los pobres prisioneros. Logrado el silencio siguió diciendo Don Bosco:

- He dado mi palabra de honor de que, del primero al último se van a portar bien, y que ninguno intentará escaparse. El ministro me ha prometido que no pondrá un solo guardia, ni de uniforme ni de paisano. Pero ahora les toca a ustedes darme su palabra: bastaría uno solo que huyera para que yo quedara deshonrado. Ciertamente no me dejarían volver a poner los pies aquí. ¿Puedo confiaren ustedes?

Charlaron ellos entre. Luego, los mayores dijeron:

- Le damos nuestra palabra. Volveremos todos y nos portaremos bien.

El día siguiente fue un día de sol suave, primaveral. Fueron a Stupinigi. Saltaban corrían, gritaban. Don Bosco iba en medio de la pequeña tropa, bromeaba, contaba cosas. Delante de todos llevaban un burrito con las provisiones.

En Stupinigi Don Bosco celebró la Misa, almorzaron luego sobre la hierba, y rivalizaron en apuestas y juegos a lo largo del río Sangone. Visitaron el parque y el castillo real. Merendaron y, a la caída del sol, la vuelta. El burrito iba descargado y Don Bosco bastante cansado. Los muchachos lo obligaron a montarse y tirando ellos de las riendas y cantando llegaron al reformatorio. El director se dio prisa a contar-

los: estaban todos.

Fue aquel un adiós bien triste. Desde la puerta de la cárcel, Don Bosco los fue despidiendo uno a uno. Volvió a casa satisfecho, pero con el corazón oprimido, por haberlos podido liberar tan sólo un día.

El ministro, al recibir el informe, estaba jubiloso por el triunfo.

- ¿Por qué llega usted a obtener esto y nosotros no? -preguntó un día a Don Bosco.

- Porque el Estado manda y castiga. No puede hacer más. Yo, en cambio, los quiero a esos muchachos. Y tengo, como sacerdote, una fuerza moral que usted no puede comprender,

Nueve páginas para explicar su "sistema"

Ya hubo quien pidió a Don Bosco muchas veces que explicara su "sistema de educación" en un libro. La falta de tiempo, la imposibilidad de pararse a reflexionar orgánicamente sobre las líneas que sostenían su postura educativa, no permitieron a Don Bosco darnos una obra "científica".

En 1876 se armó de valor, y trazó un "esbozo" del sistema educativo "empleado en las casas salesianas". Son nueve páginas solamente. Copiamos un fragmento:

"Este sistema se apoya, sobre todo, en la razón, la religión y la amabilidad. Excluye todo castigo violento y busca alejar hasta los castigos suaves.

El director y los asistentes son como padres amorosos: hablan, sirven de guía, aconsejan y corrigen amablemente.

El alumno no queda humillado, se hace amigo, ve en el

asistente a un bienhechor que quiere hacerlo bueno, librarlo de los disgustos, de los castigos, del deshonor.

El educador, ganado el corazón de su protegido, podrá seguirlo cuando sea mayor, aconsejarlo y hasta corregirlo,

La práctica de este sistema se apoya en las palabras de San Pablo: "La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera, aguanta cualquier molestia". Por esto solamente el cristiano puede aplicar con éxito el sistema preventivo. Razón y religión son los instrumentos que constantemente debe usar el educador.

Por consiguiente, el Director debe vivir totalmente consagrado a sus educandos, encontrarse siempre entre sus alumnos, aún cuando ellos gozan de tiempo libre".

Capítulo XXXII

Adiós a una madre y a un muchacho



El primer domingo de abril de 1855 predicó Don Bosco a los muchachos y les habló de la santidad. Más de uno frunció el ceño. Domingo Savio, en cambio, escuchó con toda atención. A medida que Don Bosco, con su hermosa voz ardiente y persuasiva, adelantaba en el tema, le parecía que el sermón era sólo para él. Ser santo como el principito San Luis, como aquel gran misionero Francisco de Javier, como tantos mártires de la Iglesia...

Desde aquel momento Domingo Savio empezó a soñar. Y su sueño fue la santidad.

El 24 de junio era el día onomástico de Don Bosco. Como todos los años hubo una gran fiesta en el Oratorio. Don Bosco, en un intercambio de afecto y de buena voluntad, les dijo:

- Escriba cada uno en un papelito el regalo que desea recibir de mí. Les aseguro que haré lo posible por contentarlos

Un papelito con cuatro palabras

Cuando Don Bosco leyó los papelitos se encontró con algu-

nas peticiones serias y sensatas. También las hubo extravagantes, que le hicieron sonreír: uno pedía cien kilos de turrón "para todo el año". En el papelito de Domingo Savio no había más que cuatro palabras: "Ayúdeme a hacerme santo".

Don Bosco tomó en serio aquellas palabras. Llamó a Domingo y le dijo: "Quiero regalarte la fórmula de la santidad. Esta es: Primero, alegría. Lo que turba y roba la paz, no viene de Dios. Segundo: tus deberes de clase y de piedad. Atención en la escuela, entrega al estudio, entrega a la piedad. Todo ello por amor al Señor y no por ambición. Tercero; hacer el bien a los demás. Ayuda siempre a tus compañeros, aunque te cueste algún sacrificio. En eso, está toda la santidad".

Domingo se comprometió del todo. En la Vida de Domingo Savio, que Don Bosco escribió inmediatamente después de su muerte, se cuentan muchos episodios, sencillos y conmovedores. Recordamos uno de ellos.

Cierto día un muchacho había llevado al Oratorio una revista ilustrada con figuras poco decentes. Enseguida lo rodearon cinco o seis compañeros. Miraban, reían alegremente. También Domingo se acercó. Arrancó de las manos del propietario la revista y la hizo pedazos. El muchacho empezó a protestar, pero también Domingo protestó, en voz más alta:

- ¡Cómo traes esto al Oratorio! Don Bosco trabaja todo el día para hacernos buenos ciudadanos y buenos cristianos, y tú traes a su casa esta porquería ¡Estas figuras ofenden al Señor y no deben entrar aquí!

Llegaron y pasaron volando las vacaciones escolares del 1855. Al regresar los muchachos al Oratorio, volvió Don Bosco a ver a Domingo Savio y se quedó preocupado:

- ¿No has descansado durante las vacaciones?

- Sí, Don Bosco, ¿por qué lo dice?
- Estás pálido. ¿Cómo es eso?
- Tal vez el cansancio del viaje... -sonrió tranquilamente.

Pero no era un cansancio pasajero. Los ojos hundidos y brillantes, el rostro pálido y demacrado decían claramente que la salud de Domingo no era buena. Don Bosco decidió tomar alguna precaución

- Este año no irás a clase a la ciudad. Salir con la lluvia y la nieve no te iría bien. Irás a clase con Don Francesia, aquí en casa. Así podrás descansar un poco más por la mañana. Y modérate en el estudio: la salud es un don de Dios y no debemos gastarla.

Domingo obedeció. Pero unos días después, como si previese algo grave a punto de sucederle, dijo a Don Bosco:

- Ayúdeme a hacerme santo pronto.

La "Compañía de la Inmaculada"

Domingo se hizo muy amigo de Miguel Rúa y de Juan Cagliero, aunque le llevaban cinco y cuatro años. Tenía otros amigos estupendos, muchachos llegados al Oratorio aquellos años: Bongiovanni, Durando, Cerruti, Gavio, Massaglia.

A principio de 1856, los internos del Oratorio eran ciento cincuenta y tres: sesenta y tres estudiantes y noventa artesanos.

Al llegar la primavera, Domingo tuvo una idea. ¿Por qué no unirse los jóvenes más voluntariosos, en una especie de "sociedad secreta", y convertirse en grupo compacto de pequeños apóstoles, en medio de la masa de los otros? Habló de ello con algunos. Gustó la idea. Se decidió llamar a

la sociedad "Compañía de la Inmaculada".

Don Bosco la autorizó, pero sugirió no precipitar las cosas. Que probaran primero, que hicieran un pequeño reglamento. Y, luego, ya se hablaría.

Lo probaron. En la primera "reunión" se decidió a quiénes invitar para inscribirse: pocos, de confianza, capaces de guardar el secreto. Se discutió el nombre de Francesia, jovencísimo profesor de letras, muchachote amable, amigo de todo el mundo. Fue descartado por charlatán e incapaz de guardar el secreto.

La asamblea encargó a tres de los inscritos para esbozar el reglamento: Miguel Rúa, de diecinueve años, José Bongiovanni, de dieciocho, Domingo Savio, de catorce. Don Bosco afirma que el que escribió el texto fue Domingo. Los otros lo retocaron.

El pequeño reglamento constaba de veintiún artículos. Los socios se comprometían a ser mejores, con la protección de la Virgen y con la ayuda de Jesús Eucarístico; ayudar a Don Bosco convirtiéndose, con prudencia y delicadeza, en pequeños apóstoles entre los compañeros; contagiar alegría y tranquilidad a su alrededor.

El artículo veintiuno, el final, resumía el espíritu de la Compañía: "Una sincera, filial, ilimitada confianza en María, una ternura singular con Ella, una devoción constante nos harán superiores a toda dificultad, tenaces en los propósitos, severos con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo ",

La Compañía se inauguró el 8 de junio de 1856, ante el altar de la Virgen, en la iglesia de San Francisco. Todos prometieron ser fieles a su compromiso. Aquel día había realizado Domingo su obra maestra. No le quedaban más que nueve

meses de vida, pero su "Compañía de la Inmaculada" duraría más de cien años con exactitud, hasta 1967. Se convertiría en todas las Casas Salesianas en un grupo de muchachos comprometidos y de futuras vocaciones sacerdotales. Los socios de la Compañía determinaron "cuidar" cierta categoría de muchachos que, en su lenguaje secreto, llamaron "clientes": los indisciplinados, los propensos a decir palabrotas y pegarse. Cada socio seguía a uno y lo hacía de "ángel custodio", durante el tiempo necesario para ponerlo en buen camino. Otra categoría de "clientes" era los recién llegados. Los ayudaban a pasar alegremente los primeros días, mientras no conocían a ninguno, ni sabían los juegos, hablaban en el dialecto de su pueblo y sentían nostalgia.

Mamá Margarita se va

15 de noviembre de 1856. Mamá Margarita cae enferma. Una violenta pulmonía, que inmediatamente se vuelve mortal para sus sesenta y ocho años gastados por el exceso de trabajo. Por un momento, parece que la vida del Oratorio se para. ¿Cómo tirar adelante sin ella? Se alternan junto a su lecho los clérigos de Don Bosco, los muchachos mayores. Cuántas veces entraron en la cocina diciendo:

- Mamá, ¿me da una manzana?
- Mamá, ¿está ya la comida?
- Mamá, no tengo pañuelo.
- Mamá, se me han roto los pantalones.

El heroísmo de aquella gran mujer, que se está apagando, se ha hecho a base de ropa desgarrada para remendar, en cosechar heno y trigo, de ollas. Pero en medio de aquellas humildes ocupaciones estaba la fortaleza de no cansarse

nunca, la confianza en la Providencia. Pelando papas y revolviendo la polenta saltaban las lecciones de fe, el buen sentido práctico, la dulce bondad de la mamá.

De ella ha aprendido Don Bosco su sistema educativo. Es él, el primero que ha sido educado con razón, religión y amabilidad. La Congregación Salesiana fue mecida sobre las rodillas de Mamá Margarita, que ahora se apaga como la llama de una vela.

Llega de I Becchi José con los nietos mayores. El teólogo Borel, sus confesor desde que vino a Turín, va llevarle el Viático.

Junta las últimas fuerzas para hablar con su Juan:

- Que vigiles, porque muchos en vez de la gloria de Dios, buscan sus propios intereses. Hay algunos junto a ti que aman la pobreza para los demás, pero no para ellos. Lo que queremos para los demás, tenemos que comenzar a hacerlo nosotros.

No quiere que Juan la vea sufrir, piensa en los demás hasta el último momento.

- Vete, Juan... Sufres demasiado al verme así. Recuerda que esta vida consiste en padecer. El verdadero goce está en la vida eterna... Ahora, vete, te lo pido por favor... Reza por mi, adiós.

Junto a la vieja mamá que muere están José y Don Víctor Alasonatti. Muere a las tres de la mañana del 25 de noviembre. José va a la habitación de Don Bosco, y se abrazan llorando.

Dos horas después, llama Don Bosco a José Buzzetti. Es el amigo de los momentos más amargos, el único ante quien no tiene vergüenza de que lo vean llorar. Va a celebrar la misa por su madre en la cripta del Santuario de la "Consolata". Se

arrodillan, después, ante la imagen de la Virgen y solloza Don Bosco: "Ahora mis hijos y yo nos quedamos sin madre en la tierra. Quédate a nuestro lado, haznos tú de madre".

Unos días mas tarde, va Miguel Rúa a buscar a la suya, la señora Juana María:

- Desde que ha muerto Mamá Margarita -le dice- no sabemos cómo atendernos. No hay nadie para hacer la comida, remendar la ropa. Mamá ¿quieres venir tú?

Con sus cincuenta y seis años a cuestas, la señora Juana María sigue al hijo y se convierte en la segunda Mamá del Oratorio. Lo será durante veinte años.

Un muchacho que habla con Dios

Diciembre. Las calles de Turín están salpicadas con las primeras nieves. Es de noche y brillan los faroles. Don Bosco, igual que siempre, inclinado sobre su mesa despacha un montón de cartas que esperan respuesta. Estará ocupado hasta más allá de medianoche. Llaman suavemente a la puerta:

- Adelante. ¿Quién es?
- Soy yo -dice Domingo Savio entrando rápidamente-. Venga, pronto, venga, hay una obra de caridad que hacer.
- ¿Ahora, de noche? ¿A dónde quieres llevarme?
- Pronto, Don Bosco, pronto.

Don Bosco duda. Pero mira a Domingo y ve que su cara esta tranquila y serena. Hasta sus palabras tienen la decisión de un mandato. Se levanta Don Bosco, toma el sombrero y lo sigue.

Desciende Domingo rápidamente las escaleras, sale del

patio, enfila decididamente la calle hacia la ciudad, dobla una esquina, otra. No habla ni se detiene. Marcha seguro por el laberinto de calles y callejuelas. Sube una escalera. Don Bosco siempre detrás: primer piso, segundo, tercero. Domingo se detiene, llama. Antes de que nadie acuda para abrir dice a Don Bosco:

- Aquí es donde debe entrar. -Y se vuelve a casa.

Se abre la puerta. Se asoma una mujer desaliñada. Ve a Don Bosco y exclama:

- El Señor lo envía. Deprisa, deprisa, si quiere llegar a tiempo. Mi marido tuvo la desgracia de abandonar la Fe hace muchos años. Se está muriendo y pide, por favor, confesarse.

Don Bosco se acerca al lecho del enfermo y se encuentra con un pobre hombre a punto de morir. Lo confiesa, lo absuelve. Y unos minutos después muere.

Pasan unos días. Don Bosco está todavía impresionado por lo sucedido. ¿Cómo se ha enterado Domingo de aquel enfermo? Se acerca a él un momento, cuando nadie puede oír:

- Domingo, la otra noche fuiste a mi despacho a buscarme, ¿quién te había hablado de aquel enfermo? ¿Cómo lo supiste?

Entonces sucede lo que Don Bosco no esperaba: el muchacho lo mira tristemente y se echa a llorar. Don Bosco no se atreve a hacerle más preguntas, pero entiende que en su Oratorio hay un muchacho que habla con Dios.

"¿Podré ver a mis compañeros desde el Paraíso?"

En febrero de 1857 pasó por Turín un invierno muy frío.

Domingo Savio se puso más pálido. Una tos profunda lo sacudía, y sus fuerzas disminuían rápidamente. Don Bosco, preocupado, llamó a médicos famosos para que lo vieran. El profesor Vallauri, después de una cuidadosa visita, dijo:

- Su salud es muy delicada y está en constante tensión de espíritu, su vida se desgasta.
- ¿Qué puedo hacer por él? -insistió Don Bosco.

Vallauri se encogió de hombros. La medicina apenas si existía prácticamente por entonces.

- Envíelo a su casa y que suspenda por algún tiempo los estudios.

Al saber Domingo la decisión, se resignó. Pero le parecía muy mal tener que dejar los estudios, los amigos, y especialmente a Don Bosco.

- ¿Por qué no quieres ir a disfrutar de la compañía de tus padres?
- Porque me gustaría acabar mis días aquí, en el Oratorio.
- No digas eso. Tú ahora vas a casa, mejoras y vuelves.
- Eso no, - sonrió Domingo sacudiendo la cabeza -. Yo me voy y no volveré. Don Bosco, es la última vez que podemos hablarnos. Dígame: ¿qué puedo hacer aún por el Señor?
- Ofrécele tus sufrimientos.
- Y ¿qué más?
- Ofrécele también tu vida.
- ¿Podré ver desde el Paraíso a mis compañeros y a mis padres?
- Sí -murmuró Don Bosco venciendo su emoción.
- Y... ¿podré venir a verle?
- Si el Señor lo quiere, podrás venir.

Era el primero de marzo y domingo. La despedida más conmovedora fue la de los amigos de la "Compañía". Después,

llegó el carruaje de su tío, que debía llevarlo hasta Mondonio. Al doblar la calle agitó su mano despidiéndose del Oratorio, de sus amigos, de "su" Don Bosco, que se quedó con un profunda tristeza mirando cómo se alejaba el carruaje. Se había marchado su mejor alumno, el santito que la Virgen había regalado al Oratorio durante tres años.

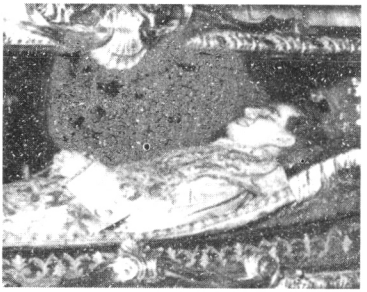
Casi de improviso, el 9 de marzo de 1857, se apagaba. A su lado estaba su padre. Apenas si pudo susurrar:

- Adiós, papá... me decía el párroco... pero yo no recuerdo.,, ¡qué cosas más hermosas veo...!

Pío XII le declaró santo el 12 de junio de 1954. El primer santo a los quince años.

Capítulo XXXIII

Treinta años edificando



Podíamos seguir escribiendo páginas y más páginas sobre la vida de Don Bosco. Pero solamente vamos a hacer un rápido recorrido sobre sus últimos treinta años.

La muerte de Domingo Savio, en marzo de 1857, ocasionó un profundo dolor a Don Bosco, pero en el mismo mes, dos años antes, 1855, había tenido una gran alegría.

Querían "ser como él"

El día 25, fiesta de la Anunciación, se había celebrado, sin solemnidad alguna, una ceremonia en la pobre habitación de Don Bosco. El, de pie, oía a Miguel Rúa, de rodillas ante el Crucifijo, pronunciar una fórmula: "Hago voto a Dios de ser pobre, casto, obediente, y me pongo en sus manos, Don Bosco...". No había ni un testigo. Y sin embargo, en aquel momento nacía la Congregación Salesiana. Don Bosco era el fundador y Miguel Rúa el primer salesiano. Meses más tarde, pronunciaba también los votos y se hacía salesiano Don Alasonatti, En el año 1856 le tocó el turno a Juan Bta. Francesia.

Y siguieron Cagliero, Provera, Ghivarello, Lazzero, Bonetti... Todos ellos muchachos pobres que habían sido recogidos por Don Bosco en su casa y en la que habían crecido con amor. Año tras año le pedían "ser como él", trabajar para el Señor y en favor de otros chicos pobres.

Aquellos muchachos, vestida la sotana, seguían sus estudios, y sufrían unos exámenes que eran, por entonces muy frecuentes y difíciles. A la par, Don Bosco les confiaba las clases de religión, la asistencia en el comedor y en los talleres y la escuela para los huerfanitos.

Nieve en la claraboya

Los domingos los enviaba a los oratorios.

El año 1855, se quedó el del Ángel Custodio de repente sin director. Don Bosco nombró a Miguel Rúa que tenía 17 años. Iban a él, sobre todo los limpiachimeneas. Muchachos que procedían del Valle de Aosta, que bajaban a la ciudad en otoño, con la cuerda al hombro y la rasqueta en la mano. Circulaban por las calles lanzando su pregón característico y esperaban a que alguna familia los llamase para deshollinar la chimenea, antes de que comenzase la estación invernal, que era cuando los hogares debían tirar bien, para calentar los apartamentos.

Eran muchachos muy pequeños, porque el caño de las chimeneas por donde debían subir, era muy estrecho. Llevaban la cara y las manos tiznadas de hollín.

El domingo por la mañana, llegaba Miguel Rúa con mucha anticipación al oratorio, barría las dependencias, ordenaba la iglesia.

Cuando iban los primeros muchachos les ayudaba a confesarse con el sacerdote que les celebraba la Misa. A las nueve, ya tenía un centenar de jóvenes, y Miguel "hacía de Don Bosco" todo el día. Empezaba los juegos, hablaba con los muchachos, se informaba de sus necesidades, les enseñaba catecismo.

Por la tarde, cuando se encendían las farolas del gas, los muchachos se iban. Algunos lo acompañaban hasta Valdocco. "¡Hasta el domingo, Miguel!"

Rúa volvía deshecho. Tomaba la cena que habían dejado para él, para Cagliero, Francesia, y los demás que volvían también de los otros oratorios, tan deshechos como él.

Luego subían hasta la buhardilla, bajo el tejado, donde les esperaba la cama. Recordaba Miguel que caía dormido como un plomo. Cagliero se despertó la mañana de un lunes sentado en la silla, con los calcetines en la mano. No le hizo falta la cama, se había quedado dormido en la silla.

La hora de levantarse era muy pronto, horriblemente pronto: a las cuatro. Recordaba Juan Cagliero: "El invierno en Turín no es ninguna broma. En nuestra buhardilla, que caía bajo el mismo tejado, no había calefacción ni agua corriente. Para lavarnos, llenábamos por la noche la palangana de agua. Pero, por la mañana, el frío había transformado el agua en hielo. Había que abrir la claraboya, tomar la nieve del tejado, y frotarse fuertemente las manos, la cara, el cuello. A los pocos minutos ¡ardía la piel!.

Entonces nos envolvíamos en una manta y empezaba el tiempo del estudio: Rúa estudiaba hebreo, Francesia recitaba versos latinos, yo componía ejercicios musicales".

En el mes de noviembre de 1855 se puso toda la enseñanza media en casa. Francesia, además de las otras ocupacio-

nes, adquirió la de profesor de literatura, Rúa la de matemáticas, y Cagliero la de música.

A veces piensa uno: ¿estaba loco Don Bosco, que permitía a sus jóvenes ayudantes que se matasen a fuerza de estudio y trabajo? Pero luego se piensa en lo que fueron: Juan Cagliero, cardenal, murió a los ochenta y ocho años; Miguel Rúa, Superior General de la Congregación Salesiana, vivió hasta los setenta y tres; Juan Francesia, latinista de fama europea, alcanzó los noventa y dos. Don Bosco "sabía" que el trabajo, aunque fuera durísimo, no los había de matar tan pronto.

Las grandes realizaciones

Cuando Don Bosco vio que el puñado de sus primeros salesianos crecía más y más, creyó que había llegado el momento de las grandes "realizaciones". Los años siguientes serían de intenso trabajo, de problemas cada vez más difíciles, de obras en desafío con el tiempo.

30 de julio de 1860. Sube al altar para celebrar su primera Misa, don Miguel Rúa, el chiquito paliducho con quien Don Bosco se encontró en los Molinos, junto al Dora, al que le había ofrecido la mitad de su mano. Desde ahora en adelante será el vice-Don Bosco, su sombra fiel.

1863. Nace la primera obra salesiana fuera de Turín: el "pequeño seminario" de Nfirabello Monferrato. Siguen el colegio de Lanzo, los de Alassio, Sampierdarena, Varazze, Valsálice. Al morir Don Bosco, las casas de la Congregación, esparcidas por seis naciones, son 64. Los salesianos 768.

Abril de 1864. En el campito de Valdocco, pone Don Bosco

la primera piedra del Santuario de María Auxiliadora. Deja caer en las manos del contratista la primera suma de dinero: ¡cuarenta centavos!

1872. Don Bosco funda la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora. Y les dice a las primeras hermanas: "Son pocas y pobres, pero llegarán a tener tantas alumnas que no sabrán donde ponerlas".

1875. Organiza Don Bosco los "cooperadores", que él llama "salesianos externos". Son los amigos de sus obras, que lo ayudan económicamente y que trabajan para la salvación de la juventud. Antes de morir, les dirá: "Es muy poco o nada lo que yo habría podido hacer sin vuestra caridad; en cambio con ustedes hemos enjugado muchas lágrimas y salvado muchas almas".

Para mantener la unión con sus cooperadores que llegan a centenares de millar, funda Don Bosco el Boletín Salesiano en 1877. Revista mensual ilustrada que lleva a todos noticias de la Congregación, cartas de los misioneros que trabajan en los confines del mundo, la palabra de Don Bosco. Alcanzará un enorme desarrollo.

Las misiones

Sigue el 1875. Cuenta Don Bosco con ciento setenta religiosos y ochenta y cuatro novicios.

Sobre su mesa aguardan respuesta más de cincuenta peticiones de fundación, de todas las partes del mundo.

Don Bosco ha tenido un sueño dramático, hace unos años. Ha visto en él regiones salvajes con hombres gigantescos y de aspecto feroz. Visten pieles de animales y cazan fieras.

Luchan con soldados vestidos a la europea. El suelo está cubierto de cadáveres.

Llegan unos misioneros. Pero ellos los matan y clavan sus trofeos en la punta de sus picas...

Ve, por fin, a sus Salesianos acercarse a los salvajes. Entregan las armas. Se arrodillan. Cantan con ellos...

Estudios y consultas lo persuaden de que la región vista en sueños está al sur de Argentina. Así que cede fácilmente a la llamada del Arzobispo de Buenos Aires.

Y en la sesión del Consejo del 27 de enero de ese año, se decide por la conquista misionera de la Patagonia y Tierra del Fuego argentinas.

Busca los primeros diez hombres. Pone al frente a "su" Juan Cagliero. Aquel muchacho lleno de vida que corría cada mañana, camino de la escuela, para ver a los titiriteros, a los vendedores de feria...

Los costosos preparativos..., los pasaportes..., las despedidas..., los encargos..., ¡la bendición del Papa!..., el estudio del castellano... y...

El adiós

El adiós tuvo lugar el 11 de noviembre de aquel año 1875.

En la misma Basílica de María Auxiliadora, la de sus sueños, inaugurada nueve años antes.

Una multitud de público emocionado. Campanas al viento. Coro y orquesta. Y Don Bosco diciendo:

- Vayan, vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio... Son la semilla de mostaza que llegará a ser gran árbol... Los recomiendo a nuestros compatriotas emigrantes. Y sobre

todo a los salvajes de la Pampa patagónica. Adiós..., adiós... Almas, almas; ni dinero, ni honores..."

A bordo del trasatlántico francés Savoie, parten el 14 de Génova. Y el 14 de diciembre llegan a la gran ciudad de Buenos Aires.

Son recibidos entusiásticamente por el Arzobispo bonaerense y los emigrantes italianos.

Don Cagliero y otros dos se quedan en la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia en la ciudad y los otros siete surcan las aguas del Paraná hasta San Nicolás de los Arroyos. El miserable suburbio de La Boca, con bandadas de vagabundos que corretean y se apedrean por las callejuelas, es el primer campo de siembra de Cagliero. Medallas, caricias, algún chiste y promesas, muchas promesas de patios, juegos, cantos... Música. Alegría.

Los de San Nicolás tienen que abrir un Colegio que no existe. Ni tienen dinero para hacerlo.

Patagonia

Buenos Aires seguirá siendo el centro de los misioneros de Don Bosco, que van buscando cómo realizar los sueños de su Padre.

Cagliero recibe propuestas y más propuestas de todas partes.

El gobierno argentino le ofrecía la civilización de los Patagones.

Don Bosco le escribía interesado en pasar la Cordillera Andina y llegar hasta Concepción de Chile.

Hasta el Papa lo invitaba a alcanzar el río Salado y estable-

cerse en Dolores.

El Capitán pide refuerzos. Y los refuerzos irán llegando.

Hasta el 22 de enero de 1880 no logran instalarse los misioneros salesianos en Patagones. De allí partirán los grandes recorridos por toldos indios y haciendas civilizadas, bautizando indios y conquistando almas, mientras el ejército argentino conquistaba tierras y esclavizaba tribus salvajes.

Viedma y Patagones fueron las avanzadas del apostolado por aquellas tierras del cóndor y el pingüino.

Siguieron luego Bahía Blanca y las márgenes del Río Negro y del Colorado y la Cordillera.

Los hijos de Don Bosco surcaron Patagonia y Tierra del Fuego y se llenaron las tierras argentinas y chilenas de rosales salesianos.

Hoy, a más de cien años, toda América del Sur, la del Centro y la del Norte están cubiertas de Centros Salesianos, con todo un ejército de almas salvadas.

España

Tiene España una ciudad, Barcelona, que es conocida por todo el mundo.

El 15 de octubre de 1880 (M.S., vol. XV, pág. 328), le decía Don Bosco a Don Juan Branda, futuro director de la primera Casa Salesiana española, que iba a abrirse en Utrera (Sevilla): "En Utrera no se hará más que preparar las armas y afilar las espadas para ocupar campos mucho más amplios. No pasará mucho tiempo, sin que una señora, hoy casada en Barcelona (y ahora no estoy soñando ciertamente), al quedarse viuda, nos invitará a ir a Barcelona, donde

abriremos una casa, a la que seguirán muchas otras".

¡Es un gran misterio esta "visión" de Don Bosco!

Pero un misterio que se hizo realidad.

Doña Dorotea de Chopitea

La señora de Barcelona se llamaba Doña Dorotea de Chopitea. Y estaba casada con Don José M. Serra, que falleció dos años más tarde, el 29 de agosto de 1882.

Ese mismo año busca inquieta a los Salesianos. Se entera de que andan por Utrera y escribe al P. Branda proponiéndole una fundación. Recuerda éste las palabras pronunciadas un día por Don Bosco, en torno al futuro salesiano de Barcelona y, emocionado, le sugiere que se ponga en contacto directo con Don Bosco.

El 20 de septiembre de ese mismo año 1882 Doña Dorotea escribe a Don Bosco pidiéndole que abra una Casa Salesiana en los alrededores de Barcelona y le diga "los gastos que ocasionaría tal fundación".

Sigue a esta primera carta una extensa correspondencia epistolar entre Barcelona y Turín.

Doña Dorotea insiste, precisa, propone...; da explicaciones y, sobre todo, apura. Quiere que vaya a Barcelona un "Padre salesiano, inteligente en materia de fundaciones, con el cual tratar este asunto".

Le responde Don Juan Cagliero, Visitador designado al efecto, que ha debido aplazar el viaje. Doña Dorotea adelanta facilidades y hasta... amenaza con acudir a otro Instituto para plantear el asunto de sus Talleres Católicos.

Se impacienta, se queja. Lucha con coraje y constancia.

Vuelve a amenazar con su suave amago: "No sería extraño que se transmitiera, desde Roma, a Don Bosco, a quien con reverencia saludo, una recomendación augusta para mirar con interés privilegiado la fundación de que tratamos".

Sarriá

A primeros de abril llegan a Barcelona Don Juan Cagliero y Don Pablo Albera, enviados por Don Bosco.

Se elige el lugar en las afueras de Sarria, villa entonces próxima a la ciudad. Se compra la propiedad Prats. Se adapta para talleres.

Y, por fin, en febrero del año siguiente, 1884, llega a Barcelona, desde Utrera, Don Juan Branda, como director de la fundación. El primero de marzo el P. Branda y su plantilla educadora, siete en total, ya habían matriculado los cinco primeros alumnos internos. Al terminar el curso, llegaban a veintisiete.

El primer obispo

7 de diciembre de 1884. Es consagrado obispo en la Basílica de María Auxiliadora, Juan Cagliero. Es un día de felicidad para Don Bosco. Se realiza el antiguo sueño de la paloma y el ramito de olivo. Las palabras dichas a un muchacho moribundo: "Y habrás de hacer llevar el brevario a muchos otros... e irás lejos, lejos..." no habían sido ilusión de un momento: se convertían en realidad.

Don Bosco en Barcelona

Dos años más tarde -8 de abril de 1886 - llegaba Don Bosco a Barcelona.

Iba acompañado del Vicario General de la Congregación, Don Miguel Rúa y de su secretario particular, Don Garios Viglietti.

Una modestísima comisión -Don Juan Branda y Don Leandro Suñer, administrador de la Marquesa Moragas - le aguardaban en la frontera. ¡Eran las cuatro de la madrugada!

A las once y media ponía su pie en la estación de Barcelona.

Todas las clases sociales de la ciudad, presididas por numerosas comisiones del Clero, nobleza y asociaciones católicas, estaban allí representadas en una entusiasta recepción.

Llegaba Don Bosco precedido de una propaganda -no siempre favorable- de periódicos y revistas sobre su obra social cristiana.

Se encuentra, ¡por fin! personalmente con Doña Dorotea.

Comparte sus días con ella, con sus salesianos, con los muchachos de su Escuela, que tanto habían soñado con él.

Y vive jornadas intensísimas de audiencias, de visitas, de actos públicos, de homenajes, de bendiciones.., y ¡milagros!

Su último sueño misionero

La noche del nueve al diez de abril 1886 soñó.

El sueño está hoy reflejado en un cuadro maravilloso, obra de Borrell, en una capilla dedicada al Santo, instalada en las

mismas habitaciones por él ocupadas, durante su estancia en Sarria.

El sueño es una visión grandiosa y serena del futuro.

"Una Pastorcita le presenta en vista panorámica montañas y mares...

- Miren, le dice a Don Bosco y a una cantidad inmensa de chicos que corren en tomo a él, miren.

Y aparecen nombres y más nombres. ¡Valparaíso, Santiago, Pekín, Hong-Kong, Calcuta... Madagascar!

Estos puntos y muchos otros tendrán Casas, Noviciados..."

Una foto histórica

Una estupenda fotografía, del 3 de mayo de 1886, recuerda la amable figura del Santo en la finca Martí-Codolar.

Histórica fotografía que conserva juntos el rostro de un Santo (San Juan Bosco), un Beato (Miguel Rúa) y dos Siervos de Dios (Doña Dorotea de Chopitea y el Abad mitrado de la Trapa de Tolosa en Francia).

Durante la comida, en aquella finca, habló a Don Bosco el señor Don Manuel Pascual de una oferta que Barcelona quería hacerle.

Tibidabo

El día 5, último de su permanencia en la Ciudad Condal, fue su día más hermoso.

Aquella mañana fue Don Bosco a visitar el santuario de la

Santísima Virgen de la Merced, patrona de Barcelona.

En los muros de esta basílica existe una lápida que recuerda la visita y cómo allí mismo una comisión de propietarios del Tibidabo le hizo donación de unos terrenos, en la cumbre de este monte, para levantar un santuario al Sagrado Corazón de Jesús.

Con el correr de los años, el Templo al Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo será una realidad.

La inmensa ciudad mediterránea está sentada como una matrona a los pies de una pequeña cadena montañosa que corre paralela al mar. El 3 de julio de aquel mismo año se bendecía una capillita gótica sobre el punto más alto del Tibidabo.

Y después de muchas dificultades y trabajos, incendio y profanaciones, en 1961, septuagésimo quinto aniversario de la venida de San Juan Bosco a España, iluminaba Juan XXIII personalmente, desde el Palacio Apostólico Vaticano, la estatua y la mole del Templo, que distinguía con el título y dignidad de Basílica.

La silueta de Barcelona de hoy está dominada por la Basílica del Corazón de Jesús en el Tibidabo, centro de fe y bendiciones del Cielo.

Ligada a ella permanece el recuerdo de Don Bosco, cuya imagen figura en la fachada principal.

Sueño cumplido

El sueño de Don Bosco en Barcelona se ha ido realizando.

Los Salesianos de las expediciones misioneras a América

empezadas el 11 de noviembre de 1875, cruzaron los Andes.

El 1887 llegan a Concepción Chile. Luego a Punta Arenas, Santiago, Valparaíso.

En el 1906 empiezan las misiones salesianas en China. Y el 1910 están en Hong-Kong. En Pekín en 1946.

Llegan a la India en 1907 y se instalan más tarde en Calcuta 1925, Bombay 1928, Madras 1929...

¿A qué seguir?

Las misiones salesianas cubren Asia y América. Y se van extendiendo por África y Australia.

Y cuanto más se extendían las obras salesianas por el mundo, mayores cantidades de dinero se necesitaba. Para atender las misiones de América, mantener millares de jóvenes abandonados, le tocó a Don Bosco, precisamaente en los últimos años de su vida, peregrinar por Italia, Francia,y España en busca de dinero. Un trabajo matador. La Santísima Virgen bendijo visiblemente sus viajes, las manos de Don Bosco devolvían la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos. Era concocido por toda Europa por "el cura que hace milagros."

El gran llanto

En mayo de 1886, Don Bosco termina su último viaje hasta España, pidiendo limosna. Ha sido por encargo del Papa, que le ha confiado la construcción de un templo al Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Don Bosco , encorvado por los años y el cansancio, sube al altar del grandioso templo para decir Misa. Al llegar a la consagración, observan los sacerdotes que lo ayudan que estalla en llanto. Un largo llanto, irre-

flenable, que dura casi toda la Misa. Al terminarla, casi lo llevan hasta la sacristía. Don Viglietti le pregunta preoocupado:
-¿Qué le pasa Don Bosco? ¿Se encuentra mal?.

Don Bosco sacude la cabeza:

- Tenía ante mis ojos, la escena de mi primer sueño,a los nueve años. Veía a mi madre y a mis hermanos y oía su voz discutiendo sobre lo que había soñado...

En quel lejano sueño le había dicho la Virgen : "A su tiempo lo compredérás". Y ahora mirando hacia atrás, le parecía enterderlo todo. Bien valían la apena tantos y tantos sacrficios, tantos trabajos por salvar a la juventud.

Al amanecer del 31 de Enero de 1888 moría. A los salesianos que rodeaban su lecho, les murmuró en los últimos instantes:

"HAGAN EL BIEN A TODOS, ¡ A NADIE EL MAL! DIGANLES A MIS MUCHACHOS QUE LOS ESPERO A TODOS EN EL PARAISO".

ÍNDICE

Página

Presentación 3

1 En busca de trabajo a los doce años 5
Con el bolso a cuestas 6
Un sueño que señala el porvenir 8
Son ciento ochenta páginas 11

2 Pequeña pero gran tragedia 12
Tiempos calamitosos 13
Un suceso para cambiar la faz del mundo 15
Un general de veintisiete años: Napoleón 16
El rey retrasa el reloj en quince años 18

3 Años de hogar 21
Una persona grande 22
Jugando a la tala 23
La vara en el rincón 25
El diablo en el desván 27
La mancha de aceite crecía 29

4 Tiempo primaveral 31
Los pies del pobre 32
Bandidos en el bosque 33
"Mi madre me enseñó a rezar" 35
A la escuela 36
Un mirlo pequeñito 38
Su tierra 40

5 Saltimbanqui 41
Suena la trompeta por la colina 42
Espectáculo en el campo 44
Primera comunión 45

El invierno más duro de la vida.....46

6 Tres años en la granja y uno en la casa rectoral.....48
Por dos granos, cuatro espigas.....49
El tío Miguel.....52
Cuatro moneditas por un sermón.....53
"Con él morían mis esperanzas".....55

7 El camino hacia Castelnuovo.....58
La comida en la fiambrera.....58
"En I Becchí sólo hay burros".....60
La sotana separadora.....62
Los "hobby" de Juan.....63

8 "Tengo que estudiar".....65
Veinte liras en la punta del palo enjabonado.....66
Repugnancia a tender la mano.....67
La historia no se había parado.....68
"Digan al Príncipe".....69
"Rey por la gracia de Dios y de ningún otro".....71
"Largo y triste como una cuaresma".....72

9 En Chieri.....74
Un gigante en medio de los compañeros.....75
"Cuando ocurrió..."....77
Sociedad de la alegría.....79
Cuatro desafíos a un saltimbanqui.....81
En Turín, por vez primera.....84

10 Los amigos.....86
Un par de bofetadas.....87
Un garrote humano.....88
Mozo de café.....89
Jacob Leví, por sobrenombre Jonas.....90
Las manzanas de Blanchard.....91

11 Veinte años.....93
La campesina del chal negro.....94

Un sueño muy extraño....95
¿Por qué no consultar a Don Cafasso?....96

12 La sotana y el seminario....97
Siete líneas que cambian una vida....98
"Nunca olvidaré sus palabras"....99
Horario de hierro....100
Bocanada de oxígeno del jueves....101
Entre jóvenes ricos....102

13 Por fin, sacerdote....104
¿Y Cavour, Mazzini, Garibaldi?....105
Pero el pueblo no entiende....107
"El sacerdote no va solo al Paraíso"....108
Sacerdote para siempre....109

14 **Sacerdote en marcha**....112
Primer descubrimiento: la miseria de los suburbios....113
Mercado de brazos juveniles....114
La revolución industrial....115
El inmenso progreso regalado al mundo....117
El pavoroso costo humano....118
Mortandad de inocentes, también en Italia....119
Sacar la cuenta....121

15 "Me llamo Bartolomé Garelli"....123
Muchachos detrás de los barrotes....123
La decisión....125
El Avemaría para empezar....126
"Ahora mismo"....129

16 El oratorio de los albañilitos....131
Medallas y pan....132
Un muchachito de Caronno....133
"Aunque no tuviera más que un pedazo de pan"....134
"Presidencia para el Papa, espada para Carlos Alberto"....135
"Lleva una sotana demasiado liviana"....136
Hablaba serenamente de Dios....137

17 La Marquesa y el "Padre Chiquito" 139
El cilicio bajo los vestidos elegantes 140
Los corderos se convertían en pastores 142
"¿Donde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio?" 143
Copos de nieve hasta en el brasero 145
El fracaso en San Pedro ad Vincula 146

18 El Oratorio emigrante 149
Una carta acusadora 150
"Toma,Miguelito, toma" 151
Libros robados al sueño 153
Tres habitaciones en casa Moretta 153
Un gran interrogante 154
Condenado a la horca 155
Desalojo 157

19 Agonía en el campo y resurrección bajo galpón 158
El Marqués y los guardias 160
¿Está loco Don Bosco? 161
Agonía en campo 164
La pequeña cepa 165
Resonaban las campanas 167

20 El milagro de los albañilitos 169
Hacía de sacerdote 170
La despedida en la glorieta del Rondó 170
Don Bosco escupe sangre 172
"No te dejes morir, Señor" 174
"¡La bolsa o la vida!" 176
"¡Forasteros y sin lira!" 179

21 Un polvorín a punto de estallar 181
Las habitaciones iluminadas llenas de muchachos 181
Mastai-Ferreti Papa toma el nombre de "Pío IX" 182
Pedradas rabiosas 184
Un cura ladrón 186
Canciones y gritos de borrachos 188
Los pequeños maestros y laicos 189

22 "Soy huérfano y vengo del Valle de Sesia" 190
El árbol y la niebla 190
Un muchacho mojado y temblando de frío 192
El barberito temblaba como una hoja 194
La mitra del Arzobispo 197
Un buen brasero en la sacristía 198

23 La fiebre de 1848 200
El liberal, el patriota, el obrero en las barricadas 200
La Constitución se llamará "Estatuto" 201
Guerra con Austria 203
Batallas en Valdocco 204
"Déjame volver a casa" 205
Guerra italiana en Lombardia 206

24 Fracasan las esperanzas 207
Final del equívoco 207
La olla y la comida en el oratorio 209
Noticias dramáticas 210
Un disparo en la capilla Pínardi 211
Trágicas noticias desde Roma 212
Dos signos de esperanza en Valdocco 213

25 1849, año espinoso y estéril 215
"A punto de hacerme cargo de ellos" 215
Todavía la guerra 216
El último trozo de libertad 218
Dos corazones de plata 219
Cuatro muchachos y un pañuelo blanco 219
El batallón en el arrabal de Vanchiglia 220
Sobre un colchón de paja 221
Veinte centavos de polenta 222
"Lo llamé por su nombre: ¡Carlos!" 224
Una canasta de castañas que no se vacía 225

26 Una casa y una iglesia 227
Arresto del Arzobispo 228
Otros cuatro 230
Treinta mil liras y un ligero mareo 232
Y ahora una hermosa iglesia 233
Durante dieciséis años latió en ella el corazón
de la obra de Don Bosco 234
Tal vez el diablo 236

27 Y Dios envió un perro 238
Nada de diálogo 239
Vino y castañas 240
"Debían matarme" 241
El "Gris" 242
Se duerme en una zapatería 245

28 Media docena de talleres 246
Dos mesitas para empezar 247
Un año más para la imprenta 248
Cuatro caminos para dar con el verdadero 249

29 Estudiantes con capote militar 251
"A dormir en el cesto de pan" 252
"Cruzarás el Mar Rojo y el desierto" 254
Garantías para cincuenta años 255
"Señoritos y pobrecitos" 256
Un profesor de diecisiete años 257

30 1854: " Nos llamaremos salesianos" 259
La pérgola de rosas 260
"¿Cuánto me pagarás?" 262
La muerte por las calles del Barrio del Dora 264
Los gigantes de cara triste 266
Ocho minutos para una página 268
Un cartel misterioso 270
Farolitos rojos a orillas del Po 272
El huerfanito de Santo Domingo 273

31 1855: Los jóvenes " rehabilitados de La Generala" 276
"¡Grandes funerales en la Corte!" 277
Frente a frente con el ministro 279
Jornada de libertad 281
Nueve páginas para explicar su "sistema" 282

32 Adiós a una madre y a un muchacho 284
Un papelito con cuatro palabras 284
La "Compañía de la Inmaculada" 286
Mamá Margarita se va 288
Un muchacho que habla con Dios 290
"¿Podré ver a mis compañeros desde el Paraíso?" 291

33 Treinta años edificando 294
Querían "ser como él" 294
Nieve en la claraboya 295
Las grandes realizaciones 297
Las misiones 298
El adiós 299
Patagonia 300
España 301
Doña Dorotea de Chopitea 302
Sarriá 303
El primer obispo 303
Don Bosco en Barcelona 304
Su último sueño misionero 304
Una foto histórica 305
Tibidado 305
Sueño cumplido 306
El gran llanto 307

Se terminó de imprimir
en mayo del 2006
en los talleres
de
Fundación APIS
Funes - Prov. Santa Fe
República Argentina
Email: apis @ fundacionapis.org.ar